LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA



JONATHAN SWIFT

Los viajes de Gulliver

Traducción española anónima

LECTURA COMPLETA · Nº 49

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

JONATHAN SWIFT

Los viajes de Gulliver

Traducción española anónima

Los viajes de Gulliver, de Jonathan Swift. Traducción española anónima (1914). Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia CC BY-SA 4.0. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia. Portada: Arthur Rackham, ilustración para Los viajes de Gulliver (1909). Dominio público, vía Wikimedia Commons.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/los-viajes-de-gulliver-jonathan-swift/.

Sobre esta obra

Lemuel Gulliver, médico de barco, cuenta sus cuatro viajes a países desconocidos. En Liliput es un gigante entre hombrecillos de quince centímetros, que libran guerras ridículas por la forma de cascar los huevos. En Brobdingnag es él el diminuto, juguete de gigantes cuyo rey se horroriza al oír cómo es Europa.

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

Índice

1. Primera parte, capítulo I
2. Primera parte, capítulo II
3. Primera parte, capítulo III
4. Primera parte, capítulo IV
5. Primera parte, capítulo V
6. Primera parte, capítulo VI
7. Primera parte, capítulo VII
8. Primera parte, capítulo VIII
9. Segunda parte, capítulo I
10. Segunda parte, capítulo II
11. Segunda parte, capítulo III
12. Segunda parte, capítulo IV
13. Segunda parte, capítulo V
14. Segunda parte, capítulo VI

15. Tercera parte, capítulo I
16. Tercera parte, capítulo II
17. Tercera parte, capítulo III
18. Tercera parte, capítulo IV
19. Tercera parte, capítulo V
20. Tercera parte, capítulo VI
21. Tercera parte, capítulo VII
22. Tercera parte, capítulo VIII
23. Tercera parte, capítulo IX
24. Tercera parte, capítulo X
25. Cuarta parte, capítulo I
26. Cuarta parte, capítulo II
27. Cuarta parte, capítulo III
28. Cuarta parte, capítulo IV
29. Cuarta parte, capítulo V
30. Cuarta parte, capítulo VI
31. Cuarta parte, capítulo VII
32. Cuarta parte, capítulo VIII
33. Cuarta parte, capítulo IX
34. Cuarta parte, capítulo X
35. Cuarta parte, capítulo XI
36. Cuarta parte, capítulo XII

01

Primera parte, capítulo I

Empieza: «Mi padre, cuya hacienda en la provincia de Nottinghan era moderada, tenía cinco hijos: yo era el tercero. A la edad de...»

Mi padre, cuya hacienda en la provincia de Nottinghan era moderada, tenía cinco hijos: yo era el tercero. A la edad de catorce años me envió al Colegio de Emmanuel en Cambridge. Allí cumplí los diez y siete; pero, siendo demasiado el gasto de mi manutención, determinó trasladarme a la casa del señor Santiago Bates, famoso cirujano en Londres, en clase de discípulo, donde permanecí otros cuatro años. Mi padre me enviaba de vez en cuando algunas partidillas de dinero que empleaba en aprender el pilotaje y las matemáticas, lo más necesario para los que se forman el designio de viajar por mar, como que preveía que había de ser éste mi destino. Habiendo dejado al señor Bates, me volví a la casa de mi padre; y tanto de él como de mi tío Juan y algunos otros parientes, pude recoger hasta cuarenta libras esterlinas con la promesa de otras treinta por año para mantenerme en Leiden. Pasé allá, y me apliqué al estudio de la Medicina por espacio de dos años y siete meses, persuadido de que podría serme útil algún día en mis viajes.

Salí de Leiden, y a poco tiempo obtuve por recomendación de mi buen maestro el señor Bates el nombramiento de cirujano con destino a La Golondrina, donde estuve tres años y medio a las órdenes del capitán Abraham Panell, su comandante, en cuyo tiempo hice

mis viajes a Levante y a otras partes. A mi regreso, determiné establecerme en Londres; el señor Bates me animó a tomar este partido, y me encargó de sus enfermos. Alquilé un cuarto en una pequeña hospedería sita en el cuartel que llaman Oldjewry, y a pocos días tomé estado con una doncella cuyo nombre era María Burtón, hija segunda del señor Eduardo Burtón, mercader, en la calle de Newgate, la cual me trajo cuatrocientas libras esterlinas en dote.

Pero mi amado maestro Bates murió dos años después, y no teniendo otro protector, mi clientela principió a decrecer, y mi conciencia no me permitía imitar la conducta de la mayor parte de cirujanoscuya ciencia es bastante semejante a la de los procuradores. Esta fué la causa por que, después de haber consultado a mi mujer y algunos de mis amigos más íntimos, tomé la resolución de emprender todavía un nuevo viaje por mar. Fuf cirujano sucesivamente en dos navíos, y esta proporción., ayudada de diferentes viajes que hice en el espacio de seis años a las Indias Orientales y Occidentales, aumentaron un poquito mi fortuna. Empleaba el tiempo libre en leer los mejores autores antiguos y modernos, estando siempre surtido de un cierto número de libros; y cuando estaba en tierra no me descuidaba de observar las costumbres y carácter de los pueblos, procurando instruirme en el idioma del país, que no me costaba mucha dificultad, porque la memoria era buena.

El último de estos viajes no fué tan feliz que no me dejase disgustado del mar, inspirándome el partido de estarme quieto en mi casa con mi mujer y mis hijos. Parecióme acertado mudar de habitación. Trasladéme de Old-jewry a la calle de Fetterlane, y de allí a Waping, con la idea de adquirir práctica entre los marineros; pero no me salió la cuenta.

Después de haber pasado tres años en la vana esperanza de que mejorason mis negocios, acepté un partido ventajoso que me fué propuesto por el capitán Guillermo Prichard, próximo a salir en el Antelope para el mar del Sud. Nos embarcamos en Bristol el díade mayo de, y nuestro viaje por entonces fué feliz.

Es inútil cansar al lector con la relación minuciosa de nuestras aventuras en aquellos mares: baste decir que en nuestra travesía a las Indias Orientales sufrimos una tempestad cuya violencia nos arrojó hacia el nordoste de la tierra de Van-Diemen. Por una observación supe que estábamos a treinta grados y dos minutos de latitud meridional. Doce de nuestra tripulación habían ya perecido por el excesivo trabajo y malos alimentos. Elde noviembre, que era el principio del verano en aquel país, estando el horizonte un poco obscuro, descubrieron nuestros marineros una roca que no distaba más del navío que lo largo de un cable; el viento era tan fuerte que, impeliéndonos directamente contra el escollo, quedamos encallados en un momento. Otros cinco de la tripulación y yo nos echamos prontamente a la chalupa, y de este modo pudimos escapar del navío y de la roca. Casi tres leguas corrimos a fuerza de remo; pero el cansancio 'no nos permitía ya continuar; extenuados casi por completo, nos abandonamos a la voluntad de las olas, y a los pocos segundos un golpe de viento norte nos hizo zozobrar.

No sé cuál fué la suerte de mis compañeros de chalupa, ni de los que buscaron asilo en la roca, o quedaron en el navío, pero creo que todos perecieron ; yo fui nadando a la aventura; el mismo viento y la marea me llevaban hacia tierra; de cuando en cuando dejaba caer las piernas, pero no hallaba fondo. En fin, estando ya para abandonarme, me hallé de pies en el agua; la tempestad habíase calmado, mas como la dirección era casi involuntaria, anduve

otra media legua primero que pude tomar tierra. Después no descubría casa ni vestigio alguno de habitantes, aunque el país estaba bien poblado; con estas miras, recorrí casi un cuarto de legua hasta que el sueño me rindió; porque la misma fatiga, el calor, y una media azumbre de aguardiente que había bebido al tiempo de abandonar el navio, todo concurría a excitarlo. Me acosté sobre la hierba, que era muy fina, y no tardé un segundo en quedarme dormido tan de veras, que no desperté en nueve horas. Al cabo de este tiempo, quise levantarme, mas no pude. Yo me había echado de espaldas, y me encontré amarrado contra el suelo por los cuatro extremos el pelo preso en la misma conformidad, y una porción de ligaduras muy delgaditas rodeaban mi cuerpo desde los sobacos hasta los muslos. El sol principiaba a calentar, y como no podía mirar a otra parte, su gran resplandor me herfa la vista, sin tener medio de averiguar la causa de un murmullo muy confuso que oía en mi derredor hasta que sentí que se movía algo sobre la pierna izquierda, que, adelantándose suavemente hacia el pecho, subió hasta cerca de la barba. ¡Cuál fué mi admiración cuando vi una figurita de criatura humana, alta como de seis pulgadas lo más, arco y flecha en mano y su aljaba a la espalda! Seguíanle otros cuarenta de la misma especie. No pude menos de romper en tan destemplados gritos, que, atemorizados, huyeron todos aquellos animalillos y aun hubo algunos, según supe después, que recibieron golpe mortal por haberse arrojado precipitadamente de mi cuerpo al suelo. Pero no tardaron en volver, y uno de ellos, que tuvo la bizarría de acercarse tanto que pudo descubrir bien todas las facciones de mi rostro, levantando las manos y los ojos por una especie de admiración, exclamó en una voz áspera, pero inteligible Hekinad Degul. Los demás repitieron varias veces las mismas palabras, aunque entonces no comprendí el sentido. Mi sorpresa crecía por momentos;

en fin, continuando mis esfuerzos, tuve la fortuna de romper las ligaduras del brazo derecho que estaban sujetas a una estaca, la cual no había visto hasta que cedieron algo las prisiones. Fuí a hacer lo mismo con las del pelo; pero sentí un dolor tan fuerte al tiempo de tirar, que solamente conseguí dejar en movimiento libre la cabeza, porque aflojaron los cordeles (cordeles más finos que los mismos cabellos). Apenas lo advirtieron, emprendieron la fuga lanzando destemplados chillidos. Cesó el rumor, y oyendo que uno de ellos daba las voces: Tolgo Phonac, sentí al mismo tiempo herida la mano izquierda de más de cien flechas que me punzaban como si fuesen otras tantas agujas sucesivamente hicieron otra descarga al aire, al modo de nucius bombas en Europa, y yo creo que algunas de ellas cafan parabólicamente sobre mi cuerpo, aunque no las distinguía, y otras me daban en la cara, que procuré tapar con la mano derecha. Pasó esta granizada, y yo volví a probar de levantarme; entonces me hicieron otra descarga mayor que la primera, y algunos miraban a herirme con lanzas, lo cual no pudieron conseguirlo gracias a mi chupa de ante que era impenetrable. Comprendí que lo más acertado era estarme quieto, sin mudar de postura hasta la noche, que, desenredando el brazo izquierdo, podría quedar en libertad; y respecto a los habitantes con justa razón me consideraba de igual fuerza a los más poderosos ejércitos que podían oponerme, siempre que fuesen todos de la misma talla que los vistos hasta entonces. Pero la fortuna me reservaba una sucrte muy diversa.

Luego que aquellas gentes notaron que no me movía, cesaron de dispararme flechas; mas, por ei murmullo que oía, advertí que se aumentaba el número considerablemente, y como a dos toesas de distancia de mi oído izquierdo sonaba un ruido que parecía de trabajadores. Con efecto, volví un poco la cubeza, en cuanto me lo

permitían las prisiones, y vi que habían construído un tablado de pie y medio de alto capaz de contener cuatro hombrecitos de aquellos, con su escalera para subir a él. Habiéndose colocado, principió a perorar uno de ellos que denotaba ser personaje importante; pero yo no le entendi palabra. Antes de la arenga, exclamó tres veces: Langro Dehul San, cuyas palabras repitió sin interrupción, explicándolas también por señas para que yo las comprendiese, y a continuación se adelantaron cincuenta hombres para cortar las ligaduras que me sujetaban la cabeza por el lado izquierdo, de suerte que quedé con facultad de poderla volver hacia la derecha, y observar bien el gesto y manoteo del que hablaba. Parecióme de mediana edad y de más talla que los tres que le acompañaban, de los cuales uno, que tenía trazas de paje, recogía la cola de su bata, y los otros dos estaban en pie a los lados para sostenerle. Yo le tuve por buen orador; y por las reglas del arte pude entender que mezclaba en su discurso ciertos períodos de amenazas y promesas. Mi respuesta fué tan sucinta que se redujo a un corto número de demostraciones de sumisión, levantando la mano izquierda, y los ojos al sol, como poniéndole por testigo de que moría de hambre, pues hacía mucho tiempo que no comía. A la verdad, mi apetito apretaba tanto, que no pude menos de manifestar mi impaciencia (acaso contra las reglas de buena crianza) llevando el dedo muy a menudo hacia la boca para significar que tenía necesidad de alimento. El Hurgo (que, según supe después, es el nombre que ellos dan a un personaje) me entendió perfectamente. Bajó del tablado, y prontamente dió orden de que rodeasen mi cuerpo de escaleras, y subiesen por ellas más de cien hombres cargados de canastos de vianda, los cuales se dirigieron a mi boca. Había carnes de diferentes animales que mi paladar no distinguía. También había perniles, y costillas como de carnero, todo muy bien sazonado, pero eran más pe-

queñas que alones de alondra. Dos o tres, con seis paues, pasaron de un bocado. Los sirvientes estaban tan aturdidos de mi talla como de mi prodigioso apetito. Hice seña de que necesitaba beber, y, juzgando por lo que había devorado, se hicieron cargo de que no me bastaría una moderada porción de bebida; ésta fué la ocasión en que quisieron hacer ostentación de su bizarría: era pueblo de bríos, y con mucho desembarazo levantaron un barril de vino de los mayores que tenían y le llevaron rodando hasta el alcance de mi mano, donde le abrieron. Bebímelo de un trago con gran delicia; lleváronme otro, también lo escurrí; por último, fué preciso hacer seña de que aun necesitaba más barriles.

Habiéndome visto hacer todas estas proezas, prorrumpieron en una algazara festiva, y principiaron a bailar repitiendo muchas veces, como antes habían hecho, Hekinad Degul. Siguió la aclamación universal con las palabras Peplom Selam, y acercándose una multitud de ellos por el lado izquierdo, aflojaron los cordeles hasta cierto punto que, permitiéndome el alivio de volverme para desbeber, conseguí desempeñar esta función a expensas de la admiración del pueblo, que, previendo lo que iba a hacer, no se descuidó en separarse convenientemente para no perecer ahogados. Es de advertir que algún tiempo antes me habían untado suavemente la cara y manos con una especie de ungüento aromático, que en muy corto rato me curó la picazón de las flechas. Todas estas circunstancias ayudadas de los refrescos que había tomado, me excitaron prontamente un sueño que duró cerca de ocho horas: además, los médicos, por orden del emperador, habian aderezado el vino a prevención con varias drogas soporíferas.

Mandó el emperador de Lilliput (éste era el nobre del país) que mientras dormía me transportasen a su corte. Esta determinación

parecerá acaso valiente y arriesgada, y yo' aseguro que en iguales circunstancias no sería del agrado de ningún soberano de Europa sin embargo, a mi modo de entender, también era un pensamiento prudente; porque si aquellos pueblos hubiesen intentado matarme dormido con sus lanzas y flechas, precisamente hubiera despertado al primer sentimiento de dolor, me hubiera encolorizado hasta romper los cordeles que restaban, y, como ellos no eran capaces de resistirme, los hubiera destruído y acabado con todos.

Dispusieron, pues, un carro de tres pulgadas de alto, siete pies de largo, y cuatro de ancho, con veintidós ruedas, de cuya construcción se encargaron cinco mil ingenieros y carpinteros que trabajaron con suma ligereza. Cuando estuvo acabado, lo llevaron al sitio donde yo estaba; pero faltaba que vencer la principal dificultad, que era el levantarine y colocarme en él. Para esta empresa fijaron en tierra ochenta pértigas de dos pies de altura cada una y pusieron a sus extremos una multitud de garruchas bien firmes, por las cuales pasaron unas fuertes maromas como del grueso de un bramante, asegurados en ellas muchos ganchos. Con éstos me prendieron por unas hgaduras o vendaje con que me habían fajado desde el cuello hasta las piernas; y, habiendo destinado novecientos hombres de los más robustos a tirar de las maromas, en menos de tres horas consiguieron levantarme y colocarme en el carro a su satisfacción. He sabido todo esto por la relación que después me hicieron, pues mi sueño duró más que toda la maniobra. Por último, con mil quinientos caballos de los mayores de las caballerizas del emperador, que tenía cada uno casi cuatro pulgadas y media de alto, me arrastraron a la capital, que distaba un cuarto de legua.

Ya llevábamos cuatro horas de camino cuando repentinamente desperté por un acaso bastante ridículo. Habían parado un pe-

queño rato los carreteros a componer no sé qué cosa, y aprovechando la ocasión dos o tres curiosos, que deseaban examinar mi fisonomía, se acercaron con mucha cautela a mi rostro; el uno, que era capitán de guardias, me tenía puesta la sutil punta de su espontón tan inmediata a la ventana izquierda de mi nariz, que al menor descuido ine hizo cosquillas, y desperté dando estornudos. Anduvimos bien el resto del día, y entrada la noche acampamos, dejando quinientas centinelas, la nutad con hachas encendidas y la otra mitad armadas de arco y flecha. Al día siguiente al salir el sol continuamos la marcha, y al mediodía estábamos ya a cien toesas de las puertas de la ciudad. Salió el emperador a verme con toda su corte; pero sus generales nunca consintieron que se expusiera su imperial persona subiendo encima de mi cuerpo, como algunos de ellos habían tenido el atrevimiento de hacer. En el sitio donde par: mos había un templo antiguo que estimaban por el mayor de todo el reino, el cual había sido violado algunos años antes por un homicidio, y lo miraban ya como profano, según las leyes de aquellos pueblos, por cuya razón le destinaban a diferentes usos. Resolvieron alojarme en aquel vasto edificio. Su puerta principal, que miraba al Norte, tenía cerca de cuatro pies de altura, y casi dos de ancho. A cada lado había una ventanita distante del suelo seis pulgadas. Por la de la izquierda pasaron los cerrajeros del emperador noventa y una cadenas semejantes a las que llevan las damas de Europa en sus relojes, poco menos gruesas, y con ellas me amarraron la pierna izquierda, cerrándolas con treinta y seis candados. Frente a frente del templo, al otro lado del camino real, y a distancia de veinte pies, habia una torre que tenía lo menos cinco de altura: allí era donde el emperador debía subir con varios de los primeros personajes de su corte para poder verme con toda comodidad y satisfacción. Los habitantes que salieron de la ciudad, movidos de la curiosidad, useguran

que pasaron de cien mil, y a pesar de toda la guardia creo que en diferentes veces hubieran subido sobre mi cuerpo con escaleras, lo menos diez mil hombres, si no lo hubiese prohibido un bando que se publicó por orden del Consejo de Estado. Pero, cuando puse en pie y di dos o tres pasos, fué tan grande la sorpresa del pueblo, que no es fácil expli carla; este alivio debí a las nuevas prisiones que tenían casi seis pies de largo y me permitían hacer un medio círculo.

02

Primera parte, capítulo II

Empieza: «Salió un dia el emperador a caballo, y por querer verme pudo costarle muy caro. Espantado el caballo de mi presencia, se...»

Salió un dia el emperador a caballo, y por querer verme pudo costarle muy caro. Espantado el caballo de mi presencia, se encabritó, pero aquel príncipe, que era diestrísimo jinete, se tuvo firme sobre los estribos hasta que llegó la comitiva y agarraron las bridas. Su Majestad echó pie a tierra, y sumamente sorprendido estuvo observándome por todos lados, midiendo al mismo tiempo mi cadena con su vista.

La emperatriz, los príncipes y princesas de la sangre, acompañados de numerosas damas, sentáronse en unos canapés algo distantes. El emperador es más corpulento que ninguno otro de su corte, y esto le hace más temible a los que le miran. Sus facciones son toscas y esforzadas, los labios gruesos, la nariz aguileña. El color aceitunado; es airoso y bien proporcionado de miembros; tiene gracia y majestad en todas sus acciones. Ya había pasado la flor de su juventud, tenía cerca de veintinueve años, y estaba en el séptimo de su reinado. Para mirarle con más comodidad me acostaba de un lado, de suerte que mi cara quedaba paralela con la suya a distancia de toesa y media. Pero, pasado algún tiempo, le tuve diferentes veces en la palma de la mano, y por esta razón no puedo equivocarme en

el retrato que acabo de hacer. Su vestido era sencillo, y todo de un solo color, la mitad a lo asiático y la otra mitad a lo europeo; y en la cabeza llevaba un ligero casco de oro guarnecido de preciosas joyas, con un penacho magnífico. Tenía armada su diestra de una espada desnuda en estado de defensa, por si acaso quebrantaba yo las prisiones: esta espada era de tres pulgadas de largo con puño y vaina de oro y diamantes. La voz era áspera, pero clara e inteligible, por lo que podía yo oirla sin trabajo aunque estuviese en pie. Las damas y cortesanos estaban todos soberbiamente vestidos, de suerte que el terreno que ocupaban parecía a mis ojos un hermoso brial bordado y tendido sobre el suelo con figuras de oro y plata. Su Majestad Ilustrísima me honraba con su conversación a cada instante, pero no nos entendíamos el uno al otro.

Al cabo de dos horas se retiró la corte, dejándome una fuerte guardia para estorbar la importunidad dei populacho, o acaso malicia, con que indiscretamente se atropellaban por acercarse a mí. Algunos tuvieron la temeraria vilantez de tirarme flechas, una de las cuales se me hundió en el ojo izquierdo; pero el coronel hizo arrestar a seis de los principales de aquella canalla, y no hallando otra pena más proporcionada a su delito, los entregó en mis manos bien atados y seguros. Yo los tomé con la derecha, y guardándome cinco en el bolsillo de la casaca, me quedé con el sexto fingiendo que quería tragarle vivo. El pobre hombrecillo daba unos alaridos tan horribles, que excitaban ya la compasión del coronel y sus oficiales, especialmente cuando me vieron sacar mi cortaplumas. Pero no quise llevar más adelante su desconsuelo con mucha humanidad y dulzura corté prontamente los cordeles que le oprimían, le puse en el suelo con cuidado, y echó a correr. Io nismo hice con los demás sacándolos uno a uno del bolsillo, y nolé con sumo gusto que tanto

la tropa como el paisanaje habían quedado muy satisfechos y conmovidos de acción tan generosa, la cual pintaron en la corte con términos tan ventajosos que me hacían mucho honor.

Extendióse por todo el reino la noticia de mi prodigiosa estatura, y quedaron limpias las provincias de gente curiosa y desocupada. Aun las aldeas se despoblaban de suerte que la agricultura hubiera padecido mucho si Sn Majestad Ilustrísima no lo hubiese evitado por medio de repetidas órdenes y edictos. Mandó, especialmente, que todos aquellos que ya me hubiesen visto so retirasen inmediatamente a sus casas y no volviesen al lugar de mi residencia sin permiso especial. No se sabe las sumas tan considera bles que ganaron los oficiales de la secretaría de Estado con motivo de estas circulares.

El emperador reunió muchas veces su Consejo para determinar lo que deberían hacer conmigo; después he sabido cuánto les embarazó este negocio. Temían que algún día rompiese mis prisiones y quedasc absolutamente libre. Decían que mi excesivo consumo dejaría el reino exhausto de víveres, y convenían en que era preciso matarme de hambre o con flechas envenenadas; pero hallaban el reparo de que la putrefacción de un cuerpo como el mio infestaria la corte y toda la tierra. Estando en estos discursos, llegaron a la puerta del salón donde estaba reunido el Consejo imperial varios oficiales del ejército, y entrando dos de ellos dieron cuenta de la acción que acababa de ejecutar con los seis criminales de que he hablado, y su relato causó una impresión tan favorable en el ánimo de Su Majestad y de todo su Consejo, que sin esperar más fué expedido un decreto imperial obligando a todas las aldeas de cuatrocientas cincuenta toesas a la redonda a que aprontasen cada día por la mañana seis vacas, enarenta carneros, y otros viveres nece-

sarios para mi sustento con cantidad proporcionada de pan, vino, y otras bebidas. Y para el más pronto reintegro de estos gastos, hizo Su Majestad la asignación sobre su propio tesoro.

Aquel principe no tiene otras rentas que las del patrimonio real, y solamente en urgencias muy interesantes impone tributos a sus vasallos, que tienen obligación de seguirle a la guerra a expensas propias. Asimismo destinaron para mi asistencia seiscientas personas con buenos sueldos, y abonada la construcción de tiendas de campaña muy cómodas, que pusieron a los dos lados de la puerta. También se decretó que trescientos sastres me hiciesen un vestido al uso del país; que seis literatos de los más sabios del imperio se encargasen de instruirme en su idioma; y por último, que los caballos del emperador, los de la nobleza, y las compañías de guardías hiciesen con frecuencia el ejercicio delante de mí para acostumbrarlos a mi figura. Todos estos artículos fueron exactamente cumplidos. Yo hice rápidos progresos en el conocimiento del idioma de Lilliput, y entretanto el emperador no solamente me honraba con repetidas visitas, sino que algunas veces ayudaba a mis maestros.

Las primeras palabras que aprendí fueron las más precisas para pedirle mi libertad con el mayor ahinco, y todos los días se las repetía puesto de rodillas; pero siempre me respondía que tuviesc paciencia basta que pasase algún tiempo, porque así convenía, que no podía determinar por sí solo este negocio sin consultar a su Consejo; y que en el caso de conformarse era preciso exigirme un solemne juramento de guardar paz inviolable con él y con sus vasallos; que no me apresurase, y sería tratado con toda la benignidad posible; y que entretanto procurase conservar su estimación, y la de sus súbditos con la resignación, y una buena conducta. También me previno que no tuviese a mal si acaso daba orden a dos oficiales

para que me registrasen; porque verosimilmente podía llevar conmigo algunas armas ofensivas y perjudiciales a la seguridad de sus dominios. Yo le respondi que estaba pronto a desnudarme en su presencia y vaciar todos mis bolsillos: a esto me replicó que por leyes del Imperio era forzoso que hiciesen el reconocimiento dos comisarios; que bien sabía no podía ejecutarse sin consentimiento mío, y que en prueba del buen concepto que de mi había formado vería cómo ponía sin recelo á sus comisarios en mis manos. Que si éstos me recogían alguna cosa, me sería devuelta fielmente cuando me retirase del país, o se me pagaría completamente su valor por el precio que yo mismo pusiese.

Con efecto, vinieron los dos comisarios a hacer la visita, y yo mismo los introduje en un bolsillo de la casaca, y sucesivamene en los demás.

Estos oficiales iban prevenidos de papel, tintero y plumas, hicieron un inventario muy exacto de todo cuanto vieron, y luego que acabaron me pidieron los volviese al suelo para ir a dar cuenta de su comisión al emperador.

El inventario estaba concebido en estos términos:

«Primeramente en la faltriquera derecha de la casaca del gran hombre montaña (doy esta significación a las palabras qumbus flestrin) habiendo practicado un minucioso registro, no hemos encontrado más que un retazo de tela ordinaria, que puede muy bien servir de alfombra en el salón de respeto de Vuestra Majestad. En la izquierda hemos encontrado un cofre de plata muy grande con su tapadera del mismo metal, la enal no pudimos levantar, suplicamos a dicho hombre montaña que la abriese, y habiendo entrado en él uno de nosotros los comisarios, se halló atollado en polvo hasta las

rodillas, de suerte que no dejó de estornudar en dos horas, y el otro en siete minutos. En la faltriquera derecha de su chupa encontramos un paquete disforme de substancias blancas y delgadas, dobladas una sobre otra, cuyo volumen seria como el de tres hombres de nosotros, y estaban atadas con una cuerda fortísima por unas figuras negras que tenían, discurrimos serían escrituras. En la izquierda había una gran máquina plana, armada de unos dientes gruesos y muy largos, al modo de las empalizadas que resguardan los jardines de Vuestra Majestad. En la faltriquera grande del lado derecho de su tapa-medio (asi traduzco la palabra ran fulo, con que pretendían explicar mis calzones) vimos un pilar enorme de hierro, hueco, unido a una gruesa pieza de madera de mayor anchura, que tenía a un lado otras varias piezas también de hierro trabajadas de relieve, y terminaban con un guijarro cortado en declive; no supimos lo que era esto. Y en la faltriquera compañera había otra máquina de la misma especie. En la faltriquera pequeña del lado derecho había varias piezas redondas y llanas de metal rojo y blanco de diferentes tamaños; algunas de las blancas que nos parecieron de plata eran tan anchas y pesadas que entre los dos apenas podíamos levantarlas. Item, dos alfanjes de bolsillo bien afilados, cuya hoja se doblaba sobre un canal que tenia la empuñadura, y estaban colocados en una gran caja o estuche. Aun faltaban dos faltriqueras que registrar, a las cuales llamaba él secreto; éstas eran dos cortaduras en la parte superior de su tapa-medio, pero muy estrechas por razón del vientre que las oprimia : por fuera del secreto de la derecha colgaba una terrible cadena de plata, y al extremo interior tenía una máquina sumamente prodigiosa. Le pedimos que sacase todo lo que correspondía a dicha cadena, y vimos salir una especie de globo, la mitad de plata, y la otra mitad de un metal transparente, con algunas figuras muy extrañas delineadas en circulo; creímos

poder tocarlas; pero nos detuvo los dedos una substancia luminosa. Aplicamos el oído a dicha máquina, y oímos un ruido continuo, poco menos que en nuestros molinos de agua. Juzgamos que esto no puede ser otra cosa que algún animal desconocido, o la deidad que él adora; pero nos inclinamos más a esto último, porque nos aseguró (si es que pudimos entenderle, pues se explica muy imperfectamente) que rara vez hacía alguna cosa sin consultarle primero: llamábale su oráculo, y decía que le señalaba el tiempo para cada acción de su vida. Del secreto colateral sacó una red capaz de poder servir a un pescador, con sola la diferencia de que se abría y se cerraba; dentro de ella encontramos diferentes piezas macizas de un metal amarillo, que si son de verdadero oro, su valor será inestimable.

»Después de registradas sus faltriqueras con toda escrupulosidad, en cumplimiento de las órdenes de Vuestra Majestad, reconocimos también una faja que tenía alrededor de su cuerpo, la cual parece de la piel de algún animal exquisito, y pendía de ella al lado izquierdo una espada de largo de seis hombres. Al lado derecho tenía una bolsa o faltriquera con dos senos, capaz cada uno de encerrar en sí tres robustos vasallos de Vuestra Majestad. En uno de ellos había muchos globos o balas de un metal muy pesado, casi tan gordas como nuestra cabeza, de suerte que para levantarlas es uenester mucha fuerza.

»Esto es cuanto resulta de la visita que nosotros los comisarios hemos hecho al dicho hombre montaña, e inventario practicado en su consecuencia, ha biéndonos recibido con toda la urbanidad y respeto correspondiente a la comisión de Vuestra Majestad.

Firmado y sellado el cuarto día de la luna ochenta y nueve del muy feliz reinado de Vuestra Majestad.

Leído que fué en presencia del emperador, me mandó con mucha cortesanía que le entregase todos estos efectos uno por uno. Lo primero que me pidió fué la espada. A prevención había dado orden para que a distancia proporcionada guarneciesen su puesto tres mil hombres escogidos entre sus guardias, armados de arco y flechas; mas no lo había yo advertido por el pronto, porque tenía mis ojos fijos en Su Majestad. Presenté mi sable. Díjome nue le desnudase, obedecí, y aunque algo ultrajado del agua del mar conservaba bastante brillantez. Causó tal alboroto entre la tropa, que al instante me mandó envainarlo, y que sin dar golpe lo tirase en el suelo como a seis pics de distancia de donde alcanzaba mi cadena. Después me pidió uno de los pilares de hierro huecos, que así llamaban a mis pistolas de bolsillo; saqué las dos, y queriendo saber cuál era su uso se lo expliqué como pude; advertí a Su Majestad que no se asustase, y cargándolas con pólvora sola, las disparé al aire. La sorpresa general no tiene punto de comparación con la que experimentaron cuando saqué el sable; todos cayeron de espaldas como tocados de un rayo; y aun el mismo emperador, que era en extremo animoso, no volvió en sí hasta pasado algún tiempo. Le entregué ambas pistolas del mismo modo con la provisión de pólvora y balas que llevaba, le advertí que no la acercase al fuego si no quería ver volar por los aires su palacio imperial; esto le dejó más aturdido. También le presenté el reloj, que estuvo examinando con mucha admiración, y mandó que lo llevasen colgado de un gran palo sostenido en los hombros de dos soldados los más esforzados de su guardia, al modo que llevan un barril los mozos de la cerveza en Inglaterra. Pero lo que más le pasmaba era aquel ruido continuo y el

movimiento del minutero que seguía con la vista sin la menor molestia, pues aquellos naturales la tienen mucho más perspicaz que nosotros. Consultó largamente a sus doctores, y cada uno le daba distinta opinión como puede imaginarse el lector.

Sucesivamente fuí entregando las monedas de plata y cobre, el bolsillo del oro con nueve piezas de las mayores que tenemos y algunas otras pequeñas, o peine, la caja de plata, el pañuelo y el libro de memorias o diario. El sable, pistolas, pólvora y balas fué todo al arsenal de Su Majestad, pero los demás efectos quedaron en mi alojamiento. Y a pesar de la diligencia de los comisarios, pude reservar en otra faltriquera secreta que no me encontraron un par de anteojos, de que me servía alguna vez por tener cansada la vista, un telescopio, y otras varias bagatelas de ninguna importancia para el emperador, y para mí muy necesarias si llegaba a verme algún día en libertad, evitando por este medio que las extraviasen o rompieran.

03

Primera parte, capítulo III

Empieza: «Quiso un día obsequiarme el emperador con algún espectáculo brillante, en que, a la verdad, exceden aquellos pueblos a todas las naciones...»

Quiso un día obsequiarme el emperador con algún espectáculo brillante, en que, a la verdad, exceden aquellos pueblos a todas las naciones que conozco, tanto por su destreza, como por su magnificencia; pero nada me dió tanto gusto como ver una compañía de volatineros lucir su habilidad sobre un hilo bastante delgado que no tenía tres pies cabales de largo.

Allí se dedican solamente a este ejercicio aquellos que aspiran a los primeros empleos y desean ser favoritos de la corte; con estas iniras los acostumbran desde pequeños a tan noble peupación, que está vinculada a las personas de alto nacimiento. Cuando vaca algún empleo honorifico, sea por muerte del que lo gozaba o por destitución (que sucede muy a menudo), presentan memorial al emperador cinco o seis pretendientes pidiendo permiso para divertir a Su Majestad y su corte con un bailecito en la cuerda, y aquel que salta más alto sin caer es el elegido. Pero no por esto quedan exentos de volver a subir a la cuerda cuando el emperador lo ordene, para mover la emulación de los demás, y hacer ver que no han perdido su habilidad aunque sean grandes inagistrados o primeros ministros, como frecuentemente se verifica. Flimnaptesorero mayor

del Imperio, pasa por ser el más hábil y diestro en dar cierta cabriola lo menos una pulgada más alta que ninguno otro de aquellos personajes. Yo le vi cjecutar varias veces un salto muy peligroso (que nosotros llamamos sommerset) puesto encima de una tablita de madera suelta sobre la cuerda, que no era más gruesa que un bramante ordinario. Redresal, primer secretario, se le acercaba mucho.

Son muy frecuentes los accidentes funestos en tales funciones, y los más de ellos se registran en los archivos imperiales. Yo me hallé presente en dos o tres de aspirantes estropeados; pero las mayores desgracias suceden cuando se pasa orden a los ministros, pues haciendo los más grandes esfuerzos por distinguirse se exceden a competencia, y exponen sus vidas con notable riesgo. Me contaron por muy cierto que un año antes de mi llegada, Flimnap se hubiera abierto la cabeza infaliblemente si no acierta a caer sobre uno de los almohadones del emperador.

Tienen otra diversión que está reservada para cl emperador, la emperatriz y el primer ministro. Esta se reduce a que el emperador tiende sobre una mesa, convenientemente separadas, tres hebras de seda de Jargo de seis pulgadas la una carmesí, la otra amarilla y la otra blanca, que son otros tantos premios para aquellos que quiere recompensar con una gracia singular. Se hace esta ceremonia en el salón de audiencias de Su Majestad, donde, presentándose los candidatos, han de dar forzosamente una prueba tal de su habilidad que no he visto cosa que se le parezca en ningún otro país del antiguo ni del nuevo mundo.

El emperador tiene un bastón con los dos extremos paralelos al horizonte; algunas veces toina el primer ministro un extremo, y a ve-

ces lo tiene éste solo. Llegan los concurrentes uno a uno, y van saltando por encima. Aquel que muestra mejor acierto, agilidad y ligereza es premiado con la seda carmesí: el segundo con la amarilla, y el tercero con la blanca. Cada uno se hace un cinturón de la suya, y después llevan siempre este distintivo, que a más de darles honor, les inspira una orgullo generoso.

Queriendo divertirse el emperador conmigo de un modo bastante original, ordenó que se pusicsen sobre las armas todas las tropas que guarnecian la capital y sus inmediaciones; y habiéndome mandado poner en pie, como si fuera un coloso, abiertas las piernas todo cuanto me fuese posible, sin que resultara daño, dió orden a su general, soldado viejo muy experimentado, de que formase aquella parte de su ejército en columna con la proporción de veinticuatro hombres de frente en la infantería y diez y seis en la caballería, y que así desfilasen marchando por entre mis piernas, con las armas al hombro, despiegadas las banderas, y tambor batiente. Era un cuerpo de tres mil infantes, y mil caballos. Su Majestad había impuesto pena de la vida al soldado que no observase la mayor compostura y moderación con respecto a mi persona; pero como en la oficialidad había muchos jóvenes, y a la verdad mi ropa estaba bastante estropeada, no faltaron curiosos que me miraban, y no podían marchar de risa.

Eran ya tantos los memoriales y peticiones que había presentado en solicitud de mi libertad, que al fin propuso Su Majestad este asunto primeramente al Consejo del Despacho, y después al de Estado, sin otra oposición que la del ministro Skyresh Bolgolanı, quien, sin saber por qué, se declaró mi enemigo. Pero todo el resto del Consejo estaba a mi favor, y el empe..rador aprobaba su resolución. Este ministro, que era galvet, esto es, almirante mayor, se ha-

bía granjeado la confianza de su señor por su habilidad en el manejo de los negocios públicos; mas era de un espíritu áspero y caprichoso. Pudo conseguir que le encargasen de la redacción del expediente en cuya virtud podría concedérseme la libertad. El mismo Skyresh Bolgolam en persona, acompañado de dos subsecretarios y de otras varias gentes de distinción, vino a leérmelo; y habiéndome propuesto su observancia por juramento solemne al uso de mi país, que desde Juego presté, me lo exigió sucesivamente con todas las ceremonias establecidas por sus leyes, que son las siguientes: toman el dedo pulgar del pie derecho con la mano izquierda, y llevan la derecha a la cabeza, poniendo el dedo de en medio en la coronilla o parte superior, y el pulgar junto a la oreja del mismo lado. El lector estará, sin duda, impaciente de saber el estilo de aquellos pueblos, y artículos preliminares de mi liberación, y por no tenerle inquieto me he tomado el trabajo de traducir a la letra todo el decreto.

«Golbasto Momaren Evlame Gurdilo Sheein Mully Uvy Gue, muy poderoso emperador de Lilliput, las delicias y el terror del Universo, cuyos dominios se extienden cinco mil blustrugs (esto es, casi seis leguas en circuito) a las extremidades del globo; soberano de todos los soberanos, más alto que los hijos de los hombres, cuyos pies constriñen la tierra contra su centro, y con su cabeza toca al sol; de quien una simple ojeada bace temblar las rodillas de los potentados; amable como la primavera, placentero como el verano, abundante como el otoño, terrible como el misino invierno; a todos nuestros vasallos amigos y leales, salud.

»S. A. M. propone al hombre montaña ciertos artículos preliminares, cuya observancia será obligado a ratificar por juramento solemne.

»1.° El hombre montaña no saldrá en ningunu manera de nuestros vastos dominios sin nuestro permiso expreso, y autorizado con el gran sello.

»2.° No tendrá libertad de entrar en nuestra corte sin nuestra orden expresa, a fin de que haya tiempo de avisar a todos sin confusión, que se recojau a sus casas, y no salgan de ellas.

»3.° El dicho hombre montaña no podrá pascar sino en los caminos reales de ruedas, y se guardará bien de pisar, ni acostarse en ninguno de nuestros prados y mieses.

»4.° Cuando paseo en los dichos caminos pondrá todo el cuidado posible en no despachurrar con sus enormes pies a ninguno de nuestros ficles vasallos, sus caballos o carruajes; y no será osado a poner sus manos sobre ninguno de nuestros dichos vasallos a nienos de que preceda su consentimiento.

»5.° Si fuere necesario que algún correo de gabinete salga a diligencia demasiado urgente será obligado el hombre montaña a llevar dentro de su faltriquera al dicho correo basta seis jornadas, una vez en cada luna, y (requerido que sea) deberá sacarle y ponerle en nuestra presencia imperial sano y salvo.

»6°. Será nuestro aliado contra nuestros enemigos de la isla de Blesfuscu, y hará cuanto esté de su parte para destruir la flota que actualmente están armando, con destino a hacer un desembarco en nuestras costas.

»7°. El dicho hombre montaña en las horas que tenga desocupadas prestará su socorro a nuestros obreros, ayudándoles a subir ciertas piedras de mucha magnitud para concluir las paredes de nuestro gran parque y edificios imperiales.

»8.° Luego que el hombre montaña haya hecho el juramento solemne de observar todos los artículos aquí contenidos, gozará para su sustento de la ración díaria que correspondería a mil ochocientos setenta y cuatro hombres de nuestros súbditos, con acceso libre cerca de nuestra persona imperial, y otras muestras de nuestro favor. Dado en nuestro palacio de Belfaborac el día doce de la luna noventa y una de nuestro reinado.»

Juré y firmé todos estos artículos con suma complacencia, aunque algunos de ellos no me eran tan honrosos como yo quisiera: éste fué el efecto de la malicia del almirante mayor Skyresh Bolgolam. Quitáronme las cadenas, y quedé libre. El emperador me hizo el honor de asistir personalmente a la ceremonia de mi soltura. Di a Su Majestad las más humildes gracias arrodillado a sus pies; pero al instante me hizo levantar en términos los más generosos.

El lector ha podido observar que en el último artículo del decreto de mi libertad se conformaba ei emperador con que se me diese toda la porción de vianda y bebida capaz de alimentar a mil ochocientos setenta y cuatro liliputienses; pasado algún tiempo, tuve la curiosidad de preguntar a un cortesano íntimo amigo mío por qué me habían señalado esta cantidad tan determinada, y me respondió que los matemáticos de Su Majestad habían tomado la altura de mi cuerpo por medio de un cuarto de circulo, y habiendo computado el grosor, hallaron que correspondía a mil ochocientos setenta y cuatro de ellos, calculando de aquí, atendida la similidesidencia de su cuerpo, que debía tener un apetito mil ochocientas setenta y cuatro veces mayor que el suyo. Este detalle bastará al lector para formarse idea de la ingenuidad de aquellos pueblos, y de la economía discreta, exacta y perspicaz de su emperador.

04

Primera parte, capítulo IV

Empieza: «El primer memorial que presenté después de haber conseguido mi libertad, fué para obtener el permiso de ver a Mildendo, capital de...»

El primer memorial que presenté después de haber conseguido mi libertad, fué para obtener el permiso de ver a Mildendo, capital de aquel Imperio. E emperador me lo concedió, habiéndome encargado que no hiciese ningún daño a sus habitantes ni en sus casas. Mandóse publicar por bando para que todos supiesen mi designio de visitar la ciudad. La muralla que la defendía por todos lados tenía dos mies y medio de altura y once pulgadas lo menos de ancho, de suerte que podía muy bien rodar en ella un coche y dar su vuelta alrededor sin peligro. Estaba asimismo flanqueada de fuertes torres a diez pies de distancia la una de la otra. Yo entré por la puerta occidental y anduve las dos calles más principales muy despacio y siempre de costado sin otra ropa que un juboncillo corto por no arruinar los tejados con los bordes de la chupa; teniendo cuidado de no pisar a algunas gentes que habían quedado en las calles no obstante las órdenes terminantes comunicadas a todos a fin de que se recogiesen en sus casas y se mantuviesen en ellas sin salir de ninguna manera hasta que yo me retirase. Los balcones y ventanas del primero, segundo, tercero y aun del cuarto piso, las de los desvanes y sobrados estaban todas cubiertas de un número considera-

ble de espectadores; hasta en los mismos tejados había gentes, de donde inferí que la ciudad debía ser excesivamente populosa.

Su figura es un cuadro perfecto que forman cuatro lienzos de muralla de quinientos pies cada uno. Las dos calles principales que se cruzan y la dividen er cuarteles iguales tienen cinco pies de anchura; las demás donde no pude entrar tendrán de once a diez y ocho pulgadas. Puede contener muy bien aquella ciudad quinientas mil almas. Las casas tienen tres o cuatro pisos. Sus tiendas bien surtidas; sus mercados abundantes. Antiguamento tuvieron buena opera y comedia; mas faltaron aquellos autores a quienes promovía la liberalidad del príncipe y cesaron estos espectáculos.

El palacio del emperador, situado en el centro de la ciudad, donde se cruzan las dos calles mayores, estaba cercado de una pared de veintitrés pulgadas de altura, a veinte pies de distancia del edificio. Su Majestad me permitió echar una pierna por encima de la pared para poder ver su palacio por todos lados. La plazuela exterior que forma, es un cuadro de cuarenta pies, y dentro de él hay otras dos. En la más interior está la habitación de Su Majestad, que era lo que más deseaba yo ver; pero esto era muy difícil, pues las mayores portadas apenas tenían diez y ocho pulgadas de alto y siete de ancho; además, el edificio de la plazuela primera sería de cinco pics de altura lo menos, y me era imposible saltar por encima sin riesgo de romper las pizarras de que estaba fabricado el techo; pero de las paredes no había que temer, pues tenían cuatro pulgadas de grueso y su arquitectura, de sillería, era sólida.

El emperador también quería que viese la magnificencia de su palacio. Pude darle este gusto al cabo de tres días que ocupé en cortar algunos árboles de los más grandes del parque imperial, que dis-

taba de la ciudad casi cincuenta toesas. De ellos fabriqué tres banquillos, de tres pies de alto cada uno, y bastantemente fuertes para poder resistir el peso de mi cuerpo. Repitióse el bando a fin de avisar al pueblo, y tomando mis banquillos volví a atravesar la misma calle hasta llegar al palacio. Subí encima del uno, pasé el otro a la primera plazuela que tenía ocho pies de latitud, fijé en él el pie derecho, después el izquierdo, y, tirando del tercer banquillo con un garfio dispuesto a prevención, le descolgué al patio interior, por cuyo medio logré introducirme hasta allí, pasando de uno en otro. Me acosté de lado sobre el suelo y aplicando la cara a todas las ventanas del primer piso, que con este fin habían dejado abiertas, vi las habitaciones más magníficas que puedo imaginarse. También vi a la emperatriz y a las infantitas en sus respectivos cuartos, rodeadas de su servidumbre. Su Majestad Ilustrísima tuvo la bondad do honrarme con una sonrisa muy graciosa, y me dió a besar su mano por la ventana.

No pienso referir aquí minuciosamente las curiosidades que encierra aquel palacio; las reservo para otra obra mayor que está para imprimirse, y conprende la descripción general de aquel imperio desde su primera fundación; la historia de sus emperadores en una dilatada sucesión de siglos observaciones acerca de sus guerras; su política, sus leyes, literatura, y religión del país; plantas y animales que allí se encuentran: usos y costumbres de los habitantes, con otras muchas materias prodigiosamente curiosas, y excesivamente útiles. Mi objeto por ahora no es más que referir cuanto me sucedió en cerca de nueve meses que residi en aquel maravilloso imperio.

Quince días después de haber conseguido mi libertad, Reldresal, secretario de Estado con destino al departamento de los negocios particulares, se presentó en mi casa con un solo criado, habiendo

dejado su coche a cierta distancia donde mandó que le esperasen. Pidióme audiencia privada de una hora, y, para que pudiese estar a nivel de mi oído, le propuse que me tendería en el suelo; pero prefirió que le tuviese sobre la mano mientras duraba la conferencia. Principió felicitándome por mi liberación de las prisiones, añadiendo que se lisonjeaba de la pequeůa parte que en ella había tenido; pero que a no haber inediado el interés que la corte se prometía, no hubiera conseguido tan pronto mi pretensión: apues por floreciente continuo diciendo que parezca nuestro estado a los extranjeros, no lo es tanto que no tengamos dos grandes ejércitos que combatir: una liga poderosa por dentro y por fuera la invasión de que estamos amenazados por un enemigo formidable. Con respecto a lo priniero, es necesario que sepáis que de más de setenta lumas a esta parte ha habido dos partidos opuestos en este Imperio con los nombres de Tramecksans y glameksans, términos alusivos a los altos y bajos tacones de sus zapatos, por los cuales se distinguen. I'retenden los alti-tacones, y es cierto, que son los más conformes a nuestra antigua constitución; pero, aunque así sea, Su Majestad ha resuelto no servirse sino de los baji-tacones para la administración del Gobierno, y todos los empleos cuya presentación corresponde a la Corona; vos mismo habréis notado que los tacones de Su Majestad Imperial son lo menos un drurr[1] o más bajos que los de toda su corte.

»El encono de estos dos partidos—prosiguió—ha llegado a tal punto, que ni comen ni beben juntos, ni siquiera se hablan. Contamos con que los tramecksuns, o alti-tacones nos exceden en múmero; pero la autoridad está en nuestras manos. ¡Ay! sospechamos, no obstante, que su Alteza Imperial, heredero conocido de la corona, tenga alguna inclinación a los alti-tacones; por lo menos, nos

lo da a entender en que uno de los suyos es más alto que el otro, lo cual le hace cojear un poco en la marcha. Además de estas disensiones intestinas, nos hallamos amenazados de invasión por parte de la isla de Blefuscu, que es el otro grande imperio del Universo casi tan dilatado y poderoso como el nuestro. Pues, aunque nos quieren hacer creer que hay otros imperios, reinos y Estados en el mundo habitados por criaturas humanas tan agigantadas como vos, nuestros filósofos lo dudan mucho, y más bien se inclinan a la conjetura de que habréis caído de la luna, o de alguna estrella, porque, si no, un ciento solo de mortales de vuestra corpulencia bastaría para consumir en muy corto tiempo todos los frutos y carnes del Estado. Por otro concepto, nuestros historiadores de seis mil lunas a esta parte no hacen mención de otras regiones que de los dos grandes imperios de Lilliput y Blefuscu. Estas dos formidables potencias, como os iba diciendo, hace treinta y seis lunas que están empeñadas en una guerra tenaz, ahora sabréis su interés. Todo el mundo conviene en que el primitivo modo de romper un huevo para comerlo es por el extremo más grueso, pero el abuelo de Su Majestad reinante, siendo muchacho, iba a comer uno, y tuvo la desgracia de cortarse un dedo, con cuyo motivo el emperador su padro expidió un decreto imponiendo graves penas a cualquiera de sus vasallos que no rompiese los huevos por la punta. El pueblo se irritó tanto de esta ley, que nuestros historiadores refieren que hubo en aquella ocasión scis rebeliones, en las cuales un emperador perdió la vida y otro la corona. Estas desavenencias intestinas fueron siempre fomentadas por los soberanos de Blefusen, y cuando estuvieron reprimidas, los sublevados se refugiaron a aquel imperio. Calenlan el número de rebeldes en once mil hombres, que en diversas ocasiones prefirieron la muerte a la dura ley de romper los huevos por la punta. Centenares de abultados volúmenes se han

escrito y publicado sobre esta materia; pero la apología de los gruesi-extremitas se prohibió mucho tiempo hace, y todo su partido está declarado por las leyes inhábil para obtener empleo ninguno. Durante estas perturbaciones continuas los emperadores de Blefuscu nos han hecho frecuentes insinuaciones por sus embajadores, acusándonos de delincuentes por violar un precepto fundamental de nuestro gran profeta Lustrogg en el capitulodel Brundecral[2]. Sin embargo, se ha atribuido a interpretación del sentido del texto, cuyas palabras son estas que todos los fieles romperán los huevos por el extremo que más les acomode; conque, a mi modo de entender, se debe dejar a la conciencia de cada uno que decida cuál es el extremo más a propósito; y en el último caso, solamente a la autoridad del supremo magistrado compete la decisión. Más; los gruesiextremitas desterrados han hallado tan buena acogida en la corte del emperador de Blefuscu, y tanto socorro y apoyo en nuestro mismo país, que sin otro objeto se ha sostenido una guerra muy sangrienta entre los dos imperios por espacio de treinta y seis lunas, cuyo suceso ha sido vario. En esta guerra hemos perdido cuarenta navíos de línea, y mucho mayor número de pequeñas embarcaciones con treinta mil de nuestros mejores marineros y soldados: y aseguran que la pérdida del enemigo no ha sido menor; pero, aunque así sea, en el día están armando una flota muy formidable, y se preparan a desembarcar en nuestras costas. Esto supuesto, Su Majestad Imperial, poniendo toda su confianza en vuestro valor y teniendo una alta idea de vuestras fuerzas, me ha mandado que os ponga al corriente de lo que sucede, a fin de saber cuáles son vuestras disposiciones con respecto a ellas».

Yo respondí al secretario que agradecía muy mucho las atenciones del emperador y que estaba siempre pronto a sacrificar mi vida en

defensa de su sagrada persona y de su Imperio contra todas las invasiones y empresas de sus enemigos. El mensajerc se retiró muy satisfecho de mi respuesta.

NOTAS

1. Poco menos de un catorceavo de pulgada. ↩
2. Es su Alcorán. ↩

05

Primera parte, capítulo V

Empieza: «El imperio de Blefuscu es una isla situada al nordeste de Lilliput, y separado de éste por un canal que tiene cuatrocientas...»

El imperio de Blefuscu es una isla situada al nordeste de Lilliput, y separado de éste por un canal que tiene cuatrocientas tocsas de anchura. Yo no le había visto, y como estaba advertido del desembarco proyectado, no había querido presentarme en la costa porque no me descubriesen algunos de los navíos enemigos.

Di cuenta al emperador de que tenía formado por el pronto un buen proyecto para hacerme dueño de toda la armada enemiga, que según relación de los que habíamos enviado a observarla, estaba para salir del puerto al primer viento favorable. Consulté a los más prácticos en la marina a fin de informarme de la profundidad del canal; y me dijeron que en la mayor altura tenía setenta glumgluffs (esto es, seis pies escasos según las medidas de Europa), y en todo lo restante cincuenta glumgluffs cuando más. Acerquéme con toda precaución a la costa del nordeste frenle por frente de Blefuscu, y acostándome detrás de una colina, me puse los anteojos, y pude ver la armada compuesta de cincuenta navíos de guerra y otros muchos de transporte. Me retiré lnego al punto, y mandé fabricar una gran porción de cables, los más fuertes que pudiesen, con unas barras de hierro, suponiendo que los cables quedarían del grueso de un bramante doble. y las barras como unas agujas de ha-

cer media. Tripliqué los cables para que fuesen más resistentes, y uniendo igualmente las barras, hice de cada tres un garfio o corchete que até a sus extremos. Volví a la costa de nordeste, y dejando alli la chupa, medias y zapatos, me entré en el canal. Principié a andar con toda la rapidez posible, y llegado al medio, scegui nadando del mismo modo cerca de quince toesas hasta que pude hacer pie. En menos de media hora llegué a la flota: viéronme los enemigos, y fué tanto el pavor que les infundió mi presencia, que, saltando todos fuera de los navios, como un enjambre de ranas, huyeron tierra adentro. Bien habría treinta mil hombres. Entonces, echando mano a mis cables, fuí prendiendo todos los naviosuno por uno, con los garfios, por el agujero de la proa; pero, mientras duró esta maniobra, me hicieron los enemigos una descarga de tantos millares de flechas que, hiriéndome muchas de ellas en la cara y manos, no sólo me causaban un excesivo dolor, sino que me impedían trabajar. Mi mayor cuidado era guardar la vista, que infaliblemente hubiera perdido si no me ocurre a tiempo servirme de los anteojos que por fortuna llevaba conmigo, y asegurándolos cuanto pude en las narices, me armé así como de una especie de broquel, con que continué la maniobra a pesar de la granizada de flechas que sobre mí caía sin intermisión. IIabiendo colocado bien mis ganchos, empecé a tirar, pero inútilmente, porque todas las embarcaciones estaban ancladas. Corté prontamente sus cables con un cuchillo, en lo que no me detuve mucho, y con la mayor facilidad me llevé tras de mí cincuenta navíos de los principales.

Los blefuscuitas, que no tenían idea de lo que iba a hacer, quedaron tan amedrentados como aturdidos. Ellos vieron que corté los cables, y discurricron que mi intención se dirigía solamente a abandonarlos al viento y marea para que chocasen unos con otros pero,

cuando vieron que arrastraba toda la fota de una vez, prorrumpieron en clamores de rabia y desesperación.

No cesé de andar hasta que me vi ya fuera del alcance de las flechas; entonces me detuve un poco para quitarme las que llevaba en la cara y manos, y continuando con mi presa, sólo traté de restituirme al puerto imperial de Lilliput.

El emperador y toda su corte, que estaban en la costa esperando el suceso de mi empresa, veían de lejos que se acercaba una flota en figura de media huna pero como el agua mue cubría hasta el cuello, no advirtieron que era yo el que la conducía hacía su puerto.

El emperador creyó firmemente que había perccido, y que la armada enemiga venía a efectuar su desembarco. Pero sus temores se disiparon prontamente luego que pude hacer pie, y me descubrieron a la cabeza de aquel proniontorio de naves, exclamando en alta voz: Viva el muy poderoso emperador de Lilliput Apenas llegué, Su Majestad me colmo de indecibles alabanzas, y me creó nardac, que entre ellos es el título más honorífico.Al mismo tiempo, me rogó que tomase mis medidas para conducir a sus puertos todas las demás embarcaciones del enemigo su ambición era tal, que no le dictaba nada menos que hacerse señor de todo el imperio de Blcfuscu para reducirlo a provincia del suyo, y poner en él un virrey; castigar de muerte a todos los gruesi-extremitas expatriados, y obligar a todos sus pueblos a que rompiesen los huevos nor el extremo más agudo con lo cual se prometía ser el monarca de todo el universo. Pero me dediqué a disuadirle de este designio por medio de muchas razones fundadas en política y justicia, y le protesté con resolución, que yo no sería jamás el instrumento de que se sirviese para oprimir la libertad de un pueblo franco, noble y esforzado.

Cuando en el Consejo se trató de este negocio, la parte más sana fué de mi opinión.

Pero esta declaración manifiesta y bizarra era tan opuesta a las intenciones y política de Su Majestad, que ni él mismo podía perdonármela. Habló a su Consejo de un modo bastante artificioso, de donde tomaron ocasión mis encinigos ocultos para perderme. ¡Oh cuán cierto es que los servicios más importantes so obscurecen caundo no van acompañados de una ciega condescendencia a las pasiones!

Cerca de tres semanas después de mi brillante expedición, llegó una solemne embajada de Blefuscu con proposiciones de paz. Muy presto se cerró el tratado bajo condiciones ventajosísimas para el Imporio. Componían la embajada seis personajes con una comitiva de quinientas personas. Bien se puede decir que su entrada fué correspondiente a la majestad de su señor y a la importancia de la negociación.

Concluído el tratado, y hallándose informados Sus Excelencias secretamente de los buenos oficios hechos por mí a su nación, por haberles hablado de mí el emperador, me hicieron una visita de ceremonia. Entraron elogiando mi gran valor y generosidad, y me convidaron en nombre de su señor a pasar a su reino si me agradaba. Yo les di las gracias, y supliqué que me hiciesen el honor de ponerme a los pies de Su Majestad Blefuscuita, cuyas esclarecidas virtudes corrían por todo el orbe, ofreciéndoles también que iría a presentarme a su real persona.

Pocos días después pedí permiso al emperador para pasar a cumplimentar al gran rey de Blefuscu; y me respondió con frialdad que podía hacerlo.

Se me olvidaba advertir que los emperadores me hablaron por medio de un intérprete, porque los idiomas de los dos Imperios son muy diferentes cada uno pondera la antigüedad, hermosura y fuerza del suyo con un total desprecio de la otra nación, y como el emperador estaba ensoberbecido con la victoria ganada a los blefusonitas en la presa de su flota, obligó a los embajadores a que presentasen sus credenciales, e hiciesen su arenga en lengua lilliputiense; sin embargo de que con motivo del tráfico y comercio que hay entre los dos Imperios, la admisión reciproca de los desterrados y el estilo adoptado por la nobleza lilliputiense de enviar sus hijos a Blefuscu para civilizarlos y enseñarles los ejercicios de su inspección, es preciso confesar que es muy rara la persona de distinción, y aun el negociante y marinero de sus puertos marítimos, que no posea ambos idiomas.

Un fatal accidente me dió ocasión de hacer a mi emperador otro servicio señalado. Despertáronme a media noche los destemplados gritos de un tropel de gente arremolinada a la puerta de mi alojamiento, que repetían Burgum, Burgum, y rompiendo por medio de todos con bastante precipitación algunos de la corte del emperador, llegaron a mí, suplicándome que acudiese sin detención a palacio porque el cuarto de la emperatriz estaba ardiendo por el descuido de una de sus damas, que leyendo un poema blefuscuita se había quedado dormida. Levantéme al instante, y no paré hasta llegar a palacio, con bastante trabajo por no pisar a alguno en las calles. Ya habían arrimado escaleras a las paredes de la habitación, y tenían un buen surtido de cabos, pero el agua estaba distante. Estos eran como dedales, y aunque el pobre pueblo se afanaba con la mayor diligencia a llevar agua, el fuego iba tomando fuerza, y sin duda hubiera reducido a cenizas un palacio tan magnífico, si por una

presencia de ánimo poco ordinaria no me ocurre de pronto un arbitrio famoso. La tarde anterior había bebido bastante porción de un vino blanco llamado glimigrin que produce una provincia de Blefuseu, y es en extremo diurético. Fué tal el efecto, y supe dirigirle con tanta destreza y felicidad hacia los parajes de mayor riesgo, que en tres minutos quedó apagado el incendio, y el resto de aquel soberbio edificio, que había costado inmensas sumas, libre de un enemigo tan fatal.

Yo tenía mis desconfianzas de que el emperador me agradeciese completamente este servicio, porque, según las leyes fundamentales del Imperio, ora un crimen capital y abominable hacer aguas en todo el recinto del palacio imperial; pero salí del cuidado luego que supe que Su Majestad había dado orden al juez mayor para que me expidiese carta de indulto. No obstante, después me informaron que la emperatriz, habiendo concebido el mayor horror de mi desacato, se había retirado a lo más interior del palacio con firme resolución de no volver jamás a entrar en unas habitaciones atrevidamente profanadas por acción tan impúdica y grosera.

06

Primera parte, capítulo VI

Empieza: «Aunque tenga la intención de reservar la descripción de este Imperio para un tratado particular, me creo no obstanto obligado a dar...»

Aunque tenga la intención de reservar la descripción de este Imperio para un tratado particular, me creo no obstanto obligado a dar aquí al lector alguna idea general. Como la estatura ordinaria de los habitantes de aquel país es de seis pulgadas escasas, a su proporción son los ganados y demás animales, sus árboles y plantas. Por ejemplo, los caballos y bueyes mayores son de cuatro a cinco pulgadas de altos; los earneros de pulgada y media a corta diferencia; los patos poco menos que nuestros gorriones: de suerte que sus insectos cran casi invisibles para mi; pero Naturaleza supo ajustar los ojos de los habitantes de Lilliput a la proporción de todos sus objetos. Para poder formarse idea aproximada de la perspicacia de su vista, basta decir que tuve el gusto de ver un día a un diestro cocinero desplumar a una alondra del tamaño de una mosca regular, y a una joven doncella enhebrar una aguja tan invisible como la seda que pasaba.

Tienen sus caracteres y letras; pero el modo de escribir es particularisimo. No es de izquierda a derecha como se hace en Europa, ni de derecha a izquierda como usan los árabes, ni de arriba abajo como los chinos, ni de abajo arriba como los cascagienses, sino

oblicuamente de un ángulo del papel al otro, como hacen las damas de Inglaterra.

Entierran los muertos con la cabeza hacia abajo, porque se imaginan que en once mil lunas han de resucitar todos, que entonces en la tierra (que ellos creen plana) se volverá lo de arriba para abajo, y que de este modo en el instante de la resurrección se hallarán todos perfectamente derechos sobre sus pies. Sus sabios conocen bien lo absurdo de esta opinión, pero el uso subsiste porque es antiguo, y está fundado sobre las ideas del pueblo.

Tienen leyes y costumbres muy singulares que acaso intentaría justificar si no fueran demasiado contrarias a las de mi amada patria. La primera de que haré mención mira a los delatores. Todo crimen contra el Estado es castigado en aquel país con extremado rigor; pero si el acusado prueba evidentemente su inocencia, el acusador es al instante condenado a una muerte ignominiosa, y todos sus bienes confiscados a beneficio del inocente. Si el delator es pobre de solemnidad, el emperador, de su propio peculio, recompensa al acusado, suponiendo que en el caso haya sufrido prisión o algún mal trato, aunque sea ligero.

El fraude es mirado como delito más enorme que el robo, por cuya razón le castigan siempre de muerte. Llevan por principio que el cuidado y la vigilancia con un espíritu regular pueden preservar los bienes del hombre de insulto de ladrones; pero que la probidad no tiene defensa contra la falacia y mála fe.

Aunque consideremos los castigos y recompensas como los grandes ejes del gobierno, me atrevo a decir, sin embargo, que la máxima de castigar y recompensar no se practica en Europa con la prudencia que en el imperio de Lilliput. Cualquiera que acredite

haber guardado exactamente las leyes del país por espacio de setenta y tres lunas, está capacitado para pretender con derecho ciertos privilegios arreglados a su clase y estado, cuyos gastos se sucan de un fondo establecido con este destino. Igualmente se hace acreedor al título de snilpal (leal) que puede unir a su nombre, pero no es transmisible a su posteridad. Tiene por un excesivo vicio de la política que todas las leyes sean inminentes, y que la infracción sea seguida de un riguroso castigo, mientras que la observancia no conoce el menor premio. Esta es la razón por que pintan la justicia con seis ojos; dos delante, dos detrás y uno a cada costado (para representar la circunspección), con un talego lleno de oro en la mano derecha y una espada envainada en la izquierda, para significar que está más pronta a recompensar que a castigar.

En la elección de individuos para proveer los empleos prefieren la probidad al talento. Siendo nocesario el gobierno al género humano, dicen ellos, la Providencia no tuvo jamás el designio de hacer de la administración de los negocios públicos una ciencia difícil y misteriosa que solamente pudiese poscerla un corto número de espiritus raros y sublimes de aquellos que apenas nacen dos o tres en todo un siglo; pero la verdad, la justicia, la templanza y las demás virtudes no están negadas a ninguno, y la practica de ellas, acompañada de alguna experiencia y una buena intención, constituyen a cualquiera persona idónea y suficiente para el servicio de la patria, por pocas luces y discernimiento que tenga. Añaden que así como se suele ver que en algunos suplen, al parecer, los talentos superiores del ánimo el defecto de las virtudes morales, tanto más peligroso sería confiar los primeros empleos a tales gentes. Que los errores nacidos de la ignorancia en un ministro de buenas costumbres nunca podrán tener tan funestas consecuencias hacia el bien

público, como las operaciones obscuras de otros, cuyas inclinaciones estuviesen corrompidas, y que conducidos de unas miras criminales encontrarían facultades en su habilidad para ejecutar el inal impunemente.

El que no cree en la Providencia Divina entre ellos es declarado por incapaz de poseer ningún puesto público. Como los reyes se consideran con justo título diputados de la Providencia (dicen los lilliputienses), no hay absurdo ni inconsecuencia mayor que la conducta de un príncipe que se sirve de gentes sin religión, que niegan aquella autoridad suprema de que forzosamente ha de provenir la suya.

Cuando refiero estas leyes y las siguientes, hablo solamente de las originales y primitivas, pues ignoro que por otras modernas han caído aquellos pueblos en el mayor exceso de corrupción. Prueba fehaciente de esto es la costumbre vergonzosa de obtener los principales empleos dando cabriolas sobre la cuerda, y los distintivos do honor saltando por encima de un palo. Bueno es advertir que semejante novedad fué introducida por el padre del emperador reinante.

La ingratitud es allí un delito enorme, así como nos enseña la historia que en otros tiempos lo era entre algunas naciones virtuosas. Aquel, dicen ellos, que paga con malas obras a su mismo bienhechor, es preciso que sea un enemigo capital de todos los demás hombres.

Juzgan los lilliputienses que ni el padre ni la inadre deben sufrir la carga de la educación de sus propios hijos. Tienen en todas sus ciudades seminarios públicos con expresa obligación para los padres (excepto menestrales y jornaleros) de enviar allí a sus hijos de uno y otro sexo para educarlos y darles earrera. Luego que llegan a la

edad de veinte lunas, yu los suponen dóciles y con capacidad para aprender. Hay escuelas separadas para cada clase con respecto a su nacimiento y sexo: todas están bien dotadas de maestros hábiles, que van formando a los muchachos para un estado correspondiente a su clase, talentos e inclinaciones.

En los seminarios para varones de nacimiento ilustre hay maestros muy doctos y respetables. El vestido y alimento de los seminaristas es sencillo. Allí les inspiran jrincipios de honor, justicia, valor, modestia, clemencia, religión y amor a la patria. Tienen criados que los visten hasta la edad de cuatro años, pero después los obligan a que se vistan ellos mismos sin exceptuar al hijo de un grande. No les permiten recreo sin la presencia de algún maestroque es el modo de evitar estas funestas impresiones de la locura y del vicio que principian tan temprano a corromper las inclinaciones de la juventud. Se consiente que el padre y la madre visiten a su hijo dos veces al año, pero cada visita no ha de pasar de una hora. Pueden besar al hijo cuando entran y cuando se despiden, y siempre con asistencia de un maestro que no les deja hablar en secreto, adularlos, acariciarlos, ni darles juguetes, confitura, ni otras golosinas.

Las niñas de calidad son educadas en sus respectivos colegios casi en la misma forma, a excepción de que tienen criadas que las visten a presencia de una maestra hasta que llegan a la edad de cinco años, que principian a vestirse por sí mismas. Si se averigua que sus nodrizas o camareras las entretienen con novelas ridículas, cuentos insípidos o capaces de infundirles pavor (que en Inglaterra es bastante común en tales directoras), las azotan públicamente tres veces por toda la ciudad, sufren un año de prisión, y, por último, las condenan a destierro perpetuo al lugar más desierto de todo el Imperio. Así se ve en aquel país que las jóvenes se

avergüenzan tanto como un hombre de parecer cobardes y necias; hacen menosprecio de todo adorno exterior, y sólo atienden al aseo y decencia. Sus ejercicios no son tan violentos como los de los muchachos, ni las hacen estudiar tanto, pues las instruyen también en las ciencias y humanidades. Es máxima entre ellos que debiendo ser la mujer una compañía siempre grata a su marido, ha de adornar su espíritu cuanto pueda porque éste nunca se envejece.

Los lilliputienses opinan muy distintamente de como se piensa en Europa, que nada merece tanto cuidado y atención como la educación de los niños. Esto es tan fácil, dicen ellos, como sembrar y plantar. Pero el conservar ciertas plantas, hacerlas crecer felizmente, defenderlas del rigor del invierno, de los bochornos y tempestades del verano, y del insulto de los insectos, y finalmente disponerlas para que fructifiquen con abundancia, es el efecto de la aplicación y celo de un buen jardinero.

Para la elección de maestros estiman más un espíritu recto que otro muy sublime; prefieren las buenas costumbres a la mucha sabiduría. No pueden sufrir aquella especie de preceptores que aturden sin cesar los oídos de sus discípulos con combinaciones gramaticales, disputas frívolas y notas pueriles; y que por enseñarles el antiguo idioma de su país (que apenas tiene alguna muy poca relación con el moderno) les abruman el ánimo de reglas y excepciones, y abandonan el uso y ejercicio por llenarles la memoria de principios superfluos y preceptos escabrosos. Quieren que el maestro se familiarice sin perder su autoridad, porque nada es tan opuesto a la buena educación como el pedantismo y una gravedad afectada. En su concepto, deben más bien inclinarse que elevarse delante del discípulo, y tienen esto por más difícil que aquello, por-

que regularmente es necesario más esfuerzo y vigor, y siempre mayor cuidado para bajar sin caer, que para subir.

Juzgan que los maestros deben aplicarse antes a formar el espíritu de los jóvenes para la conducta de la vida que a enriquecerle de conocimientos curiosos y casi siempre inútiles. Principian sin perder tiempo a hacerlos sabios y filósofos, para que aun en la ardorosa estación de los placeres sepan gustarlos con filosofía. ¿No es una cosa ridícula, dicen ellos, que esté el hombre sin conocer la Naturaleza ni el verdadero uso hasta que ya se ha inhabilitado, enseñarse a vivir cuando la vida casi ha pasado, y comenzar a ser hombre cuando va a cesar de serlo?

Señalan premios a los discípulos que confiesan ingenua y sinceramente sus propios defectos, y aquellos que mejor saben razonar sobre ellos obtienen gracias y honores. También quieren que sean curiosos, esto es, que susciten cuestiones sobre lo que ven y oyen, castigando severamente a los que a la vista de una cosa extraordinaria o exquisita no manifiestan una correspondiento admiración y curiosidad.

Les recomiendan muy encarecidamente la fidelidad, sumisión y amor al príncipe: una afección en

Los maestros de historia no se dedican tanto a imprimir en sus discípulos la data de tal o cual suceso, como a pintarles el carácter y las buenas o malas cualidades de los reyes, de los generales y de los ministros. Dicen que es poquísimo el fruto que sacan de saber que en tal año o en tal mes se dió tal batalla; pero que les importa mucho examinar cuán bárbaros, injustos y sanguinarios han sido en todos los siglos los hombres, siempre dispuestos a perder la vida sin necesidad, y a conspirar contra la de su semejante sin razón;

¡cuánto deshonran a la humanidad los combates, y cuán poderosos necesitan ser los motivos que obliguen a un extremo tan funesto! Miran la historia del espíritu humano como la mejor de todas, y no se esfuerzan tanto por enseñar a sus discípulos que retengan los hechos como porque sepan juzgarlos.

Pretenden que el amor a las ciencias tenga su limitación, y que cada uno elija aquella clase de estudios que mejor se adapte a su inclinación y talento.

Así es que no hacen más aprecio de un hombre que estudia demasiado que de otro que come mucho, persuadidos de que el ánimo padece sus indigestiones como el cuerpo. Solamente el emperador tiene una gran y abundante biblioteca, y si ven que algún particular ignorante hace vanidad por aquí, le miran como a un asno cargado de libros.

La filosofía de aquellos pueblos es sumamente deliciosa, y no consiste en ergotismos como en nuestras escuelas. Ignoran absolutamente los nombres baroco y baralipton, no saben lo que es categoria ni términos de primera y segunda intención, y otras tonterías escabrosas de la dialéctica, que no conducen más a saber razonar que a saber bailar. Su filosofía consiste en establecer principios ciertos que guíen el espíritu a saber preferir la fortuna nioderada de un hombre honrado a las riquezas y faustos de un asentista; y las victorias ganadas sobre las pasiones a las de un conquistador. Los enseña a vivir sin regalo apartándolos siempre de todo aquello que acostumbra los sentidos al deleite, y opriine el alma a la dependencia del cuerpo, debilitando su libertad. En todo les representa la virtud como una cosa fácil y agradable.

Sus exhortaciones se dirigen a la buena elección de estado de vida, persuadiéndoles a que abracen el que mejor les convenga, atendiendo primero a las facultades de su alma que a la fortuna de sus pa dres de suerte que el hijo de un labrador llega tal vez a primer ministro, mientras que el de un caballero no pasa de mercader.

La física y las matemáticas no las estiman sino en cuanto miran a las ventajas de la vida y al progreso de las artes útiles. Por lo general no conciben gran pesadumbre de no conocer todas las partes del mundo, tienen por mayor ignorancia gozar de la Naturaleza sin examinarla que el no saber discurrir sobre el orden y movimiento de los cuerpos físicos. Respecto a la metafísica, la miran como un manantial de visiones y quimoras.

Aborrecen la afectación en el lenguaje y lo que llaman precioso estilo, bien sea en prosa o en verso, y juzgan que es tan impertinente querer distinguirse por la verbosidad como por el vestido. Al autor que deja el estilo claro, puro y serio por emplear un lenguaje retumbante e hidrópico de metáforas escogidas y fastidiosas, le silban y apedrcan en la calle como si fuera una máscara de carnaval.

Allí se cultiva el cuerpo y el alma igualmente porque se trata de formar un hombre, y quedaría imperfecto si faltase cualquiera de las dos partes que le constituyen. Dicen ellos que debe mirarse como un tronco de caballos uncidos, que es preciso conducir a pasos iguales: y si no, fórmese el espíritu de un niño sin otra atención, se verá que su exterior se hace grosero y despreciable: fórmese solamente el cuerpo, se verá que la estupidez y la necedad se apoderan de su ánimo.

Está prohibido a los maestros que castiguen a los muchachos con golpes; lo hacen contrariándoles la voluntad, afrentándolos y prin-

cipalmente privándolos de dos o tres lecciones; esto es lo que ellos más sienten, porque ven que los abandonan dándoles a entender que son indignos de instrucción. El dolor de los golpes, en su concepto, sólo sirve para hacerlos tímidos, defecto sumamente perjudicial que jamás se cura.

07

Primera parte, capítulo VII

Empieza: «Antes de entrar a hablar de mi partida del imperio de Lilliput, me parece esencial instruir al lector de una intriga secreta...»

Antes de entrar a hablar de mi partida del imperio de Lilliput, me parece esencial instruir al lector de una intriga secreta que se formó contra mí.

Estaba yo tan poco habituado a la vida cortesana, y la humildad de mi estado me había puesto tan lejos de las disposiciones necesarias para poder hacerme un diestro cortesano, que absolutamente careeía de principios. Es verdad que otros de tan inferior nacimiento han probado bien en la corte, y han arribado a los más altos empleos pero acaso serían menos delicados en esto del honor. Sea como fuere, mientras me disponía a partir para la isla de Blefuscu a cumplimentar a su emperador, un personaje muy principal, que me debía servicios muy importantes, vino a visitarme en secreto por la noche, y sin hacerse anunciar se metió hasta mi cuarto en su silla de manos. Despedidos los portadores, escondí a Su Excelencia dentro de su silla en una faltriquera de mi chupa, mientras daba orden a mi criado de que tuviese bien cerrada la puerta principal, y poniéndole después sobre una mesa, me senté al lado. Cambiados los cumplimientos de rigor y habiendo notado que aquel señor estaba triste e inquieto, le pregunté la causa, a lo que me respondió

que tuviese la bondad de escucharle sobre un asunto que interesaba a mi honor y a mi vida.

—Pongo en vuestro conocimiento —me dijo— que de poco acá ha habido diferentes reuniones secretas para tratar de vuestra conducta, y que de dos días a esta parte ha tomado Su Majestad una resolución muy grave. No ignoráis que Skyresh Bolgolam galvet (o gran almirante), ha sido casi siempre vuestro capital enemigo desde que llegasteis aquí. Ignoro el origen; pero su odio se ha aumentado terriblemente después de vuestra expedición a Blefuscu. Como almirante, está envidioso de tan feliz empresa. Este, scñor, de acuerdo con Flimmap, tesorero mayor, el general Limtor Lalcon, camarero mayor, y Balmuff, el juez mayor, han formado varios artículos para procesaros como reo de lesa majestad, y responsable de otros grandes delitos.

Este exordio me arrebató de tal manera que iba a interrumpirle; pero me rogó que le escuchase en silencio, y continuó diciendo:

—Por reconocimiento a los servicios que me habéis hecho, he procurado instruirme de todo el proceso. Voy a leeros una copia de sus artículos; mas, cuidado... que es un negocio en que arriesgo mi cabeza por serviros.

«Articulos de la acusación intentada contra Quinbus

» Artículo primero. Por cuanto por una ley subsistente desde el reinado de Su Majestad Imperial Cabin Deffar Plune, so ordena que cualquiera persona que hiciese aguas en todo el recinto del palacio imperial, quede sujeta a las penas y castigo de crimen de lesa majestad; resulta haber incurrido en ellas el dicho Quinbus Flestrin por una profanación manifiesta de dicha ley, con el pretexto de

apagar el incendio del cuarto de la cara imperial esposa de Sa Majestad, procediendo maliciosa, traidora, y diabólicamente a desocupar su vejiga dentro del recinto del mismo palacio imperial.

»Art. 2.° Que el dicho Quinbus Flestrin cuando trajo a nuestro puerto imperial la flota real de Blefuseu, se le ordenó desde luego por Su Majestad Imperial que se apoderase de todas las demás embarcaciones del citado reino de Blefuscu, y que reduciéndole en clase de provincia, que pudiese estar gobernada por un virrey de nuestro país hiciese perecer y morir, no solamente todos los gruesi-extremitas expatriados, sino también todos los naturales de aquel reino que luego al punto no detestasen la herejía gruesi-extremitense; contra lo cual el dicho Flestrin, como un traidor rebelde a su muy feliz Imperial Majestad, ha presentado an memorial para evadirse de este servicio con el frívolo pretexto de serle repugnante obligar las conciencias y oprimir la libertad de un pueblo inocente.

»Art. 3.° Que habiendo llegado poco ha ciertos embajadores de la corte de Blefuseu a pedir la paz a Su Majestad, el dicho Flestrin, como un vasallo desleal, socorrió, ayudó, consoló y regaló a los dichos embajadores, con pleno conocimiento de que eran ministros de un príncipe que acababa de ser enemigo declarado de Su Majestad Imperial con guerra abierta.

»Art. 4.° Que el dicho Qumbus Flestrin, contra la obligación de un fiel vasallo, se está preparando actualmente para pasar a la corte de Blefuscu, sin más licencias que un permiso verbal de Su Majestad Imperial; y so capa de este tal permiso se propone temeraria y pérfilamente hacer dicho viaje, socorrer, auxiliar y ayudar al rey de Blefuscu...»

—Aun hay otros artículos —añadió;— pero los más importantes están comprendidos en la relación que os he leído. En los diferentes congresos que ha habido para la determinación de la causa, es preciso confesar que Su Majestad ha manifestado su moderación, dulzura y equidad recordando a menudo vuestros servicios y mirando a disminuir los delitos. El tesorero y almirante opinan que se os debe dar una muerte cruel e ignominiosa, poniendo fuego a vuestro alojamiento de noche; el general queria esperaros con veinte mil hombres armados de flechas emponzoñadas para hacer tiro a vuestro rostro y manos. También se ha pensado dar una orden secreta a varios de vuestros criados para que impregnasen vuestras camisas de un jugo venenoso que os haría despedazar vuestras mismas carnes hasta morir en los tormentos más excesivos. El general ha aprobado este medio de suerte que, por algún tiempo, la pluralidad de votos ha estado en contra vuestra; pero SLE Majestad, resuelto a salvaros la vida, ha ganado la anuencia del camarero mayor. Durante estas conferencias, Redresal, primer secretario de Estado, encargado de los negocios reservados, recibió orden del emperador para dar su voto; también se ha conformado con el de Su Majestad, y ciertamente ha correspondido a la estimación que le profesáis. El reconoce que los delitos son grandes; pero que, no obstante, merecen alguna indulgencia. Ha dicho que, siendo pública la amistad que os une, puede haber algunos que le crean apasionado en vuestro favor; mas, con todo, quería dar su dictamen con franqueza, obedeciendo el real precepto: que si Su Majestad, en consideración a vuestros servicios, y según la dulzura de su espíritu, quería salvaros la vida, contentándose con que os saquen los ojos, juzgaba con sumisión que esto bastaba a satisfacer en algún modo la justicia, y que todo el mundo aplaudiría su imperial cleuencia, como también el procedimiento equitativo y generoso

de los que tienen el honor de ser sus consejeros. Que la pérdida de los ojos no perjudica la fuerza corporal, con la que quedabais en aptitud de poder servir todavía a Su Majestad. Que la ceguedad contribuye a aumentar el valor, porque oculta los peligros, y, recogiéndose el espíritu, queda mejor dispuesto para discernir la verdad. Que el mismo cuidado que teníais en defender la vista era el principal motivo que os había detenido en apoderaros de la flota enemiga; y que bastaba que vieseis por los ojus de los demás, pues que hay príncipes muy poderosos que no suelen ver de otra manera. Esta proposición desagradó extremadamente a toda la asamblea: el almirante Bolgolam, todo sofocado, se levantó y, transportado de furor, dijo que se admiraba mucho de que el secretario tuviese atrevimiento de opinar por la conservación de la vida de un traidor; que los servicios que os atribuían eran con arreglo a las verdaderas máximas de Estado, unos delitos enormes; que quien había sido capaz de apagar de un golpe un incendio tan grande regando con aguas inmundas el palacio de Su Majestad (lo cual no podía recordar sin horror), podrís con el mismo arbitrio, cuando se le autojase mundar el palacio y toda la capital, teniendo a prevención alguna bomba disforme; y que el mismo poder con que habíais arrastrado la flota enemiga serviría para volverla otro día al mismo puerto con el menor motivo de desabrimiento que tuvieseis de nosotros. Que él tenía razones muy fuertes para pensar que en el fondo de vuestro corazón erais gruesi-extremita; y porque la traición principia en el corazón antes de mostrarse en las acciones, desde luego os declaraba formalmente traidor y rebelde, consinticudo en que se debía sin más dilaciones quitaros la vida. El tesorero fué del mismo parecer. Ifizo ver el extremado apuro que padecía el real erario por el gasto de vuestro sustento, que dentro de poco tiempo sería insoportable; que la sentencia propuesta por el

secretario, lejos de ser un remedio contra este mal, le aumentaría según todas las apariencias, como se evidencia del común uso de sacar los ojos a ciertas aves para que coman nás y engorden prontamente; que su Saera Majestad, y su Consejo, que eran vuestros jueces, estaban en sus conciencias bien ciertos de vuestro delito, y que esta prueba era más que suficiente para condenaros al suplicio, sin recurso a otras formalidades prevenidas por el riguroso sentido literal de la ley. Pero Su Majestad Imperial, absolutamente resuelto a salvaros la vida, dijo, respirando benignidad, que pues juzgaba el Consejo por castigo demasiado pequeño la pérdida de los ojos, podía agregarse a él algún otro. Entonces vuestro amigo el secretario, pidiendo con sumisión que le escuchasen para responder al reparo puesto por el tesorero en orden al exorbitante gasto que Su Majestad sufría por manteneros, expuso que nadie mejor que Su Excelencia, pues era el único interventor en las rentas imperiales, podía remediar fácilmente aquel daño disminuyendo vuestra ración poco a poco que por este medio, faltándoos el preciso alimento, os enflaqueceríais, y extenuado perderíais el apetito, y muy presto la vida también. Así es que, por la buena amistad del secretario, se ha podido resolver favorablemente vuestro caso están dadas órdenes muy estrechas para que no se trascienda el designio de que lentamente os vaya consumiendo el hambre. La sentencia de sacaros los ojos está registrada en la secretaría de cámara del Consejo, sin más oposición que la del almirante Bolgolam. Dentro de tres días se pasará orden al secretario para que venga a vuestro alojamiento y os haga saber en persona los artículos de la acusación, como también la gran clemencia y gracia de Su Majestad y su Consejo, conformándose con la sola pena de que perdáis los ojos, a la cual no duda que os someteréis con toda la humildad y reconocimiento correspondiente. Después vendrán veinte cirujanos del emperador a ha-

cer la operación con unas saetas muy agudas, que os penetrarán en las pupilas estando acostado sobre el suelo. Ahora vos sabréis tomar la más oportuna determinación que os dicte la prudencia. Yo me retiro con la misma reserva que he venido para evitar sospechas.

Despidióso Su Excelencia dejándome sumergido en un mar de inquietudes. Era costumbre introducida por este príncipe y su ministro (bien distinto de lo que me informaron se usaba en los primeros tiempos) que después que la corte había deliberado un suplicio para satisfacer el resentimiento del soberano o la malicia de un privado, el emperador arengaba en Consejo pleno, acerca de su dulzura y elemencia, como cualidades reconocidas por todos. Muy pronto se publicó por todo el imperio la peroración de mi causa; pero nada inspiró tanto horror al pueblo como estos elogios de la clemencia de Su Majestail, porque habían observado que cuanto más se ponderaba, tanto más injusto y cruel solía ser el suplicio. Por lo que a mí toca, debo confesar que, como ni mi nacimiento ni mi educación, me destinaban a cortesano, entendia tan poco de esta política, que no me atrevía a decidir si la sentencia pronunciada contra mí era suave o rigurosa, justa o injusta: ni quise malgastar {el tiempo en pedir que se permitiera defenderme, pareciéndone que sería lo mismo verme condenado sin ser oído, pues habiendo conocido otros muchos procesos semejantes, siempre había visto determinarlos por los informes dados a los jucces, y a la voluntad de acusadores acreditados y poderosos.

Tentado estuve de hacer resistencia, que al fin, hallándome en libertad, todas las fuerzas del Imperio no me igualaban, y hubiera podido muy fácilmente destruir y arruinar a pedradas la capital: pero detesté luego al punto este pensamiento con horror, acordán-

dome del juramento que había prestado a Su Majestad, de las mercedes que había recibido de su benignidad, y finalmente de la alta dignidad de nardac que me había conferido. Además, que no se me babía pegado tanto el espíritu de autoridad que pudiese persuadirme de que los rigores de Su Majestad me exoneraban de las obligaciones que le debía.

Ultimamente tomé una determinación que, según las apariencias, será censurada de algunas personas con justicia; pues yo confieso que fué grande mi temeridad y mal modo de proceder, queriendo conservar los ojos, la libertad y la vida contra las órdenes de la corte. Si yo hubiera conocido entonces el carácter del príncipe y su ministerio de Estado, como después he tenido ocasión de observarlo, y su sistema de tratar a los acusados menos criminales que yo, sin duda me hubiera sometido a una pena tan dulce. Pero, arrebatado por el ardor de la juventud, y estando ya autorizado por Su Majestad Imperial para presentarme al rey de Blefuseu, no me descuidé en escribir a mi amigo el secretario antes de expirar el término de los tres días, dándole parte de mi resolución de partir en la misma hora para Blefuscu, en virtud del permiso que había obtenido, y sin aguardar respuesta eché a andar hacia la costa de la isla, donde estaba la flota. Me apoderé de un grueso navío de guerra, até un cable á la proa, y levantando anclas después de haber puesto en él ini vestido y calzado, con un cobertor, que era mi equipaje, unas veces a vado y otras a nado, fui tirando hasta el puerto real de Blefuseu, donde me esperaba el pueblo hacia largo rato. Destinaron dos guías para conducirme a la capital, que tiene el mismo nombre: los llevé en mis manos hasta llegar a cien locsas de las puertas, y allí los puse en el suelo para que fuesen a dar aviso de mi arribo a uno de los secretarios de Estado, mientras aguardaba en el mismo

sitio las órdenes de Su Majestad. Al cabo de una hora, recibí la respuesta de que salía con toda la casa real a recibiruc. Entonces me adelanté cincuenta toesas más, hasta encontrarlos. El rey y su comitiva se apcaron de sus caballos, y la reina y sus damas dejaron los coches, sin manifestar temor de mi presencia. Para besar las manos a Sus Majestades, me tendí en tierra, y así bice mi arenga de que iba a cumplir mi promesa con lidel emperador, mi señor, por conseguir el honor de ver a un príncipe tan poderoso y ofrecerle todos los servicios que estuviesen en mi mano y no fuesen incompatibles con la obligación que me ligaba a mi soberano, pero sin hacer mención de mi desgracia.

No quiero fastidiar al lector con el pormenor circunstanciado de ti recibimiento en la corte, que fué cual correspondía a la generosidad de un príncipe tan grande; ni de las incomodidades que pasé por falta de cama y alojamiento, viéndome precisado a acostarme en el suelo envuelto en el cobertor que por fortuna llevaba.

0 8

Primera parte, capítulo VIII

Empieza: «Tres días después de mi arribo, paseindome por curiosidad hacia la costa de la isla que mira al nordeste, descubrí a distancia...»

Tres días después de mi arribo, paseindome por curiosidad hacia la costa de la isla que mira al nordeste, descubrí a distancia de media legua en el mar una cosa que me pareció un navío abandonado. Quitéme los zapatos y las medias, y habiendo andado ciento o ciento cincuenta toesas por el agua, adverti que el objeto se acercaba por la fuerza de la marea, conociendo entonces ser una chalupa que, según pensé, se habría separado del navío en alguna borrasca. ¿ Volvi corriendo a la ciudad, y pedí a Su Majestad que me confiase veinte buques de los mayores que le habían quedado después de la pérdida de su armada, con tres mil mariñeros a las órdenes del vicealmirante. La flota se hizo a la mar, mientras yo volvía por el camino más corto a la costa donde había obscrvado la primera vez la chalupa, y hallé que la marea la había llevado mucho más cerca de la ribera. Alcanzáronme los navíos, y desnudándome del todo, me arrojé al agua; pero a la distancia de cincuenta tocsas de la chalupa tuve ya que nadar hasta llegar a tocarla. Los marineros me tiraron un cable, con el cual pude atarla por un agujero de la proa, y aseguré en otro extremo a un navío de guerra, aunque no perfeccioné la maniobra porque perdía el pie en el agua. Nadando

detrás de ella, iba empujándola con una mano, y la marea me ayudó a llevarla tan cerca de la ribera, que toqué tierra, y anduve con el agua al cuello. Descansé tres o cuatro minutos, y continuando mi trabajo hasta donde la mar no estaba ya más alta que mis sobacos, hallé vencida la mayor dificultad. La afiancé con otros cables de los que llevaba a prevención en un navío, y tirando de ellos nueve buques de los principales de la flota que estaba espe.rándome; con el favor del viento y de los marineros, me compuse de tal modo, que la acercamos a veinte toesas de la orilla, y habiéndose retirado el mar, logré ganar mi chalupa a pie enjuto: entonces, valiéndome de cuerdas, de máquinas y del refuerzo de dos mil hombres, no paré hasta volverla, y hallé que eran muy pocos los desperfectos que había sufrido.

Diez días ocupé para hacerla entrar en el puerto real de Blefuscu, donde acudió un gran número de gentes asombradas de ver un navío tan prodigioso. Hice presente al rey cómo la fortuna me había deparado aquel barco para poder pasar a algún otro puerto, y desde allí volver a mi patria, si Su Majestad se dignaba dar las órdenes convenientes para ponerle en estado de poderme servir, y me permitía salir de sus Estados, lo cual pude conseguir tras no pocos esfuerzos.

Ya extrañaba yo que el emperador de Lilliput, sabiendo mi ausencia, no hubiese hecho diligencia de buscarme; pero me informaron que ignoraba que hubiese tenido noticia de sus designíos, y en esta suposición no discurria que en mi paso a Blefusen llevase otras miras que el cumplimiento de mi pro..a los embajadores, en virtud de la licencia que me había dado, y esperaba que dentro de pocos días volviese; pero, al fin, mi tardanza principió a darle cuidado. Consultó al tesorero mayor y demás de la camarilla, y determinaron

enviar un diputado de primera categoría con una copia de los artículos de ini acusación. Este personaje llevaba las instrucciones necesarias para representar al de Biefuscu la gran clemencia de su señor, que se había conformado con la leve pena de sacarme los ojos: que yo me había evadido de la justicia; y que si no volvía dentro de dos días, sería despojado de mi título de nardac, y declarado reo de altísima traición. A esto añadió que para conservar la paz y buena amistad entre los dos Imperios, esperaba su señor que, en caso de inobediencia, me enviasen atado de pies y manos para ser castigado como alevoso.

El rey de Blefuscu, habiéndose tomado tres días para deliberar sobre este asunto, le dió una respuesta tan cortés como discreta; a saber, que aunque le había robado su flota, me era deudor de muchos buenos oficios con relación al iratado de paz; que bien conocía el emperador de Lilliput que era imposible llevarme atado además, que tanto el uno como el otro quedarían muy pronto libres de ní, porque se estaba reparando con mi ayuda e instrucciones un maravilloso navío que había hallado sobre la ribera, capaz de transportarme a cualquier parte, y que antes de muchos días libraria yo mismo a los dos Imperios de una carga tan pesada.

Con esta respuesta se retiró el diputado, y después me refirió el rey de Blefuscu todo el caso, ofreciéndone al mismo tiempo (confidencialmente y con toda reserva) su graciosa protección si quería quedarme en su servicio. Aunque no dudase yo de toda la buena fe de la proposición, estaba resuelto ver a encontrarme con príncipe ninguno, ni sus ruinistros, en escapando de aquélla; por cuya razónhabiendo manifestado a Su Majestad mi justo agradecimiento a favor de sus intenciones, le supliqué humildemente me diese su licencia para retirarme, puesto que mi mala o buena fortuna me ofrecía

aquel barco en que debía abandonarme al Océano, primero que exponer a un rompimiento a dos soberanos tan poderosos. Advertí que no se ofendió de mi discursoni la determinación fué mal recibida de la mayor parte de sus ministros.

Estas consideraciones me empeñaron a acelerar mi viaje, y la corte, que lo deseaba, se apresuró a despacharme. Quinientos trabajadores fueron destinados a hacer dos velas para mi chalupa de los lienzos más fuertes que se encontraron, doblados trece veces y acolchados después: yo era el director, y entre tanto fabricaba cuerdas y cables uniendo diez, veinte o treinta de los más gruesos que ellos tenían. Una gran piedra que por fortuna encontré al pie de la ribera, después de una larga pesquisa, me sirvió de ancla y acopiando el sebo de trescientos bueyes pude curenar ini embarcación y surtirme para otros usos. No me costó menos fatigas el corte de maderas para remos, y árboles, escogiendo las vigas mayores de sus bosques; bien que me ayudaron los carpinteros de los arsenales reales.

Al cabo de un mes, poco menos, cuando estavo todo dispuesto, fuí a despedirme de Su Majestad y recibir sus órdenes. Salió de palacio con toda la real familia para concederme el honor de besar sus manos, que con efecto logré en iguales circunstancias que otras veces, y por último ne regaló el rey cincuenta bolsillos con doscientos spruggs[3] cada uno, grabado su retrato de cuerpo entero. Tomélos con avidez, y los puse dentro de un guante para que no se mo perdieran.

Cargué mi chalupa con cien bueyes, trescientos carneros, pan y bebida a proporción, y una cierta porción de carne cocida en tal cantidad que cuatrocientos cocineros se habían empleado en prepa-

rarla. También recogí seis vacas, y dos toros vivos, y otras tanlas cabezas de ovejas, y moruecos, con la idea de llevarlos a mi país para que procreasen, y me previne de heno y trigo. No me hubiera costado mucho trabajo llevarme igualmente media docena de gente del pais pero el rey no lo permitió, y además de un exactísimo registro de mis faltriqueras, Su Majestad me exigió palabra de honor de no consentirlo, aunque sus vasallos lo pretendiesen.

Dispuestas así todas mis cosas, me hice a la vela elde septiembre dea las diez de la mañana, y habiendo hecho cuatro leguas hacia el Norte, con viento sudeste, a las scis de la tarde descubrí una pequeña isla que tendría casi media legua de latitud a Noroeste. Proseguí, y eché el ancla en aquella parte de su costa que me pareció nás resguardada del viento pero no hallé señales de estar habitada. Tomé refresco y me eché a descansar. Dormí cerca de scia horas, pues apenas se pasarían dos más después de despierto cuando principió a romper el alba, me desayuné, y estando el viento favorable, levanté el ancla y seguí la misma ruta que el dia anterior guiado por mi brújula de faltriquera. La idea era dirigirme, si podía, a una de aquellas islas que creía, con razón, situadas al nordeste de la tierra de Van-Diemen. Nu descubrí nada en todo el día: pero al siguiente, serían las tres de la tarde, pues según mi cálculo habría andado cerca de veinticuatro leguas, descubrí un navio que llevaba su rumbo a Sudeste. Solté todas mis velas, y al cabo de inedia hora enarboló su pabellón y tiró un cañonazo. No se puede expresar la alegría que recibi con la esperanza de volver a ver mi amada jatria y aquellas prendas queridas que había dejado en ella. El navío moderó su curso, y a las cinco o seis de la tarde nos juntamos, díade septiembre. Yo estaba loco de contento al ver el pabellón inglés. Guardé mis vacas y carneros en las faltriqueras de la casaca y pasé

a bordo con todas mis provisiones de víveres. Era un buque mercante inglés que regresabadel Japón por los mares del Norte y del Sud, cuyo comandante era el capitán Juan Bidell de Deptford, hombre muy honrado y excelente marino. Llevaba aún cincuenta hombres consigo, entre los cuales iba uno de mis antiguos compañeros llamado Pedro Williams, que informó muy bien de mí al capitán, el cual me hizo buen acogimiento y ne suplicó le dijese de dónde venía y adónde iba. Yo le hice mi relación en pocas palabras; mas con todo llegó a sospechar que el cansancio y los peligros en que me había visto nie tenían trastornada la cabeza, hasta que viéndome sacar de la faltriquera todos mis ganados, se desengañó y quedó más aturdido. También le mostré las monedas de oro que me había dado el rey de Blefuscu con su retrato entero, y otras muchas rarezas de aquel país. Le regalé dos bolsillos con sus cuatrocientos spruggs, y le ofrecí a nuestro arribo en Inglaterra regalarle igualmente una vaca y una oveja preñadas.

Omitiré los pormenores de nuestro viaje por evitar fastidio basta decir que llegamos a las Dunas elde abril de. Sólo tuve una desgracia, y fué que los ratones del navio me robaron una oveja. Desembarqué el resto de mis ganados sin avería, y los eché a pacer en un jardín del juego de bolas de Greenwick. No hubiera llegado ninguno vivo durante una travesía tan larga, a no ser por el capitán, quo me surtia de bizcocho para alimentarlos, y lo comfan muy bien hecho polvo y mezclado con agua.

En el tiempo que paré en Inglaterra saqué mucha utilidad de enseñar mis animialillos a diferentes personas de calidad, y también al pueblo antes de salir a mi segundo viaje, los vendí en sciscientas libras esterlinas. P'ero a mi regreso ya no encontré ni rastro de ellos, cuando yo creía que se hubiese multiplicado abundantemente la

especie, sobre todo los carneros, y que hubiese producido muchas ventajas a nuestras manufacturas de lana por la finura de sus vellones.

Apenas estuve dos meses con mi mujer y mi familia; el insaciable deseo de ver países extranjeros no me permitió continuar más tiempo en aquella vida sedentaria. Instalé a mi familia en una buena casa en Redriff, entregué a mi mujer quinientas libras esterlinas, y reservé el resto de mi caudal parte en diucro y parte en mercaderías con el designio de aumentar el fondo. Mi tio Juan me había dejado unas tierras cerca de Epping, que me rendían anualmente treinta libras esterlinas con esto y otra tanta renta que me producía cierto negocio de toros negros en Feterlanne, podía sustentarse muy cumplidamente mi familia, y yo llevaba el consuelo de no dejarla expuesta a la caridad de la parroquia. Mi hijo Juan, llamado así por respetos de su tío, estudiaba humanidades y estaba para ingresar en un colegio. Mi hija Isabel (que al presente está casada, con sucesión! se aplicaba al trabajo de la aguja. De suerte que considerándome plenamente satisfecho del arreglo de toda mi casa, di el último adiós a mi mujer y a mis hijosy a pesar de sus tiernas lágrimas, me embarqué animoso en la Aventura, buque mercante de trescientas toneladas, mandado por el capitán Juan Nicolás de Liverpool.

NOTAS

3. Moneda del pais. ↩

09

Segunda parte, capítulo I

Empieza: «Parece que la Naturaleza y la suerte me habian condenado a una vida agitada. Ya he dicho que volví a mi casa...»

Parece que la Naturaleza y la suerte me habian condenado a una vida agitada. Ya he dicho que volví a mi casa pero a los dos meses de estar en ella la abandoné nuevamente enbareándomo en las Dunas elde junio deen el buque llamado la Aventura, cuyo capitán, Juan Nicolás, de la provincia de Cornouaille, partía para Surate. Logramos un viento muy favorable hasta la altura del cabo de Bnena Esperanza, donde anclamos para hacer provisión de agua; y hallándose indispuesto nuestro capitán con fiebres intermitentes, no pudimos dejar el Cabo hasta fines de marzo. De allí continuamos nuestro rumbo con felicidad en el viaje hasta el estrecho de Madagascar. Pero, habiendo llegado al norte de esta isla, los vientos que en aquellos mares soplan siempre con igualdad entre Norte y Oeste, desde principio de diciembre hasta entrada de mayo, principiaron a excederse con demasiada violencia elde abril del lado de Oeste durante veinte días seguidos, en cuyo tiempo perdimos rumbo hacia el Oriente de las islas Molucas, y casi tres grados al Norte de la línea equinoccial, según advirtió nuestro capitán por cierto cálculo que hizo el segundo día de mayo en que cesó el viento. Era hombre muy experimentado en la navegación de aquellos mares, y habiéndonos prevenido que nos dispusiéramos para

una horrible tempestad al día siguiente, sucedió como lo había pronosticado. Comenzó a soplar un viento Sud, que llamainos monzón, y temiéndonos que fuese en aumento, recogimos la vela del bauprés, y nos preparamos para la mesana, que fué preciso recoger también, y amarrar los cañones porque la tempestad iba tomando fuerza. El buque estaba al través, y en esta situación tuvimos por el mejor partido caminar viento en popa. Remachamos la mesana y guarnecimos las escotas, el timón estaba hacia el viento, y el navio se gobernaba bien. Echamos fuera la vela mayor; pero muy pronto la desgarró el temporal. Después amiamos la entena mayor para desarmarla, y cortamos todos los cordajes y la llave que la mantenían; sacamos los brazos al timón, y ayudamos al timonero que no podía gobernarlo solo. No queriamos arriar el mástil de gavia mayor, porque el buque iba mejor con las olas, y estábamos persuadidos de que caminaba más seguro con el mástil levantado. Viéndonos bastante enmarados después de la tempestad, echamos fuera la mesana y la vela mayor, y nos inclinamos un poco contra el viento, volviendo a colocar el arterón, y también los masteleros de la gran gavia y de la menor. Nuestro rumbo era Este-Nordeste: el viento Sudoeste. Amarramos a estribor, y desamarramos el brazo del lado del viento armamos las bolinas y pusimos el navío todo lo que se pudo hacia el viento trabajando todas las velas. Mientras duró la borrasca, que fué seguida de un viento impetuoso de O. S. E., fuimos impelidos, según mi cálculo, cerca de quinientas leguas hacia el Oriente; de suerte que el más antiguo y experto de los marineros no supo decirnos en qué parte del mundo estábamos. Sin embargo, no nos faltaban víveres, el navío no hacía agua, y nuestra tripulación gozaba buena salud; pero nos hallábamos reducidos a una extremada penuria de agua dulce. En este estado tuvimos por más conveniente contimar el mismo rumbo que volver al Norte,

por no caer en las partes de la Gran Tartaria, que son las más próximas al Noroeste, y en el Mar del Ilielo.

El 16 de junio de 1708 un grumeto descubrió tierra desde la altura del papagayo: el 17 vimos ya claramente una grande isla o continente (pues no supimos distinguirlo), y a su costado derecho había una pequeña lengua de tierra que se adelantaba en el mar y una corta bahía demasiado somera para que un navío de más de cien toneladas pudiese entrar en ella. Anclamos a distancia de una legua de la bahía, y nuestro capitán envió doce hombres de su tripulación, bien armados, en la chalupa, llevando a prevención algunas vasijas por si encontraban agua. Yo le pedi permiso para ir con ellos a ver el país y hacer las descubiertas que pudiese. Pero cuando hubimos tomado tierra no vimos ni río, ni fuente, ni vestigio do habitantes; lo que obligó a nuestra gente a costear la ribera para buscar agua fresca a la orilla del uar. Entretanto yo me paseaba solo, y, penetrando casi una milla tierra adentro, no encontré otra cosa que un país estéril cubierto de rocas. Ya principiaba a cansarme, y no viendo nada que pudiese satisfacer mi curiosidad, me volvia poco a poco hacia la pequeña bahía, a tiempo que vi a nuestra gente sobre la chalupa, que sólo trataba de salvar sus vidas a fuerza de remos, perseguidos por un hombre tan gigantesco, que, metido en el mar, apenas le llegaba el agua a las rodillas, y daba unos pasos descomedidos: pero ellos habían tomado media legua de ventaja, y estando en aquel sitio el mar lleno de rocas, el gigante no pudo alcanzar la chalupa. Yo eché a correr cuanto pude trepando hasta la cima de una montaña escarpada, desde la que pude ver una parte del país. Le hallé perfectamente cultivado, pero lo que desde luego me pasmó fué la altura de la hierba, que me pareció levantaba más de veinte pies.

Tomé un camino real, a mi modo de pensar, annque para los habitantes del país no era más que una pequeña senda que atravesaba un campo de cebada.

Anduve por allí algún tiempo, pero a ciegas, porque las mieses estaban ya en sazón y tenían cuarenta pies de altura lo menos. Una hora tardé en llegar al otro extremo, quo estaba cercado de un seto de ciento veinte pies de elevación o algo más. Los árboles eran tan grandes que yo no pude calcular la altura que tenían.

Tratando de buscar alguna abertura en la cerca, descubrí uno de los habitantes en el campo inmediato, de la misma talla que el que había visto anteriormente en el mar persiguiendo a nuestra chalupa. Parecióme tan alto como un campanario de los regulares, y por mi cálculo, de cada paso alargaba cerca de cinco toesas. Me quedé temblando, corrí a esconderine entre la mics, desde donde le vi parado junto a un portillo del seto, y dando voces más descomedidas y penetrantes que si salieran de una bocina: el sonido era muy fuerte, y como se elevaba en el aire, por el pronto crei que tronaba. Al punto se llegaron a él siete hombres de la misma estatura, cada uno con su hoz en la mano, y cada hoz tan grande como seis guadañas. Estos no estaban tan bien vestidos como el primero, de que inferi serían sus criados, y porque, según la orden que les dió, pasaron luego a segar en la unies donde yo estaba escondido. Procuré alejarme de ellos cuanto pude, pero me costaba suma dificultad moverme, porque las cañas del trigo por algunos parajes no distaban más de un pie las unas de las otras, de suerte que a veces no podía andar en aquella especie de floresta. Avancé no obsstante hacia una parte donde la lluvia y el viento habían acamado la mies, y no pude pasar de alli, porque las cañas formaban un tejido tan fuerte que era absolutamente imposible romper por ellas, y las bar-

bas de las espigas caidas cran tan duras y agudas, que me atravesaban el vestido y me herían la carne : a este tiempo oí a los segadores que apenas estaban ya a cincuenta toesas de mí. ¡Cuál fué mi pavor entonces! Totalmente desmayado, me dejé cacr entre dos surcos aguardando, para alivio de mi congoja, el término de mis dias, representándome a mi viuda desconsolada, mis hijos huérfanos, y todos llorando mi locura de haber emprendido este segundo viaje contra el consejo de mis parientes y amigos.

En medio de una agitación tan terrible, no podía apartar de mi pensamiento el país de Lilliput, cuyos habitantes ue habían mirado como al inayor prodigio que se había visto en el mundo: adonde yo había sido capaz de arrastrar uma flota entera con una sola ntano, y de hacer otras hazañas ecuya memoria será eternamente conservada en las crónicas de aquel Imperio a pesar de los incrédulos de la posteridad, que no cederán sin pena al testimonio de una nación entera. La reflexión de parecer a la vista de esta gente un ente tan miserable como un lilliputiense entre nosotros, no era lo que menos me mortificaba; mas, al fin, tampoco constituía la mayor de mis desdichas, porque comúnmente se nota que las criaturas humahas son más o menos salvajes y crueles a proporción de su talla pero de esta consideración, ¿qué podía yo esperar ruás que venir a ser bien pronto un bocado de carne en la boca del primero de aquellos bárbaros enormes que me agarrase? A la verdad, los filósofos tienen razón cuando nos dicen que no hay nada grande ni pequeño sino por comparación. Acaso los lilliputienses hallarán un día otra nación más pequeña a su respecto que ellos lo eran al mío. ¿Y quién sabe si esta casta prodigiosa de mortales será una nación lilliputiense en comparación de otra alguna que no hayamos descubierto

todavía? Pero la confusión y susto que me poscían no daban entrada por entonces a estas reflexiones filosóficas.

- Acercándose uno de los segadores a cinco toesas del surco donde yo estaba acostado, temí que si daba otro paso más adelante me despachurrase con el pio o me dividiese el cuerpo con la hoz; esto me obligó a prorrumpir en exclamaciones lastimeras con todo el esfuerzo que me permitía el desmayo de que estaba poseídlo, luego que le vi dispuesto a levantar el pie.

Inmediatamente se detuvo el gigante, mirando alrededor de sí y hacia arriba hasta que me vió. Quedóse parado observándome con todo el cuidado de un hombre que pretende agarrar algún animalejo pernicioso sin riesgo de que le muerda o arañe, como yo lo he hecho muchas veces con las comadrejas en Inglaterra. Finalmente ya se determinó a agarrarme por la parte más gruesa de mi cuerpo, levantándome a toesa y media de sus ojos para examinar mejor mi figura. Conocí su intención, y me estuve quieto mientras me tenía en el aire a más de sesenta pies de distancia del suelo, no obstante que me apretaba cruelmente por temor de que me escurriese entre sus dedos. No me atreví a hacer más movimiento que para levantar los ojos al sol, poniendo las manos en forma de suplicante, y así hablé algunos palabras en tono muy humilde y lastimoso, conforme al estado en que me veía, temiendo a cada instante que se le antojase aplastarme, como nosotros solemos hacer con ciertos insectos fastidiosos para librarnos de ellos; pero habiéndole hecho gracia mi voz y gesto, principió a nijrarme con más curiosidad, muy admirado de oirme hablar, aunque no me entendía.

Sin embargo, yo no pude reprimir mis lamentos y lágrimas, y volviendo la cabeza procuraba darle a entender todo el daño que me

hacía con sus dedos.

Yo creo que comprendió el dolor de que me quejaba; pues levantando una faldilla de su vestido me puso dentro con mucha suavidad, y echó a correr adonde estaba su amo, que era un labrador rico, el mismo que había visto desde luego en el campo.

El labrador tomó una pajita, que era casi tan gruesa como una caña de las que usarnos para bastones, y con ella me levantó las faldillas de la casaca, que en mi concepto le pareció una especie de cubierta qu la Naturaleza. me hubiese dado, y para verme inejor la cara me sopló los cabellos. Llamó a sus criados y les preguntó (según pude conjeturar) si habían visto alguna otra vez en el campo algún animalejo que se asimilase a mí. Después me puso de cuatro pies en el suelo pero me levanté al instante, y eché a andar con mucha gravedad hacia un lado y otro, para que no recelasen que quería escaparme. Sentáronse todos para mejor observar mis movimientos, y entonces yo, quitándome el sombrero, hice una cortesía muy sumisa al amo, y me arrojé a sus pies, levantando las manos y la cabeza con diferentes exclamaciones en el tono más alto que podía. Saqué de mi faltriquera una bolsa llena de oro y se la presenté con mucha hunildad. El la puso en la palma de la mano y aplicó la vista para distinguir lo que le daba, sacó un alfiler de la manga, la rodeó diferentes veces, y se quedó con las mismas dudas. Estando en esto, le hice señal de que bajase la mano, y tomando la bolsa la abrí y vacié en ella las monedas, que eran seis doblones de a ocho españoles, con otras veinte o treinta inferiores. Mojóse el dedo con la lengua y levantó una de las monedas mayores y luego otra: pero yo creo que no comprendió lo que era. Por último, me mandó por señas que las volviese a la bolsa y las guardase.

Esto le hizo discurrir si sería alguna criaturita racional, y principió a honrarme con su conversación: articulaba muy bien las palabras, pero su eco me aturdía los oidos, como si fuera un molino de agua.

Yo le contestaba ya en un idioma, ya en otro, levantando la voz cuanto podía, y aunque aplicaba su oído para entenderme, tudo era inútil. Envió los criados al trabajo, y sacando un pañuelo de su faltriquera, le dobló por medio, le extendió sobre la mano izquierda y me hizo seña de que me pusiese encima, a cuyo fin la bajó hasta el suelo, y no hallé dificultad, pues apenas tendría un pic de grueso. Parecióne que debía obedecer: mas, para no caerme, me acosté a lo largo sobre el pañuelo en que me envolvió y de este modo me llevó a su casa. Truego que entró llamó a su mujer, la cual retrocedió prontamente al verme, dando unos chillidos descompasados como suelen hacer las inglesas a la vista de un escuerzo o de una araña. Pero al cabo de algún tiempo, que observó mi actitud y que contestaba a las señas que hacía su marido, principió a quererme con ternura, Siendo cerca del mediodía, sacó un criado la comida (vianda grosera conforme al estado de un simple labrador) en un plato de casi veinticuatro pies de diámetro, y se congregaron el amo, su mujer, tres hijos y una anciana abuela. Sentáronse todos, y el labrador me puso a su lado sobre la mesa, que era como de treinta pies de alta; pero yo tenía buen cuidado de no acercarme a sus bordes por no dar en el suelo. Ia mujer cortó un pedacito de carne, desmigajó un poco de pan y me lo puso delante en un plato de madera. Yo la hice una reverencia muy sumisa, y sacando mi cuchillo y tenedor, principié a comer: esto les hizo mucha gracia. Después mandó a la criada que trajese una tacita que servía para beber licores, pues no hacía más de doce azumbres, y la llenó de bebida. Levantéla con bastante trabajo, y revistiéndome de autoridad, brindé a la salud de

madama, esforzando cuanto pude la voz en inglés. Entonces sí que temí quedar sordo de la carcajada de risa en que prorrumpieron todos. El gusto de la bebida era muy semejante a la sidra, y no me desagradó. El amo me hizo señal de que me acercase a su plato, que también era de madera, y por apresurarme demasiado por poco me mato, pues tropezando en una pequeña corteza de pan, caí de cara sobre la mesa. Me incorporé al instante, y advirtiendo que aquellas buenas gentes se habían compadecido, tomé el sombrero, le di vueltas en la cabeza y lancé dos o tres aclamaciones para que viesen que no había recibido daño.

Pero al tiempo de llegar a mi amo (éste es el nomque le daré de aquí adelante) el más pequeño de sus hijos, que estaba sentado junto a él y era un nuchacho como de diez años, muy maligno y travieso, me agarró por las piernas y, elevándome en el aire, me conmovió todo el cuerpo. El padre me arrebató de entre sus manos y le dió una bofetada tan fuerte en la oreja izquierda, que pudiera haber desbaratado un escuadrón entero de caballería europea, mandándole que luego al punto se quitase de la mesa. Recelé que el chiquillo me guardase rencor; y acordándome de lo perversos que son naturalmente todos los muchachos de nuestro país contra los pájaros, conejos, gatos y perros, me puse de rodillas delante de mi aino, y señalandole con el dedo, le di a entender como pude que deseaba que le perdonase. El padre condescendió, y volviendo a tomar su silla el muchacho, llegué a él y le besé la mano.

- A la media comida el gato favorito de ini ama se la subió encima. Of detrás de mi un ruido como de doce telares de medias, y volviendo la cabeza, me enteré de que era un gatazo que mayaba. El ama le daba de comer, y él la acariciaba, pero a juzgar por la cabeza y una pierna que vi, me pareció tres veces mayor que un buey. La

ferocidad de aquel animal me llenó de pavor; y procuré alejarme al lado más remoto de la mesa, distante cincuenta pies, y el ama le tenía asido temiendo que se abalanzase a mí. No sucedió nada, porque el gato ni reparó en mi siquiera.

Ali amo, por ver lo que hacía me puso delante de él bastante cerca, y como siempre he visto que cuando se huye de una fiera o se manifiesta miedo suele más presto echarse encima, deterniiné hacer de valiente, y fingir que no temía sus garras. Principié a pasearme con mucha osadía acercándome tanto, que el animal dió dos pasos atrás, como si tuviera miedo de mí. Después vinieron tres o cuatro perros, entre ellos un mastín que abultaba por cuatro elefantesy un lebrel no tan grues.. pero más alto. Yo siempre firme, aparentando serenidad de ánimo.

Al concluirse la comida, entró el ama, que amamantaba un niño de la labradora como de un año de edad. Apenas me vió la criatura principió a dar unos gritos tan terribles, que creo se hubieran podido oir sin dificultad desde el puente de Londres hasta Chelsea. El me tuvo por un muñeco u otra chuchería scmejante, y lloraba porque se le dieran para entretencrse. La madre me levantó, y poniéndome en sus manos, al instante me agarró, y al punto metió mi cabeza dentro de su boca, como es natural en aquella edad mas no fué esto lo peor, sino que, asustado el muchacho de mis clamores, me dejó caer de prontoy a no ser porque la madre tenía puesto debajo su delantal, me hubiera roto la cabeza sin remedio. El ama, para. apaciguarle, se valió de un jugucte, que era un grueso pilar hueco guarnecido de unas piedras disformes, el cual pendía de la faja del niño por un cable muy fuerte, y no bastando esto a aplacarle, recurrió al último arbitrio, que fué darle de mamar.

Es preciso confesar que no he visto cosa en mi vida que me haya horrorizado tanto, ni sé con qué poder compararla.

Entonces me acordé del atractivo de nuestras damas inglesas, que sin duda las favoreció Naturaleza en esta parte, y conocí que nuestra inclinación puede consistir en la proporción de la talla y grados de vista; pues es constante que si las mirásemos por un microscopio, descubriríamos ciertas deformidades que no alcanza nuestra vista y las afean extremadamente.

Por la misma razón me decía una mujer en Lilliput que le parecía yo muy feo, que distinguía unos grandes agujeros en mi cutis; que mis barbas eran diez veces más gruesas que las cerdas del jabalí, y que la tez de mi cara era un conjunto de diferentes colores que la hacían totalmente desagradable, siendo así que soy rubio y paso por de un color bastante bueno. Pero dejemos estas digresiones.

Después de la comida, mi amo volvió a buscar a sus gañanes, y a lo que pude comprender por su voz y ademanes, dejó muy encargado a su mujer que me cuiduse. Estaba yo rendido de cansancio y tenía gana de dormir. La labradora lo conoció, y llevándome a su cama, me cubrió con un pañuelo blanco, que no era más pequeño que la gran vela de un navío de guerra.

Dormi dos horas soñando que estaba en mi casa con mi mujer y mis hijos, lo que aumentó mi aflicción, cuando desperté y me vi absolutamente solo en una espaciosa sala de doscientos o trescientos pies de extensión y más de doscientos de altura, acostado on una cana que tenía diez toesas do ancha. Mi ama había salido a los negocios de su casa y me había dejado encerrado bajo llave de la cama al suelo había cuatro foesas de distancia, apretábanme algunas necesidades naturales, y no me atrevia a llamar, bien que hu-

biera sido inútil con una voz como la mía, respecto adonde estaba la cocina, en que ordinariamente asistía la familia. Cuando hacía estas cuentas, treparon dos enormies ratas por las cortinas y principiaron a correr sobre mi cama. Llega una a mi cara, y yo, lleno de espanto, me incorporé como pude para echar mano al sable; pero aquellos terribles animales tuvieron la insolencia de acometerme por distintos lados. Comenzé a repartir cuchilladas y tuve la fortuna de matar una y ahuyentar a la otra, volviendo a acostarme concluída la refriega para descansar y reponerme de la emoción sufrida. Eran las tales ratas como dos mastines, pero sin comparación más ágiles y feroces, de sucrte que si me toman indefenso infaliblemento me devoran.

Poco después vino mi ama, y entrando en el cuarto advirtió que estaba todo ensangrentado. Acudió al instante á mi, y para que saliese del susto la lice señal de que mirase a la rata muerta. La labradora sonrió, dando muestras de contento al ver que no estaba herido. Después la expliqué como pude mi deseo de bajar al suelo, y aunque ine soltó al punto, mi modestia no me permitía declarar la urgencia de otro modo que señalando a la puerta, haciéndola muchas corteslas. La mujer me entendió al cabo de algún tiempo, y volviendo a ponerme sobre su mano, me llevó al jardín y me dió libertad. Alejéme cerca de diez toesas, y dándola a conocer que debía volver la cabeza, me oculté entre dos hojas de acedera, donde hice lo que se deja adivinar.

10

Segunda parte, capítulo II

Empieza: «RETRATO DE LA HIJA DEL LABRADOR. LLEVAN AL AUTOR A UNA CIUDAD DONDE HABÍA MERCADO, Y DESDE ALLÍ A LA CAPITAL. EXACTA...»

RETRATO DE LA HIJA DEL LABRADOR. LLEVAN AL AUTOR A UNA CIUDAD DONDE HABÍA MERCADO, Y DESDE ALLÍ A LA CAPITAL. EXACTA RELACIÓN DE SU VIAJE.

Tenía mi ama una hija de nueve años, pero de un espíritu superior a tan tierna edad. De acuerdo con ella, me había destinado para cama, antes que llegase la noche, la cuna de una muñeca que la servía de entretenimiento. Pustéronla dentro de una gaveta de un escritorio pequeño suspendida en el aire sobre un estante por temor de las ratas, y aquél fué mi lecho durante todo el tiempo que permanecí entre aquellas buenas gentes. La muchacha cra tan ingeniosa, que a dos o tres veces que vió cómo yo me desnudaba aprendió siza dinicultad, y aunque no la permitiese este trabajo más que por obedecerla, ella me vestía y desnudaba cuando quería. Me hizo seis camisas, y otras ropas interiores, del lienzo más delgado que pudo encontrar (es verdad que en su comparación las velas de nuestros navíos son telas de Holanda) y cuidaba de lavármelas por su propia mano. No sólo era mi lavandera, sino también mi maestra para instruirme en su idioma. Cuando la señalaba con el dedo alguna cosa, al instante me decía cómo se llamaba; de suerte que en

poco tiempo me hallé capaz de poder pedir todo lo que necesitaba: ciertamente que tenia un natural bellísimo. Me puso el nombre de Grildrig, que significa lo mismo que nanunculus en latín, homunceletino en italiano, y mannikin en inglés. Puedo decir que a ella debo el haber aprendido su idioma.

Estábamos siempre juntos: yo la llamaba Glumdalclitch, o pequeña ama, y confieso que sería el hombre más ingrato e inhumano si olvidara en cualquier tiempo sus desvelos y afecto hacia mí; pero, lejos de eso, quisiera llegar a verme otro día en estado de reconocerlos en el fondo de mi corazón lo deseo entretanto que acaso habré sido la inocente, aunque infeliz causa de su desgracia. No me faltan motivos de temerlo.Muy pronto se esparció por todo el país la noticia de que mi amo habia hallado en los campos un ani malejo poco menor que un splacknock (que se cría en aquellos climas, y tiene casi seis pics de largo y la misma figura que un racional) que imitaba al hombre en todas sus acciones y parecía hablar una especie de lenguaje que le era propio; que había aprenCULLIVER.

dido ya algunos de sus términos, que andaba recto sobre sus pies, que era dulce y tratable, venía donde le llamaban, hacía cuanto le mandaban; que tenía unos miembrecitos muy delicados, y un cutis más blanco y fino que el de una señorita en la edad de tres años. Otro labrador vecino, íntimo amigo de mi amo, fué a visitarle expresamente por examinar la verdad de la voz que corría. Al instante me exhibieron, y poniéndome sobre una mesa, me mandaron que me pasease; obedeci prontamente, saqué mi sable, lo volví a la vaina, hice una gran cortesía al vecino, preguntéle por la salud en su propio idioma, ie di la bienvenida, y toda la relación que me había enseñado mi maestrita. El amigo, que por su avanzada edad tenía ya cansada la vista, se puso sus anteojos para verme mejor; yo

no pude reprimir la risa, y conociendo el motivo todas las gentes de la casa, prineipiaron a reir también, de suerte que el viejo chocho se dió por ofendido como un bestia. Tenía la debilidad de ser avaro, y no pudiendo disimularla, a juzgar por el detestable consejo que dió a mi amo, proponiéndole que podía ganar mucho dinero si me hacía ver de los curiosos cualquier día de mercado en la ciudad inmediata, que sólo distaba veintidós millas escasas. Luego lo malicié desde que advertí que hablaba con mi amo aparto muy reservadamente, que me miraban y señalaban con el dedo de cuando en cuando.

Al día siguiente mo confirmó estas sospechas Glumdalclitch, mi directora, refiriéndome todo lo que había sabido por su madre. La pobre muchacha me puso en su seno, y lloraba sin consuelo por los riesgos á que me exponían de quebrantarme, estropearme o acaso reventarme si aquellos hombres bárbaros y groseros no me ataban con cuidado y como bubía observado mi modestia natural y extremada delicadeza en todo lo que mira al honor, se lamentaba de G verme expuesto por dineros a la curiosidad del más bajo pueblo. Ella alegaba que su papá y su mamá la habían ofrecido que Grildrig scría todo suyo, pero que bien conocía que la querían engañar como había sucedido el año anterior con un cordero, que luego que estuvo gordo se lo vendieron al carnicero. No tenía yo tanta pesadumbre, pues nunca me abandonó la esperanza de recobrar algún día mi libertad; y respecto a la ignominia de verme transportado de lugar en lugar como si fuera un monstruo, nunca crei que una desgracia tal pudiese herir mi honor, ni que me la echarían en rostro cuando volviese a mi patria, porque al mismo rey de la Gran Bretaña le hubiera sucedido otro tanto en iguales circunstancias.

Mi amo admitió el consejo de su amigo, y poniéndome dentro de un cajón, me llevó el día siguiente, que era de mercado, a la ciudad inmediata, acompañado de su hija. El cajón estaba cerrado por todos lado, con algunos agujeros para que entrase el aire.

La muchacha había tenido la buena idea de ponerme debajo el colchón de la cama de su muñeca; mas con todo escapé molido del viaje, aunquo no duró más de media hora, porque el caballo avanzaba de cada - paso cerca de cuarenta pies y trotaba con tal violencia que no se diferenciaba el movimiento de un navío en medio de la borrasca más fuerte; bien que, como he dicho, el camino no era más largo que de Londres a San Albano. Mi amo se apcó en una posada donde acostumbraba hospedarse, y después de haber consultado con el patrón y dado las disposiciunes necesarias, mandó al glustrud o pregonero que diese aviso al pueblo de que había llegado un animalito extraño, que se exhibia en el parador del Aguila verde, un animalito que era un poco más pequeño que un splacknock, semejante en todas las partes de su cuerpo a una criatura humana; que podía pronunciar diferentes palabras y hacer una infinidad de cabriolas con mucha destreza.Pusiéronme sobre una mesa en la sala más grande del parador, que tenía cerca de trescientos pies en cuadro. A un lado estaba mi directora en pie sobre un banquillo bastante cerca para cuidar de mí e instruirme en lo que debía hacer: y mi amo, para evitar todo tropel y desorden, no permitía que entrasen de cada vez más que treinta personas. Yo me pascaba encima de la mesa arriba y abajo, según mie mandaba la hija, después me hacía varias preguntas que ella sabía podía yo satisfacer con proporción al conocimiento que tenía del idioma, a las cuales respondía con toda la propiedad y esfuerzo que me era posible.

Me volvía hacia el pueblo y hacía mil cortesías. Tomaba un dedal de Glumdalclitch que me servía de vaso y, llenándole de vino, brindaba por los espectadores. Tiraba de mi sable y hacía el molinillo como los maestros de armas en Inglaterra; y por último me daban una pajita y hacía el ejercicio de la alabaida, que cuando muchacho había aprendido en mi país. Esta fiesta se repitió doce veces el primer día hasta que me rindieron cruelmente el cansancio, el disgusto y la melancolía.

Tos que me habían visto salían ponderando tanto lo prodigioso del espectáculo, que el pueblo quería romper las puertas para entrar. Pero mi amo, mirando por sus intereses, no permitió que nadie me tocase, sino mi maestra, y para ponerme más a cubierto de todo atentado, había rodeado de bancos la mesa, a tanta distancia que ninguno de los espectadores pudiese alcanzar con la mano ini persona. Sin embargo, un diablillo de estudiante me tiró una avellana a la cabeza con tal violencia, que si no yerra el golpe seguramente me hubiera saltado el cerebro, pues era tan gorda como un melón; pero tuve la satisfacción de ver despedirle de la sala con toda la ig nominia que merecía su malignidad.

Mi amo puso carteles ofreciendo exhibirme también al público en el mercado siguiente, y entretanto me dispuso otro carruaje más cómodo, en vista de la fatiga que me había ocasionado la primera marcha y la repetición de mis habilidades en ocho horas seguidas, pues al acabar no podía ya tenerme en pie, y había casi perdido la voz. Para colmo de mis descichas, luego que regresamos a casa, todos los hidalgos de la vecindad, movidos de la admiración general, acudían sin cesar a verme; hubo día que se juntaron más de treinta, con sus mujeres e hijos, que aquel país abunda tanto como Inglaterra de hidalgos holgazanes y desocupados.

Entusiasmado mi amo por las saneadas ganancias que mi exhibición le proporcionaba, determinó llevarme a todas las ciudades más principales del reino. Proveyóse de todo lo necesario para un viaje largo, arregló sus negocios domésticos, y despidiéndose de su mujer elde agosto de, casi dos meses después de mi llegada a aquel país, partimos para la capital, que está situada hacia el centro del Imperio, distante poco menos de quinientas leguas del lugar de nuestra residencia. Mi amo iba a caballo, y a la grupa su hija, vestida de calzones, la cual me llevaba dentro de un cajón atado a su cintura y forrado del paño más fino que había podido encontrar.

La idea era exponerme en todas las ciudades, villas y aldeas algo cultas del camino, y aun en las quintas que la nobleza posee en aquellas inmediaciones.

Hacíamos jornadas muy cortas, que no pasaban de ochenta o cien leguas, porque Glumdalelitch, mirando a mi comodidad, se quejó de que no podía sufrir el trote del caballo, y de cuando en cuando me sacaba del cajón para que tomase alimento y viese el país.

Pasamos cinco o scis ríos más anchos y profundos que el Nilo y el Ganges; apenas había arroyo que no fuese más caudaloso que el Támesis por el puente de Londres. Finalmente, tres semanas empleamos en el viaje, en cuyo tiempo me exhibieron en diez y ocho ciudades principales, sin contar otras muchas villas y casas de campo.

Elde octubre llegamos a la capital, llamada en su idioma Lorbruldrud o el Orgullo del universo. Mi amo tomó un cuarto en la calle más principal, no muy lejos del palacio real, y repartió prospectos, según costumbre, que contenían una descripción prodigiosa de mi persona y talento. Allí dispuso un salón de trescientos o cuatro-

cientos pies de anchura, donde colocó una mesa de sesenta pies de diámetro: sobre la cual debía hacer yo mi papel, y para que no me cayese la cercó de una empalizada. Se dió principio al espectáculo, que me hicieron repetir diez veces en cada día con grande admiración y gusto de todo el pueblo. Ya hablaba yo su idioma razonablemente, y entendía muy bien todo cuanto decían de mí también había aprendido su abecedario, y aunque con algún trabajo, podía leer y explicar un libro: pucs Glumdalclitch mo había dado algunas lecciones en casa de su padre y a las horas de descanso en nuestro viaje, a cuyo fin llevaba en su faltriquera un librito algo más grande que un atlas proporcionado a la juventud del país. Este era una especie de catecismo en compendio, del cual se servía para instruirme en las letras del abecedario y significación de los vocablos.

11

Segunda parte, capítulo III

Empieza: «Las penas y fatigas que diariamente sufría ocasionaron un trastorno considerable en mi salud, pues cuanto más ganaba mi amo, tanto más...»

Las penas y fatigas que diariamente sufría ocasionaron un trastorno considerable en mi salud, pues cuanto más ganaba mi amo, tanto más crecía su ambición. Había ya perdido enteramente el apetito, y me había quedado poco menos que como un esqueleto. Mi amo lo advirtió, y viendo mi muerte próxima, determinó aprovecharse del tiempo con la mayor utilidad suya. De este modo discurría cuando llegó a la puerta un slardral o caballerizo del rey, con orden de quo me presentase al punto en la corte para divertir a la reina y a sus damas. Algunas de éstas me habían visto ya y contado maravillas de mi gallarda figura, buen aire y bondad de carácter. Mucho celebraron mis gracias la reina y su real familia. Yo me arrodillé a sus pies en solicitud de besarlos con respeto; pero aquella afabilísima princesa me presentó el dedo pequeño de su mano, que estreché contra mi pecho, aplicando en su extremo con veneración mis labios. Me hizo algunas preguntas generales tocante a mi país y viajes, a las cuales respondí con toda la distinción y laconismo que me fué posible. También me preguntó si viviría contento en la corte: entonces, haciendo una reverencia hasta tocar con la cabeza en la mesa en que estaba, respondí con mucha sumisión que

era hijo de la obediencia, pero que si dependiese de mi voluntad solamente, tendría todo mi gusto en consagrar mi vida al servicio de Su Majestad. Al instante propuso a mi amo si quería venderme, y como éste no deseaba otra cosa, porque no me daba un mes de vida, admitió prontamente el partido señalando por precio mil monedas de oro, que sin detención le pusieron en la mano. Yo pedí entonces a la reina que pues ya era un humilde esclavo suyo me concediese por primera gracia que Glumndalclitch, en quien había hallado siempre tanta atención, amistad y esmero, fuese admitida igualmente al honor de su servicio, continuando con el cargo de directora mía. Su Majestad condescendió exigiendo también el consentimiento del labrador, que quedó tan contento de ver a su hija en palacio como ella de no separarse de ini lado. Por último, él se retiró diciéndome a la despedida que en buen sitio me dejaba, a lo cual le contesté silenciosamente con una gran cortesía.

Notó la reina la frialdad con que recibí el cumplimiento y despedida del labrador: preguntándome la causa, respondí sin títubear a Su Majestad que no reconocía otra gracia en mi antiguo amo que la de no haber despachurrado con el pie a un animalito inocente hallado por casualidad en sus tierras, que este faver quedaba bien pagado con el provecho que había sacado exhibiéndome al público por dineros y con la suma que acababa de tomar en mi venta; que mi salud estaba muy quebrantada por tanta esclavitud y continua obligación de divertir a la plebe a todas horas del día que si ini amo no hubiera temido mi muerte no me hubiera comprado Su Majestad tan barato.

Pero que como ya no hallaba lugar en mí el temor de ser tan desgraciado en lo sucesivo bajo la protección de una princesa tan grande y benigna, el primor de la Naturaleza, la admiración del

mundo, las delicias de sus vasallos y el fénix de la creación, esperaba que los recelos de mi amo anterior saliesen vanos, pues que sentía ya mis espíritus recobrados del todo con el influjo de su muy augusta presencia; tal fué el resumen de mi discurso, pronunciado con bastantes barbarismos y no pocos temores.

La reina, disimulando con su bondad los defectos de mi arenga, quedó admirada de ver tanto valor y juicio en un animalejo tan pequeño: púsome sobre su mano y, sin detenerse, me llevó a presentarme al rey, que estaba entonces recogido en su gabinete. Su - Majestad, príncipe muy serio y de semblante austero, no fijándose por el pronto en mi figura, preguntó secamente a la reina que desde cuándo se había aficionado a los splack-nocks (pues me tuvo por un in.secto de esta especie). Pero la reina, que era sumamente aguda, me puso de pie con mucho cuidado sobre el tintero del rey y me mandó que dijese yo mismo a Su Majestad lo que era. Obedeci en muy pocas palabras, y Glumdalclitch, que se había quedado a la puerta del gabinete, no pudiendo sufrir que estuviese más tiempo separado de ella, entró, y añadió que me habían hallado en el campo.

El rey, que era un sabio a quien no igualaba ninguno de los de sus Estados, que había pasado su juventud en el estudio de la filosofía y principalmente en el de las matemáticas, cuando vió de cerca mi figura y ademanes, antes de haber principiado a hablar, discurrió que pudiese ser alguna máquina artificial, como un torno de asador, o cuando más alguna especie de reloj ejecutado por un buen artífice. Pero luego que escuchó mi voz y advirtió que aquellos débiles ecos eran producidos con discernimiento racional, no pudo disimular su admiración y asombro.

Mando llamar a tres famosos sabios que a la sazón residían en la corte, prestando su seniana de servicio, según la admirable costumbre de aquel país.

Estos señores, después de haber examinado mi figura con mucho detenimiento, no pudieron ponerse de acuerdo. Todos convenían en que no podía ser un legítimo producto de la Naturaleza por el orden regular, porque carecía de la facultad natural de conservar mi vida, ya fuese por la agilidad, ya por la facilidad de trepar sobre un árbol o va por la facultad de minar la tierra para hacer madriguera donde esconderme como los concjos. Y habiendo observado mis dientes por largo rato, conjeturaron que era yo un animal carnicero.

Uno de los filósofos adelantó que era un embrión o puro aborto. Pero esta opinión fué rechazada por los otros dos que habían advertido que mis miembros eran perfectos y bien formados en su especie y que había vivido ya muchos años, como evidenciaba mi barba, examinada con auxilio de un microscopio. No quisieron declararme siquiera enano, porque mi pequeñez no tenia comparación, pues el enano favorito de la reina, que era el más pequeño que se había visto jamás en el reino, tenía cerca de treinta pies de altura. Por último, después de un gran debate convinieron unánimemente en que era un relplum scalcath, que, interpretado literalmente, quiere decir lusus naturae; decisión muy conforme a la filosofía moderna de Europa, cuyos profesores, dexdeñando el antiguo refugio de las causas ocultas, con cuyo favor los sectarios de Aristóteles tratan de paliar su ignorancia, han inventado esta maravillosa decisión de todas las dificultades de la física.; Admirable progreso de la ciencia humana!

Terminada que fué esta conclusión decisiva, se me permitió decir algunas palabras, y mirando al rey, protesté scriamente a Su Majestad que venía de un país donde mi especie vivía repartida en muchos millones de individuos de ambos sexos que los animales, árboles, y casas eran proporcionados a nu cuerpo, y que, por consiguiente, lograba allí la facultad de defenderne y alimentarme con todos los demás socorros y comodidades que podía disfrutar en sus Estados cualquier vasallo de Su Majestad. Esta repuesta dió lugar a una sonrisa desdeñosa en los filósofos, diciendo que el labrador me tenía bien instruído y que yo no había aprendido mal la lección.

Pero el rey, que estaba dotado de mejores luces, despidiendo a sus sabios, mandó buscar al labrador que, por fortuna, no había salido todavía de la corte. Exaindle en particular, confrontó después su informe conmigo y con Glumdalclitch, y halló Su Majestad que cuanto le había referido podía ser cierto. Encargó a la reina que diese orden de que me cuidasen bien, y que continuase bajo la vigilancia y dirección de Glumdalclitch, porque había notado que nos queríamos mucho.

Mandó la reina a su ebanista que me hiciese un cajón que pudiese servirme de dormitorio con arreglo al modelo o idea que le diésemos mi directora y yo.

El obrero no se distinguía por su actividad, y tardó tres semanas en fabricarne un cuarto de madera de diez y seis pies en cuadro y doce de altura con sus ventanas, puertas, y dos gabinetes.

Otro obrero excelente y célebre por el gusto con que fabricaba juguetes, se encargó de hacerme dos sillas de una materia semejante al marfil, dos mesas y un armario donde poner mi ropa, y la reina

mandó que al punto buscasen en todas las tiendas las telas de seda más finas para hacerme vestidos.

Aquella princesa gustaba tanto de mi conversación, que no podía comer como yo no estuviese presente. Me ponían una mesita sobre la de Su Majestad, y mi silla correspondiente, estando siempre Glumdalclitch al lado, puesta de pie sobre un taburete, para cuidarme.

También quiso el príncipe un día conversar conmigo durante la comida. Me preguntó acerca de las costumbres, religión, leyes, gobierno, y literatura de Europa di razón de todo como pude, y sobre cada cosa iba haciendo Su Majestad las reflexiones y observaciones más sabias que le dictaban su perspicaz talento y juicio sólido. IIabiendo llegado a los dos partidos que dividen la Inglaterra, me preguntó si era yo wigh, o tory: y volviéndose después hacia su primer ministro, que estaba detrás en pie como un bastón blanco en la mano tan alto como el palo mayor del Soberano Real, exclamó: «; Desdichada naturaleza humana! ¡cuán poco montan tus grandezas, cuando unos viles insectos quieren suponer también ambición y gozar de jerarquías y distinciones entre ellos tienen andrajos con que cubrirse, vivares. jaulas y cajones que llaman alcázares y palacios; equipajes, libreas, títulos, empleos, ocupaciones, y pasiones como nosotros. Entre ellos se encuentra el amor, el odio, el engaño y la traición como aquí.» De esta suerte filosofaba Su Majestad acerca de lo que le había referido de Inglaterra, y yo estaba ardiendo de indignación y coraje de ver mi patria, la maestra de las artes, la reina de los mares, la árbitra de la Europa, la gloria del Universo, tratada con tanto menosprecio.

Pero nada me incomodaba ni ofendía tanto como un enano que tenía la reina, el cual, siendo de una talla nunca vista en aquel país, se hizo tan insolente desde que vió otro hombre mucho más pequeño que él, que no podía contenerse. Me miraba con soberano y singular desprecio, y no cesaba de burlarse de mi figurita. Yo no tenía otro desquite que llamarle hermano; mas era tanta su malignidad, que un día, mientras comían, estuvo esperando verme descuidado y agarrándome por medio del cuerpo me precipitó en un plato de leche y echó a correr. Quedé sumergido hasta las orejas, de suerte que si no hubiera sido un nadador excelente, me hubiera ahogado sin remedio. Glumdalclitch había pasado por casualidad hacia el otro extremo del cuarto, y la reina, consternada del suceso, no tuvo ánimo para socorrerme: acudió al instante mi directora; pero, por pronta y diestramente que procuró sacarme, ya había tragado más de una azumbre de leche. Me llevaron a la cama, y no resultó más daño que la pérdida del vestido, que quedó del todo inservible. El enano sufrió unos crucles azotes, cuyo castigo presencié con cierta complacencia.

Quiero hacer ahora una ligera descripción de aquel país, según lo que pude observar de la parte que recorrí. Toda la extensión del terreno es casi de tres mil leguas de longitud y dos mil quinientas de latitud, de donde infiero que nuestros geógrafos europeos se equivocan en creer que no hay sino mar entre el Japón y California. Yo siempre imaginé que debía haber por aquel lado un gran continente que sirviese de contrapeso al gran continente de Tartaria: así, pues, es preciso corregir los mapas y unir esta vasta extensión de tierra a las partes noroestes de la América, para lo cual me ofrezco a ayudar con mis luces a los geógrafos. Aquel reino es una península terminada por la parte del Norte en una cadena de montañas

que tienen cerca de treinta millas de altura, y todas son inaccesibles a causa de los volcanes que abundan en su cima.

Los más sabios ignoran qué especie de mortales habita de la otra parte de aquellas montañas, o si acaso está desierta. No se encuentra un puerto en todo el reino, y aquellos parajes de la costa por donde los ríos entran en el mar, están tan cubiertos de rocas altas, y escarpadas, y el mar tan agitado ordinariamente, que apenas hay hombre que se atreva a abordar; de modo que aquellos pueblos están privados de todo comercio con el resto del mundo. Sus ríos principales abundan de pesca excelente; pero de qué les sirve si aun los peces de mar en el Océano son del mismo tamaño que los de Europa, y con respecto a aquellas gentes no merecen la pena de pescarlos, de donde se evidencia que la Naturaleza, en sus producciones de plantas y animales tan enormes, se limitó absolutamente al continente, sobre cuyo punto me reinito a los filósofos? Sin embargo, alguna que otra vez suelen pescar en la costa ballenas, de que se alimenta la plebe, y lo tienen por regalo. Vi una tan grande que apenas podía llevarla sobre sus hombros un natural del país. También las envían en canastos por curiosidad a Lorbruldrud, y aun soy testigo ocular de otra que presentaron sobre un plato en la mesu del rey.

El pais está bien poblado, pues comprende cincuenta y una ciudades, cerca de cien villas cerradas, y un número mayor de aldeas y alquerías. Para cumplir con el lector curioso, creo bastará la descripción de Lordbruldrud. Esta ciudad está situada junto a un río que la atraviesa y dívide en dos partes casi iguales, en que se cuentan más do ochenta mil casas, y en ellas casi seiscientos mil habitantes. Tiene de largo tres glonglungs (que hacen cincuenta y enatro millas inglesas escasas) y dos y medio de ancho según la

medida que tomé en el mapa real, dispuesto de orden de Su Majestad, el cual extendieron en el suelo y me pascé perfectamente por su extensión, que era de cien pies de largo.

El palacio del rey es de una fábrica bastante irregular más propiamente puede decirse que es un conjunto de edificios de cerca de siete millas en circuito, las salas principales tienen doscientos cuarenta pies de altura.

Para que Glumdalclitch y yo saliésemos a ver la ciudad y sus edificios, nos destinaron un coche que, si no yerra mi cálculo, era en cuadro como el salón de Westminster o poco menos, aunque no tan alto.

Un día paramos en diferentes tiendas, y aprovechando la ocasión los mendigos acudían en tropel a las

Las damas de la reina gustaban mucho de que Gluundalclitch me llevase consigo a sus cuartos para tener el entretenimiento de examinarme de cerca y hacerme fiestas. A veces me ponían desnudo de pies a cabeza, para contemplarme inejor, y luego me agasajaban poniéndome en su pecho con otras mil caricias. Pero ninguna de ellas tenía el cutis tan fino como Glumdalelitch.

Todo esto, a mi modo de entender, lo hacían por tratarime sin ceremonia, como a una criatura de la que nada había que temer, por lo cual tampoco tenían reparo en desnudarse en mi presencia hasta quitarse la camisa, sin respeto al pudor y la buena crianza, mientras yo solía estar enfrente sobre su tocador, y a pesar mío, no podía excusarme de verlas; digo a pesar mío porque, a la verdad, aquella visión no me causaba la menor impresión. Su cutis me parecía áspero, desunido y de diferentes colores, sembrado de man-

chas tan grandes como platos: sus largos cabcllos colgaban al modo de una madeja de cordeles, y por este orden veía toda la deformidad de su cuerpo, debiendo sacar por conclusión que la hermosura de las mujeres que nos hace tanta impresión, no es más que una cosa imaginaria, pues no hallaríamos diferencia de nuestras europeas a aquéllas, si nuestros ojos fueran microscopios. Suplico al bello sexo de mi país que no tome a mal esta reflexión. Poco importa a las bonitas parecer feas a la perspicaz vista que nunca las ha de observar. Nada he dicho de nuevo para los filósofos; pero como sus ojos son lo mismo que los demás, a la vista de una hermosura se olvidan al instante de toda su filosofía.

La reina, que me hablaba a menudo de mis viajes por mar, buscando siempre ocasiones de divertirme si estaba melancólico, me preguntó un día si tenía la habilidad de manejar una vela y un remo, y si sería conveniente a mi salud algún ejercicio de esta especic. Respondí que entendía de ambas cosas bastante. Que aunque mi profesión había sido la de cirujano, esto es, médico de navío, me había visto muchas veces precisado a trabajar como un marinero; pero que ignoraba de qué modo se practicaba esto en aquel país donde el barco más pequeño equivalía a un navío de guerra de primer orden de los nuestros, además de que un buque proporcionado a mi cuerpo y fuerzas no podría flotar mucho tiempo en sus ríos, ni yo solo gobernarle. Entonces me dijo Su Majestad que, si yo quería, su armador me haría una barquita, y que no me faltaría paraje donde poder navegar. Con efecto, le di el modelo, y en diez días me construyó un navío pequeñito con todos sus cordajes, capaz de contener cómodamente ocho europeos. Luego que estuvo acabado, dió orden la reina al armador que fabricase una artesa de madera de trescientos pies de largo, cincuenta de ancho y ocho de profun-

didad, bien embetunada, la cual hizo colocar en el suelo de una sala exterior del palacio a lo largo de la pared.

Fara renovar el agua, tenía su llave bastante bajay en cosa de media hora podían muy bien volverla a llenar un par de criados. De esta suerte, me proporcionaron que pudiese navegar para mi diversión y la suya, pues tanto la reina como sus damas manifestaban mucho gusto al ver mi destreza y agilidad. Alguna otra vez desplegaba mi vela, y me ponía a gobernar la embarcación, mientras que las damas me daban viento con sus abanicos, y cuando se cansaban, los pajes impelían y hacían caminar el navio a soplos para que yo luciese mi habilidad a estribor o babor según me acomodaba. Y concluida la maniobra, Glumdalclitch llevaba el navío a su gabinete y le colgaba de un clavo para que se enjugase.

En este ejercicio me sucedió un día cierto accidente que pudo costarme la vida. Una criada de Glumdalclitch tuvo la gracia de tomarme para pasarme al navio que estaba ya en el agua, y, dejándome escurrir entre sus dedos, hubiera caído infaliblemente de una altura como de cuarenta pies, si no tengo la fortuna de tropezar en la cabeza de un grueso alfiler que tenía preso en su delantal, del cual quedé colgado por la pretina de los calzones, hasta que Glumdalchtch acudió a socorrerme.

En otra ocasión, uno de los mozos que tenían el cargo de renovar el agua de la artesuela cada tres días, no vió una raua enorme que iba dentro del cubo, y estuvo escondida hasta que entré con mi embarcación, y hallando entonces un sitio a propósito donde poder descansar, saltó sobre ella, y la inclino tanto, que si no acudo prontamente a hacer contrapeso del otro lado, sin remedio se hubiera

hundido : por último, pude ahuyentar a aquel enorme animal a golpes de remo.

Pero el mayor de los peligros en que me vi en aquel reino fué el que voy a referir. Glumdalclitch había salido a una visita o negocio propio, dejando echado el pestillo al salón donde estaba mi cajón y abiertas todas las ventanas, porque hacía un calor sofocante. Yo me había sentado junto a mi mesa bastante pensativo y melancólico, cuando me sorprendió un ruido fuerte que sonaba ya a una parte ya a otra. Aunque con recelos, tuve valor para examinario sin abandonar mi puesto. ; Cuál fué mi pavor al ver un caprichoso animal que, habiendo entrado por la ventana, no cesaba de hacer cabriolas por todo el aposento, que se acerca a ini jaula, y mirándola con GULLIVER.

apariencias de gusto y curiosidad, fué asomando la cabeza a todas mis ventanas! Llegó a la puerta, y a pesar de mis esfuerzos para retirarme a lo más interior, sin presencia de ánimo para haberme escondido debajo de la cama, que era el mejor asilo, no pude evitar que me vicse. El pícaro animal, que era nada menos que un mono del país, después de mil gestos y cabriolas, metió una mano por la puerta, al modo de un gato que juega con un ratoncillo, y agarrándome por los faldones de la casaca (que como era de tela del país tenía demasiada resistencia) me sacó fuera. Me tomó en brazos, reclinándome sobre el derecho como ama que amamanta a su infante, y pasándome la mano por la cara con mucha suavidad, me trataba como si yo fuera un monito recién nacido. Lo mismo he visto hacer a otro en mi país con un gato pequeño, pero me apretaba tanto cuando protestaba yo de sus finezas, que consideré preferible pasar por todo cuanto se le antojase.

Asustado de un repentino ruido que sonó hacia la puerta del cuarto, como de alguno que la abría, saltó prontamente a la ventana por donde había entrado, y de allí al alero del tejado inmediato, sin parar hasta lo más alto, desde donde escuché los lastimosos clamores de Glumdalclitch que parecía loca. Todo aquel cuartel de palacio estaba alborotado, los criados corrían a buscar escaleras, y mi mono, con gran serenidad sentado en la cumbre del edificio, a la vista de mil gentes, me tenía en sus brazos como a un niño, embutiéndome en la boca por fuerza algunas viandas que había podido tomar en la cocina. La canalla que me miraba celebraba todo esto como una gracia, como una fiesta que otro paga; y a la verdad, excepto para mí, el espectáculo era gracioso. Aigunos tiraban piedras por ver si bajaba el mono, pero tuvieron que dejarlo por no romperme la cabeza.

Trajeron finalmente las escaleras, y subiendo bastantes hombres, el mono se intimidó y desamparó el puesto, dejándome caer en una canal del tejado. Uno de los lacayos de mi directora, que era un mozo muy honrado, trepando como pudo, me recogió y me puso en la faltriquera de los calzones para bajarme sin riesgo.

Ya me tenía casi ahogado con las porquerías que me había embutido en el gaznate; pero mi buena aya me hizo vomitarlas y tomé aliento. Los abrazos de aquella fiera me dejaron tan quebrantado y débil, que me fué preciso guardar cana por quince días, en cuyo tiempo el rey y toda la corte enviaban recado diariamente a saber el estado de mi salud, y la reina me hizo varias visitas. El mono fué condenado a muerte; y, ejecutada la sentencia, se expidió un real - decreto para que desde entonces ninguna persona pudiese mantener semejantes animales en las inmediaciones de palacio. La primera vez que salí a visitar al rey, después de recobrada mi salud,

me dispensó Su Majestad el honor de gastarme algunas bromas sobre esta aventura: me preguntó cuáles eran mis sentimientos y reflexiones mientras estaba entre los brazos del mono; qué gusto tenían las viandas que me daba, y si el aire fresco que respiraba sobre el tejado no me había excitado el apetito. Por último, me instó a que le dijese qué hubiera hecho en igual lance dentro de mi país. Respondí a Su Majestad que en Europa no teníamos monos, a menos que los trajesen de países extranjeros, y que éstos eran tan pequeños, que no se hacían temibles: pero que respecto a aquella bestia feroz de mi aventura (que a la verdad abultaba tanto como un elefante) si el pavor me hubiera permitido hacer uso de mi sable (decía yo esto con arrogancia, poniendo la mano sobre la guarnición) cuando introdujo la mano por la puerta de mi cuarto, le hubiera dado una cuchillada tan fuerte, que acaso la hubiera retirado con más prontitud que la metió. Esforzaba yo mi discurso con un tono firme, como de una persona celosa de su honor que se ve ofendida; mas todo el aplauso que consiguió mi entusiasmo fué una gran carcajada, que ni la respetable presencia de Su Majestad pudo reprimirla en los que le acompañaban. Aquello me inspiró la reflexión de lo que es la villanía del hombre en el caso de considerar su superioridad a vista del inferior que no puede competir ni compararse con él, no obstante que lo había observado muchas veces en Inglaterra, donde un hombrezuelo, que no es nadie, se ensalza y vanagloria, hace de personaje y trata de un modo daminante a todos los principales del reino, sólo porque tiene algún talento.

Era muy raro el día que no había que contar en la corte nueva aventura mia, y Glumdalclitch, aunque me quería infinito, era la primera en llevar la noticia de mis hechos a la reina, conociendo cuánto la divertían. Por ejemplo, habiendo salido a pasearnos, me

llevaba en su coche dentro de mi cajón de camino, y para que hiciese ejercicio inandó parar y me puso en el suelo había al pie un excremento de vaca, y yo, queriendo hacer ostentación de mi ligereza, fuí a saltar por cima, y caí en medio. Quedé sumergido en basura hasta las rodillas, sin poder salir del atolladero; un lacayo me ayudó y me limnió después con su pañuelo; pero al instante lo supo la reina, y los mismos criados lo divulgaron por todo el pueblo.

12

Segunda parte, capítulo IV

Empieza: «DIFERENTES INVENCIONES DEL AUTOR PARA AGRADAR A LOS REYES. EL REY SE INFORMA DEL ESTADO DE EUROPA, CUYA RELACIÓN HACE EL AUTOR....»

DIFERENTES INVENCIONES DEL AUTOR PARA AGRADAR A LOS REYES. EL REY SE INFORMA DEL ESTADO DE EUROPA, CUYA RELACIÓN HACE EL AUTOR. OBSERVACIONES DE SU MAJESTAD SOBRE ESTE TEMA.

Tenía la costumbre de asistir al cuarto del rey mientras le vestían, una o dos veces en la semana, y con este motivo vi afeitarle en varias ocasiones, con bastante temor al principio, porque la navaja era casi dos tantos más larga que una guadaña. No consentía Su Majestad esta operación más que dos veces en la semana, según la costumbre del país. Ocurrióme la idea de pedir al maestro algunos despojos de la barba de Sn Majestad, y habiéndomelos dado, tomé un pedacito de madera, le hice muchos agujeritos a una distancia igual con una aguja, clavé en cada uno un pelo de la barba con suma destreza y me proveí de un peine, que me hacía bastante falta, porque el que llevé estaba ya muy estropeado y casi inútil, sin haber podido encontrar en todo el país un artesano capaz de hacerme otro.

También me acuerdo de otro entretenimiento que me propuse por aquel tiempo. Encargué a una de las camareras de la reina que re-

cogiese aquellos cabellos más finos que cayesen de la cabeza de Su Majestad cuando la peinasen. Junté una cantidad considerable, y consultando al ebanista que tenía orden de hacer todas las obras menudas que yo le mandase, le di mis instrucciones para que me fabricase dos canapés del mismo tamaño que los que tenía en mi cajón, y que después con una lezna fina les abriese muchos agujeritos todo alrededor. Luego que estuvieron armados, tejí el fondo con los cabellos de la reina, pasándolos por los agujeros, y formé dos canapés semejantes a los de junco de que nos servimos en Inglaterra. Tuve el honor de presentarlos a la reina, que los puso dentro de una papelera como una cosa curiosísiina.

Quiso hacerme sentar en uno de ellos, pero yo me excusé, protestando que no era tan insolente y temerario para profanar así unos respetables cabellos que acababan de adornar la cabeza de Su Majestad. Lo que sí hice fué tejer un bolsillo de los cabellos sobrantes de dos canas de largo, pues tenía bastante ingenio para la mecánica, le puso el nombre de la reina en letras de oro, y con el permiso de Su Majestad lo regalé a Glumdalclitch.

El rey era muy aficionado a la música, tenía frecuentes conciertos, a que yo asistía dentro de mi cajón; de otro modo, no bubiera podido sufrir uD PStruendo tal que jamás pude distinguir los sonidos.

Todos los tambores y trompetas de un ejército tocados a un tiempo junto a nuestro oído, no serían capaces de causar tanto estrépito; pero yo tenía el cuidado de encargar que colocasen mi cajón distante de los señores músicos: cerraba bien todas las puertas, echaba las cortinas, y con esta precaución no me parecía la orquesta tan desagradable.

En mi juventud me había dedicado un poco al clavicordio. Glumdalclitch tenía uno en su cuarto, donde le daba lección un maestro que acudía dos veces en cada semana. Ocurrióseme un día la idea de divertir a los reyes ejecutando un aire inglés sobre este instrumento; pero hallé suma dificultad, porque su longitud era de cien pies y cada tecla de un pie de anchura, de suerte que extendiendo bien los brazos apenas alcanzaba cinco teclas, y para hacerlas sonar tenia que emplear toda mi fuerza a puño seco sobre ellas. Preparé dos palos del grueso de un garrote ordinario, cubriendo el un extremo con piel de ratón delante mandé poner un banco, subí encima, y corriendo por aquella especie de cadalso con toda la ligereza imaginable, descargaba los garrotes sobre el teclado, y así consegui tocar una danza inglesa a entera satisfacción de Sn Majestad; mas no puedo menos de confesar que jamás tuve que hacer un ejercicio tan violento y penoso.

El rey que, como he dicho, era un príncipe de mucho espíritu, hacía que me llevasen frecuenteinente a su gabinete dentro de mi jaula. La ponían sobre su bufete, y después me mandaba que saliese y me sentase en mi silla al nivel de su cara. En esta dis.

posición, teníamos diferentes conferencias. Un día me tomé la libertad de manifestar a Su Majestad que el menosprecio que había concebido de la Europa y resto del mundo no me parecía digno de las excelentes cualidades que adornaban su alma; que la razón era independiente del tamaño del cuerpo, y que antes bien habíamos observado en nuestro país que las personas de mayor talla no eran regularmente las más ingeniosas; que entre los animales la abeja y la boriniga gozaban la reputación de ser más industriosas y sagaces; y, en fin, que por desprecio que hiciese de mi figura, esperaba, no obstante, rendir grandes servicios a Su Majestad. El rey me es-

cuchó con atención, y mirándome de distinto modo, parecía no querer ya medir mi espíritu por mi talla.

Me mandó que le hiciese una relación exacta del gobierno inglés, expresando que por muy prevenidos que estuviesen los príncipes, como es regular, en favor de sus máximas y costumbres, tendría mucho gusto de saber si había en mi país alguna cosa que imitar. Considere mi amado lector cuánto hubiera celebrado yo en este lance ser un Demóstenes, un C$_1$cerón para poder con su talento y elocuencia pintar dignamente a Inglaterra, mi patria, inspirando la más alta idea de ella.

Principié mi relación por la descripción de nuestros Estados, que consistían en dos islas, que formaban tres poderosos reinos, bajo un solo soberano, sin contar nuestras colonias de América. Me extendí = cuanto pude sobre la fertilidad del terreno y temple del clima. Expliqué sucesivamente la constitución dei parlamento inglés llamado la Cámara de los Pares, personajes de la sangre más noble, antiguos poseedores, y señores de las más bellas tierras del reino; el esmero con que se trataba su educación con respecto a las ciencias y a las armas, para hacerlos capaces de poder ser consejeros natos del rey y del reino, de tener parte en la administración del gobierno, de ascender a miembros del más alto Tribunal de Justicia y ser los defensores más celosos de su príncipe y de la patria por su valor, conducta y fidelidad. Que estos señores eran cl adorno y seguridad del reino, dignos sucesores de sus antepasados, cuyos honores habían sido la recompensa de una virtud insigne, y cuya posteridad jamás se había visto degenerar: que a estos personajes estaban unidos algunos varones santos que tenían su lugar entre ellos con el título de obispos, cuya obligación particular era velar sobre la religión y sobre aquellos que la predican al pueblo : que busca-

ban y escogían entre el clero los hombres más sabios y virtuosos para elevarlos a esta dignidad eminente.

Proseguí diciendo que la otra parte del Parlamento era una respetable asamblea llamada la Cámara de los Comunes, que se componía de nobles elegidos libremente y diputados por el pueblo mismo, con atención a sus luces, talento y amor a la patria, puesto que debían representar la sabiduría de toda la nación; y añadí que estos dos cuerpos formaban la más augusta asamblea del Universo, que de acuerdo con el príncipe lo disponían todo y arreglaban en algún modo el destino de los demás pueblos de Europa.

Hablé luego de los Tribunales de Justicia, donde tienen su asiento los verdaderos intérpretes de la ley, que deciden en los diferentes litigios de los particulares, que castigan el delito y protegen la inocencia.

No pasé por alto la discreta y económica administración de la real hacienda, extendiéndome también sobre el valor y hazañas de nuestros guerreros por mar y tierra. Computé el número del pueblo, contando los millones de hombres que había de diferente religión y de diferente partido político entre nosotros. Nada omití, ni de nuestros juegos y espectáculos, ni particularidad ninguna que juzgase capaz de poder dar honor a mi país, concluyendo con una breve relación histórica de las últimas revoluciones de Inglaterra de cerca de un siglo a esta parte.

Cinco audiencias seguidas, y cada una de muchas horas, duró mi descripción, y el rey, atento a todo, con grande aplicación iba extractando en escrito la mayor parte, poniendo una señal a aquellas cuestiones que intentaba proponerme después.

Cuando hube acabado mi relación, examinando Su Majestad en una sexta audiencia sus extractos, me propuso muchas dudas y fuertes objeciones sobre cada artículo. Lo primero que me preguntó fué cuáles eran los medios ordinarios de cultivar el espíritu de nuestra noble juventud; qué medidas se tomaban cuando una casa ilustre llegaba a extinguirse, cosa que debía suceder de tiempo en tiempo; qué cualidades necesitaban los que habían de ser creados Duevos pares: si el capricho del príncipe, una suma de dinero presentada ex profeso a una dama de la corte o a un favorito, o el designio de fortificar un partido opuesto al bien público, no eran nunca el motivo de estas promociones; qué grados de conocimiento poseían los pares en las leyes de su país, y de qué modo se hacían capaces de decidir en última instancia sobre los derechos de sus compatriotas: si estaban siempre exentos de avaricia y de preocupaciones: si aquellos santos obispos de quienes había hablado arribaban generalmente a tan alta jerarquía por su ciencia teológica y por su vida ejemplar, sin nota de flaquezas, ni intrigas, del tiempo en que habían sido unos simples sacerdotes, si eran atendidos los familiares de los pares, por respeto a su influjo, y después seguían ciegamente la opinión de éstos, sirviendo a su preocupación y pasiones en la asamblea del parlamento.

Quiso saber cómo procedían a la elección de los que yo llarnaba los Comunes: si un incógnito con un bolsillo bien lleno de oro no podia alguna vez ganar el voto de los electores, haciéndose preferir a su propio amo o a los principales y más distinguidos nobles de su vecindad. Qué los obligaba a una pasión tan violenta, cuando la elección a que aspiraban no les atraía otra cosa que crecidos gastos sin renta alguna.

Que era preciso que estos electos fuesen hombres completamente desinteresados y de una virtud heroica y eminente, o que contasen con ser indemnizados y reintegrados con usura por el príncipe o sus ministros, sacrificándoles el bien público. Me propuso Su Majestad sobre este artículo dificultades tan insuperables que la prudencia no me permite repetirlas.

Acerca de los Tribunales de Justicia, quiso también Su Majestad informarse de varios puntos, y sobre esto podía yo instruirlo con perfecto conocimiento de causa, pues en cierta ocasión me vi casi arruinado por un largo pleito, a pesar de haberlo ganado con costas. Preguntó cuánto tiempo gastaban ordinariamente para dejar un asunto concluso para sentencia, si eran costosos los procesos; si los abogados tenían la libertad de defender causas manifiestamente injustas; si no se había notado alguna vez que el espíritu de partido o religión hiciese inclinar la balanza; si estos abogados no tenían algún conocimiento de los principios fundamentales y leyes generales de la equidad, o si se contentaban con saber las leyes arbitrarias y costumbres locales del país. Si ellos o los jueces tenían poder para interpretar las leyes y comentarlas y si los litigantes y las sentencias se contradecían alguna vez entre sí en un mismo caso.

Por último, me hizo algunas preguntas sobre la administración de la real hacienda, y me dijo que creía haberme reservado en este artículo, porque había limitado los impuestos a cinco o seis millones por año, y que los gastos del Estado subían bastante más y excedían en mucho a los ingresos.

[1]No podía concebir, decía él, cómo un reino se atrevía a gastar con exceso a sus rentas, y comer su hacienda como un particular. Me

preguntó qué tales eran nuestros acreedores, de dónde sacábamos para pagarles, y si no observábamos con ellos las leyes de la Naturaleza, de la razón y de la equidad. Estaba asombrado de los pormenores que le había dado de nuestras guerras y los exorbitantes gastos que exigian.A la verdad-decía, es preciso que seáis un pueblo muy inquieto y pendenciero, o que tengáis perversos vecinos. ¿Qué tenéis que disputar fuera de vuestras islas? ¿Debéis tratar allí otros negocios más que los de vuestro comercio, ni pensar en nuevas conquistas, no contentos con guardar bien vuestros puertos y costas?

Pero lo que más le admiraba era que estuviésemos manteniendo un ejército en el seno de la paz y en medio de un pueblo libre. Decía que si estábamos gobernados por nuestro propio consentimiento, no podía entender de qué teníamos miedo o con quién podíamos reñir, pues la casa de un particular estaría mejor guardada por él mismo, sus hijos y criados, que no por una tropa de pícaros y bribones sacados por suerte de la bez del pueblo con un sueldo tan corto que podía ganarse cien veces más cortándonos el cuello.

Rió mucho de mis conocimientos en aritmética (o como se le antojó llamarla) cuando me oyó calcular el número de personas, con distinción de las diferentes sectas que hay entre nosotros respectivas a la religión y a la política.

Notó que entre los entretenimientos de la nobleza había hecho mención del juego. Mostróse curioso por saber en qué edad usaban comúnmente de esta diversión y cuándo la dejaban: cuánto tiempo le consagraban y si no alteraba algunas veces la fortuna de los particulares haciéndolos acaso incurrir en acciones bajas e indignas. Preguntóme si algunos hombres viles o despreocupados no podían

en ocasiones por su destreza en este oficio adquirir grandes riquezas, tener a nuestros pares mismos en una especie do dependencia, acostumbrarlos a malas compañías, extraviarlos enteramente de la cultura de su espíritu y del cuidado de sus negocios domésticos, obligándolos por las pérdidas que podían sufrir a aprender a servirse acaso de esta misma infame destreza que los había arruinado.

La relación que le había hecho de nuestra historia en el último siglo le había pasmado en extremo esto no era en su opinión otra cosa que un encadenamiento horrible de conjuraciones, rebeliones, homicidios, destrucciones, revoluciones, destierros y todos los más enormes defectos que la avarícia, el espíritu de facción, la hipocresía, la perfidia, la crueldad, la ira, la locura, el rencor, la envidia, la malicia y la ambición podían producir.

En otra audiencia se tomó Su Majestad el trabajo de resumir lo más substancial de todas nucstras conferencias, cotejando las preguntas con mis respuestas. Después me cogió en sus manos y, lisonjeándome con mucha dulzura, se explicó con estas palabras que no olvidaré jamás, como tampoco el tono en que las decía: -Mi amiguito Grildrig, por cierto que habéis hecho un panegírico admirable de vuestro país: habéis probado perfectamente que la ignorancia, la pereza y el vicio pueden ser alguna vez las únicas cualidades de un hombre de Estado y que esas leyes son aclaradas, interpretadas y aplicadas con el mayor acierto por unas gentes cuyo interés y capacidad los guía a corromperlas, embrollarlas y alterarlas. Advierto entre vosotros una constitución de gobierno que en su origen pudo ser tolerable y hoy se halla =totalmente desfigurada por el vicio. Tampoco puedo inferir, por lo que me habéis referido, que ni una sola virtud sea requisito necesario para arribar a ningún cargo ni empleo entre vosotros. Yo veo que los hombres no se en-

noblecen allí por su espíritu; que los sacerdotes no son ascendidos por su piedad o su sabiduría, los soldados por su conducta y valor, los jueces por su integridad, los senadores por el amor a la patria, ni los hombres de Estado por su talento.

Bien creo, por lo que a vos toca-continuó diciendo,-que habiendo pasado la mayor parte de vuestra vida en viajar, no estaréis infestado de los vicios del país: pero, por lo que me habéis declarado francamente, y por las respuestas a que os han obligado mis objeciones, juzgo que el mayor número de vuestros compatriotas forman una raza de insectos, la más perniciosa que jamás permitió la Naturaleza que se arrastrasen sobre la superficie de la tierra.

13

Segunda parte, capítulo V

Empieza: «CELO DEL AUTOR POR EL HONOR DE SU PATRIA.-IIACE AL REY UNA PROPOSICIÓN VENTAJOSA QUE NO ES AD.»

CELO DEL AUTOR POR EL HONOR DE SU PATRIA.-IIACE AL REY UNA PROPOSICIÓN VENTAJOSA QUE NO ES AD.

MITIDA. LITERATURA DE ESTE PUEBLO, IMPERFECTA Y LIMITADA. STS LEYES, SUS NEGOCIOS MILITARES Y SUS PARTIDOS EN EL ESTADO.

— El amor a la verdad no me ha consentido disfrazar las conferencias que tuve con Sa Majestad. Pero este misino amor no pudo menos de sublevarine cuando vi a mi amado país tan indignamente tratado.

Entretanto yo desfiguraba las cuestiones y daba a cada cosa el mejor color que podía, pues cuando se trata del honor de mi patria y su gloria, me exalto de tal modo que no escucho razones, y sólo atiendo a ocultar sus enfermedades y llagas, para dejar su virtud y esplendor sobre el más claro horizonte, que fué todo mi intento en las diferentes conversaciones con aquel juicioso monarca, bien que con la desgracia de no conseguir mi objeto.

Pero es preciso disimular a un rey que vive absolutamente separado del resto del mundo, y por consiguiente ignora los usos y costumbres de las otras naciones. Este defecto de conocimiento será

siempre la causa de muchas preocupaciones y de una cierta limitación en el modo de pensar de que el país de Europa está exento. Sería muy ridiculo que las ideas de virtud y vicio de un príncipe extranjero y aislado fuesen propuestas en clase de reglas o máximas imitables.

Para confirmar lo que acabo de decir y hacer patentes los infelices defectos de una educación reducida, referiré aquí un caso que quizás no podrá creer mi lector sin esfuerzo. Con las miras de ganar la gracia de Su Majestad, quise darle noticia de un descubrimiento que se había hecho de tres o cuatro siglos a esta parte, que era una especie de polvitos negros capaces de encenderse en un instante con la chispa más débil, pero de tanta fuerza que alcanzaba a hacer volar las montañas con un estruendo y destrozo mayor que el del trueno que una cantidad de este polvo encerrado en un tubo de bronce o de hierro, con proporción a su grueso, arrojaba una bola de plomo o un globo de hierro con tanta rapidez y violencia, que nada se resistía a su fuerza. Que estos globos disparados así de un tubo de fundición, por la inflamación de dichos polvos, rompían, destrozaban y destruían los batallones y escuadrones, abatian las más fuertes murallas, levantaban en el aire las torres más grandes, y sumergían los navios de mayor porte : que el mismo polvo encerrado en un globo de hierro y despedido con cierta máquina, quemaba y asolaba las casas, sembrando por todos lados rayos que consumían cuanto encontraban. Que yo sabía hacer la composición de este polvo, en que sólo entraban algunos simples muy comunes y baratos, y que podía enseñar el secreto a sus vasallos, si Su Majestad lo consentía. Añadí que con este arbitrio detruiría las murallas de la ciudad más fuerte de su reino, si acaso se sublevaba

en algún tiempo o intentaba resistirse, y que le hacía este corto presente como un insignificante tributo de mi reconocimiento.

Hizo tanta impresión en el ánimo del rey mi descripción de los terribles efectos de la pólvora, que no podia comprender cómo un insecto vil, flojo, inútil y arrastrado había discurrido una cosa tan espantosa, tratándola al mismo tiempo de un modo familiar como si fuera una bagatela la desolación y carnicería causada por tan pernicioso invento. Añadía que no podía menos de haber sido algún mal intencionado enemigo de Dios y de sus obras cualquiera que fué el inventor que protestaba, aun cuando hiciesen sus mayores delicias, los nuevos descubrimientos, ya de la Naturaleza o ya del arte, preferir la pérdida de su corona a la necesidad de hacer uso de un secreto tan funesto, en que me ponía pena de la vida si lo revelaba a alguno de sus vasallos. ¡ Lastimoso efecto de la ignorancia y limitación de un príncipe sin ilustración! Aquel monarca adornado de todas las cualidades que granjean la veneración, el amor y estimación de los pueblos; de un espíritu fuerte y penetrante, de una grande sabiduría, de profunda ciencia, dotado de talentos admirables para el gobierno y casi adorado de su pueblo, se ve tontamente poseido de un escrúpulo excesivo y caprichoso de que jamás hemos tenido la menor idea en Europa, y desprecia una ocasión que le ponen en las manos para hacerse dueño absoluto de la vida, libertad y hacienda de todos sus enemigos. No digo esto con la intención de ofender la virtud y luces de aquel príncipe, aunque conozco que esta relación no le hará el mayor favor en el ánimo de un lector inglés. Yo creo firmemente que este defecto no procede sino de la ignorancia, porque aquellos pueblos no han llegado todavía a reducir la politica en arte, como nuestros sublimes ingenios de Europa.

Pues justamente me acuerdo que en una de las audiencias que tuve con el rey, habiendo dicho por casualidad que había entre nosotros un gran número de volúnenés escritos sobre el arte del gobierno, concibió Su Majestad una idea muuy baja de nuestro talento, y añadió que despreciaba y detestaba todo misterio, todo refinamiento y toda intriga en los procedimientos de un príncipe o de un ministro de Estado.

No podia comprender qué quería yo explicar por secretos del gabinete. En su concepto, toda la ciencia del gobierno estaba reducida a un corto número de principios triviales que en el sentido común son la razón, la justicia, la dulzura, la pronta decisión de los negocios civiles y criminales, y otras semejantes prácticas proporcionadas al juicio de cualquiera y que no merecen se haga mención de ellas. Finalmente me propuso esta extraña paradoja, esto es, que si alguno pudiese conseguir la producción de dos espigas de trigo o dos tallos de hierba en el mismo recinto de tierra donde antes se hubiese criado una sola, merecería más bien la estimación del género humano y haría un servicio más esencial a su país que no toda la casta de nuestros sublimes políticos.

La literatura de aquel pueblo es muy poca cosa y no consiste más que en el conocimiento de la Moral, de la Historia, de la Poesía y de las Matemáticas; pero es preciso confesar que nos aventajan en estas cuatro especies.

La última de estas ciencias no la ejercitan sino en lo útil de suerte que la mejor parte de nuestras matemáticas sería entre ellos muy poco apreciable.

Con respecto a las entidades metafísicas, abstracciones y categorías nada pude hacerle entender.

En aquel país está prohibido disponer una ley en más palabras que letras tiene el abecedario, el cual consta de solas veintidós, y aun se ven muy pocas leyes que lleguen a este número. Todas ellas están recopiladas en los términos más claros y sencillos.

Sus ingenios no son bastante vivos y sagaces para encontrarlas diferentes sentidos, y además es un delito capital el escribir comento sobre ellas.

Poseen de tiempo inmemorial el arte de la imprenta, tan bien como los chinos, pero sus bibliote cas no son grandes. La del rey, que es la mayor, apenas tiene mil volúmenes colocados en una galería de doscientos pies de largo donde tuve la libertad de leer todos los que quise. Yo señalaba el que ine parecía, y poniéndole sobre una mesa me subían encima; principiaba la página paseándome entre las líneas hasta su final, que regularmente era a los diez o doce pasos, y volvía sobre la izquierda a tomar el principio de la otra, retrocedicndo siempre a proporción que iba leyendo, y cuando tenía que volver la hoja, aplicaba ambas manos, porque su grueso era como un cartón muy doble.

El estilo es claro, expresivo y dulce, pero sin adorno, porque ignoran absolutamente lo que es multiplicación de vocablos inútiles y variación de expresiones. Leí muchos libros, especialmente los de Historia y Moral, y no fué de los que menos me gustaron un tratadillo viejo que andaba rodando por el cuarto de Glunidalclitch, cayo título era Tratado de la flaqueza del género humano. Aunque no era estimado sino de las mujeres y el vulgo, me movió la curiosidad de ver qué podía decir un autor de aquel país sobre un asunto semejante. Este escritor hacía ver ampliamente toda la dificultad del hombre para ponerse a cubierto de las injurias del aire, y del fu-

ror de los brutos, con todas las ventajas que lograban sobre él otros animales, ya por la fuerza, por la ligereGULLIVER.

za, por la precaución, o ya por la industria, demostrando que la Naturaleza había degenerado en estos últimos siglos, y que estaba ya en su declinación.

Enseñaba que hasta las mismas leyes de la Naturaleza exigían rigurosamente que hubiésemos sido en el principio de una constitución mucho más fuerte para no estar sujetos a una repentina destrucción por la casualidad de una teja que cae de un techo, una piedra que despide un muchacho, o un arroyo que nos intercepta el paso. De estos razonamientos sacaba el autor muchas aplicaciones útiles a la conducta de la vida. Por mí, confieso que no pude menos de hacer varias reflexiones inorales sobre esta moral misma, y sobre la propensión universal de todos los hombres a quejarse de la Naturaleza y exagerar sus defectos. Aquellos gigantes se creían aún pequeños y débiles. Pues, ¿qué queda para nosotros los europeos? Añadía el mismo autor que el hombre no es más que un vaso de barro, un átomo, y que su pequeñez debía humillarle continuamente. ¡Ay! ¿Pue> qué seré yo, decía para mí, yo que no soy nada en comparación de estos hombres que se tienen por tan pequeños y flacos?

- Tablaba también el mismo libro de los tratamientos, haciendo ver la vanidad de estos títulos de grandeza, con todo lo ridiculo de un hombre que teniendo, cuando más, cincuenta pies de alto, se atreviese a titularse grande. ¿Cómo pensarían los grandes y señorones de Europa, decía yo entonces, si leveran este libro; ellos, que apenas levantan cinco pies y algunas pulgadas, y pretenden, sin melindre, que les den grandeza? Mas por qué no habrán exigido iguai-

mente los títulos de latitud, diámetro y densidad? o por lo menos pudieran haber inventado un término general que abrazase todas estas dimensiones, haciéndose llamar, por ejemplo, vuestra extensión. Acaso me responderán que esta voz grandeza se refiere ¿ al alma y no al cuerpo. Pero si esto es así, ¿por qué no deberían tomar unos títulos más propios y determinados a un sentido espiritual? ¿Por qué no se han de llamar vuestra sabiduria, vuestra penetración, vuestra previsión, vuestra liberalidad, vuestra bondad, vuestro juicio, vuestra generosidad? Es preciso confesar que siendo estos títulos tan brillantes y honoríficos, hubieran sembrado demasiada amenidad en los cumplimientos de los inferiores, y no hay cosa tan divertida como un discurso lleno de ironías.

La Medicina, la Cirugía y Farmacia son bien cultivadas en aquel país. Entré cierto día en un vasto edificio, que tuve por un arsenal bien provisto de balas y cañones, y era la tienda de un boticario que tenía un buen surtido de píldoras y jeringas en cuya comparación nuestros cañones de mayor calibre son unus culebrinas.

Tocante a su milicia, me informaron que el ejército real constaba de ciento setenta y seis mil infantes, y treinta y dos mil caballos. Si puede darse este nombre a un cuerpo compuesto solamente de comerciantes y labradores, cuyos comandantes son sus pares, y la nobleza sin la menor paga ni recompensa, confieso que están demasiado diestros en sus ejercicios, y que tienen una disciplina muy buena. Esto parecerá dificultoso al que no sepa que cada labrador es mandado por su propio señor y cada ciudadano por los principales de su mismo pueblo elegidos a estilo de Venecia.

Movióme la curiosidad de saber por qué un príncipe cuyos Estados son inaccesibles, cuidaba de instruir a sus vasallos en la práctica de

la disciplina militar; pero muy presto e informé por las conversaciones que sobre este objeto tuve con ellos y por la lectura de sus historias. Aquellos pueblos se han visto afligidos en estos últimos siglos de la enfermedada que están sujetos tantos y tan distintos gobiernos. Los grandes y la nobleza disputan frecuentemente el poder; el pueblo la libertad, y el rey el do:ninio arbitrario. Estas cosas, aunque sabiamente regladas por las leyes del reino, han ocasionado alguna vez partidos, inflamando las pasiones y causando guerras civiles. La última fué terminada con felicidad por el abuelo del príncipe reinante, y la milicia que entonces se levantó en el reino ha permanecido después para precaver nuevos desórdenes.

-

14

Segunda parte, capítulo VI

Empieza: «EL REY Y LA REINA EMPRENDEN UN VIAJE HACIA LA FRONTERA, LLEVANDO CONSIGO AL AUTOR. - CIRCUNSTANCIAS OCURRIDAS EN SU SALIDA DE...»

EL REY Y LA REINA EMPRENDEN UN VIAJE HACIA LA FRONTERA, LLEVANDO CONSIGO AL AUTOR. - CIRCUNSTANCIAS OCURRIDAS EN SU SALIDA DE AQUEL PAÍS PARA VOLVER A INGLATERRA.

Siempre conservé en mi ánimo la esperanza de recobrar algún día la libertad, aunque no podía concebir de qué modo ni formar proyecto ninguno con la menor apariencia de acierto. El barco que me había conducido y que había encallado en aquellas costas era el primer buque europeo que se supiese haber aportado allí, y el rey habia dado órdenes muy estrechas para que en cualquier tiempo que se presentase otro, lo sacasen a tierra, y poniéndolo sobre un carro con todo su tripulación y pasajeros, fuese conducido orbrubgrud.

Le Deseaba con vivas ansias encontrar una mujer de mi propia talla con quicu pudiese multiplicar in especie; pero yo hubiera preferido la muerte al cruel destino de procrear en un país donde mis hijos infelices serían forzosamente enjaulados como canarios y vendidos por todo el reino a las gentes de calidad, como unos animalitos graciosos y raros. Es verdad que me trataban con mucha bon-

dad, que era el favorito de los reyes y el recreo de toda la corte en cierto modo; pero todo esto dependía de un concepto indecoroso a la dignidad con que me había honrado naturaleza. Por otra parte, no podía olvidar aquellas preciosas prendas que había dejado en mi casa, y deseaba con impaciencia verme entre pueblos donde pudiese tratar con mis iguales y gozar la libertad de pasearme por las calles y campos sin temor de recibir un puntapié, morir aplastado como una lagartija o ser el juguete de un perrillo. Al fin, llegó mi libertad antes que yo la esperaba, y de un modo bastante raro, como voy a referirlo fielmente con todas las circunstancias de este admirable suceso.

Hacía ya dos años que estaba en aquel país. A principios del tercero, Glumdalelitch iba conmigo entre la comitiva de los reyes en un viaje que emprendieron hacia la costa meridional del reino. Yo iba, como siempre, en mi cajón de camino, que era un gabinete bastante cómodo de doce pics de anchura, y sobre sus cuatro ángulos habían formado por disposición mía una especie de angarillas aseguradas con cordones de seda para que no me molestase tanto el trote del caballo, en que un criado mo llevaba delante do sí, y en el techo del mismo cajón había una ventana de un pie en cuadro para que entrasc el aire, con su puerta correspondiente que cerraban o abrían cuando yo lo mandaba.

Habiendo llegado al término de nuestra marcha, resolvió el rey pasar algunos días en una casa de recreo que tenía junto a Flanflasnic, ciudad situada a diez y ocho millas inglesas de la costa. Glumdalclitch y yo ibamos muy fatigados, mi indisposición no pasaba de un resfriado; pero ella se sentía tan mala que no salia de su cuarto. Queriendo ver el Océano, fingí que mi enfermedad cra mayor para obtener la licencia de acercarme a tomar los aires del mar, al cui-

dado de un paje a quien me habían confiado otras veces y era de mi gusto. No olvidaré jamás la repugnancia con que lo consintió Glumdalclitch, la estrecha obligación que impuso al paje para que me cuidase y las lágrimas que derramó, como si tuviera algún presentimiento de lo que había de suceder. Tomó el paje mi cajón, y llevándome cerca de media legua de distancia del palacio, hacia unas rocas que guarnecían la ribera, le mandé que me pusiese en el suelo, y, levantando el bastidor de una ventana, me puse a mirar el mar con suma tristeza. El sueño me vencía, y habiéndoselo manifestado con la esperanza de que me aliviaría, cerró bien la ventana para que el frío no me incomodase, y me quedé dormido al instante. Todo lo que puedo conjeturar es que mientras dormía, creyendo el buen paje que no había riesgo, trepó por las rocas a buscar huevos de pájaro, que antes le había visto ya recoger. Sea como fuese, yo desperté repentinamente por un violento movimiento de mi cajón, levantado en alto y sucesivamento conducido adelante con una velocidad prodigiosa.

El primer impulso rue echó casi fuera de las angarillas pero siguió un movimiento bastante suave que me repuso. Principié a gritar con toda mi fuerza, aunque inútilmente. Miré al través de la ventana, no vi más que nubes, y oyendo un ruido espantoso encima de mí, como si fuera el movimiento de unas enormes alas, vine ya on conocimiento de mi peligrosa situación, sospechando que alguna águila hubiese agarrado en su pico la cuerda del cajón, para dejarle caer sobre cualquier peña, como un galápago en su caparazón, y extraer luego mi cuerpo para devorarle : pues la sagacidad y olfato de este pájaro le descubren la presa a la mayor distancia, aunque esté más ocutta que yo podía hallarme entre unas tablas que apenas tenían dos pulgadas de grueso.

Al cabo de un rato, noté que el ruido y movimiento de las alas se aurnentaba mucho y que mi cajón fluctuaba por el aire al modo de un gallardete agitado por la fuerza del viento. Oí unos terribles golpes que Idescargaban sobre el águila, y en seguida me sentí caer de pronto y perpendicularmente por espacio de un buen minuto, pero con una rapidez increíble. Mi caída terminó con un estruendo tan grande que me pareció tener junto a mis oídos nuestra catarata de Niagara quedé en tinieblas por espacio de otro minuto, y después principió a subir el cajón, de manera que pude ver la luz por la parte superior de su ventana.

Entonces conocí que había caído en el mar y que mi gabinete iba a discreción de las olas. Yo conceptué, y lo creo así, que el águila que me llevaba, perseguida de otras dos o tres, se vió obligada a soltarme para defenderse de sus enemigas que le disputaban la presa. Afortunadamente para mí, las planchas de hierro que sujetaban el cajón por abajo, conservaron el equilibrio y evitaron su destrucción en la caída.

¡Cómo clamaba yo en aquel lance a mi amada Ghimdalclitch, do quien me había alejado tanto este impensado accidente! Puedo asegurar con verdad que en medio de mis desdichas ocupaban el primer lugar las de aquella inocente que se me representaba en el mayor conflicto por mi pérdida, y en desgracia de la reina. ¡Qué viajero ha podido verse jamás en tan terrible situación! Sólo esperaba el instante eu que, destrozado mi cajón o cuando menos volcado a inpulso del viento, ne sepultara entre las olas. No daba por mi vida un penique. Toda la defensa de la ventana consistía cu unos alambres de hierro muy gruesos que la sujetaban por afuera para precaver en algún modo las ordinarias incomodidades de una marcha. Veía entrar el agua por las aberturas, traté de taparlas; pero i

qué adelantaba, si nis fuerzas no alcanzaban a levantar el techo del edificio para conservarme encima y no perecer en aquella especie de bodega sin respiración !

En tan deplorable estado oi, o el deseo me lo fingió, algún ruido hacia un lado del cajón, y a corto rato advertí que tiraban de él y en cierto modo le remolcaban, pues de tiempo en tiempo, sentía algún esfuerzo que hacía subir las olas hasta la altura de la ventana, dejándome en una casi total obscuridad. Ya principié a concebir algunas esperanzas de socorro, aunque débiles, porque no podía imaginarme de dónde pudiese venirme. Subí sobre una silla, y acercando la cabeza a una pequeña abertura que había en el techo, prorrumpi en espantosas voces pidiendo auxilio en cuantas lenguas sabia. Até mi pañuelo a un bastón, y sacándole afuera, le movía hacia todas parles para que si acaso estaba inmediato algún barco o navio, pudiesen inferir los marineros que había un desdichado mortal encerrado en aquella caja. Yo no advertía que todo esto produjese el menor efecto; pero sí celé de ver que mi cajón era tirado hacia delante. Al cabo de una hora, sentí que tocaba en una cosa muy dura, y temiendo desde luego que fuese alguna roca, me alarmé todo. Oí un golpe en el techo como si fuera de un cable, y notando que había subido muy lentamente lo menos tres pies más de la situación en que había estado, volví a sacar mi bandera implorando socorro con tanto esfuerzo que me puse ronco. En respuesta escuché grandes aclamaciones, repetidas hasta tres veces, las cuales me infundieron tanta alegría que sólo el que la siente puede imaginarla. Al mismo tiempo sonaron pasos encima, y arrimándose uno hacia la abertura, gritó en inglés: Hay aquí alguno?

Ojalá no le hubiera-respondí prontamente.

-Yo soy un pobre inglés reducido por la suerte a la calamidad mayor en que jamás se ha visto criatura humana por amor de Dios libradme de este calabozo.

L Respondióme la misma voz: Animo! no tenéis que temer, vuestro cajón ; está amarrado al navío, y va a pasar el carpintero para hacer un agujero en el techo y sacaros de ahí.

-No es necesario-respondi yo:-esa operación exigiría mucho tiempo; basta que cualquier marinero meta un dedo por el cordón y sacando el cajón del mar al navío, lo lleve luego al cuarto del capitán.

Algunos de ellos que me oyeron hablar así, me tuvieron por un pobre insensato y no pudieron contener la risa. Yo no pensaba, ni remotamente, que estaba entre hombres de mi talla y de mi constitución. El carpintero pasó, y en pocos minutos hizo nna abertura a la cual me presentó un pequeña escalera, y subiendo por ella entré en el navío medio desfallecido.

Los marineros quedaron absortos al verme, y habiéndome hecho varias preguntas, no tuve valor para contestar a ninguna. Todos me parecían pigmeos, porque la vista estaba ya acostumbrada a aquellos objetos monstruosos que acababa de dejar. Pero su capitán, el señor Tomás Wilestcks, hombre de probidad y mérito, originario de la provincia de Salop, advirtiendo que mi debilidad era extremada, me hizo entrar en su cuarto me dió un cordial para reponer mc, mandándome acostar en su cama, y me aconsejó que me recogiese un rato, pues tenía necesidad de sosiego. Antes de dormirme, quise darle cuenta de que tenía cosas nuy curiosas en mi cajón, una cama de campaña, dos sillas, una mesa y un estante; que mi cuarto estaba entapizado, o por mejor decir, acolchado de tela de seda y

algodón que si gustaba dar orden a alguno de la tripulación que llevase mi babitación a su cuarto, yo la abriría en su presencia y lo mostraría mis muebles. El capitán, que me oyó hablar tales absurdos, me tuvo por loco; sin embargo, para contentarme, me ofreció hacerlo así, y subiendo a la toldilla envió algunos marineros a practicar el registro.

Dormi algunas horas, pero siempre agitado de la idea del país que recientemente dejaba y del peligro en que me había visto. No obstante, cuando desperté me hallé restablecido por completo. Eran las ocho de la noche, y el capitán, creyendo que hubiese pasado mucho tiempo sin comer, mandó que me sirviesen la cena inmediatamente. Tratóme con la mayor decencia, aunque había notado que el extravío de ini mirada no indicaba el mejor juicio. Luego que nos dejaron solos, me suplicó que le hiciese relación de mis viajes y le declarase por qué accidente había sido abandonado a la voluntad de las olas en aquel cajón. Me dijo que sería el mediodía cuando, hallándose en observación con su anteojo lo descubrió muy distante, que creyó fuese un pequeño barco, y determinó buscarle para comprar galleta, porque la suya se iba acabando; que habiéndose acercado conoció su error, y enviando la chalupa a reconocer lo que era, había vuelto su gente toda asustada, jurando que habían visto una casa flotante. Habíase reído de su bobería, y pasando personalmente a la chalupa, mandó a los marineros que llevasen consigo un cable bastante fuerte; y como estaba el tiempo en calma, después de haber remado alrededor de aquel gran cajón y dado la vuelta varias veces, descubrió una ventana, y dando orden de remar y acercarse por aquel lado, pudieron prender el cable al pestillo y llevarle a remolque, y entonces fué cuando vieron ini bastón con el pañuelo, y no le quedó duda de que algunos infelices venían

allí encerrados. Le pregunté si él o su tripulación no habían visto en el aire unos pájaros maravillosos al tiempo que me descubrieron, a lo cual respondió que, hablando con sus marineros sobre esta aventura, imientras yo había estado durmiendo, uno de ellos le había dicho haber visto tres águilas i — volando hacia el Norte, pero que no le habían parecilo mayores que las comunes. Es preciso imputar esto a la inmensa altura en que se hallaban, según creo, como también que él no pudo discurrir a qué se dirigía mi curiosidad. Continué preguntándole a qué distancia juzgaba que estuviésemos de la tierra y me contestó que por el cálculo más ajustado estábamos a cien leguas.

-Pues vivís equivocado casi en la mitad-le repliqué yo, y debéis saber que cuando caí en el mar apenas haría dos horas que había dejado el país de donde vengo.

Esto acabó de ratificarle el concepto de que mi cerebro estaba perturbado, y me aconsejó que me volviese a la cama cu un cuarto que había mandado prepararme. Yo le aseguré que me hallaba muy sereno, gracias a sus atenciones, y que conservaba el libre uso de la razón y de todos mis sentilos tan perfectamente como podía apetecer. Púsose un poco serio, y con toda la formalidad me pidió que le dijese francamente si no sentía algún remordi niento interior, o si no me acusaba la conciencia de algún crimen por el cual hubiese sido condenado de orden de algún príncipe y expuesto en aquel cajón, como a veces se ejecutaba en ciertos países, donde los delincuentes eran abandonados a discreción de las olas dentro de una embarcación sin velas ni víveres: que aunque le fuese muy sensible haber recibido en su navío a un malhechor semejante, me prometía, no obstante, bajo palabra de honor ponerme a seguro en el primer puerto donde llegásemos; añadiendo que sus sospechas se ha-

bían aumentado por algunos discursos muy absurdos que había yo hecho desde luego a sus marineros y había continuado con él acerca de mi cajón y de mi cuarto, como también por la descompostura que se notaba en mis ojos y la singularidad de mis ademanes.

Le rogué tuviese la paciencia de escuchar la relación de mi historia, que le hice muy fielmente desde la última salida de Inglaterra hasta el instante en que me había descubierto. Y como la verdad se abre siempre camino en los espíritus razonables, aquel prudente y digno caballero, que estaba dotado de un buen juicio y no dejaba de tener bastante instrucción, quedó satisfecho de mi sinceridad. Mas, con todo, para confirmar lo que le había referido, le supliqué diese orden de que llevasen allí mi estantey tomando las llaves que conservaba en la faltriquera, le abrí en su presencia y fui enseñándole todas las curiosidades trabajadas en aquel país de donde había sido sacado de un modo tan extraño. Estaba, entre otras cosas, el peine que había formado de las barbas del rey y otro de la misma especie cuyo lomo era de un desperdicio de la uña del dedo pulgar de Su Majestad. Allí había también un paquete de agujas y otro de alfileres de pie y medio de largos, y un anillo de oro que cierto día me regaló la reina de una manera muy apreciable, sacándole de su dedo pequeño y poniéndomelo sobre los hombros como un collar.

Instéle a que tomase este anillo en recompensa de sus favores, pero se negó absolutamente. Al fin, le hice que examinase con curiosidad los calzones que llevaba, que eran de la piel de un ratón.

El capitán quedó muy satisfecho de mi relación, pidiéndome que a nuestro regreso a Inglaterra me dedicase a escribirla y darla al público. Yo le respondí que me parecía teníamos ya demasiados libros

de viajes; que mis aventuras pasarían por un perfecto romance y una ficción ridícula; que mi obra no podía contener más que descripciones de plantas, de animales extraordinarios, leyes, costumbres y usos caprichosos; que estas descripciones eran muy comunes y se habían hecho ya fastidiosas, y que no teniendo que decir otra cosa de mis viajes, no merece.

rían la pena de ser leídos. Pero le di gracias por el buen concepto con que honraba mi talento.

Mostróse un poco aturdido de oirme hablar tan alto y me preguntó si el rey y la reina de aquel país eran sordos. Fué preciso decirle que estaba acostumbrado a hablar en este tono más de dos años hacía, y que yo también hallaba novedad en su voz y la do su gente, que me parecía hablarme siempre en secreto junto al oído; pero que sin embargo los entendía bien; que cuando hablaba en aquel país era siempre como el que contesta a otro que le pregunta desde las ventanas de un campanario, excepto en ocasiones que me ponían sobre una mesa o me tenían en la mano. También le dije que había notado otra cosa, y era que luego que entré en su navío y vi a sus marineros en pie alrededor de mí, me habían parecido sumamente pequeños. Que desde que me hallaba allí estaba privado de nuirarme a un espejo, porque mi vista, acostumbrada a grandes objetos, me hacía despreciable a mí mismo. A esto me respondió el capitán que mientras estaba cenando había notado él también que miraba todas las cosas con cierta especie de desprecio y le había parecido que me esforzaba por reprimir la risa; que dudó cómo tomar esto, y por último lo había atribuído a trastorno de mi cerebro. Dijele que ni yo sabía cómo había podido contenerme al ver sus platos, que no eran mayores que una moneda de tres sueldos, una pierna de carnero que apenas tenía un bocado, un vaso más pe-

queño que una cáscara de nuez, y continué así haciendo la descripción de los demás utensilios y viandas que comparecieron. Pues aunque la reina me había surtido de todo lo necesario para mi uso con proporción a mi talla, mi imaginación estaba totalmente ocupada de aquellos objetos que más continuamente veía, y me sucedía lo que a todos los hombres que incesantemente están considerando a los demás, r sin considerarse a sí mismos ni parar la atención en su pequenez. El capitán, haciendo alusión a un antiguo proverbio inglés, ne replicó que, según esto, mis ojos serían más grandes que mi vientre, pues no había advertido que hubiese comido mucho, sin embargo de haber pasado todo el día en ayunas; y prosiguiendo en el estilo burlesco, añadió que hubiera dado con gusto cien libras esterlinas por el buen rato de ver mi cajón en el pico del águila y desprenderse después en el mar desde una altura tan grande, que ciertamente sería un espectáculo muy extraño y digno de ser transmitido a los siglos venideros.

Este señor Wilestcks, volviendo de Tungrur con su rumbo para Inglaterra, se hallaba extraviado hacia el Nordeste a cuarenta grados de latitud y ciento cuarenta y tres de longitud, pero a los dos días de estar yo en su compañía, se levantó un fuerte viento que nos dirigió al Norte por bastante tiempo, y costeando la Nueva Holanda, hicimos nuestro rumbo hacia el Oeste-noroeste y después al Sudeste, hasta que hubimos doblado el cabo de Buena Esperanza. Nuestro viaje fué feliz y no quiero fastidiar al lector con su prolija relación. Baste decir que anclamos en uno o dos puertos para proveernos de víveres y hacer aguada yo no sali del navío hasta que llegamos a las Dunas, que si no me engaño, fué elde junio de mil setecientos seis, cerca de nueve meses después de ui libertad. Dije al capitán que le dejaría mis muebles empeñados en prenda del pago

de mi pasaje no lo consintió, protestando que no recibiría ni el valor de un maravedí. Nos despedimos muy afectuosamente dándome palabra de visitarme en Redriff. Y habiéndome prestado un escudo, alquilé un caballo y un guía para mi marcha.

Mientras duró ésta, admirado todavía de la pequeñez de las casas, árboles, ganados y personas, me parecía que estaba en Lilliput, y temiendo aplastar

15

Tercera parte, capítulo I

Empieza: «EL AUTOR EMPRENDE UN TERCER VIAJE.-DA EN MANOS DE PIRATAS MALIGNIDAD DE UN IOLANDÉS. LLE GA A LAPUT.»

EL AUTOR EMPRENDE UN TERCER VIAJE.-DA EN MANOS DE PIRATAS MALIGNIDAD DE UN IOLANDÉS. LLE GA A LAPUT.

Haría unos diez días, poco más o menos, que estaba en mi casa, cuando vino a visitarme el capitán Guillermo Robinsón, de la provincia de Cornualles, capitán de la Buena Esperanza, navío de trescientas toneladas, con quien ya había navegado de cirujano de otro navío mandado por el mismo en un viaje a Levante, y había sido siempre muy bien tratado. Noticioso de mi arribo, venía a darme el parabién, com cuya ocasión me preguntó si me había fijado ya en mi casa para siempre, añadiendo que él meditaba un viaje a las Indias Orientales, que contaba partir dentro de dos meses, y que si quería darle el gusto de acompañarle con el mismo empleo, llevaría otro cirujano y dos practicantes que me ayudasen, y me daría además paga doble; pues teniendo experiencia de que mi conocimiento en la navegación igualaba al suyo cuando menos, confiaba valerse de mi auxilio como si llevara un piloto. En fin, se me mostró tan oficioso y atento, que yo, obligado por su cortesania, me dejé persuadir, bien es verdad que, a pesar de mis pasadas desdichas, creo que jamás había senMAL tido una pasión tan fuerte por viajar.

La única dificultad que se presentaba era el consentimiento de mi mujer, que, por último, pude obtener sin demasiado trabajo, porque no quería privar a sus hijos del provecho que podía resultarles.

Nos hicimos a la vela elde agosto de, y llegamos al fuerte de San Jorge el primero de abril de; allí descansamos tres semanas para que se repusiera nuestra tripulación, que la mayor parte iba enferma. Continuamos luego para Tonquín, donde pasamos también algún tiempo, porque nuestro capitán deseaba surtirse de algunas mercaderías que no podían acopiarse en pocos meses. Para subvenir en algún modo a los gastos de esta larga detención, compró un barco cargado de diferentes géneros, con que los tonquineses hacen su ordinario comercio en las islas vecinas, y poniendo en él cuarenta hombres, inclusos tres del país, me hizo su patrón con licencia por dos meses mientras él evacuuba sus negocios en Tonquín.

Aun no hacía tres días que navegábamos cuando se levantó una borrasca tan fuerte que en cinco días no cesó de impeler la embarcación hacia el Nordeste, y en seguida al Este. El temporal se calmó algún tanto, pero el viento Oeste seguía soplando con bastante fuerza. Siete días después, habiéndonos dado caza dos piratas, no tardaron en alcanzarnos, pues el barco iba tan cargado que no pudo huir, ni nos fué posible hacer la maniobra necesaria para defendernos.

Los dos piratas vinieron a bordo, y, entrando en nuestro barco a la cabeza de su gente, nos encontrarou echados boca abajo a todos, como yo había mandado, en cuyas circunstancias se contentaron con atarnos, y poniéndonos una guardia empezaron a registrar todo el barco.

Advertí entre ellos un holandés que parecía tener alguna autoridad, aunque no se le veia mandar, y coGULLIVER.

nociendo por nuestro porte que éramos ingleses, nos dijo en su lengua que iban a atarnos a todos espalda con espalda para arrojarnos al mar. Yo, que bablaba medianamente el holandés, le declaré entonces quiéncs éramos, y le rogué, en consideración al nombre común de cristianos, y de cristianos reformados, de vecinos y aliados que intercediese por nosotros con el capitán; pero mi súplica sólo sirvió para irritaric más y hacer que redoblase sus amenazas; y volviéndose hacia sus compañeros, les habló en lengua japonesa repitiendo frecuentemente el nombre de cristianos.

El comandante del principal navío que llevaban era un capitán japonés que hablaba algo de holandés; se llegó a mí y, después de varias preguntas, que satisfice con mucha humildad, me aseguró que no nos quitarían la vida. Correspondí a su insinuación con una gran cortesía, y dirigiéndome luego a los holandeses, les dije que extrañaba mucho hallar más bumanidad en un idólatra que en un cristiano, reconvención que me pesó bien pronto; pues aquel picaro malvado, no habiendo podido sacar fruto de sus requerimientos a los dos capitanes a que me arrojasen al mar (que no quisieron concederle por no faltar a su palabra), logró, por último, que me diesen un castigo más cruel que la misma muerte. Este fué, después de haber repartido toda mi gente en sus dos navíos, abandonarme a las olas en una pequeña canoa de dos remos y una vela, con provisión para cuatro días; gracias al capitán japonés, que la duplicó con la suya propia, y no permitió que me registrasen.

Al fin, entré en mi canoa mientras aquel bárbaro holandés desde lo alto del puente no cesaba de colmarme de cuantas injurias y maldi-

ciones podía dictarle su perversidad.

Como una hora antes que descubriésemos los dos piratas, yo había tomado altura y hallé que estábamos a cuarenta y seis grados de latitud meridional y ciento ochenta y tres de longitud, a poco tiempo de habernos separado descubrí con un anteojo diferentes islas al Sudeste, y gustándome el viento hice velas con la idea de abordar a la más próxima de ellas, que no me costó poco trabajo al cabo de tres horas, cuando me hallé en una roca donde sólo encontré muchos huevos de pájaro. Encendí fuego, y arrimando algunas matas y juncos marinos pude cocerlos, que fué toda mi comida aquella tarde, por reservar mis provisiones todo lo posible, y haciendo la cama también con matas pasé toda la noche sobre aquella roca, y no dormi muy mal.

El día siguiente hice velas hacia la isla inmediata, y desde ella a otra hasta tocar en la cuarta, sirviéndome alguna vez de los remos; mas, para no cansar al lector, diré, por último, que al cabo de cinco días toqué en la última de aquellas islas que había descubierto, la cual estaba al Sudeste de la primera.

Su distancia me había engañado, pues tardé hasta cinco horas en llegar a ella. Le di una vuelta casi entera antes de encontrar paraje donde poder abordar, y habiendo tomado tierra en una pequeña bahía que sería de ancha como tres veces uni canoa, me vi en otra roca como la primera, a excepción de algún tal cual sitio reducido donde crecían céspedes y otras hierbas muy olorosas. Eché mano a mi provisión, y después de haberme reparado en parte, guardé lo restante en una de las muchas cuevas que había en la isla, dedicándome en seguida a recoger huevos sobre la roca y arrancar juncos y hierba seca para cocerlos el día siguiente, pues siempre llevaba

conmigo eslabón, yesca y un espejo ustorio: y sirviéndome entretanto de cana estos mismos combustibles, pasé la noche en la misma cueva que había destinado para despensa. Pero mi inquietud, que era mayor que el cansancio, me ahuyentaba el sueño, considerando como imposible el subsistir en un lugar tan miserable donde a cada instante se me representaba mi desdichado fin. Estas reflexiones me tenían tan abatido que aun para levantarme me faltaba el valor, de suerte que el sol iba ya muy adelantado y yo no había salido de mi cueva, donde por lo fuerte de la estación y serenidad del tiempo, me abrasaba tanto que me obligaba a volver la cara.

En esta postura estaba, cuando advertí que se había obscurecido de repente aunque no del mismo modo que al paso de una nube, y volviendo a mirarle hallé interpuesto un cuerpo movible y opaco, muy grande, que parecia fluctuar en el aire. Este cuerpo, suspendido, según mi cálculo, a dos millas de altura, me ocultó el sol por espacio de seis o siete minutos, y a causa de la obscuridad no pude observarle bien : pero luego que se acercó algo más, me pareció de una substancia sólida, cuya base era plana, compacta y resplandeciente por la reverberación del mar. Dejé al instante mi cueva, y poniéndome sobre una altura que estaba como a doscientos pasos de la ribera, vi descender aquella gran mole y acercarse tanto a ní que apenas habría una milla de por medio: entonces pude descubrir con mi telescopio un gran número de personas en movimiento que gobernaban esta isla volante a la altura que querían, aunque siempre oblicuamente.

El natural amor a la vida me inspiró cierta alegría con la esperanza de que esta aventura pudiese sacarme del triste estado en que me hallaba, al mismo tiempo que crecía mi aturdimiento al ver una es-

pecie de isla aérea habitada por hombres con talento y poder para subirla, bajarla y dirigirla a su voluntad.

Imagíneselo el lector, pues por mi confieso que no estaba de humor de filosofar sobre tan extraño fenómeno, y así me contenté con observar a qué lado se inclinaba, pareciéndome que se había parado un corto rato. Ya se acercó algo más, y pude distinguir muchos órdenes de galerías con sus correspondientes escaleras de trecho en trecho para comunicarse de unas a otras. Sobre la primera o más baja, vi una porción de hombres pescando pájaros con caña, y otros asomados, cuya ocasión me pareció a propósito para llamar su atención, haciéndoles señas con mi sombrero y pañuelo hasta que estuve más cerca y pude gritar esperanzado en que me oirían. En efecto, adverti que me habían visto por la multitud de pueblo que acudía hacia la parte donde yo estaba, bien que sin hablarme una palabra, y entretanto subieron cinco o seis de ellos apresuradamente a la cumbre de la isla, de lo que inferí irían enviados a alguna persona de autoridad a tomar órdenes de lo que debían hacer.

El concurso de los isleños se aumentó, y en menos de media hora la isla se aproximó tanto que apenas distaría unos cien pasos de la tierra: mas sin embargo de haber esforzado mis súplicas variando de posturas todas humildes y compasivas, tampoco recibi respuesta; sólo noté que habían acudido algunos personajes muy elevados, a juzgar por la riqueza de sus vestidos y el sitio preferente que ocupaban.

Al fin, uno de ellos me habló en un lenguaje claro, cortés y muy dulce, cuyo sonido imitaba al italiano, y esto me determinó a contestar en este idioma, pareciéndome que su acento suave se acomodaría mejor al oído de ellos que ninguna otra lengua ; y, en efecto,

comprendiendo mis intenciones, me hicieron señal de que bajase de la roca. No me lo hice repetir. Descendió la isla a una distancia proporcionada, y descolgando una sillita pendiente de una cadena desde la galería más inmediata, con el auxilio de una garrucha, me transportaron arriba en un momento.

16

Tercera parte, capítulo II

Empieza: «.»

.

-

CARÁCTER DE LOS LAPUTIENSES.-IDEA DE SUS SABIOS, DE SU REY Y DE SU CORTE.-RECIBIMIENTO QUE HACEN AL AUTOR.--TEMORES E INQUIETUDES DE LOS HABITANTES. CARÁCTER DE LAS MUJERES.

A mi llegada vime rodeado de una multitud de pueblo que me miraba con el mismo asombro que yo a ellos, pues era la primera vez que veía yo una casta de mortales tan extraños en su figura, modales y vestido. Movían ellos continuamente la cabeza de un lado a otro, tenían un ojo vuelto hacia dentro, y el otro mirando al cielo: sus vestidos abigarrados de soles, lunas y estrellas, y sembrados de violines, flautas, arpas, trompetas, guitarras, laúdes y otros instrumentos desconocidos en Europa: rodeados de una infinidad de criados, que iban prevenidos de vejigas atadas como zurriagos al extremo de un palo corto, y dentro de ellas una porción de chinas y garbanzos muy menudos. Este era una especie de despertador con que daban de cuando en cuando ya en la bocaya en las orejas del que tenían a su lado, sin que por entonces pudiese comprender la idea, hasta que después supe que los espíritus de aquellos naturales

están siempre pasmados y sumergidos en la meditación de tal modo que ni hablan ni oyen sin el auxilio de estas vejigus bulliciosas con que los pegan en la boca o en las orejas, según la necesidad, para que despierten, y con cuyo destino las personas acomodadas mantienen de continuo un criado que les sirva de monitor, acompañándolos a todas partes.

La ocupación de este oficial cuando dos o tres están juntos, se reduce a dar diestramente con las vejigas en la boca del que debe hablar, e inmediatamente en la oreja derecha de aquel o aquellos a quienes se dirige el discurso. El monitor va siempre al ilado de su amo y cuida de tocarle suavemente con la vejiga en los ojos de rato en rato, porque sin esta precaución su profundo letargo le expondría a caer en un precipicio, a romperse la cabeza contra un poste, a chocarse con otros en las calles o a meterse en cualquier arroyo.

Hiciéronme subir a la cumbre de la isla para presentarme al rey, y entrando en su cuarto vi a Su Majestad en su trono rodeado de personas de la primera distinción, con una gran mesa delante en que había globos, esferas y toda suerte de instrumentos matemáticos. Pero, aunque mi acompañamiento hizo bastante ruido a la puerta, el rey nada advirtió, pues estaba justamente ocupado en resolver un problema, y primero que concluyó su operación esperamos lo menos una hora entera delante de Su Majestad. Entouces dos monitores que le tenían en medio, le tocaron con mucha veneración y suavidad el uno en la boca y el otro en la oreja derecha. El rey despertó como sobresaltado, y reparando en mí y en los que me acompañaban, vino al instante en conocimiento de lo que le habían contado de mi arribo poco antes.

Hablóme algunas palabras, y acercándose un monitor a tocarme en la oreja le di a entender que no se cansase en balde, por lo cual tanto Su Majestad como todos los de su corte formaron una alta idea de mi comprensión, prosiguiendo en hacerme varias preguntas y yo en contestarlas sin entendernos el uno al otro. De allí me condujeron a otra sala, donde haciéndome el honor de sentarse a la mesa, conmigo cuatro de aquellos personajes, nos sirvieron de comer en seis platos con que cnbrieron la mesa dos veces.

La primera fué de un cuarto de carnero, cortado en triángulo equilátero, una posta de vaca bajo la figura de un romboide y un poudding en la de un cicloide.

La segunda, de dos ánades figurando dos violines, salchichas y longanizas que parecían propiamente unas flautas y oboes, y un hígado de ternera en forma de arpa. Los pancs imitaban un cono, un cilindro o un paralelogramo.

De sobremesa entró otro que iba de orden del rey a instruirme en la lengua del país; sacó recado de escribir, y en cuatro horas que estuvimos juntos me hizo anotar en dos columnas una gran porción de términos con la traducción enfrente, y me enseñó algunas frases cortitas explicándome su sentido con demostraciones. Después me puso delante un libro en que estaba pintado el sol, la luna, las estrellas, el zodíaco, los trópicos y círculos polares, y toda suerte de instrumentos de música, expresándome el nombre de cada cosa y los términos propios de este arte; de modo que, concluída la lección, pude componer por mí solo un diccionario muy curioso; y como tenía feliz memoria, en pocos días me hallé medianamente impuesto en la lengua laputiense.

La mañana siguiente fué un sastre a tomarme medida de vestido; mas no puede negarse que en aquel país ejercen este arte de distinta manera que en Europa. Tomó desde luego la altura de mi cuerpo con un cuarto de círculo, y con la regla y el compás, habiendo medido mi grosor y todas las proporciones de mis miembros, formó su cálculo sobre un papel, y al cabo de seis días me llevó un vestido muy mal hecho; es verdad que se disculpó diciéndome que había tenido la desgracia de equivocarse en las suputaciones.

Aquel mismo día mandó Su Majestad arrimar su isla al Lagado, que es la capital de su reino de tierra firme, y después a otras varias ciudades y aldeas, con el fin de oir las súplicas de sus vasallos. Esta cere monia me proporcionó un rato divertido, pues acudiendo todos a atar sus memoriales a unas cuerdas que habían descolgado expresamente de la isla con un pequeño plomo a su extremo, tiraron de ellas a un tiempo y parecían otros tantos cometas en el aire.

Confieso que el conocimiento que tenia de las matemáticas me ayudó mucho a comprender su modo de hablar y sus metáforas sacadas, la mayor parte, de las matemáticas y de la música, que también tengo mi poquito de músico. Todas sus ideas () están concebidas en líneas y figuras, y hasta su misma galantería de estilo es toda geométrica. Si, por ejemplo, quieren alabar la hermosura de una doncella, dicen que sus blancos dientes son unos hermosos y perfectos paralelogramos, que sus cejas son unos arcos hechiceros o la más bella porción de un circulo, que sus ojos forman un eclipse admirable, que su garganta está adornada de dos globos asimptotos, y así de lo demás. El seno, la tangente, la linea recta, la linea curva, el cono, el cilindro, el óvalo, la parábola, el diámetro, el radio, el

centro, el punto son entre ellos términos familiares en el lenguaje de amor.

Sus casas están muy mal construídas, porque allí desprecian la geometría práctica como una cosa vulgar y mecánica. Son matemáticos para la especulación y no para la utilidad pública. No vi jamás pueblo tan necio, simple y mentecato para todo lo que nira a las acciones comunes y gobierno de la vida.

Su espíritu es bajo, grosero, inepto y pesado, sin cultura ni educación, de modo que cualquiera los tendrá por fatuos. Además de esto, no saben hablar sino para contradecir, excepto alguna rara vez que piensan arregladamente, y entonces callan. Ignoran lo que es imaginación, invención, retrato, ni tienen voces en su idioma para expresar estos conceptos; y así todas sus obras, aun sus mismas poesías, si es que se () De aquf adelante (dice el autor del tratado de la Gravedad en una carta inserta en el Mercurio de enero de) no tendré yo la culpa de que todo el mundo no sea geómetra, ni de que la geometría no se haga una conversación de moda como la moral, la fisica, la historia y la gaceta.

acuerdan de componer alguna, parecen teoremas de Euclides.

- Muchos de ellos, especialmente los que se aplican a la astronomía, dan en la astrología judiciaria, aunque no se atrevan a confesarlo en público; pero lo que más me admiró fué su inclinación a la política y amor a las novedades, carácter que los liga a estar hablando siempre de los negocios de Estado y los induce francamente a dar su voto sobre cuanto pasa en los gabinetes de los príncipes. No he dejado de notar frecuentemente lo mismo en nuestros matemáticos de Europa, sin haber podido llegar a apurar todavía la menor analogia entre las matemáticas y la política, a menos que su-

pongan que así como el círculo más pequeño consta del mismo número de grados que el más grande, así también el que sabe discurrir sobre un círculo trazado en un papel puede hacerlo igualmente sobre la esfera del mundo. ¿Pero no será más bien este defecto natural de todos los hombres, que ordinariamente se complacen en hablar y discurrir sobre todo aquello que menos entienden?

Otra rareza de aquel pueblo es el sobresalto en que continuamente viven, aprehendiendo en su imaginación la alteración de los cuerpos celestes; aprehensión que jamás turbó el sosiego de todo el resto de los mortales. Por ejemplo, temen que la tierra, no pudiendo sufrir las continuas aproximaciones del sol, sea algún día devorada por las llamas de este astro terrible que esta antorcha de la Naturaleza se vaya amortiguando poco a poco y deje de alumbrar del todo a los hombres que el esperado cometa que, scgún su cálculo, debía aparecer dentro de treinta y un años, sacudiendo su cola sobre la tierra, la confunda a rayos hasta reducirla a cenizas. Y recelan también que el sol, a fuerza de repartir sus rayos a todas partes, se consuma al fin y pierda toda su substancia.

He aquí los ordinarios temores e inquietudes que les quitan el sueño y los privan de toda suerte de placeres, por cuya causa luego que se ven por la mañana se preguntan unos a otros qué noticias tienen del sol, cómo se halla, en qué disposición se puso y volvió a salir, etc.

- Las mujeres de esta isla son muy vivas, desprecian a sus maridos y gustan mucho de los forasteros, de que hay siempre un gran número que sigue a la corte, y entre los cuales eligen sus galanes las damas de calidad; pero lo más odioso es que abusen impunemente de la distracción de sus maridos en su propia presencia, pues, em-

belesados continuamente en sus especulaciones geométricas, ni ven ni oyen, a menos que esté allí el monitor con sus vejigas.

Madres e hijas todas viven con suma desazón por verso aisladas en un lugar determinado, aunque el más delicioso del mundo, y ellas colmadas de riquezas y ostentación. No contentas con poder correr libremente la isla entera, se consumen de ansia por visitar el orbe todo, y pasar a la capital, lo cual les está prohibido sin permiso especial del rey, y no es fácil de lograr porque los maridos experimentan mayor dificultad en hacerlas volver. Allí oí contar que una señora principal de la corte, casada con el primer ministro, gallardo joven que la amaba ciegamente, había pasado a Lagado con el pretexto de restaurar su salud, y habiendo desaparecido fueron a buscarla de orden del rey, y al cabo de bastantes meses la encontraron en el más lastimoso estado metida en una pocilga, desnuda enteramente por mantener a un lacayo viejo y horroroso que la apalea ba diariamente. Sacáronla de aquella miseria, a pesar de la resistencia que opuso, para llevarla a su casa, donde la recibió su esposo con mucho agrado y dulzura, sin hacerle la más pequeña reconvención acerca de su conducta; pero a pocos días desapareció otra vez con todas sus joyas y pedrería para ir a buscar a su digno galán, y no se ha vuelto a saber de ella.

El lector tomará acaso todo esto por una historia europea, y especialmente inglesa. Yo le ruego considere que los caprichos del sexo femenino no se limitan a una sola parte del mundo, ni a un solo clima, sino que en todas partes son los mismos.

17

Tercera parte, capítulo III

Empieza: «FENÓMENO EXPLICADO POR LOS FILÓSOFOS Y ASTRÓNOMOS MODERNOS.-LOS LAPUTIENSES SON GRANDES ASTRÓNOMOS.-CÓMO APACIGUA EL REY LAS SEDICIONES.»

FENÓMENO EXPLICADO POR LOS FILÓSOFOS Y ASTRÓNOMOS MODERNOS.-LOS LAPUTIENSES SON GRANDES ASTRÓNOMOS.-CÓMO APACIGUA EL REY LAS SEDICIONES.

Obtuve licencia del rey para ver las curiosidades de su isla con orden de que me acompañase uno de sus cortesanos, y siendo mi principal objeto saber a qué principio natural o del arte dependía esta variedad de movimientos, voy a dar al lector una relación exacta y filosófica.

La isla volante es perfectamente redonda, su diámetro de siete mil ochocientas treinta y siete medias toesas, esto es, cerca de cuatro mil pasos, y por consiguiente contiene diez mil acres a corta diferencia.

Su profundidad es de ciento cincuenta toesas. El suelo o superficie inferior, según parece mirada desde abajo, es como un dilatado diamante pulido y cortado en forma regular, que hace reflejar la luz a cuatrocientos pasos. Encima tiene muchos minerales situados por el orden general de las minas, y además un terreno fértil de diez o doce pies de profundidad.

La inclinación de las partes de la circunferencia hacia el centro de la superficie superior es la causa natural de que todas las lluvias y rocíos que caen sobre la isla vayan en pequeños arroyos al medio, donde se recogen en cuatro famosos estanques, cada uno de casi media milla de circuito, que están a doscientos pasos de distancia del centro de ella; y como esta agua es atraída continuamente por el sol durante el día, nunca se experimentan inundaciones: a más de que estando en la mano de aquel monarca el levantar su isla sobre la región de las nubes y vapores terrestres, puede evitar que caigan en ella la lluvia y el rocío cuando quiere. Esto es lo que no puede hacer ningún potentado de Europa, que sin depender de nadie depende siempre de la lluvia y del buen tiempo.

En el centro de la isla hay un agujero como de veinticinco toesas de diámetro, por el cual bajan los astrónomos a una espaciosa bóveda que por esta razón es llamada Flandona Gagnolé o Cueva de los Astrónomos, situada a la profundidad de cincuenta toesas por bajo de la superficie superior del diamante.

Están luciendo incesantemento en esta cueva veinte lámparas, que por la reverberación del diamante esparcen una gran luz a todos lados, y todo su adorno consiste en sextantes, cuadrantes, telescopios, astrolabios, y otros instrumentos astronómicos; pero la mayor curiosidad, y de donde depende la suerte de la isla, es una piedra imán de prodigiosa magnitud, labrada en figura de lanzadera: tiene tres toesas de largo y en su mayor grosura no baja de toesa y media.

Este imán está suspendido de un grueso eje de diamante que pasa por el medio de la piedra, sobre la cual juega tan ajustadamente que la mano más delicada puede hacerle dar vueltas. Le rodea un

círculo de diamante también redondo y cóncavo, al modo de un cilindro hueco, el cual tiene cuatro pies de profundidad, mucho más de grueso, y seis toesas de diámetro, y está colocado horizontalmente y sostenido por ocho pedestales todos de diamante de tres toesas de altura cada uno. Del lado cóncavo del círculo hay una mortaja de doce pulgadas de profundidad, y en ella descansan las extremidades del eje, que voltea cuando es menester.

No hay fuerza que alcance a dislocar la piedra, porque el círculo y sus pies con el cuerpo del diaman-' te que forma la base de la isla, es todo una pieza.

En la virtud y uso de este imán consiste que la isla suba o baje, o mude de lugar; pues con respecto a aquella parte de la tierra en que preside el principe, está dotada la piedra en uno de sus extremos de un poder atractivo, y en el opuesto de un poder repulsivo, de suerte que mandando volver el imán hacia la tierra por el polo amigo la isla baja, y volviéndole por el polo enemigo sube la isla estando oblicua la posición de la piedra, el movimiento de la isla es igual, porque en este imán obran siempre las fuerzas en línea paralela a su dirección, y de este mismo movimento oblicuo es del que se valen para conducir la isla a diferentes parajes de los dominios de Su Majestad.

El gobierno de la piedra está al cargo de ciertos astrónomos, que a su tiempo le dan el movimiento y dirección que el rey ordena. Estos astrónomos pasan la mayor parte de su vida en contemplar el cielo y observar los astros por medio de telescopios algo mejores que los nuestros. Así es que han hecho bastantes descubrimientos más que nuestros matemáticos de Europa han conseguido percibir distintamente diez mil estrellas fijas mientras que nosotros, infelices euro-

peos, apenas hemos podido descubrir cinco mil han logrado la fortuna de distinguir claramento alrededor del planeta Marte dos pequeños satélites, de los cuales el más próximo a nosotros dista del centro del planeta exactamente el triple de su diámetro, y el más elevado está a la distancia de un quintuplo.

El primero acaba su revolución en el término de diez horas, y el segundo tarda veintiuna y treinta minutos (cosa admirable y curiosa); de manera que, comparado el tiempo de su revolución con su distancia dei centro del planeta, se manifiesta evidentemente que estos satélites siguen la misma ley de gravitación que los demuas cuerpos celestes. Y, en fin, ellos han observado además noventa y tres cometas diferentes, calculando su carrera con una exactitud envidiable.

¡Oh! cuánto debieramos desear que nos diesen parte de sus admirables observaciones. Qué ventajas no sacaría la Europa! ¡Qué progresos no haríamos en el importante estudio de los cometas, siendo así que estamos tan atrasados en una materia de tanto interés !

El rey sería el príncipe más absoluto del Universo si pudiese empeñar a sus ministros en una ciega condescendencia; pero, teniendo éstos sus haciendas abajo en el continente y considerando que el manejo de los negocios es pasajero, se guardan bien de perjudicarse a si mismos olvidando la comodidad de sus compatriotas.

Si alguna ciudad se subleva, o se resiste al pago de los tributos, tiene el rey dos medios de sujetarla.

El primero y más moderado, es parar su isla encima de los rebeldes y sus tierras vecinas para privarios del sol y del rocío, cuya falta les

ocasiona enfermedades y una gran mortandad; pero, cuando el delito lo nierece, los hunde a pedradas, y no muy llojas, desde lo alto de la isla, sin dejarles otro refugio que el de encerrarse en sus cuevas o bodegones, donde pasan el tiempo en beber fresco mientras los techos de sus casas se van cayendo a polazos. Si temerariamente prosiguen en su obstinación y levantamiento, entonces recurre el rey al último remedio, que es dejar caer su isla a plomo sobre ellos, y acaba de un golpe con casas y moradores. Sin embargo, rara vez procede a tan terrible extremo, que los ministros tampoco se atreven a aconsejarle, porque un proceder semejante los haría odiosos al pueblo y además les tocaría su parte, teniendo, como se ha dicho, sus haciendas en el continente, que la isla pertenece enteramente al rey, pues no tiene otras posesiones.

Pero aun hay otra razón más fuerte, que siempre ha detenido a aquellos reyes para determinar el último castigo, no siendo la necesidad absoluta, y es que si la población que pretenden destruir está situada al pie de algunas elevadas rocas (que no faltan en el país, como en Inglaterra, a la inmediación de las principales ciudades edificadas ex profeso en tales sitios) o si abunda de campanarios y chapiteles, la isla real padecería en su descenso, que sería lo más terrible, y el pueblo no lo ignora, habiendo observado que aun cuando Su Majestad está más indignado, siempre hace bajar su isla muy serenamente como para excusar la total destrucción de aquél; mas los filósofos opinan que si sucediera tal fracaso, el imán no podría sostenerla después, y daría en el suelo.

18

Tercera parte, capítulo IV

Empieza: «EL AUTOR DEJA LA ISLA DE LAPUT PARA BAJAR AL PAÍS DE LOS BALNIBARBAS. SU ARRIBO A LA CAPITAL.»

EL AUTOR DEJA LA ISLA DE LAPUT PARA BAJAR AL PAÍS DE LOS BALNIBARBAS. SU ARRIBO A LA CAPITAL.

DESCRIPCIÓN DE ESTA CIUDAD Y SUS CONTORNOS.

ES RECIBIDO CON AGASAJO POR UN PERSONAJE PRINCIPAL.

- Aunque no pueda decir que me fuese mal en aquella isla, lo cierto es que me veía aburrido y en cierto modo menospreciado, no tratándose alli de otra cosa que de la música y matemáticas, en que, a la verdad, me llevaban grandes ventajas, y no debo quejarnie por esto del poco aprecio que de mí hacían.

Por otra parte, luego que acabé de examinar todas sus curiosidades, principiaron a fastidiarme aquellos habitantes aéreos, y deseaba dejarlos. No puede negarse que ellos sobresalen en ciencias que estimo sobremanera, y de que no me falta alguna tintura; pero viven tan arrobados en sus especulaciones que i jamás me vi en más triste compañía, precisado a tratar únicamente con las mujeres (buena conversación para un filósofo marino), los artesanos, los monitores y otras gentes de esta clase, que contribuía no poco a que me mirasen con mayor desprecio, sin poder remediarlo, por-

que los demás no me hablaban nunca, luego con quién había de tratar?

€ Por su intercesión con el rey, pude lograr la licencia para mi partida, cuyo oficio me declaró que había practicado contra su gusto y me hizo mil ofrecimientos ventajosos, que no admití sin faltar a las muestras de agradecimiento.

El diez y seis de febrero, al despedirme de Su Majestad, me regaló con esplendidez, y mi protector ne presentó un diamante con una carta de recomendación para cierto caballero amigo suyo que vivía en Lagado, capital de los Balnibarbas. Hallábase a la ocasión la isla suspendida sobre una montaña, y con GULLIVER.

la misma facilidad que me habían subido, me volvieron a poner abajo desde la galería señalada.

El continente que reconoce por señor al rey de la isla volante lleva el nombre de los Balnibarbas, cuya capital, como queda dicho, se llama Lagado.

Mi gozo fué indecible cuando me vi libre de la región aérea y en tierra firme. Estaba vestido al uso del país, sabía lo bastante de su idioma para hacerme comprender, y así, contento con mi suerte, eché a andar con el mayor desembarazo hacia la ciudad.

No tardé en encontrar la casa del caballero a quien iba recomendado, le presenté mi carta, me recibió muy bien, mandando que me preparasen cómodo alojamiento al instante, y me trataron perfectamente todo el tiempo que me detuve en aquel país.

A la mañana siguiente el señor Munodi (éste era el nombre del caballero balnibarba) me sacó en su coche á ver la ciudad, que será

como la mitad de Londres, pero de fábrica muy extraña, y tan poco consistente que la mayor parte se iba arruinando. Sus habitantes, cubiertos de calandrajos, tenían un aspecto tan relancólico como feroz. Salimos por una puerta al campo, y alejándonos cerca de tres millas vi una infinidad de gentes que denotaban ser labradores por los instrumentos de distintos géneros que tenían sus manos; pero no se descubría por lado ninguno la menor apariencia de plantío ni sementera, reflexión que me obligó a suplicar a mi protector me explicase lo que hacían tantos hombres ocupados dentro y fuera de la ciudad sin efecto visible, pues, a la verdad, no había encontrado jaunás tierra peor cultivada, casas más incómodas y destrozadas ni pueblo más pobre y miserable.

- El señor Munodi había sido muchos años gobernador de Lagado, y por una cábala de los ministros le habían depuesto con general sentimiento de todo el pueblo, no obstante que el rey le estimaba como sujeto de rectas intenciones, bien que sin espíritu cortesano.

Habiéndome oído criticar libremente al país y a sus habitantes, no me respondió otra cosa sino que necesitaba estar más tiempo entre ellos para poder formar juicio cierto, que el mundo se componía de pueblos diferentes y que en cada uno había también sus diferentes usos, alegando otras muchas razones semejantes. Pero cuando volvimos a casa me preguntó qué me parecía su palacio, qué notaba en él que me desagradase y qué hallaba reprensible en el traje y modales de su familia. Bien podía preguntarlo sin recelo, pues en su casa todo era decente, regular y magnifico. Respondíle que su grandeza, su prudencia y sus riquezas le habían exentado de todos los defectos que habían reducido a los demás a un estado de locura y mendiguez. Finalmente me dijo que si quería acompañarle a su casa de campo, que distaba veinte millas, tendría allí más tiempo

para instruirme de sus cosas: y habiendo insinuado á Su Excelencia que estaba pronto a complacerle en cuanto me mandase, partimos a la mañana siguiente.

Durante nuestra marcha se dedicó a hacerme observar los distintos métodos de los labradores en sembrar sus tierras; mas, con todo, excepto en uno u otro paraje, no presentaba el país la menor esperanza de cosecha, ni aun siquiera indicios de labranza, hasta que, habiendo caminado tres horas más, la escena mudó enteramente. Entramos en una hermosísima campiña cercada, que comprendía viñedo, mieses y prados, con sus casas para los gañanes muy bien hechas y algo distantes: en fin, todo bueno y agradable. El caballero, advirtiendo mi suspensión, lanzó un hondo suspiro, y me dijo que allí principiaban sus haciendas que, a pesar de todo, sus paisanos se mofaban de él y le menospreciaban por descuidado en sus negocios.

Ultimamente llegamos a la casa, que era de muy exquisita estructura, no menos que sus fuentes, jardines, paseos, avenidas y bosques, dispuestos con tanta discreción y gusto que yo no me cansaba de ponderar cada cosa en particular, de lo cual Su Excelencia no se dió por entendido hasta después de cenar. Entonces, quedándonos solos, me dijo en un tono bastante triste que aun no sabía si tendría que demoler muy en breve todas sus casas dentro y fuera de la ciudad para levantarlas conforme a la moda, sin excepción de su palacio, que principalmente debía ser do gusto moderno, no obstante que temía incurrir en la nota de avariento, singular, ignorante y caprichoso, y aun acaso malquistarse con las gentes de juicio que mi admiración cesaría cuando me contase algunas particularidades que ignoraba.

-Unos cuatro años antes-prosiguió diciéndome --ciertas personas habían ido a Laput por gusto, o a negocios propios, y habiendo vuelto cinco meses después con una muy ligera tintura de las matemáticas, poro repletos de espíritus volátiles recogidos en aquella región aérea, habían principiado a desaprobar cuanto pasaba en el país bajo, y habían formado el proyecto de poner las artes y ciencias sobre un nuevo pie; que a este fin habían obtenido real decreto para la fundación de una Academia de Ingenieros, es decir, de inventores de sistemas; que el pueblo era tan fantástico, que tenía ya en cada ciudad de las principales un establecimiento de éstos; que en estas academias o colegios, los profesores habían encontrado nuevos métodos para la agricultura y la arquitectura, y nuevos instrumentos y herramientas para todos los oficios y manufacturas, por cuyo medio un solo hombre podría trabajar por diez, y un palacio entero sería construído en una semana, pero de materias tan sólidas que duraría eternamente sin necesidad de repararlo. Todos los frutos de la tierra se darían en cualquier estación, y de mejor calidad que antes, con una infinidad de otros proyectos admirables. La lástima es-repuso Su Excelencia que ninguno de ellos ha sido perfeccionado hasta ahora los campos se han perdido miserablemente en un instante casi todas las casas se han arruinado, y el pueblo, enteramente desnudo, perece de frío, de sed y de hambre. Mas, con todo eso, lejos de desmayar, se han animado en extremo a la prosecución de sus sistemas, estimulados ya por la esperanza, ya por la desesperación; y añadió que por lo tocante a sí, no siendo de un espíritu intrépido, se había contentado con el antiguo método de vivir en las casas edificadas por sus antepasados y hacer lo que ellos hacían sin innovar cosa alguna, pero que un corto número de personas de calidad que habían seguido su ejemplo, eran miradas como gentes de mala intención, enemigas de las artes, ignorantes y

malos republicanos, que preferían su comodidad y desidia al bien general del país.

Por último, me insinuó Su Excelencia que no quería hacerme una descripción minuciosa de la academia, por no desgraciar el gusto que ella misma de bía darme cuando pasase a verla; y entretanto sólo me suplicaba que me fijase en un edificio arruinado que se descubría al lado de la montaña como a media legua de su casa, el cual había sido un molino que la corriente de un caudaloso río hacía andar y abastecía su casa y a una infinidad de vasallos suyos, hasta que habiendo venido siete años antes una cuadrilla de ingenieros a proponerle que lo demoliese para construir otro al pie de la montaña, en cuya cumbre, recogida el agua en una alberca (pues era facilisimo conducirla por medio de muchas bombas), el viento y la atmósfera le darían tal fluidez que, precipitándose con mayor fuerza, haría andar el molino con la mitad del caudal del río, había admitido el proyecto instado por sus amigos, y en atención a estar mal conceptuado en la corte por no haber entrado hasta entonces en ninguno de los nuevos sistemas; pero que, después de dos años de trabajo, la obra no surtió el efecto prometido, y los proyectistas desaparecieron.

Pasados algunos días y deseando ya ver la academia, Su Excelencia que, sin duda, me tuvo por un furioso admirador de novedades, de un espíritu curioso y crédulo, se ofreció gustoso a diputar una persona que me acompañase. No puedo negar que en mi juventud tuve algo de esto, y aun hoy en día me agrada extremadamente todo lo que es nuevo y audaz.

19

Tercera parte, capítulo V

Empieza: «EL AUTOR PASA A VER LA ACADEMIA Y HACE SU DESCRIPCIÓN El edificio de esta academia no es un solo y simple...»

EL AUTOR PASA A VER LA ACADEMIA Y HACE SU DESCRIPCIÓN El edificio de esta academia no es un solo y simple cuerpo de arquitectura, sino dos órdenes de edificios sobre los costados de un gran patio.

El conserje nos recibió con mucha urbanidad, advirtiéndonos desde luego que en aquellos edificios cada aposento encerraba un ingeniero, y tal vez varios juntos; que había cerca de quinientos en la academia y que podíamos subir y recorrer todas las piezas con libertad.

El primer académico que vi fué un hombre sumamente flaco tenía su cara y manos cubiertas de mugre, la barba larga, el cabello tendido, una camisa del mismo color que su cutis, y un vestido todo desgarrado. Había gastado ocho años en un proyecto muy curioso, que era, según nos dijo, recoger los rayos del sol para guardarlos en botellas tapadas herméticamente, a fin de poder calentar el aire cuando los veranos fuesen poco activos; y añadió que en otros ocho años podría proveer los jardines de los poderosos de rayos del sol a un precio razonable. Pero se quejaba de que sus fondos eran cortos, empeñándome a que le diese alguna cosa para alentarle.

De allí pasé a otro aposento, y al ir a entrar tuve que volver prontamente la cara no pudiendo sufrir el mal olor que despedía. Mi conductor, que lo advirtió, me empujó hacia dentro suplicándome por lo bajo que me guardase bien de ofender a un hombre que se resentiría de la menor demostración, de suerte que no me atreví siquiera a taparme las narices. Este era el ingeniero más antiguo de la academia: la palidez y manchas de su rostro, el entrapado de su barba, la costra de sus manos, y hasta su vestido, todo publicaban su asquerosa ocupación. Apenas me vió, salió corriendo a abrazarme con mucha estrechez; cumplimiento que le hubiera perdonado de muy buena gana, especialmente cuando supe que su aplicación desde que entró en la academia había sido a reducir el excremento humano a la naturaleza de los alimentos de que provenía, por su descomposición y depuración de la tintura que recibe de la hiel y es la causa de su mal olor. Cuidaban de proveerle sus compañeros, enviándole cada semana un gran vaso poco menos que un barril de Bristol.

Vi otro dedicado a calcinar el hielo para extraer, según decía, excelente salitre en beneficio de las fábricas de pólvora; y me enseñó un tratado que deseaba dar a luz sobre la posibilidad de machacar el fuego.

También vi un ingeniosísimo arquitecto que había inventado un método admirable de construir edificios principiando por el techo y acabando por los cimientos pensamiento que me probó con la mayor facilidad en el ejemplo de los dos insectos la abeja y la araña.

Había un ciego de nacimiento que tenía a su car go una porción de aprendices ciegos como él, dedicados a componer colores para la

pintura. Toda la ciencia del maestro consistía en el olfato y el tacto, por cuyo medio les enseñaba a distinguirlos. Tuve la desgracia de llegar en tiempo que estaban todos muy atrasados, no menos que el maestro, como se deja discurrir.

Subí a un aposento donde encontré un hombre eminente que había descubierto el secreto de labrar la tierra con puercos, evitando el considerable gasto de mulas, bucyes, arados y gañanes. Estaba reducido su método a enterrar en el espacio de un acre de seis en seis pulgadas un puñado de bellotas, dátiles, castañas o cualquier otra fruta del gusto de estos animalitos, y metiendo seiscientos o más de ellos en dicho terreno, es claro que en poquisimo tiempo la pondrían en estado de poder sembrarse, moviéndola con sus pies y hocicos, y volviendo a dejar en ella lo que la habían sacado. Se había hecho la experiencia, y aunque habían observado que, a más de ser costoso e impertinente el sistema, no se había tomado fruto, con todo eso no dudaban que la invención llegase a ser de grande utilidad y consecuencia.

En el cuarto de enfrente habitaba otro académico de distintas ideas a favor del mismo objeto. Quería hacer andar un arado sin mulas ni bueyes, impelido tan solamente por el viento, con cuyo fin había construído un instrumento de esta especie armado de su mástil y velas y sostenía que por el mismo medio haría rodar los coches y carretas, de suerte que con el tiempo se podría correr la posta en silla dando velas en tierra igualmente que sobre el mar; que, pues en él se caminaba a todos vientos, no alcanzaba qué dificultad pudiese haber para practicar lo mismo en la tierra.

Llegamos a otro cuarto todo entapizado de telas de araña a excepción del preciso paso para el fabricante, quien al punto que me vió

principió a gritar : «Tente, hombre, no rompas mis telas». Entablé conversación con él y principió a quejárseme de la lastimosa ceguedad en que habíamos vivido en orden a los gusanos de la seda, teniendo a nuestra disposición tantos insectitos domésticos sin hacer el menor aprecio de ellos, cuando por lo menos eran preferibles a aquellos que no sabían más que hilar; pero que la araña hilaba y urdía a un mismo tiempo. Que el uso de las telas de éstas ahorraría también en adelante los gastos del tinte, como podría conocer fácilmente en viendo el acopio que había hecho de moscas de distintos y admirables colores con el fin de cebar a sus arañas, siendo infalible que las telas tomarían sus respectivos colores; y como había moscas de cuantos se podían imaginar, confiaba poder satisfacer en breve los diferentes caprichos de los hombres, siempre que encontrase para ellas otro alimento bastante glutinoso que prestase al hilado más solidez y fuerza.

En seguida entré a visitar a un célebre astrónomo que tenía el proyecto de colocar un cuadrante en la torre principal de las casas de ayuntamiento, ajustando de tal manera las alteraciones diurnas y anuales del sol con el viento, que se conformasen en el giro de la veleta.

Algunos minutos después. sintiéndome desazonado de un leve dolor cólico, me hizo entrar mi conductor en el cuarto de un gran médico que había adquirido mucha fama por el secreto de curar esta enfermedad de un modo ciertamente particularísimo.

Había construído un disforme fuelle con el cañón de marfil, que haciendo veces de jeringa de viento, debia atraer todo el aire interior para purgar las entrañas que se hallaban atacadas del dolor, pero por desgracia se puso a hacer la operación en un perro y re-

ventó al instante; esta casualidad desconcertó del todo a nuestro doctor y a mí no me dejó muy inclinado a la experiencia.

Después de haber visitado el Museo de las Artes, pasé al otro cuerpo del edificio que ocupaban los inventores de sistemas con relación a las ciencias, principiando por el aula de lenguaje, donde encontré a tres académicos que discurrían juntos sobre el modo de acrisolar el idioma.

Uno opinaba que para abreviar la expresión se redujesen todas las palabras a simples monosílabos y se desterrasen absolutamente los verbos y participios. Pero otro, que no se quedaba tan corto, pretendía que se aboliesen todos los vocablos de manera que se conversase sin hablar, lo cual sería muy favorable al pecho, pues es claro que con la continuación el pulmón se gasta y la salud padece; y consistía el expediente en llevar sobre sí todas aquellas cosas que hubiese que nombrar. El sistema hubiera tenido aceptación a no haberse opuesto las mujeres, porque había muchos talentos superiores en la academia que se acomodaban a este arbitrio de expresar las cosas por ellas mismas, en que no encontraban otro embarazo que la penalidad de tener que ir cargados de unas grandes alforjas cuando hubiese que tratar de muchos y diversos asuntos, si no había un par de robustos lacayos de buenas fuerzas a quienes echar la carga. Pero defendían quo si el sistema fuese bien recibido, todas las naciones de la tierra podrían entenderse fácilmente, y sería tan útil como que no se perdería más el tiempo en aprender las lenguas extranjeras.

De allí pasamos a la Escuela de Matemáticas, cu.yo maestro enseñaba de un modo que apenas podrá hacerse crefble a los europeos. Mandaba escribir a sus discípulos la proposición o demostración

sobre un pedazo de oblea, y, tragándosela, después debían abstenerse de comer y beber en los tres días siguientes, para que, estando bien digerida, pudiese subir al cerebro la virtud de cierta tinta cefálica con que había sido escrita, y llevar a él la materia. Es verdad que el método no había producido todavía el efecto que se deseaba; pero era, según decían ellos, porque se habían equivocado un si es no es en la q. s., esto es, en la medida de la cosa, o porque los estudiantes malignos e indóciles hacían sólo el ademán de tragar la pildora, no observaban la dieta con rigurosidad, o no se abstenían de otras funciones opuestas enteramente a la retención de la tinta.

20

Tercera parte, capítulo VI

Empieza: «PROSIGUE LA DESCRIPCIÓN DE LA ACADEMIA La escuela de política que pasé a ver después, no me prendo demasiado sus doctores me...»

PROSIGUE LA DESCRIPCIÓN DE LA ACADEMIA La escuela de política que pasé a ver después, no me prendo demasiado sus doctores me parecieron poco juiciosos, y la vista de tales gentes es melancólica. Aquellos hombres extravagantes defendían que los potentados debían elegir sus privados entre los que mostrasen más ciencia, capacidad y virtud, teniendo presente el bien público la recompensa del mérito, el estudio, la habilidad y los servicios. Aun decían más, que los principes no debían prestar su confianza sino a los más instruídos y experimentados, con otras semejantes tonterías y quimeras do que pocos se habrán acordado hasta ahora, lo cual me confirmó aquel admirablo pensamiento de Cicerón: «No hay absurdo, por grande que sea, sobre el cual no haya adelantado algo algún filósofo.» Pero no eran así todos los individuos de la academia. Vi un médico de un talento superior que poseía a fondo la ciencia del gobierno, habiendo consagrado sus días a la indagación de los males de un Estado y a buscar remedios con que curar el mal tenperamento de los que administran los negocios públicos.

Todos convienen, decía, en que el cuerpo natural y ei político tienen una perfecta analogía; luego deben curarse con unos mismos

remedios. Sus frecuentes enfermedades son: plenitud de humores en movimiento que les debilitan la cabeza y el corazón, causándoles a veces convulsiones y contracción de nervios, un hambre canina, indigestiones, vapores, delirios y otras especies de enfermedades. Para curarlas proponía nuestro gran médico que al tiempo de entrar en la asamblea se tomase a todos el pulso para conocer de qué naturaleza era el mal, y en seguida, pero antes de la primera sesión, teniendo prevenidos algunos boticarios con surtido de medicinas astringentes, paliativas, laxantes, cefalalógicas, histéricas, apopléticas, acósticas, etc., se socorriese a cada uno según su dolencia, y se repitiese la receta cada vez que fuese a tomar asiento.

- Esta práctica no podía ser muy costosa y a ni ver produciría grande utilidad en los países donde las Cámaras y Parlamentos se mezclan en los negocios de Estado; porque facilitaría la unanimidad, terminaría las disputas, abriría la boca a los mudos, la cerraría a los declamadores, aplacaría el ímpetu de los senadores jóvenes, inflamaría la frialdad de los ancianos, despertaría a los estúpidos y refrenaría a los traviesos.

Y por cuanto se quejan ordinariamente de flaqueza de memoria los que gozan favor, quería el mismo doctor que el que tuviese algún negocio con ellos, despues de haber hecho su relación en breves términos, pudiese usar la confianza de darles un papirote en las narices o un tirón de orejas, sin otra intención que la de que les acordase el asunto; y repetir la insinuación de cuando en cuando, hasta que la súplica fuese absolutamente concedida o denegada.

Y al fin pretendía también el mismo individuo que cada senador en la asamblea general de la nación, después de haber propuesto su opinión y haber dicho cuanto le ocurriese en su apoyo, fuese obli-

gado a concluir al contrario, porque así serían infaliblemente muy favorables al bien público las resultas de tales asambleas.

Vi a dos académicos disputar con ardor sobre el medio do levantar las contribuciones sin murmuración del pueblo. Uno defendía que se debían imponer sobre los vicios y locuras de los hombres, por el concepto y estimación que cada uno tuviese formado de su vecino. El otro académico, por el contrario, que se habian de cargar a las buenas cualidades de alma y cuerpo de que cada uno blasonase, más o menos según sus grados; de manera que todo contribuyente fuese juez de sí mismo dando su propia relación. Que la tasa más alta debería caer sobre los favoritos de Venus y agraciados del bello sexo, a proporción del favor que gozasen, arreglándose aun en este artículo a la declaración del interesado. Que también sería preciso apretar la mano fuertemente al valor y al talento por consiguiente; pero que el honor, la probidad, la sabiduría y la modestia serían virtudes exentas de toda contribución, mediante que siendo demasiado raras no rendirían casi nada, no habría quien quisiese confesar que se hallaba en otro, y apenas se encontraría alguno que tuviese el descaro de apropiárselas a sí.

También contribuirían las damas por su hermosura, gracia y atractivo, según el aprecio que hiciesen de estas cualidades; mas la fidelidad, sinceridad, sano juicio y buen natural nada pagarian, porque respecto a la poca estimación que les merecen, todo cuanto pudieran rendir no bastaría para los gastos de recaudación.

Otro académico me enseñó un tratado curioso que había escrito sobre el medio de descubrir las conjuraciones y cábalas por el examen de los alimentos en las personas sospechosas, la hora en que comen, del lado que se acuestan, la mano con que se limpian : y

reconociendo sus producciones en aquellos casos comunes, en que está bien observado que, hallándose el espíritu más recogido y sosegado, se piensa con más seriedad, juzgar por su análisis de las ideas y objetos que ocupan su mente, como el mismo autor lo había palpado algunas veces sólo por hacer experiencias, ya premeditando un asesinato, y ya intentando una sublevación para incendiar la capital, habiendo advertido en el primer caso un color sumamente amarillo y en el segundo muy negro.

Quise añadir alguna cosita al sistema de este político, e interrumpiendo su discurso le dije que convendría mantener continuamente una tropa de espías y delatores protegidos y premiados por las delaciones que hiciesen con una suma de dinero correspondiente a la importancia de ellas, fuesen o no fundadas, por cuyo medio se lograría el temor y respeto de los vasallos; y que estos delatores o acusadores deberían estar autorizados para dar el sentido que les pareciese a los papeles que cayesen en sus manos, es decir, que pudiesen interpretar sus términos al modo de los siguientes: Una criba.

Un perro cojo.

La peste.

Una ratonera...

Un abismo.

Un sombrero y un cinturón.

Un tonel vacio.

Una caña rota.

Una petimetra.

Un desembarco o una invasión.

Un ejército en marcha.

Un recaudador.

Un tesorero.

Una dueña.

Un general.

Un Tribunal de justicia.

Que también podrían observar el anagrama de todos los hombres citados en un escrito, bien que para esto se necesitasen hombres de la mayor penetración, y del genio más sublime, especialmente cuando se tratase de adivinar el sentido político y misterioso de las letras iniciales. Así N podría significar una maquinación, B un regimiento de caballería, I una escuadra. A más de todo lo dicho, por la transposición de las letras se lograría descubrir los designios ocultos de un partido malcontento: por ejemplo, se leía en una carta de un amigo: nuestro hermano Tomás está con las almorranas, el diestro descifrador encontraría en la conjunción de estas palabras indiferentes una frase que díese a entender que estaba todo pronto para una sedición.

El académico me dió infinitas gracias por haberle comunicado mis observacioncillas y me ofreció hacer una honorífica mención de mí en la obra que iba a dar a luz.

No vi cosa en el país que pudiese obligarme a permanecer en él por más tiempo, y así principié a pensar en mi regreso a Inglaterra.

21

Tercera parte, capítulo VII

Empieza: «EL AUTOR DEJA A CAGADO Y LLEGA A MALDONADA.---BACE UN CORTO VIAJE A GLUBBDUBDRID. DE QUÉ MANERA LE RECIBE EL GOBERNADOR.»

EL AUTOR DEJA A CAGADO Y LLEGA A MALDONADA.---BACE UN CORTO VIAJE A GLUBBDUBDRID. DE QUÉ MANERA LE RECIBE EL GOBERNADOR.

El continente de que forma parte este reino se extiende, por el juicio que formé, al Este hacía una comarca desconocida de la América; al Oeste hacia la California, y por el Norte hacia el Mar Pacífico, que no dista más de mil cincuenta leguas de Lagado.

Este país tiene un puerto famoso y mucho comercio con la isla de Luggnagg, situada al Noroeste como a veinte grados de latitud septentrional y ciento cuarenta de longitud, y al Sudeste del Japón, del cual dista unas cien leguas. Hay una estrecha alianza entre su emperador y el rey de Lugguagg, que da motivo a frecuentes proporciones de pasar de una isla a otra, razón por que resolví tomar este camino para volver a Europa, alquilando dos mulas con un mozo práctico que me dirigiese, y habiéndome despedido de mi ilustre protector, que me había tratado con tanto agasajo, y por último me hizo un magnífico presente, emprendí mi marcha.

No ocurrió en toda ella suceso digno de contarse.

Llegué al puerto de Maldonada, ciudad casi tan grande como Portsmouth, donde no encontré navío pronto a salir para Luggnagg. Entre los conocimientos que a pocos días hice en la ciudad, había un caballero de distinción el cual ne propuso que, pues tardaria un mes lo nicnos en partir el primer navío para Lugg nagg, haría muy mal en no hacer un viajecito a la isla de Glubbdubdrid por divertirme, puesto que no distaba más de cinco leguas al Sudoeste, que él me acompañaría con otro amigo suyo y aprontaría un barquichuelo.

Glubbdubdrid, según su etimología, significa la isla de los hechiceros o mágicos. Es casi tres veces tan ancha como la isla de Vigt, y muy fértil. Obedece al jefe de una tribu compuesta toda de hechiceros, que no hacen alianza con otros, y cuyo soberano es siempre el más anciano de ellos. Este príncipe o gobernador tiene un palacio magnifico, con un parque de cerca de tres mil acres de extensión, murado de piedra labrada a la altura de veinte pies. El y toda su familia se sirven de una especie de criados bastante extraordinarios, por el conocimiento que tiene de la nigromancia, que le da la potestad de invocar los espíritus y obligarlos a su servicio durante veinticuatro horas.

Luego que llegamos a la isla, que serían las once del día, uno de los caballeros que me acompañaba salió a buscar al gobernador para darle parte de que un extranjero solicitaba el honor de saludar a Su Alteza. El cumplimiento fué bien recibido. Pasamos en el instante a palacio, y, entrando en un patio por medio de dos filas de guardias cuya planta y armadura me causaron un miedo extremado, tuvimos que atravesar una porción de aposentos y que romper por una multitud de criados primero que llegamos a la sala del gobernador. Habiendo saludado a Su Alteza con tres sumisas reverencias, nos

mandó sentar en unos escabeles al pic de su trono, y como entendía la lengua de los balnibarbas, principió a hacerme varias preguntas acerca de mis viajes; pero lo que más me pasmó fué la prontitud con que desvaneció su acompañamiento como el humo, a una leve seña que les hizo con el dedo, queriendo darme a conocer en esto la confianza con que me trataba. No me costó poco trabajo el serenarme, hasta que el gobernador me aseguró que no tenía que temer, y viendo a mis dos compañeros tranquilos, como que estaban acostumbrados a aquel estilo, principié a tomar ánimo y referí a Su Alteza las diferentes aventuras de mis viajes, con algún sobresalto todavía porque mi necia imaginación no me dejaba y a cada instante miraba a nis dos costados, sin poder olvidar el sitio donde había visto desaparecer los fantasmas.

Aquel día me honró el señor gobernador sentándome a su mesa, que hizo servir por una nueva tropa de espectros; duro hasta ponerse el sol, y habiendo suplicado a Su Alteza que tuviese la bondad de permitirme pasar la noche fuera de su palacio, nos retiramos todos tres y fuimos a buscar posada en la capital, que está inmediata. Por la mañana volvimos a cumplimentar a Su Alteza, y al cabo de diez días que permanecimos allí, llegué a familiarizarme tanto con los espíritus, que perdí totalmente el miedo, o por lo menos si conservaba algo, cedía a mi curiosidad, como verá el lector en la pronta ocasión que tuve de satisfacerla, y podrá juzgar si tengo más de curioso que de cobarde.

Me propuso un día el gobernador que le nombraGULLIVER.

se los muertos que quisiese ver, los obligaría a presentarse y responder a cuantas preguntas quisiese hacerles, con tal que me redujese a lo que hubiese pasado en su tiempo, muy cierto de que no me

enganarían, pues que a los muertos era ocioso el mentir. Di gracias a Su Alteza, y, por no despreciar sus ofertas, me puse a repasar la memoria de la Historia Romana que había leído en otro tiempo, y al punto me ocurrió la idea de ver a aquella famosa Lucrecia que Tarquino había violado y, que no pudiendo sobrevivir a su afrenta, se había dado la muerte a si misma. No tardó más en presentárseme una hermosísima mujer vestida a la romana. Yo me tomé la libertad de preguntarle: «¿por qué había vengado en sí el delito de otro?»; pero, bajando sus ojos, sólo me respondió que los historiadores, por excusarla una flaqueza, lo habían atribuído una locura, y al instante desapareció.

El gobernador hizo seña a César y Bruto de que se acercasen. La vista de éste me llenó de admiración y respeto; y aquél me confesó que todas sus brillantes acciones se quedaban muy por bajo de las de Bruto, que le había quitado la vida por libertar a Roma de su tiranía.

Deseando ver a Homero, apareció luego, le hablé, y preguntándole qué pensaba de su Iltada, me declaró que estaba absorto de las excesivas alabanzas que le tributaban al fin de tres mil años: que su poema era mediano y estaba sembrado de necedades, que si agradó en su tiempo, fué por las gracias de su recitación y la armonía de sus versos; pero que, habiendo muerto su lengua, y no pudiendo ya ninguno distinguir sus bellezas, gusto y finura, no daba que pudiese haber gentes tan vanas y estúpidas que todavía le admirasen. Sofocles y Euripides, que le acompañaban, me hablaron a corta diferencia del mismo modo, mo- : fándose especialmente de nuestros sabios modernos,; que, viéndose obligados a confesar los errores de las antiguas tragedias, cuando estuviesen fielmente tra-

ducidas, sostienen por lo menos que son primores del griego, y que seria preciso poseerlo para juzgarlas con equidad.

Quise ver a Aristóteles y Descartes. El primero me confesó que no había entendido una palabra de física, igualmente que todos los demás filósofos sus contemporáneos, y aun los que vivieron entre él y Descartes, añadiendo que éste había elegido un buen camino, sin embargo de que hubiese padecido sus ciertas equivocaciones a menudo, especialmente con relación a su sistema extravagante sobre el alma de los brutos. Descartes habló en seguida, y me dijo que habia encontrado alguna cosa sobre que había sabido fundar principios bastante buenos; pero que no había hecho progresos, y que todos los que en adelante intentasen correr la misma ruta, se verían siempre detenidos por la flaqueza de su espíritu y precisados a andar a tientas que era una gran locura pasar su vida en buscar sistemas, y que la verdadera física útil y conveniente al hombre consistía en recoger una buena porción de experiencias y limitarse a ellas que había tenido una infinidad de insensatos por discípulos, entre los cuales se podía contar a un cierto Espinosa.

Como siempre he profesado veneración a la nobleza, tuve la curiosidad de conocer a muchos muertos ilustres de nuestros tiempos, principalmente los de primera distinción. ¡Oh! que vi cosas admirables en esta variedad de facciones y sentimientos que distingue a algunos como sus blasones y libreas, comprendiendo entonces la razón por que Polidoro Virgilio había dicho refiriéndose a ciertas casas : Nec vir fortis, nec femina casta.

Conocí claramente por qué transformaron los his.

toriadores a unos guerreros flojos y cobardes, en esforzados capitanes; unos insensatos y necios, en grandes políticos; unos adula-

dores, en hombres de bien; unos infames desbocados, en gentes castas, y unos delatores de profesión, cn hombres verídicos y sinceros.

Supe de qué modo fueron condenados a muerte o deztierro algunos inocentes, por intriga de los favoritos que corrompieron a los jueces, cómo llegaron unos hombres de bajo nacimiento y sin mérito alguno a los más altos empleos, y cómo pudo ser que unas mujerzuelas y sus confidentes manejasen en bastantes ocasiones los negocios más importantes, haciendo el primer papel en los mayores sucesos del orbe. ¡Oh qué baja idea concebi de la humanidad! ¡Qué pocu cosa me pareció la sabiduría y probidad de los hombres a vista del origen de las revoluciones, del vergonzoso motivo de las empresas más brillantes, y del móvil, o por mejor decir, de las casualidades y fruslerías a que se debió su logro !

Descubrí la ignorancia y la temeridad de nuestros historiadores, que quieren atribuir a un veneno la muerte de ciertos reyes; que atrevidamente dan parte al público de las conferencias secretas de un principe con su primer ministro, y que, si se les debe creer, ganzuaron, por decirlo así, los gabinetes de los soberanos y las secretarías de los embajadores para sacar ané, tas curiosas.

Allí averigué las causas ocultas de varios sucesos que han aturdido al mundo; cómo una Venus gobernó a un Mercurio, un Mercurio al Consejo secretoy el Consejo secreto a todo un Parlamento.

Un general de ejército ne confesó que había ganado una victoria por su cobardía e imprudencia, y un almirante me dijo que, contra su voluntad, había derrotado la escuadra enemiga, cuando más deseaba que perociese la suya. Finalmente, habiendo querido informarme de otras rarezas semejantes, hallé por ***** todas par-

tes el perjurio, la violencia, el soborno y la perfidia. Pero lo más digno de atención es que algunos me declararon que habían debido su fortuna a su facilidad de abandonarse a los excesos más horribles, unos vendiendo a sus familias y otros cometiendo traiciones contra su patria y su soberano, tal vez por medio de venenos. Después de estos descubrimientos, vivo más conforme con mi suerte humilde, aunque honro y respeto naturalmente las grandezas, como todo inferior debe hacer respecto a aquellos que la Naturaleza o la fortuna ha colocado en una esfera superior.

Yo me acordaba de haber leído, no obstante, grandes servicios hechos por ciertos vasallos al príncipe y a la patria: quise verlos, pero me dijeron que estaban olvidados sus nombres, que si se conservaba alguno era solamente por hacer mención los historiadores de sus traiciones y picardías. Presentáronse cou todo eso, y viéndolos muy melancólicos y mal equipados, me declararon que habían muerto en pobreza y desgracia, y aun algunos de ellos sobre el cadalso.

Entre éstos había un hombre, cuyo caso me pareció extraordinario, que tenía a su lado un joven de diez y ocho años. Me dijo que había sido capitán de navío durante muchos años, que en el combate nava!

de Accio había echado a pique la primera línea y sumergido tres navíos del prinier orden, apresando otru del nismo porte, única causa de la huída de Antonio y de la entera derrota de su armada; que aquel joven que estaba a su lado era su hijo único, el cual había perecido en el combate, y añadió que concluída la guerra pasó a Roma a solicitar el premio en la comandancia de otro navío mayor, cuyo capitán había muerto también en la batalla, pero que, sin ha-

cer caso de su pretensión, dieron el empleo a un niño que todavía no había visto el mar, hijo de un criado ma *numitido de una de las concubinas del emperador.

Determinó volverse a su departamento, y halló que le habían capitulado por omiso en sus obligaciones, y habían provisto su plaza en un paje favorito del vicealmirante Publícola. Visto esto, tuvo que retirarse a su casa, y se estableció en una pequeña hacienda que poseía lejos de Roma, donde acabó sus días. Deseando averiguar lo cierto de su historia, pedí que compareciese Agripa, almirante de la armada victoriosa en aquel combate, y confirmando la verdad del caso añadió otras circunstancias que la modestia de!

capitán había omitido.

Como cada uno de estos personajes se presentaba según había sido en el mundo, noté con dolor cuánto ha decaído el género humano en el discurso de un siglo, y qué alteraciones ha producido el desenfreno con todas sus funestas consecuencias desfigurando los rostros, disminuyendo los cuerpos, encogiendo los nervios, dilatando los músculos, apagando los colores y corrompiendo la carne en los ingleses.

Quise ver, por último, algunos de mis antiguos paisanos cuya sencillez, sobriedad, justificación, valor y amor a la patria, todo es tan ponderado. Los vimas no pude distinguirlos de los del día, que venden a buen precio sus votos para la elección de diputados del Parlamento, y que sobre este punto pueden com petir en destreza y manejo con el más fino.

22

Tercera parte, capítulo VIII

Empieza: «REGRESO DEL AUTOR A MALDONADA.-EMBARCASE PARA EL REINO DE LUGGNACG.-A SC ARRIBO ES ARRESTADO Y CONDUCIDO A LA CAPITAL.-CÓMO LE RECIBEN.»

REGRESO DEL AUTOR A MALDONADA.-EMBARCASE PARA EL REINO DE LUGGNACG.-A SC ARRIBO ES ARRESTADO Y CONDUCIDO A LA CAPITAL.-CÓMO LE RECIBEN.

Habiendo llegado el día de nuestra partida, me despedí de Su Alteza el señor gobernador de Glubbdubdrid, y volví con mis dos compañeros a Maldonada, en donde, pasados quince días, me embarqué = al fin en un navío que salió para Luggnagg. Los dos i compañeros, y otros amigos con ellos, usaron la galantería de proveerme de lo necesario para este viaje y me acompañaron hasta dejarme a bordo. Sobrevino una fuerte tempestad, que nos obligó a gobernar alNorte para aprovechar un cierto viento a propósito que sopla por aquel paraje en espacio de sesenta leguas. Elde abril deentramos en el río de Clumegnig, que es una ciudad puerto de mar al Sudeste de Luggnagg; echamos el áncora a una legua de la plaza, y haciendo señal de que acudiese un iloto, en menos de media hora llegaron dos a bordo, que nos guiaron por medio de unas rocas y escollos muy peligrosos que hay en aquella rada, y en el paso a una bahía donde se abrigan las embarcaciones, la cual dista de las murallas de la ciudad como el largo de un cable.

Algunos de nuestros marineros, ya por malicia o por imprudencia, dijeron a los pilotos que yo era extranjero, y un viajero famoso; éstos se lo advirtieron al vista de aduana, y empezando a examinarme en lengua balnibarbiense, que allí es bastante conocida, especialmente entre marineros y aduaneros a causa de su comercio, procuré contestarle sucintamente con la verosimilitud y consecuencia posible, respecto ser necesario ocultar mi patria y hacerme holandés, porque pensaba pasar al Japón, donde sabía muy bien que sólo los holandeses eran admitidos. Díjele que había naufragado en la costa de los balnibarbas y encallado en una roca que había estado en la isla volante de Laput, de la cual tenía ya bastantes noticias, y que ineditaba volver a mi país por el Japón.

El vista me respondió que no podía menos de dete nerme hasta recibir órdenes de la corte, a donde iba a despachar un pliego inmediatamente, cuya respuesta vendría dentro de quince días y entretanto me pusieron en un alojamiento decente con centinela a la puerta. Tenía un gran jardín en que pasearme, me trataban muy bien, todo a expensas del rey, y las gentes, llevadas de la curiosidad de ver a un hombre que venía de un país tan remoto que jamás habían oído hablar de él, me visitaban sin cesar.

Contrate con un joven de nuestro navío para intérprete, que aunque nativo de Luggnagg había residido muchos años en Maldonada, y poseía ambas lenguas, por cuyo medio lograba el de poder conversar con los que me hacían la honra de visitarme; quiero decir, que comprendía sus preguntas y les hacía entender mis respuestas.

La de la corte llegó al cabo de los quince días, como se esperaba, reducida a que me llevasen custodiado por una partida de caballería

con toda mi comitiva a Traldragenbh o Trildragdrib, que, a lo que puedo acordarme, lo pronunciaban de uno y otro modo. Yo no tenía otra que aquel pobre mozo que me servía de intérprete y estaba en clase de criado. Delante de nosotros salió un correo que nos sacó media jornada de ventaja, para dar parte al rey de mi próximo arribo y pedir a Su Majestad día y hora en que pudiese disfrutar el honor y placer de lamer el polvo del suelo de su trono.

Así se verificó al tercer día, habiéndome hecho que me tendiese en el suelo y llegar hasta el trono del rey arrastrando como una culebra y barriendo con la lengua el pavimento; bien es verdad que por la cualidad de extranjero habían usado la precaución de limpiarlo, para que el polvo no me ahogase. Esta era una gracia especial que no se concedía ni a los vasallos de primera clase cuando conseguian audiencia; y si era alguno que tuviese enernigos en la corte ponían el suelo ex profeso sucio, que, como yo mismo vi, cuando llegó al trono el interesado llevaba la boca repleta de inmundicia, de manera que no pudo articular palabra. A tal desgracia no hay consuelo, pues está prohibido bajo las penas más graves escupir o limpiarse la boca en presencia del príncipe. Otra costumbre que tampoco puedo aprobar es la de que cuando Su Majestad impone castigo de muerte a algún magnate o cortesano en circunstancias que no resulte deshonra, mnanda rociar el suelo con una especie de polvo moreno de veneno tan activo, y en lo que cabe tan suave, que a las veinticuatro horas indefectiblemente revienta el reo con una paz y silencio increíble. Y para no omitir nada de lo que justamente autoriza la benignidad de aquel príncipe y su celo por la conservación de sus vasallos, es preciso decir que, ejecutada la sentencia, no se olvida de expedir la correspondiente orden de que se limpie cui-

dadosamente el pavimento, so pena de incurrir en su desagrado si por cualquier casualidad no se obedece.

Fuí testigo de este caso en un pajecillo condenado a azotes por haberse descuidado maliciosamente en dar la orden, de que resultó la muerte de un joven cabaHlero de grandes esperanzas; y los hubiera sufrido a no haberle perdonado después Su Majestad en fuerza de la misma benignidad.

Volviendo a mi historia, luego que estuve a cuatro pasos del trono, me puse de rodillas, di siete cabezadas con la frente en el suelo y pronuncié mi arenga en las siguientes palabras, que la víspera me habían hecho aprender de memoria: cikpling Glofftrobb sgnutserumm blhiop mlashnalt zwin rnodbalkquffh sthophad gurdlubh asht. Esto es un formulario establecido allí por las leyes del reino para todos los que son admitidos a audiencia, el cual puede traducirse así logre Vuestra Celeste Majestad sobrevivir al sol.

A la respuesta del rey, que no entendí, contesté con otra expresión que también me habían enseñado, y fué ésta flust drin Valrick duuldom prastrod mirpush, que quiere decir: mi lengua está en la boca de mi amigo, para dar a entender que quería valerme de mi intérprete. Entonces le mandaron entrar, y con su auxilio pude responder a todas las preguntas que Su Majestad me hizo durante una media bora, explicándome yo en balnibarbiense y traduciéndolo mi intérprete en luggnaggiense.

El rey quedó muy complacido de mi conversación y mandó a su blisfmarklub o camarero mayor me diese cuarto en palacio con mi intérprete, un diario para la mesa y un bolsillo lleno de oro para mis gastos menudos.

Tres meses permanecí en aquella corte por obedecer a Su Majestad, que me colmó de agasajos, haciéndome ofrecimientos muy ventajosos para obligarme a establecerme en sus Estados: pero yo me juzgué más obligado a agradecerlos y pensar en volver a mi país a pasar el resto de mis días al lado de mi amada esposa, que había carecido tanto tiempo de las dulzuras de mi compañía.

2 3

Tercera parte, capítulo IX

Empieza: «DE LOS STRULDBRUGGS O INMORTALES Los lugg-naggienses es un pueblo muy civilizado y muy valiente, y aunque tengan algo de aquel orgullo...»

DE LOS STRULDBRUGGS O INMORTALES Los luggnaggienses es un pueblo muy civilizado y muy valiente, y aunque tengan algo de aquel orgullo que es común a todas las naciones de Oriente, son, por lo menos, atentos y corteses con los extranjeros, especialmente si son bien recibidos de la corte.

Principié a adquirir conocimientos, uniéndome con aquellas gentes del gran mundo y de buen humor, que, por medio de mi intérprete, me instruían y deleitaban con su conversación a un mismo tiempo.

Uno de ellos me preguntó un día si había visto algunos de sus struldbruggs o inmortales. Respondile que no, pero que me dijese cómo habían podido dar tal nombre a los humanos. Entonces me refirió que algunas veces, aunque raras, nacía en una familia un niño con cierta mancha roja y redonda directamente sobre la ceja izquierda, cuya dichosa marca le preservaba de la muerte; que esta mancha, que en un principio no era mayor que una pequeña moneda de plata (que en Inglaterra llamainos treepense) iba creciendo y mudando de color que a la edad de doce años se ponía verde hasta los veinte que se volvía azul, y a los cuarenta y cinco años se quedaba totalmente negra, y tan grande como un chelin, para

siempre. Que eran tan pocos los que nacían con esta señal, que apenas podrían contarse mil ciento inmortales de ambos sexos en todo el reino: que había como unos cincuenta en la capital, y que en los últimos tres años no había nacido más que uno solo de esta especie, que era inujer. Que el nacimiento de un inmortal no estaba precisamente ligado a una familia con preferencia a otra, sino que era un presente de la Naturaleza o de la suerte, y que aun los mismos hijos de los struldbruggs nacían también mortales, como los de los otros sin privilegio alguno.

La relación me divirtió en extremo, y como la persona que me la hacía entendía la lengua de los balnibarbas, que yo hablaba expeditamente, le manifesté mi admiración y gusto con los términos más expresivos y aun exagerados. Yo exclamaba como en una especie de rapto y entusiasmo: a Dichosa nación, cuyos hijos todos pueden optar en el vientre de su madre a la inmortalidad ! Feliz comarca donde el ejemplo de los tiempos antiguos subsiste siempre, donde la virtud de los primeros siglos no ha perecido y donde los primeros hombres viven todavía y vivirán eternamente para dar sabias lecciones a todos sus descendientes! Dichosos esos sublimes struldbruggs que gozan el privilegio de no morir y, por consiguiente, la idea de la muerte no los intimida, no los aniquila, no los acaba !» En seguida les manifesté que extrañaba mucho no haber visto todavía ninguno de aquellos inmortales en la corte, porque si hubiera encontrado alguno, precisamente me hubiera herido la vista la gloriosa marca impresa sobre su frente.-¿Y cómo añadiel rey, siendo un príncipe tan juicioso, no los emple.en el Ministerio y deposita en ellos toda su confianza? Pero acaso la rigidez de estos viejos le importunaria y daría en rostro a los de su corte. Como quiera que sea, yo estoy resuelto a hablar a Su Majestad en la pri-

mera ocasión que se ofrezca, y ya defiera a mi propuesta o la desprecie, no dejaré de aceptar en todo caso el establecimiento que su bondad me ha ofrecido en sus dominios, para pasar el resto de mi vida en la ilustre compañía de esos hombres inmortales, siempre que ellos se dignen sufrir la mía.

Aquel a quien dirigía el discurso, mirándome entonces con una sonrisa que indicaba la compasión a que le movia mi ignorancia, me respondió que se alegraba mucho de que quisiese quedarme en el país pero que le permitiese explicar a sus compañeros cuanto acababa de oirme; así lo hizo, y siguieron hablando entre ellos un gran rato en su lengua, que para mí era desconocida, ni menos pude inferir por sus gestos y ojeadas la impresión que mi discurso había hecho en sus ánimos. En fin. el intérprete se volvió a mí, y me dijo cortésinente que sus amigos quedaban complacidos de mis juiciosas reflexiones acerca de la fortuna y ventajas de la inmortalidad: pero que deseaban saber qué sistema de vida emprendería y cuáles serían mis ocupaciones y mis miras si la Naturaleza me hubiese hecho struldbrugg.

A propuesta tan interesante contesté que iba subre la marcha a satisfacerles con gusto; que las suposiciones e ideas me costaban poco, y estaba acostumbrado a imaginarine lo que hubiera hecho siendo rey, general de ejército o ministro de Estado. Que respecto a la inmortalidad, había ya meditado taibién alguna vez sobre la conducta que observaría si hubiese de vivir eternamente, y que, pues así lo querían, iba desde luego a desplegar las velas de mi imaginación en el asunto.

Dije, pues, que si hubiera gozado la preeminencia de nacer struldbrugg, en el instante que hubiera podido conocer mi fortuna y sa-

ber la diferencia que hay entre la vida y la muerte, hubiera puesto todo Di empeño en hacerme rico y que a fuerza de intrigante, fácil y condescendiente hubiera podido esperar verme bien acomodado al cabo do doscientos años.

Que, en segundo lugar, me hubiera aplicado tan seriamente al estudio desde mis primeros años, que pudicra lisonjearmne de llegar a ser algún día el hombre más sabio del Universo; hubiera notado con cuidado todos los grandes sucesos; hubiera observado atentamente todos los príncipes y ministros de Estado que se sucedían unos a otros, y hubiera tenido el gusto de cotejar sus caracteres, haciendo sobre este punto las mejores reflexiones. Hubiera formado una memoria fiel y exacta de todas las revoluciones de la moda y del lenguaje, de las mutaciones ocurridas en las costumbres, en las leyes, en los usos, y aun en los placcres nismos; de suerte que por mi estudio y observaciones hubiera llegado a ser finalmente un almacén de antigüedades, un registro vivo, un tesoro de conocimientos, un diccionario parlante, y el oráculo perpetuo de mis compatriotas y de todos mis contemporáneos.

En este estado no me casaría jamás, añadí; haría una vida de muchacho alegre y libremente, pero con economía, porque, habiendo de vivir siempre, tuviese siempre de qué vivir. Me dedicaría a formar el espíritu de algunos jóvenes, dándoles parte de mis conocimientos y larga experiencia. Mis intimos amigos, mis compañeros y confidentes serían mis ilustres hermanos los struldbruggs, entre los cuales escogería una docena de los más antiguos para estrecharme más íntimamente con elios; sin dejar por esto de tra tar con algunos mortales de mérito, cuya muerte me acostumbraría a mirar sin pena ni sobresalto, porque su posteridad me consolaría de su falta, y aun podría ser para mí un espectáculo bastante agrada-

ble, al modo que un jardinero se deleita en ver los tulipanes y claveles de su jardín nacer, marchitarse y renacer.

Nos comunicaríamos mutuamente entre nosotros mismos cuantas observaciones y reparos hubiésemos hecho sobre la causa y progreso de la corrupción del género humano; y compondríamos un bello tratadode moral, lleno de lecciones útiles y capaces de detener la degeneración de la naturaleza humana, que se advierte cada día mayor, y que la están echando en cara de dos mil años a esta parte.¡Qué espectáculo tan noble y embelesador como el ver por sus propios ojos las decadencias y revoluciones de los imperios! ¡La faz de la tierra renovada las soberbias ciudades transformadas en viles aldeas, o tristemente sepultadas debajo de sus vergonzusas ruinas: las poblaciones obscuras convertidas en cortes de los reyes: los ríos célebres reducidos a pequeños arroyos; el Océano bañando otras riberas; nuevas comarcas descubiertas; un mundo desconocido saliendo, por decirlo así, del caos. La barbarie y la ignorancia apoderadas de las naciones más cultas e ilustradas. La imaginación apagando al juicio, y el juicio helando a la imaginación; el gusto de los sistemas, de las paradojas, de la pomposidad, del i chiste, de las antítesis sofocando a la razón y al buen gusto. La verdad oprimida en un tiempo, triunfante en otro; los perseguidores perseguidos, y los perseguidos transformados en perseguidores por su turno.

Los soberbios abatidos, y los humildes elevados; esclavos, manumisos y mercenarios ascendidos a una fortuna inmensa, colmados de riquezas exorbitantes por el manejo de los fondos públicos, por las desdi!

Echas, por el hambre, por la sel, por la desnudez y por la sangre de los pueblos. Finalmente, la posteridad de estos salteadores públi-

cos reducida otra vez a la nada, de donde la injusticia y la rapiña los había sacado !

Como en este estado de inmortalidad la idea de la muerte no se representaría jamás en mi espíritu para turbarme o para templar mis deseos, me abandonaría a cuantos placeres sensibles me permitiesen la Naturaleza y la razón. Las ciencias serían no obstante mi primer objeto favorito, y yo me figuro que a fuerza de meditar encontraría, por último, las longitudes, la cuadratura del círculo, el movimiento continuo, la piedra filosofal y el remedio universal, y, en una palabra, que llevaría todas las ciencias y artes a su última perfección.

Luego que acabé mi razonamiento, aquel que únicamente le había entendido se volvió hacia sus compañeros y les hizo el extracto en su lengua propia ; después de lo cual se pusieron a conferenciar unos con otros, aunque sin demostrar en su modo y acciones el menor desprecio de lo que acababan de oir, sólo sí exhortaron al que había resumido mi discurso a que usase la caridad de abrirme los ojos y descubrirme mis errores.

Así lo hizo, confesándome desde luego que no era el primer extranjero que había mirado con adiración y envidia el Estado de los struldbruggs; que había observado entre los balnibarbas y japoneses con corta diferencia las mismas disposiciones; que el deseo de vivir era natural al hombre, que el que tenía un pie en el sepulcro se esforzaba por mantenerse sobre el otro; que el viejo más corcovado se representaba siempre un día siguiente, un porvenir, y no miraba la muerte sino como un mal distante y digno de huirse; pero que en la isla de Luggnagg se pensaba muy distintamente, y que el ejemplo

familiar y la vista ~continua de los siruldbruggs había preservado a sus habitantes de este necio amor a la vida.

-El sistema de conducta--prosiguió diciendoque os proponéis en la suposición de vuestra inmortalidad y que nos habéis pintado en este instante, cs ridiculo, y totalmente opuesto a la razón. Contáis sin duda con que en ese estado gozaríais de una juventud perpetua, de una lozanía y salud inalterable. ¿ Pero se trataba de esto cuando os preguntamos qué haríais si hubierais de vivir eternamente? ¿Hemos supuesto nosotros que no os envejeceríais jamás, y que vuestra pretendida inmortalidad sería una primavera eterna?

A continuación me hizo el retrato de los struldbruggs, diciéndome que seguían a los mortales y vivían como ellos hasta la edad de treinta años. Que después iban cayendo poco a poco en una negra nelancolía que crecía con la edad hasta que llegaban a los ochenta años, en la que, no sólo vivían sujetos a todas las enfermedades, miserias y debilidades que arrastra la vejez, sino que la dolorosa idea de su miserable caducidad sin fin los atormentaba tan cruelmente que en nada encontraban consuelo. Que a más de ser, como todos los demás viejos, tercos, caprichudos, avaros, enfadosos y charlatanes, no amaban a otros que a sí mismos, renunciaban a las dulzuras de la amistad, no tenían inclinación a su hijos, y en pasando de la tercera generación no reconocían ya su posteridad. Que la envidia y los celos los devoraban incesantemente que la vista de los placeres de que gozaban los jóvenes mortales, sus entretenimientos, sus amores, sus ejercicios les daban en cierto modo la muerte a cada instante, y hasta la muerte misma de los ancianos que pagaban el tributo a la Naturaleza, excitaba su envidia y los precipitaba en la desesperación, por cuya causa, siempre que veían hacer un funeral, maldecían su suerte y se quejaban " amarga-

mente de la Naturaleza por haberles negado la dulzura de morir, de acabar su carrera escabrosay entrar en un descanso eterno. Que entonces no quedaban ya en aptitud de cultivar su espíritu y enriquecer su memoria, pues cuando más se acordaban de lo que habian visto y aprendido en su juventud y edad mediana; siendo los menos miserables e infelices aquellos que chochcaban ya, y habiendo perdido totalniente la memoria se habían vuelto al estado de uiños, porque siquiera conseguían que se compadeciesen de ellos y les diesen cuantos auxilios pedía su imbecilidad.

El matrimonio de dos struldbruggs, añadió, que da disuelto por las leyes del Estado luego que el inás joven llega a la edad de ochenta años; pues no sería justo que unos desgraciados humanos condenados por fuerza, y sin culpa suya, a vivir eternamente, fucsen obligados por colmo de su desdicha a vivir con una mujer eterna. Pero lo más lastimoso es que en tocando a esta edad fatal los miran como muertos civilmente, y, poniéndolos en tutela, sus herederos se apoderan de sus bienes, los despojan de todo y les se ñalan una simple pensión alimentaria (ley bien merecida de la sórdida avaricia de los viejos tan común en todos ellos); bien que para los pobres hay su casa de reclusión, que llaman el Hospital de los pobres inmortales, donde el público cuida de su manutención.

Desde la misma edad quedan excluídos de todo cargo y empleo, privados de negociar, contratar, vender y comprar, y aun su declaración no es admitida en juicio.

Mas en cumpliendo los noventa años es todavía un poco peor. Todo el cabello y los dientes se les caen, pierden el paladar, de suerte que comen y beben sin gusto alguno, y pierden hasta la memoria, no pudiendo retener ni las cosas más fáciles. Olvidan el GULLIVER.

nombre de su amigo, y quedan incapaces de todo entretenimiento, porque si intentan leer una oración de cuatro palabras olvidan las dos primeras mientras pasan a las dos últimas: si quieren hablar, se ven en el mismo caso, a más de que, como la lengua del país está sujeta a frecuentes mutaciones, los struldbruggs nacidos en un siglo hallan mucha dificultad para entender el lenguaje de los hombres que nacieron en otro, y son siempre como extranjeros en su patria.

Tal fué el relato que me hicieron de los inmortales de aquel país, relato que me sorprendió extremadamente. Después me enseñaron cinco o seis de ellos; confieso que no vi jamás cosa tan fea y desagradable, las mujeres sobre todo eran espantosas, más bien me parecían espectros.

Crea seguramente el lector que entonces perdí del todo el deseo de inmortalizarnie a tal precio, avergonzándome de haberme abandonado a unas imaginaciones tan necias sobre el sistema de una vida eterna en este bajo mundo.

Cuando supo el rey lo que había pasado en la conferencia de que he hablado, rió mucho de mis ideas de inmortalidad y envidia que me habían dado los struldbruggs. Luego me preguntó seriamente si no quería llevarme dos o tres de ellos a mi patria para curar a mis paisanos del deseo de vivir y temor de la muerte. Por mi parte, hubiera admitido el presente de muy buena gana; pero está prohibido a los inmortales salir del reino por una ley fundamental.

2 4

Tercera parte, capítulo X

Empieza: «EL AUTOR PARTE DE LA ISLA DE LUGGNAGG PARA EL JAPÓN, DONDE SE EMBARCA EN UN NAVÍO HOLANDÉS.»

EL AUTOR PARTE DE LA ISLA DE LUGGNAGG PARA EL JAPÓN, DONDE SE EMBARCA EN UN NAVÍO HOLANDÉS.

-LLEGA A AMSTERDAM Y DE ALLÍ PASA A INGLATERRA.

Pienso que cuanto acabo de referir de los struldbruggs no habrá fastidiado al lector. No encuentro aqui nada de aquellos pasajes comunes y triviales de todas las relaciones de viajeros, o por lo menos puedo asegurar que no he hallado cosa que se le parezca en las que he leído. Y últimamente si éstas son repeticiones y cosas ya conocidas, le ruego considere que los viajeros, sin copiarse los unos a los otros, pueden muy bien referir una misma cosa si han estado en un mismo país.

Habiendo un fuerte comercio entre el reino de Luggnagg y el imperio del Japón, es de creer que los autores japoneses no se habrán olvidado de hacer mención de aquellos struldbruggs en sus obras. El corto tiempo que residí en el Japón, y el no tener siquiera una ligera noción de su lengua, no me permitieron averiguar si esta materia ha sido tratada en sus libros.

Algún holandés nos hará saber otro día lo que hubiere en el asunto.

El rey de Luggnagg, viendo que no me vencían sus eficaces instancias a quedarme en sus Estados, tuvo que concederme mi retiro; y haciéndome el honor de darme a la despedida una carta de recomendación escrita de su propia mano para Su Majestad el emperador del Japón, me regaló además cuatrocientas cuarenta y cuatro monedas de oro, cinco mil quinientos cincuenta y cinco perlas pequeñas y ochocientos ochenta y ocho mil ochocientos ochenta y ocho granos de una especie de arroz muy raro. Este modo de numerar multiplicando por diez es muy acomodado al genio de aquellos naturales.

Elde mayo defué la ceremonia, y en seguida di el último adiós a los amigos que tenía en su corte, y emprendí mi marcha acompañado de un destacamento do guardias que me destinó Su Majestad hasta el puerto de Glanguenstald, situado al Sudoeste de la isla. Al cabo de seis días encontré la proporción de un navío que me transportase al Japón, y a los cincuenta de navegación desembarcamos en un pequeño puerto llamado Xamoski al Sudeste de aquel Estado.

-Presenté inmediatamente a los oficiales de la aduana la carta que el rey de Luggnagg se había dignado confiarme para Su Majestad Japonesa; y viendo el sello, que ostentaba un príncipe sosteniendo a un pobre lisiado y ayudándole a andar, le conocieron al instante.

Los magistrados de la ciudad tan pronto como supieron que era yo el portador del augusto pliego, tratándome de Ministro me dieron coche para pasar a Yedo, capital del Imperio, donde conseguí audiencia de Su Majestad Imperial y el honor de presentarle mi carta, que se abrió en público con grandes ceremonias. El emperador mandó a su intérprete que se la explicase, haciéndoine saber mmediatamente por el mismo dijese qué gracia pedia, en la seguridad

de que me la concedería al momento por los respetos de su muy amado hermano el rey de Iuggnagg.

Este intérprete, cuya ordinaria ocupación era en los negocios de comercio con los holandeses, conoció desde luego en mi aire que era europeo, y por esta razón me dió en holandés la respuesta de Su Majestad, a la que contesté diciendo que era un comerciante de Holanda que había naufragado en unos mares distantes, de donde había venido a Luggnagg cansado de andar por mar y tierra con intención do pasar al ImE porio del Japón por ver si lograba la proporción de volver a Europa, confiado en el comercio que allí hacían mis compatriotas los holandeses; y que así suplicaba a Su Majestad se digna'se hacerme conducir con seguridad a Nagasaki, lispensándoine al mismo tiempo (pues la recomendación con que me había honrado el rey de Luggnagg a todo alcanzaba) de la ceremonia de ultrajar al Crucifijo, que obligaban a practicar a todos mis paisanos, puesto que yo no iba al Japón para traficar, sino de paso para Europa.

No dejó de preocupar a Su Majestad Japonesa esta última gracia que le pedía, reconviniéndome con que era el primero de mi pais a quien le había ocurrido un escrúpulo semejante, lo cual le hacía dudar de que yo fuese un verdadero holandés como le había asegurado, que más bien sospechaba fuese cristiano. Sin embargo, atendiendo a la razón que le había alegado y principalmente a los respetos del rey de Luggnagg, tuvo a bien el emperador, compadecido de mi escrúpulo y singularidad, condescender con mi súplica, con tal que procurase el disinulo, respondiéndome que da ría orden a los oficiales encargados de la observancia de aquel uso para que me dejasen pasar como por descuido; pero que a nadie interesaba más que a mí el secreto, porque, si mis compatriotas llegaban a en-

tender la dispensa que había obtenido y el escrúpulo que había concebido contra ellos, me matarían a puñaladas en el viaje.

Di las más humildes gracias a Su Majestad por favor tan singular; y estando justamente para marchar a Nagasaki ciertas tropas, el oficial comandante fué encargado de mi conducción, con una instrucción secreta sobre el asunto.

Elde junio de, después de un viaje largo y penoso, llegué a Nagasaki, donde encontré una compañía de holandeses que habían salido de Amsterdam para negociar en Amboina, los cuales estaban próximos a embarcarse de regreso en un famoso navío de cuatrocientas cincuenta toneladas. Yo hablaba muy bien su lengua con motivo de haber estado bastante tiempo en Holanda cuando pasé a estudiar a Iciden, y así pude sostener perfectamente entre ellos el papel de holandés, respondiendo lo que se me antojaba a las frecuentes preguntas que me hacían accrca de mis viajes dándome amigos y parientes en las Provincias Unidas y fingiéndome nativo de Gelderland.

Siempre conté con pagar al capitán del navío, que era un tal Teodoro Vangrult, lo que me pidiese por mi pasaje; pero, habiendo éste sabido que era cirujano, se contentó con la mitad del precio bajo la condición de ejercer mi profesión en el viaje.

Antes de embarcarnos, algunos de los que me acompañaban estuvieron demasiado impertinentes en preguntarme si había practicado la ceremonia dei Crucifijo. Yo siempre respondía en general que había hecho todo lo necesario: mas, no satisfecho todavía un picaruelo charlatán de ellos, creyó hacer un gran mérito en presentarme al oficial y decirle que no había ultrajado el Crucifijo. El oficial, que tenía orden secreta para no obligarme a tal violencia, le

contestó con veinte bastonazos en las costillas, y así logró que no volviese a preguntarlo ninguno.

No ocurrió en el viaje cosa digna de contarse. Navegamos con viento favorable, habiendo anclado en el cabo de Buena Esperanza para hacer aguada, y elde abril dedesembarcamos en Amsterdam, donde volví a embarcarme muy pronto para Inglaterra. Qué alegría experimenté al ver mi patria amada después de una ausencia de cinco años! Fuíme derecho a Redriff, donde encontré a mi mujer y a mis hijos todos con buena salud.

25

Cuarta parte, capítulo I

Empieza: «Cinco meses pasé dulcemente con mi mujer y mis hijos, en cuyo tiempo me hubiera creído feliz si me hubiese hallado en...»

Cinco meses pasé dulcemente con mi mujer y mis hijos, en cuyo tiempo me hubiera creído feliz si me hubiese hallado en estado de conocerlo, pero me estimulaba demasiado este insaciable desco de viajar, a que no pude resistirme viéndome lisonjeado del honorífico título de capitán de la Aventura, nave mercante de trescientas toneladas, que por mi desgracia me ofrecieron. Estaba perfectamente instruído en la Navegación, y cansado ya del subalterno cargo de cirujano; bien que no quise abandonar la profesión por si alguna vez me veía en precisión de ejercerla, como en efecto sucedió, y así me contenté con llevar a mi lado un joven cirujano. Me despedí de mi infeliz mujer, que estaba a la sazón embarazada, y embarcándome en Portsmouth di velas elde agosto de.

Las enfermedades disminuyeron en la ruta mi tripulación, y viéndome obligado a hacer un enrolamiento en las Barbadas e islas de Leevard, donde los comerciantes de quienes dependía me habían mandado anclar, me hallé muy presto arrepentido de un reemplazo cuya mayor parte se componía de bandilos que habían sido acecinadores. Estos pervirtieron a los demás, y todos juntos maquinaron apoderarse de mí y del navio. Sorprendiéndome, pues, una mañana en mi camarote, ne maniataron, y amenazaron con arrojarme

al mar si hacía la menor resistencia. Fuc´preciso confesarles que mi suerte estaba en sus mahos que podían hacer de mi lo que quisiesen, y de este modo conseguí que me quitasen las prisiones, bajo palabra de honor, dejándome sólo un pie atalo a la armadura de la cama con centinela de vista, a quien dieron orden de matarnie si advertía alguna tentativa para escaparme, y pasaron a continuar su proyecto. La idea era ejercer la piratería con el navío; pero no tuvieron por suficiente su tripulación y resolvieron vender el cargamento dirigiéndose a Madagascar para reclutar gente. Entretanto, yo permanecía preso en mi camarote esperando con zozobra la suerto que me preparaban.

Elde mayo de, un tal Jacobo Welch entró a decirme que tenía orden de su capitán para ponerme en tierra quise detenerle y preguntarle a quién llamaban su capitán, mas todo fué inútil. Al fin me permitieron recoger mi ropa, dejándome la espada y algún dinero que tenía en las faltriqueras, que por política no me registraron, y me pusieron en la chalupa. Anduvimos como una legua, y me depositaron sobre la costa. Preguntéles qué país era aquél, y todos a una voz me respondieron:No estamos más enterados que vos; pero guardaos no os sorprenda la marea. Adiós.

Y la chalupa se alejó en el instante.

Dejé las arenas para buscar alguna altura donde sentarme a meditar qué partido tomaría, y después de haberme reposado un poco me interné en el país resuelto a entregarme al primer salvaje que encontrase, y ver si podía rescatar mi vida por algunas sortijitas, brazaletes y otras bagatelas de que siempre van provistos los viajeros y yo llevaba una cierta porción en los bolsillos.

Descubrí grandes árboles, vastas praderas y caupos en que crecía la avena por todas partes. Caminaba siempre con precaución para no ser sorprendido o herido de algún flechazo; y llegando a un espacioso camino, donde advertí bastantes pisadas de hombres y caballos, y algunas otras de vacas, vi en un campo inmediato un copioso rebaño de animales, dos de ellos encaramiados sobre los árboles. Su figura me pareció extraña, y habiéndose acercado unos cuantos, me escondi detrás de una mata para observarlos mejor.

Una gran cabellera les caia sobre la frente: su pecho, espalda y patas delanteras estaban cubiertas de espeso pelo tenían barbas como los machos cabríos, pero en el resto del cuerpo no tenían pelo y descubrían una piel muy tnorena. Tampoco tenían cola. Usaban de diferentes posturas, ya sentándose sobre la hierba, ya echándose, ya poniéndose en dos pies. Saltaban, brincaban y con el auxilio de sus feroces uñas trepaban por los árboles como ardillas.

Las hembras se distinguían por sus enormes ubres, que algunas arrastraban eran algo más pequeñas que los machos, tenían la cabellera más hermosa y apenas algún poco de vello en ciertas partes de su cuerpo. Los habia de varios colores, morenos, rojos, negros y castaños. Jamás vi en todos mis viajes animal más feo y desagradable.

Habiéndolos examinado a mi satisfacción, seguí aquel camino ancho con la esperanza de que me condujese a alguna barraca de indios; pero en medio de él me detuvo uno de dichos animales haciéndome mil gestos, como extrañando mi figura. Fué a ponerme una mano encima, y yo tirando de la espada le pegué de plano para no herirle, temeroso de que acudiese el dueño sin embargo, el animal se irritó tanto de verse castigado que, a sus clamores, vinieron

más de cuarenta de ellos, haciéndome las muecas más horribles. Tuve que acogerme a un árbol que me guardase las espaldas mientras me defendía con mi espada por delante, y aun así tuvieron la avilantez de subir al mismo árbol y llenarme todo de basura, echando a huir inmediatamente.

Continué mi camino bastante admirado de su precipitada huída sin motivo en la apariencia, hasta que, volviendo la cabeza a la izquierda, vi pasearse con mucha gravedad por un prado un hermoso caballo, que era el que los había ahuyentado. El animal se acercó a mí, paróse, dió algunos pasos hacia atrás y se quedó mirándome con singular atención después me observó igualmente por todos lados dando algunas vueltas, y al ir a proseguir mi marcha me detuvono con violencia, sino de un modo muy comedido.

Al cabo de un rato que estuvimos observándonos mutuamente, quise acariciarle pasándole la mano por ei cuello, silbando y hablándole como suelen hacer nuestros palafreneros; pero el soberbio animal, desdeñando el cumplimiento, arrugó la frente, levantó con fiereza una mano y me hizo retirar la mía demasiado familiar. Al mismo tiempo, príncipió a relinchar con acentos tan variados, que yo llegué á sospechar que hablaba algún lenguaje propio, con sentido acomodado a la variedad de sus relinchos.

Entretanto llegó otro caballo, saludó al primero con mucha cortesía, se hicieron sus cumplimientos recíprocos, y siguieron relinchando de mil modos que parecían formar sonidos articulados. Apartáronse un poco, como para tratar alguna cosa reservada, y de cuando en cuando iban y venían paseándose con mucha gravedad, como dos personas que conferenciasen sobre un negocio interesante; pero sin perderme de vista por si intentaba escaparme.

Absorto de ver a unas bestias portarse de esta manera, me decía yo a mí mismo: «Pues los brutos en este país tienen tanta razón, es preciso que los hombres sean racionales en sumo grado»; y esta reflexión me dió tanto aliento, que resolví internarme hasta descubrir alguna aldea o casa donde poder encontrar algún habitante, dejando a los dos caballos que tratasen cuanto quisiesen en buena compañía. Uno de ellos, que era tordillo, advirtió que me iba, y relinchando tras mí de un modo tan expresivo que me hizo conocer su intención, volví a encontrarle procuraudo disimular mi turbación propia del caso; pues, como puede discurrir el lector, i qué sabía yo en qué vendría a parar todo esto!

Tomándome en medio, estuvieron observando otro corto rato mi cara y manos, al parecer muy complaridos de la delicadeza de mi cutis, especialmente el tordillo, que me asió la mano derecha para acariciarla y me la apretó tanto entre el casco y la ranilla que no pude menos de quejarme a gritos, lo cual me atrajo nuevos halagos llenos de amistad y ternura.

Manifestaron grande admiración de los faldones de mi casaca y del sombrero: pero lo que les dió más que hacer fneron mis medias y zapatos: les pasaban la mano por encima haciendo mil visajes, al modo de un filósofo que pretende explicar algún fenómeno.

Noté cosas tan racionales y juiciosas en aquellos animales, que los tuve por encantadores que se hubiesen transformado en caballos con algún fin particnlar. y que habiendo visto a un extranjero en el camino, o bien porque les hubiese chocado mi figura, aire v vestido, habían querido entretenerse un rato a mi costa. Esto fué lo que me animó a tomarme la libertad de hablarles en los siguientes términos : -Señores caballos, si sois encantadores como me hacéis

sospechar, debéis entender todas las lenguas ; así, pues, me honro de deciros en la mía que soy un pobre inglés que he tenido la desgracia de encallar en estas costas, y os ruego, si sois perfectos caballos, me permitáis montar sobre cualquiera de vosotros para poder buscar alguna aldea o casa donde recogerme, admitiendo en recompensa este cuchillito y este brazalete.

-Los dos animales estaban atentos a mi discurso, y cuando acabé principiaron a relinchar alternativamente vuelto el uno hacia el otro. Entonces conoci claramente que sus relinchos eran significativos, y encerraban vocablos de que quizá pudiera componerse muy bien un abecedario tan fácil como el de los chinos.

Repitieron frecuentemente la palabra yahou, cuyo sonido distinguí, aunque no pude encontrar la significación por más que lo procuré mientras estaban en su conferencia. Concluída ésta, proferí en alta voz yahou, yahou, tratando de imitarlos, cosa que les pasmó extraordinariamente, no obstante que notaban imperfección, porque el tordillo volvió a repetirla dos veces como para enseñarme a pronunciarla bien. Tomé la lección acomodándome en lo posible a su modo, y creo que, aunque distante de la perfección, no dejé de hacer algún progreso. El otro caballo, que era bayo, quiso a mi entender enseñarme otro vocablo mucho más difícil, que, reducido a la ortografía inglesa, puede expresarse así: houyhnhnm. No aproveché tanto ni tan rápidamente en esta segunda lección pero, después de varios ensayos, la aprendí aún mejor, de suerte que, a lo que juzgo, ellos quedaron satisfechos de mi talento.

Volvieron a conversar otro poco (sin duda acerca de esto), y con la misma ceremonia que se habían reunido se despidieron. El bayo me hizo seña de que marchase delante de él, como ejecuté, pare-

ciéndome conveniente obedecer mientras encontraba otra compañía mejor; mas, viendo que caminaba poco, me relinchó hhuum, hhuum. Conoci su intención, y dándole a entender que iba muy cansado, se paró movido de caridad para que descansase.

26

Cuarta parte, capítulo II

Empieza: «LLEVAN AL AUTOR A CASA DE UN «HOUYHNHNM.DE QUÉ MANERA LE RECIBEN.-CUÁL ERA EL ALIMENTO DE LOS «HOUYHNHNMSD. DIFICULTAD DE ENCONTRARLE PARA...»

LLEVAN AL AUTOR A CASA DE UN «HOUYHNHNM.DE QUÉ MANERA LE RECIBEN.-CUÁL ERA EL ALIMENTO DE LOS «HOUYHNHNMSD. DIFICULTAD DE ENCONTRARLE PARA SÍ EL AUTOR.

Habiendo caminado cerca de tres millas, llegamos a una casa de madera muy baja, cubierta de paja, a cuya vista principié a sacar de mis faltriqueras los cortos presentes que destinaba para ser bien recibido de sus moradores. El caballo me hizo entrar delante en una gran sala muy limpía, pero sin otro adorno que un pesebre y una gamella. Vi tres caballos enteros con dos yeguas sentados en cuclillas sin comer, y entrando a este tiempo el tordillo dando alegres relinchos, atravesamos juntos otras dos salas al mismo piso. En la última me hizo seña de que aguardase ini introductor, mientras pasaba él a otra inmediata : ceremonia que me sugirió una grande idea de la dignidad de su amo, no pudiendo comprender que una persona de calidad se sirviese de caballos para pajes.

Llegué a sospechar que mis pasadas desdichas me habían turbado el juicio, y que estaba loco: miraba atentamente a todas partes, examinaba la antecámara, que a corta diferencia estaba amueblada

como la otra pieza, me desgarraba los ojos a escudriñar prolijamente cuanto me cercaba, y siempre veía una misma cosa. Me pellizqué los brazos, me mordí los labios, me di papirotes en la frente por si aquello era sueño, y como siempre hallaba los mismos objetos, decidí ser todo diablura, y una magia refinada.

Volvió a buscarme ci tordillo, me hizo señal de entrar con él en otra sala, y me presentó a una hermosa yegua que tenía a su lado un potro y una potranquita muy graciosa: todos sentados con mucha modestia sobre una estera tan fina como aseada. La yegua se levantó, luego que entré, a recibirme; miro con atención mi cara y manos y, volviéndome desdeñosa la espalda, relinchó repetidamente: yahou, yahou. No tardé en comprender el funesto sentido de esta voz, por mi desgracia, pues el caballo introductor, haciendo seña de que le siguiese y gritando hhum, hum, me condujo a un trascorral donde había otro edificio algo separado de la casa, y en él lo primero que hirió mis ojos fueron tres de aquellos perversos animales cuya descripción he hecho más arriba, atados por el cuello, desgarrando entre sus dientes y uñas pedazos de carne de jumento, perro y vaca (scgún me informé después) y algunas raíces.

El caballo amo inandó a una pequeña hacanea, lacayo suyo, que desatase al más grande de ellos para compararle conmigo, y entonces fué cuando conoci la significación de yahou, nombre que daban a aquellos monstruos, por las repetidas veces que los nombró en el acto; pero, ¡cuál fué mi sorpresa y horror al ver en una fiera todas las facciones y figura de un hombre! Sólo sí noté la diferencia de que su cara era larga y plana, la nariz quebrantada y la boca muy grande; y aun esto es común a todas las naciones salvajes, porque las madres los paren con la cara contra el suelo, y los llevan a la espalda golpeando siempre en ella las narices. Sus manos estaban ar-

madas de unas grandes uñas, y su piel era morena, áspera y cubierta de pelo. Respecto a los pies, había la misma diferencia, que, favorecida de las medias y zapatos, había parecido mucho mayor a los señores caballos, cuando en realidad apenas había alguna, como en todo lo demás del cuerpo, exceptuando el color y el pelo.

Como quiera que fuese, ellos la encontraban bastante grande, porque creían que mi ropa era mi piel natural y una parte de mi substancia propia, bien diferente de la de sus yahous. La hacanea lacayo me presentó una raíz que tenía entre su casco y la ranilla, la cual tomé por no hacerla desaire, la llevé a la boca y se la volví: ella, poco satisfecha de mi aprecio, fué E correndo al establo de los yahous, y me trajo un pedazo de carne de jumento, pero yo no me atreví siquiera a tomarlo, dándole a entender como pude que me hacía daño al estómago, y entonces se lo echó a un yahou, que, sin hacerse rogar, lo devoró con gran delicia. Viendo que el alimento de los yahous no me hacía gracia, me ofreció del suyo, que era avena y beto, para mí igualmente inútil: y, por último, aburrida de no saber qué darme, quiso demostrármelo de un modo tan expresivo como natural llevando una mano a la boca, a lo que contesté en vano, porque ni pudo entenderme ni se hallaba en disposición para satisfacer mi apetito.

A la ocasión pasó una vaca, se la señalé con el dedo y le expliqué de un modo bastante claro mi deseo de ordeñarla: esto lo entendió mejor, mandando al instante a una yegua, criada de casa, que me abriese una sala donde encontré gran porción de barreños de leche con mucho aseo, me apliqué a uno de ellos y salí de mi apuro por esta vez.

Como a la hora de mediodía paró a la puerta un cocho o carro tirado por cuatro yahous, y dentro un caballo viejo, al parecer personaje elevadísimo, que iba a visitar a mis huéspedes y acompañarlos a comer.

Recibiéronle con mucha cortesanía y respeto, y pasando todos a la sala principal, se colocaron estribados sobre haces de paja alrededor de una gran gamella circular con varias separaciones, semejante a una rueda de lagar de Normandía, en que les sirvieron primeramente paja y heno, y después avena hervida con leche. Cada uno comía en su separación correspondiente con mucha decencia y comodidad: el potro y potranquita, señoritos de la casa, estaban al lado de sus padres, por quienes eran asistidos con particular interés. Yo también fuí de mesa, habiéndome mandado el tordillo que me sentase junto a él, y aun sospecho que habló largamente de mi con su amigo, porque me miraba a menudo y repetía la palabra yahou.

A esto se agregó la novedad de haberme puesto casualmente los guantes, y como notaba la diferencia de mis manos, no sabía de qué modo explicar su confusión y deseo de volver a verlos como antes, hasta que me las desnudé, granjeándome por la docilidad el afecto de toda la tertulia que a porfía se empeñó en perfeccionarme en su idioma, especialmente en los nombres de la avena, leche, fuego, agua y otros de primera necesidad que ya entendía, pero no sabía pronunciarlos, y desde entonces me apliqué a retenerlos en la memoria, valiéndome, como nunca, de esta admirable disposición que la Naturaleza me ha dado para aprender todas las lenguas.

Concluída la comida, el caballo-amo, me llamó aparte y por señas, acompañadas de algunas palabras, nue insinuó su pesadumbre de

ver que no comía, ni encontraba cosa que me gustasc. Hlunnh, en su lengua, significa la avena, y aunque al principio no me acomodó, después reflexioné que mezclándola con leche podía proporcionarme un plato regular para mi sustento mientras encontraba la ocasión de escaparme a buscar a los de mi especie. Pronuncié esta palabra dos o tres veces, y al momento dió orden a otra criada, que era una yegua blanca bastante graciosa, de que me trajese una porción de avena en un plato de madera. La hice tostar, como se pudo, la estregué para quitarla la cáscara, la limpic, la molí entre dos piedras, y amasé tortas, que recién cocidas y remojadas en leche, fueron mi alimento.

Al principio confieso que para mí era un manjar bastante insípido, aunque en algunos puntos de Europa sea de un uso común; pero con el tiempo me acostumbré a él, y, como estaba habituado a trabajos, no fué ésta la primera vez que experimenté cuán poco es menester para contentar las necesidades de la Naturaleza, y que el cuerpo se habitúa a todo : debiendo notar aquí también que mientras residí en aquel país no tuve la menor alteración en mi salud.

De cuando en cuando salía a cazar pájaros y conejos con lazos que armaba de pelos de yahou: otras veces tamaba hierbas y las cocía o hacía ensalada, y para extraordinario batía manteca. Lo que sí echaba de menos en los primeros días era la sal, hasta que me acostumbré a pasarme sin ella, tanto que rue costó trabajo volver a ella cuando dejé aquel país, y ahora conozco que su uso es un efecto de nuestra intemperancia introducido solamente para excitarnos a beber; siendo de notar que ningún animal, si no es el hombre, la mezcla en sus comidas.

Baste de alimentos, que si me he extendido demasiado sobre este artículo, ha sido por imitar a la mayor parte de viajeros, los cuales se figuran en sus relaciones que importa mucho al lector saber si han comido bien o mal en sus rutas. Además, que aqui he creído no debía omitirse, porque de otro modo se dudaría cómo había podido subsistir tres años en tal país y entre tales habitantes.

Al anochecer mandó el caballo-amo destinarme cuarto como a seis pasos de la casa, separado del cuartel de los yahous. Hice mi cama con unos haces de paja y los vestidos, y pasé la noche bastante bien, durmiendo con gran tranquilidad, aunque en ade lante me fué todavía mejor, como se verá cuando trate de mi género de vida en aquel país.

GULLIVER,

27

Cuarta parte, capítulo III

Empieza: «Asombrados de ver en un bruto los modos y todas las señales de un racional, no sólo me miraban como prodigio, sino...»

Asombrados de ver en un bruto los modos y todas las señales de un racional, no sólo me miraban como prodigio, sino que merecí que mi amo (éste es el nombre que le daré de aquí adelante), sus hijos y demás familia, deseando que me instruyese con perfección en su lengua, se dedicaron a darne lecciones y yo a aprovechar en ellas. El procedimiento consistia en señalarles con el dedo la cosa cuyo nombre quería saber, y le retenía en la memoria para escribirie después, cuando me hallaba solo, en mi diario de viajes.

Procuraba adquirir el acento escuchándoles con atención, y en seguida hacía mis ensayos; pero, a no ser por la haca alazana, de poco me hubiera servido.

Confieso que hallé su pronunciación sumamento dificil, porque ellos hablan a un mismo tiempo con la nariz y la garganta lengua narici-gutural muy parecida a la alemana, aunque sin comparación mucho más graciosa y expresiva. Así decía el emperador Carlos V, habiendo hecho la misma observación, que si hubiera de hablar a su caballo le hablaría en alemán.

Era tanta la impaciencia de mi amo por satisfacer su curiosidad con mi conversación, que destinaba todo su tiempo libre a ins-

truirme en los términos, frases y finuras de la lengua. El me tenía por yahou, según confesó después, pero mi compostura, docilidad y disposición para aprender le encantaban al extremo, no pudiendo conciliar estas cualidades con las del yahou, animal grosero, puerco e indócil; y como - nunca me acostaba hasta que todos estaban recogidos y por la mañana me encontraban siempre vestido, vivía en el concepto de que mi ropa era parte de mi cuerpo, lo cual acrecentaba su confusión. Por último, a vista de los progresos que de día en día iba haciendo en el conocimiento y pronunciación del idioma, se prometía saber nuuy presto de qué país procedía, como y cuando había adquirido esta especie de razón que me distinguía, y todo el resto de mi historia. Para ayudar en algo a mi memoria, iba formando un abecedario de los vocablos que aprendía, poniendo por bajo su significación en inglés. Al principio me reservaba de su vista, pero, pasado algún tiempo, no tuve reparo en escribir delante de mi amo, ni él pudo comprender lo que hacía, porque los houyhnhnms no tienen la menor idea de lo que es escritura.

Al cabo de diez semanas, entendía ya muchas do sus preguntas, y tres meses después me hallé suficientemente instruído para poder contestarle. Viéndome mi amo en estado de poder seguir una conversación, me preguntó, entre otras cosas, de qué país venía y cómo había aprendido a remedar al animal racional no siendo más que un yahou; pues, aunque estos yahous a quienes os semejáis en la cara y en las manos añadió, no dejan de tener alguna vislumbre de conocimiento con astucia y malícia, carecen absolutamente de esa comprensión y docilidad.

Le contesté que venía de muy lejos y que había atravesado los mares con otros muchos de mi especie en un gran edificio de madera hasta llegar a aquellas costas, donde me habian abandonado. Pero

tuve que acompañar todo esto de mil señas y gestos para hacerme entender. Mi amo me replicó que seguramente me había equivocado, que habia dicho la cosa que no era, queriendo darme a entender que mentia; pues los houyshnhnms no tienen en su lengua palabra que exprese la mentira o falsedad, y le repugnaba que hubiese tierra de la otra parte de las aguas, como que un vil rebaño de animales fuese capaz de conducir a su voluntad sobre este elemento un edificio de madera tan grande. Apenas, decía él, un houyhnhnm podría hacer otro tanto, y en tal caso no fiaría su dirección a los yulous.

Yo sabía que esta voz houyhnhnm, que en su lengua significa el caballo, traía su etimologia de la perfección de la Naturaleza, y así no quise responderlo más sino que, desconociendo aún muchas frases, me reservaba para otro día el darle parte de cosas que le pasinarian. Entonces exhortó a la señora yegua su esposa, a los señoritos potro y potranca sus hijos, y a todos sus domésticos a que concurriesen con celo constante a perfeccionarme en el idioma; y aun él mismo destinó dos o tres horas diarias a esta ocupación.

Eran continuas las visitas de caballos y yeguas de primera distinción que, informados de que en casa de mi amo había un yahou prodigioso, que hablaba como un houyhnhnm, y en cuyas expresiones y modales se percibía algún vislumbre de razón, acudían llenos de curiosidad; y como todos me preguntaban (con proporción a mi talento), y me veía precisado a contestarles según podía, todo esto contribuyó a instruirme y ejercitarnie, de suerte que al cabo de cinco meses no me quedó que aprender para explicarme como quería sobre la mayor parte de sus cosas.

Algunos de los concurrentes hallaban dificultad en creer que fuese un verdadero yahou, atendida la diferencia de mi piel; pues decían que sólo se advertía semejanza en la que cubría mi cara y manos, aunque sin pelo. Sólo mi amo sabía este secreto que un accidente ocurrido pocos días antes me había obligado a descubrirle, y hasta entonces había podido ocultar por el temor de que me confundiesen con sus yahous.

Ya dije al lector que por las noches aguardaba a que todos estuviesen recogidos para desnudarme, y los vestidos me servían de cobertor. Una mañana envió mi amo a su lacayo alazán a buscarme muy temprano. Yo dormía descuidadamente, la ropa se había caído y mi camisa estaba arrollada. Despertando con el ruido, advertí su turbación, y que se volvía sin evacuar la comisión, verosímilmente a dar parte al amo de lo que había visto. Vestíme al instante para ir a dar los buenos días a Su Honor (que es el tratamiento que ellos usan, como nosotros la Excelencia, Señoría o Reverendisima), y apenas entré me preguntó qué era lo que su lacayo había visto en mí aquella mañana, pues le había dicho que yo no era el mismo dormido que despierto, que tenía otra piel distinta.

A pesar de mis temores, fué preciso descubrirle ei misterio, que no podía llevar más adelante porque además mis vestidos y zapatos se iban destruyendo, y veía próxima la necesidad de tener que recurrir a la piel de algún yahou o de otro animal para reemplazarlos. Respondí a mi amo que en el país de donde procedía todos los de mi especie acostumbraban cubrir su cuerpo con el vellón de ciertos animales preparado con arte, bien fuese por la honestidad y decencia, o bien por defenderse del rigor de las estaciones, y que estaba pronto a hacerle ver claramente esta verdad desnudándome a su presencia, con tal que me permitiese reservar lo que la Naturaleza

nos prescribía. A esto no pudo ya disimular su sorpresa, y me replicó pues qué, la Naturaleza nos ha bocho efectivamente presentes vergonzosos, furtivos y criminales? Por lo que respecta a nosotros, nunca nos hemos avergonzado de sus dádivas, ni tenemos reparo en exponerlas a la luz; pero no quiero obligaros.

Me desnudé honestamente por satisfacer la curiosidad de Su Honor, que dió grandes muestras de admiración al ver la configuración de mi cuerpo. Después fue examinando con igual atención todos mis vestidos, tomando pieza por pieza entre su casco y la ranilla, y sin dejar de acariciarme y dar vueltas alrededor de mí, hasta que se creyó bien enterado. Entonces, con mucha gravedad, me dijo que estaba claro que era un verdadero yahou, que no me diferenciaba de todos los demás de mi especie sino en tener las carnes menos duras y más blancas, la piel más suave, nada de pelo en la mayor parte de mi cuerpo, las garras más cortas con alguna diferencia en su figura, y que afectaba andar en dos pies; que no quería ver más y que me vistiese, lo cual le agradecí infinito porque ya principiaba a enfriarine.

Encarecí a Su Honor cuánto me mortificaba dándome seriamente el nombre de un animal tan infame y odioso que me evitase tal ignominia y tuviese a bien encargar lo mismo a su familia, criados y amigos; mas todo fué en balde. También le supliqué la reserva del secreto de mis vestidos, por lo menos hasta que ine viese precisado a renovarlos, y que mandase a su lacayo alazán que no publicase lo que habia visto.

Me prometió el secreto, y con efecto, nada se supo hasta que me vi obligado a buscar de qué vestirme, como diré más adelante. Pero me volvió a encargar que me perfeccionase en la lengua, porque le

pasmaba aún más cl oirme hablar y razonar que el verine blanco y sin pelo, y tenía un inexplicable deseo de saber de mí aquellas cosas admirables que le había ofrecido. Esta codicia le hizo dedicarse cada día más a mi enseñanza, y para ejercitarme principió a llevarme consigo a las tertulias, cuidando de que me tratasen con decencia y aprecio, con la idea (según me declaró después en confianza) de suavizar mi humor y hacerme más agradable y divertido.

Tras cada lección siempre me preguntaba alguna cosa relativa a mi historia, y como procuraba contes...n tarle con la frase adecuada, él fué adquiriendo unas ideas generales, aunque imperfectas, de lo que había ofrecido explicarle, y yo llegué al punto de poder seguir una conversación seria y larga. Baste decir que la primera que tuvimos de esta clase fué tal cual voy a referir.

Dije a Su Honor que venía de un país muy distante, como ya había pretendido darle a entender, con otros cincuenta, sobre corta diferencia, de mis semejantes, y que habíamos atravesado los mares en un navío, esto es, en un edificio construído de tablas.

Le describí como pude la forma del navío, y desplegando un pañuelo le hice comprender de qué modo avanzábamos por medio de las velas infladas del viento. Le dije también que con motivo de una pendencia suscitada entre nosotros me abandonaron los compañeros sobre la ribera en que me habían encontrado que por el pronto me había visto perplejo sin saber que país ocupaba, hasta que Su Honor tuvo la bondad de librarme de los villanos yahous que nue perseguían.

-¿Quién fué el que construyó ese navío?-me preguntó; -¿y cómo fiaron su dirección los houyhnhnms de vuestro país a unas bestias?

A esto le respondí que me era imposible satisfacer a su réplica ni continuar mi relación, a menos que me empeñase su palabra y me prometiese sobre su honor y su conciencia no ofenderse de cuanto me ovese que sólo en estos términos podría seguir adelante, y manifestarle con sinceridad aquellas cosas admirables que había ofrecido referirle.

Me aseguró con toda seriedad que no se resentiría de nada, y en esta confianza le declaré que el navío había sido fabricado por criaturas semejantes a mi: que en mi país, y en cuantas partes del mundo habia corrido, éramos los únicos animales dominantes y racionales; que cuando llegué allí me había sorpren-dido extremadamente el ver a los houyhnhnms manejarse como criaturas dotadas de razón, del mismo . modo que él y todos sus amigos se manifestaban tan aturdidos de encontrar señales de esta razón en mi, llamándome por su antojo yahou, sin otra semejanza con aquellos viles animales que la figura exterior, pero con grande diferencia en las cualidades del alma; y añadí que si algún día me permitiese el Cielo volver a mi patria, y publicase en ella la relación de mis viajes, particularmente la residencia entre los houyhnhnms, todo el mundo exclamaría que decía la cosa que no era, que les contaba una historia fabulosa e impertinente inventada por mí mismo. Y, en fin, que a pesar de todo el respeto que le profesaba, comu a su ilustre familia y amigos, me atrevia a decirle con seguridad que jamás creerían en mi país que un houyhnhnm era un animal racional, y un yahou una bestia.

2 8

Cuarta parte, capítulo IV

Empieza: «IDEAS DE LOS OUYHNHNMSD ACERCA DE LA VERDAD Y LA MENTIRA.-LOS DISCURSOS DEL AUTOR SON CENSURADOS POR SU AMO.»

IDEAS DE LOS OUYHNHNMSD ACERCA DE LA VERDAD Y LA MENTIRA.-LOS DISCURSOS DEL AUTOR SON CENSURADOS POR SU AMO.

Mientras pronunciaba estas últimas frases, parecia mi amo desasosegado, inquieto y como fuera de sí: dudar y no creer lo que se oye, decía, es una operación del espíritu a que no están acostumbrados los houyhnhnms, y en una precisión sale, por decirlo así, fuera de su asiento natural. Bien me acuerdo que conferenciando un día sobre las propiedades de la naturaleza humana, cual se experimenta en el resto del mundo, no podía concebir lo que significaban estas voces mentira y engaño, razonando de este modo el uso de la palabra nos ha sido concedido para comunicarnos unos a otros nuestros pensamientos, y para instruirnos de lo que ignoramos decir la cosa I, que no es no es obrar según la intención de la Naturaleza, es abusar de la palabra, hablar sin hablar; porque si hablar es hacer entender lo que se piensa, cuando hacéis aquello que llamáis mentir, me hacéis entender lo que no pensáis, me decís lo que no es, en vez de decirme lo que es; luego no habláis entonces, sino es abrir la boca para despedir unos sonidos vanos, y cuando esperaba salir de

mi ignorancia, me la aumentáis. Tal es la idea de los houyhnhnms sobre la facultad de mentir que poseemos los humanos en un grado tan perfecto y eminente.

Pero, volviendo a nuestra conversación pendiente, ¡cuál fué la sorpresa de mi amo al oir que los yahous eran en mi patria los animales dominantes y maestros Preguntóme si teníamos houyhnhnms, y qué destino u ocupación les dábainos. Le dije que teniamos un gran número de ellos, que en lo que duraba el verano pacían en los prados, y en entrando el invierno estaban recogidos en casa al cuidado de ciertos yahous que los peinaban, les limpiaban la piel, les lavaban los pies y les deban de comer y beber.

-Ya os entiendo-me contestó entonces; es decir, en suma, que aunque vuestros yahous blasonan de poseer alguna corta razón, los houyhnhnms son siempre los amos como aquí. ¡Ojalá que nuestros yahous fuesen siquiera tan dóciles y buenos criados!

Pero continuad, que me dais gusto.

Volví a suplicar a Su Honor que me dispensase, porque no podía referir el resto sin faltar a las leyes de la prudencia, moderación y buena política.

-Quiero saberlo todo--me repitió;--proseguid y no temáis que reciba pesadumbre.

-Pues así lo queréis-continné, a mí me toca obedecer. Los houyhnhnms, que nosotros llamamos caballos, son unos animales muy hermosos y muy nobles, igualmente vigorosos que ligeros en la carrera.

Los que están en casas de la primera distinción no tienen otra ocupación que viajar, correr y tirar de carros triunfales, muy cuidados y estimados mientras son jóvenes y se mantienen sanos; pero en principiando a envejecerse o enfermar de los pies, son desechados y vendidos a yahous, que los dedican a trabajos penosos, duros, bajos y vergonzosos hasta que mueren. Entonces los desuellan para aprovechar la piel, y los abandonan a las aves de rapiña, perros, lobos y otros animales que los devoran. Tal es en mi país la suerte de los más bellos y nobles houyhnhnms.

No son tan felices en su juventud los que caen en manos de labradores, carreteros, caleseros y otras gentes semejantes, que les hacen trabajar mucho más sin estar tan bien mantenidos.

Y en seguida describí a Su Honor nuestro modo de caminar a caballo con todo el equipaje de un caballero, explicándole, como pude, la brida, la silla, las espuelas, el látigo, los arneses de los caballos de tiro, ya fuesen destinados a un coche o a un carro; y terminé mi relación con la costumbre de clavarles en el asiento de los pies una plancha de cierta substancia muy dura que llamamos hierro, con el fin de conservarles el casco y evitar que se rompiese en los caminos pedregosos.

Indignado ya del modo brutal con que tratábamos a nuestros houyhnhnms, me manifestó que estaba absorto de que tuviésemos la avilantez y atrevimiento de montar en ellos que si el más valiente de sus yahous se tomara tanta libertad con el más ínfimo houyhnhnm de sus criados, sería inmediatamente arrastrado por el suelo, pisado y despachurrado. A esto le repliqué que ordinariamente los domábamos y adiestrábamos en la edad de tres a cuatro años, y que si alguno resultaba indócil, rebelde y falso, le aplicába-

mos a tirar de los carros y a labrar las tierras á fuerza de golpes. Que los machos destinados para la silla o tiro de un coche eran por lo regular castrados, a fin de hacerlos más quietos y obedientes. Que eran sensibles a los halagos como al castigo, y que, sin embargo, carecían de razón al modo de los yahous de su país.

Me costó sumo trabajo hacerle comprender todo lo dicho, teniendo que valerme de circunloquios para expresar mis ideas, a causa de la pobreza de su lengua, tan escasa de términos como ellos de pasiones; pues no tiene duda que lo que forma la riqueza y amenidad de un idioma es la multiplicación y subdivisión de las pasiones.

La impresión que mi discurso hizo en su ánimo y la noble ira de que se vió arrebatado, especialmente cuando le declaré la costumbre de castrarlos para hacerlos más dóciles y evitar que procreasen, son superiores a toda exageración. El convenía en que si había un país donde los yahous fuesen los únicos animales racionales, era muy justo que dominasen y se someticsen a sus leyes todos los demás, supuesto que la razón debe mandar a la fuerza; pero añadía que, bien considerada mi configuración, era muy contrahecho para poder ser racional, o siquiera poder servirme de la razón en la mayor parte de cosas de la vida. En seguida me preguntó si todos los yahous de mi país eran semejantes a mí. Le respondí que, a corta diferencia, todos teníamos la misma figura, y que yo pasaba por uno de los más perfectos que los jó venes y las mujeres tenían la piel más fina y delicada, y que éstas eran por lo común blancas como la leche. Me confesó que era cierto había alguna diferencia de los yahous de su trascorral a mií, pero que en cuanto a las ventajas sólidas juzgaba que me excedían en muchas que mis cuatro pies estaban desnudos, pues el poco pelo que tenían no era bastante para preservarme del frío que los delanteros no eran verdaderos pies,

puesto que no me servía de ellos para andar por su debilidad y delicadeza, y que aquella cosa con que los cubría a veces, no era tampoco tan dura y fuerte como la cubierta de los traseros; y en suma que no marchaba con seguridad, porque en deslizándose cualquiera de ellos era preciso que diese en el suelo. Por este estilo fué censurando toda mi figura el aplastamiento de mi cara, la preeminencia de la nariz, la dirección de mis ojos al frente, de modo que no podía mirar a los costados sin volver la cara, la imposibilidad de comer sin el auxilio de los pies delanteros, y que sin duda para suplir el defecto me había puesto la Naturaleza en ellos tantas coyunturitas. Que no concebía para qué pudiesen servirme todos aquellos miembrecitos separados al extremo de los pies traseros, demasiado débiles para resistir las piedras y el monte, por cuya razón tenía que cubrirlos con piel de alguna otra bestia. Que mi cuerpo sin pelo estaba expuesto a la intemperie, y me veía precisado & cubrirle del ajeno diariamente, esto es, a vestirme y desnudarme, que a su entender era lo más fastidioso y cansado que podía imaginarse. Y, por último, que tenía observado un natural horror en todos los animales de su país a los yahous, tanto que huían de ellos; y dado caso que en el nuestro hubiésemos recibido de la Naturaleza esta prerrogativa de la razón, no sabía cómo pudiésemos curar con toda ella una antipatía semejante, ni exigir servicio alguno.

- ---Pero no quiero llevar más adelante este punto -añadió; os perdono cuantas respuestas pudierais darme, y sólo os ruego tengáis la bondad de contarme vuestros sucesos y describirme el país donde habéis nacido.

Si el respeto y la modestia me hubiesen permitido contradecir a mi amo, era esta la ocasión de haber soltado las riendas a la presunción humana sobre la excelencia propia, y hermosura de nuestra

configuración. A buena fe que no hubiera dejado de decir con Ovidio: - Os homini sublime dedit...

Pero por no incurrir en sandeces no dije nada absolutamente, quedándome con las ganas de hacerle ver que en estos pies delanteros, de que él hacía tan poco aprecio, consiste toda la fuerza y poder de la naturaleza humana que estos diez miembrecitos en que terminan bastan para sujetar a todos los animales y poner en ejecución cuanto la imaginación ofrece; y que, conducidos con un poco de inteligencia, son el terror del mundo entero. Hubiera fabricado fácilmente unas espuelas de hueso y una brida de piel de vaca, y habiendo montado en cualquier houyhnhnm le hubiera demostrado lo que es un yahou que posee un poco de razón y conoce el uso de sus dedos.

¡Cómo me había de propasar a tal exceso! No respondí otra cosa sino que estaba pronto a satisfacer todos los particulares que interesaban su curiosidad, aunque dudaba mucho poder conseguirlo en unas materias de que Su Honor no podía tener la menor idea, por no haber en aquel país semejanza siquiera; que sin embargo procuraría cumplir por mi parte, valiéndome de parábolas y metáforas, suplicándole primero me disculpase si acaso no me servía de los términos propios.

Dije, pues, que había nacido de padres honrados en una isla que se llamaba Inglaterra, tan distante como que el más robusto houyhnhnm apenas podría hacer este viaje en toda la carrera anual del sol: que había ejercido en mis principios la cirugía, esto es, el arte de curar las heridas: que mi país estaba gobernado por una yahou que llamábamos la reina.

Que yo le había abandonado por mirar a adquirir riquezas, para proporcionar a mi regreso mayores comodidades a mi familia; habiendo logrado en el último de mis viajes el titulo de capitán de buque, Ilevando a mis órdenes cerca de cincuenta yahous, cuya mayor parte había perecido en el camino, y me había sido forzoso reemplazar con otros de diversas naciones que nuestra nave había estado dos veces en peligro de naufragar, la primera por una violenta teinpestad, y la segunda por haber chocado contra una roca.

Aquí me interrumpió para preguntarme cómo había podido enganchar extranjeros de distintos climas, viendo los riesgos y pérdida que había sufrido. Le respondí que todos eran gentes infelices, sin casa ni hogar, que habían dejado su patria o por el mal estado de sus negocios o por delitos que habían cometido: unos consumidos en procesos y despojados por la ley: otros por el juego y sus desenfrenos, y casi todos traidores, asesinos, ladrones, falsarios, sobornadores y desertores escapados de prisión, que no se atrevían a volver a su patria por temor de ser ahorcados o, cuando menos, de verse cubiertos de miseria en un calabozo.

Mientras lo hacía esta relación, volvió a interrumpirme varias veces con sus objeciones, teniendo que valerme de circunloquios y otros arbitrios para darle una idea de los crímenes que habían obligado a aquellos hombres a dejar su domicilio, y con todo eso no podía concebir qué fin los arrastraba a cometerlos.

Fué preciso darle a conocer en algún modo lo que cra nuestro insaciable deseo de engrandecernos y adquirir riquezas; de los funestos efectos del lujo, de la intemperancia, de la malicia y de la envidia. Pero no pude conseguir nada por más ejemplos e hipótesis de que usaba cada vez más negado a comprender que estos crímenes exis-

tan realmente, estaba con los ojos bajos sin poder explicar su sorpresa o indignación, como una persona que siente su imaginación herida de una cosa que no ha visto ni oído jamás.

No hay en la lengua de los houyhnhnms modo de expresar estas ideas de Poder, Gobierno, Guerra, Ley, Castigo, ni otras semejantes, sino valiéndose de dilatadas perífrasis; y así me vi apurado para hacer a mi amo la pintura de la Europa, y particularmente - de Inglaterra, mi patria.

29

Cuarta parte, capítulo V

Empieza: «EL AUTOR EXPONE A SU AMO LOS MOTIVOS QUE TAL VEZ SCELEN ENCENDER LA GUERRA ENTRE LAS NACIONES DE EUROPA; Y EN...»

EL AUTOR EXPONE A SU AMO LOS MOTIVOS QUE TAL VEZ SCELEN ENCENDER LA GUERRA ENTRE LAS NACIONES DE EUROPA; Y EN SEGUIDA LE EXPLICA CÓMO SE LA ITACEN LOS PARTICULARES UNOS A OTROS. PINTURA DE LOS PROCURADORES Y JUECES DE INGLATERRA.

El lector observará que lo que voy a exponer es el extracto de varias conversaciones que tuve con mi amo el houyhnhnm, en los dos años que residí en aquel país. Su Honor me proponía cuestiones diferentes, y a proporción de los conocimientos que iba adquiriendo en el uso de su idioma, me exigía la satisfacción más o menos prolija. Yo le manifesté cómo pude el estado de toda la Europa: discurrí sobre las ciencias, aries, manufacturas y comercio, de suerte que de una serie de preguntas y respuestas sacamos asunto para una conversación interminable. Me limitaré aquí a lo substancial de aquellas que miran determinadamente a mi patria, y dándolas el mejor orden no me ligaré tanto a los tiempos y circunstancias, como a la exactitud de la verdad. Sólo me desanima la dificultad de expresar con su propia gracia y energia los bellos discursos de mi amo y sus sólidos razonamientos. Ruego al lector disimule mi insu-

ficiencia e incapacidad, disculpándome en parte por la deficien cia de la lengua en que tengo que explicarme ahora.

A instancias de mi amo, le referi un día la última revolución acaecida en Inglaterra por la invasión de un príncipe ambicioso, que en seguida hizo la guerra a uno de los monarcas más poderosos de Europa, dotado de todas las virtudes regias y cuya gloria resonaba por el universo. Díjele que la reina sucesora había continuado esta guerra, en que las potencias todas de la cristiandad habían tomado interés, y que en esta misma guerra funesta habría ya acaso perecido un millón de yahous: que habían sido tomadas por asedio más de cien ciudades y sumergidos o incendiados más de trescientos buques.

Quiso saber cuáles eran las causas y motivos más ordinarios de nuestras refriegas, y de aquello que llamaba la guerra, y respondíle que eran innumerables, pero que le manifestaría algunos.

-Tal vez-le dije-suele ser la ambición de un príncipe que no se sacia de poseer tierra y gobernar pueblos, y tal vez la política de los ministros que quieren dar ocupación a los vasallos malcontentos. La división de los ánimos en la adopción de opiniones también puede causarla: el uno cree que silbar es una acción buena, el otro que es un delito: uno dice que es preciso vestir de blanco, otro que de negro, de colorado o amarillo. Este quiere que llevemos un somnbrerito muy chico y apuntado; aquél sostiene que debe ser muy grande y tendido, etc.

Inventé ex profeso estos ejemplos quiméricos por no declararle las verdaderas causas de nuestras desavenencias con respecto a la opinión, previendo la pena y rubor que me hubiera costado hacérselas entender; sólo sí añadí que nuestras guerras nunca eran tan largas

y sangrientas como cuando provenían de estas opiniones diferentes que unos cerebros exaltados sabían hacer prevalecer por una y otra parte, hasta llegar a tomar las armas.

-Ciertamente, cuanto acabáis de contarme-me replicó Su Honorme hace formar una alta idea de vuestra razón. Como quiera que sea, tenéis la fortuna de que, en medio de ser tan malos, no podéis haceros mucho daño; pues por más que hayáis querido exagerarme los efectos terribles de esas guerras crueles en que perecen tantos, yo creo que me habéis drcho la cosa que no es. La Naturaleza os ha dado uba boca chata sobre una cara chata también; yo no alcanzo cómo podéis morderos sino amigablemente.

Vuestras garrás, tanto de los pies delanteros como los de atrás, son tan sumamente débiles y cortas que, sin disputa, un solo yuhou de los nuestros desgarraría a una docena como vos.

Yo no pude menos de menear la cabeza y sonreirme de la ignorancia de mi amo. Como sabía un poco del arte de la guerra, le hice una amplia descripción de nuestros cañones, culebrinas, mosquetes, carabinas, pistolas, balas, pólvora, sables y bayonetas : le pinté el sitio de una plaza, las trincheras, los ataqueslas salidas, minas y contraminas, los asaltos, las guarniciones pasadas a cuchillo. Le expliqué nuestras batallas navales; le representé los gruesos navíos echados a pique con todas sus tripulaciones: otros cribados a cañonazos, destrozados, incendiados en medio de las aguas: el humo, el fuego, las tinieblas, los relámpagos, los clamores de los heridos, los gritos de los combatientes, los miembros saltando en el aire, el mar ensangrentado y cubierto de cadáveres. Luego le pinté nuestras batallas por tierra, en que se derramaba mucha sangre, y en un solo día perecían cuarenta mil combatientes de una y otra parte; y para

exaltar un poco el valor y bravura de mis amados compatriotas, le dije que había visto en un sitio hacer volar por los aires con la mayor facilidad un ciento de enemigos, y en un combate naval un número todavía mayor; de suerte que los miembros de tantos yahous dispersos por todas partes parecían una lluvia espesa, formando a nuestra vista un espectáculo muy agradable.

GULTIVER.f Iba a proseguir y hacer alguna otra bella descripción, cuando Su Honor me mandó que callase.

-El natural del yahou-me dijo-es tan perverso que ya no encuentro dificultad en creer que cuanto acabáis de contarme sea posible, desde que supusisteis en él una fuerza y una industria igual a su perversidad y malicia. Por mucha idea que antes tuviese de la maldad de este animal, no se acercaba siquiera a la que ahora me habéis dado. Vnestra narración turba mi espíritu y me arrastra a una situación en que jamás me he visto. Recelo que mis sentidos, intimidados de las horribles imágenes que le habéis trazado, lleguen poco a poco a acostumbrarse a ellas.

Aborrezco a los yahous de este país; mas ya les perdono todas sus cualidades odiosas, pues que la Naturaleza los ha hecho tales que carecen de razón para corregirse y gobernarsc.; Que una criatura que se lisonjea de poseer esta razón como propia, sea capaz de cometer acciones tan detestables y de entregarse a excesos tan horribles! No puedo comprender cómo sea, al mismo tiempo que me convence de que el estado de los brutos es aún preferible a una razón corrompida y depravada. Pero, ¿vuestra razón es, en efecto, una verdadera razón? No será más bien un talento que la Naturaleza os ha dado para perfeccionar vuestros vicios? Demasiado me habéis dicho en orden a eso que llamáis la guerra: pasemos a otro

tema que interesa mi curiosidad. Creo haberos oído que en esa tropa de yahous que os acompañaba en el buque había miserables a quienes los procesos habían arruinado y despojado de todo, y que era la ley la que los había puesto en tan triste estado. ¿Cómo puede ser que la ley produzca semejantes efectos? Ådemás, a qué csa ley? & Vuestro natural y vuestra razón no os bastan, no os prescriben con bastante claridad lo que debéis hacer y lo que no debéis hacer?

Respondí a Su Honor que no estaba suficientemente versado en la ciencia de la ley: que apenas tenía algún corto conocimiento de la jurisprudencia por mis relaciones y trato con los abogados en el tiempo que les consultaba sobre mis negocios, pero que le enteraría de cuanto alcanzaba en la materia.

-El número-le dijede los que se aplican a la jurisprudencia entre nosotros, o que hacen profesión de interpretar la ley, es tan crecido que excede al de las orugas, aunque no todos iguales en clase, nombre y distinciones. Como su multitud desmedida hace el oficio poco lucrativo, para sacar siquiera con qué mantenerse, tienen que recurrir a la industria y al manejo, por medio del maravilloso arte de probar en un discurso embrollado que lo negro es blanco y lo blanco es negro.

-¿Son ésos--me preguntó prontamente Su Honor-los que arruinan y despojan a aquellos otros por su habilidad?

-Así parece-le respondí, y ahora os pondré un ejemplo para que podáis comprender mejor lo que os be referido. Supongamos que mi vecino tiene deseos de una vaca mía; al punto va a buscar a un procurador, esto es, un docto intérprete de la práctica de la ley que por la esperanza del premio haga ver que la vaca no me pertenece. Yo me veo obligado a buscar otro yahou de la misma profesión que de-

fienda mi derecho, pues la ley no me permite hacerlo por mí mismo. La justicia es mía y mi derecho innegable; pero me hallo entre dos embarazos insuperables.

Uno es que este yahou mi defensor está acostumbrado toda su vida a defender lo falso, y al verse encargado de defender la verdad pura y clara se halla como fuera de su elemento, sin saber por dónde ha de principiar : el segundo es que, a pesar de la sencillez del negocio que he puesto a su cuidado, debe precisamente embrollarlo para conformarse al estilo de sus compañeros, y alargarlo todo lo posible, porque de otro modo le acusarían de que echaba a perder el oficio y daba mal ejemplo. En este apuro sólo me quedan dos recursos el primero es ir a buscar al procurador contrario y tratar de sobornarle, dándole el duplo do lo que le ofreció su cliente: el segundo, que acaso os sorprenderá, pero que no es menos seguro, consiste en reencargar a mi defensor que haga ver a los jueces con la menos confusión, que efectivamente la vaca podría muy bien ser de mi vecino y no mía. Entonces los jueces, poco acostumbrados a las cosas claras y sencillas, prestarán más atención a su discurso y sutiles argumentos, hallarán gusto en escucharle, y fluetuando entre el pro y el contra, estarán mejor dispuestos para fallar en mi favor que si se redujese a probarles mi derecho en cuatro palabras.

Es una máxima entre los jueces que todo aquello que ha sido antes juzgado ha sido bien juzgado. Estas sentencias se conservan cuidadosamente en una Secretaria y son las que forman lo que llamamos Jurisprudencia; de suerte que estando calificadas de autoridades, no hay cosa que no se pruebe y justifique con citarlas. Sin embargo, de algún tiempo a esta parte no dan tanta fuerza a la autoridad de cosa juzgada eitan juicios en pro y en contra, y se aplican a hacer ver que los casos no pueden ser jamás enteramente semejantes. He

oído decir a un juez muy hábil que las sentencias son para aquellos que las obtienen. Por lo que hace a los demás, la atención de los jueces tal vez se inclina más hacia las circunstancias que al fondo del negocio; por ejemplo, en el caso de mi vaca querrían saber si era roja o negra, si tenía los cuernos muy grandes, en qué campos acostumbraba pacer, cuánta leche daba cada dia, etc. Bien reflexionado todo esto, van a consultar a las antiguas sentencias: a ciertos tiempos saie el proceso al bufete, y el que al fin de diez años está sentenciado no es poeo feliz. También es digno de notarse que los letrados tienen idioma aparte, una jerga que les es propia, un modo de producirse que los demás no entienden; ya veis que en tal laberinto el buen derecho puede confundirse fácilmente que el mejor pleito no ofrece seguridad, y que si un ex tranjero distante trescientas leguas de mi país quisiese venir a disputarme una herencia que estuviese en mi familia trescientos años ha, acaso en treinta más no vería terminada la disputa ni se desenredaría del negocio.

¡Qué lástima-exclamó Su Honor-que unas gentes de tanto genio y talento no se dediquen a otra cosa y hagan mejor uso de él! No sería preferible que se ocupasen en dar lecciones sabias y virtuosas a los demás, partiendo sus luces con el público? Pues, a lo que entiendo, esas doctas gentes poseen, sin duda, todas las ciencias.

-Nada de eso--le repliqué, ellos no saben más que su oficio ni se les puede hablar de otra materia, aborrrecen las bellas letras y todas las otras ciencias.

En el trato ordinario parecen estúpidos, pesados y groseros, hablo en general, sin que por esto dejen de encontrarse algunos espirituosos, agradables y galantes.

30

Cuarta parte, capítulo VI

Empieza: «No fué posible hacer comprender a mi amo por qué esta raza de practicantes era tan perjudicial y temible.»

No fué posible hacer comprender a mi amo por qué esta raza de practicantes era tan perjudicial y temible.

-¿Qué miras los conducen-mo decía-a hacer tanto daño a los mismos que los mantienen? ¿Qué premio es ése que espera el procurador encargado de la defensa?

Respondíle que era dinero, y me costó algún trabajo hacerle entender la significación de este nombre.

Le expliqué nuestras diferentes especies de monedas, los metales de que se fabrican y su utilidad, dándolo a entender que el que llegaba a juntar mucho era feliz, pues podía procurarse bucnos vestidos, buenas casas, grandes tierras, mucho regalo y las mejores mujeres, y que por esta razón no nos saciábamos nunca de dineros, y cuanto más teníamos más deseábamos, aprovechándonos hasta del sudor del pobre, que para sustentar su miserable vida trabajaba desde el amanecer hasta la noche sin un instante de descanso; todo en beneficio del ocioso rico.

- Cómo !-replicó Su Honor-¿no tienen parte en esa tierra todos los animales? ¿Hay algunos que carecen de derecho a los frutos que produce para su sustento? No sé por qué ha de haber yahous privi-

legiados que recojan por entero esos frutos con exclusión de sus semejantes; y cuando eso fuese por un derecho particular, ¿no debieran ser atendidos los que han contribuído con su trabajo a fertilizar la tierra?

-Nada menos que eso-le respondí;-justamente los que mantienen a los demás por medio del cultivo de las tierras son los que perecen de hambre.

-¿Y qué queréis significar-me preguntó con la frase mucho regalo que aplicasteis a los que juntan dineros en vuestro país?

Tuve que pintarle la mesa de un poderoso, los exquisitos manjares que la cubrían y los diferentes modos de aderezarlos, sin reservar nada de cuanto me vino a la memoria: instruyéndole también de que para sazonarlos mejor y proveernos de buenos licores equipábamos navíos y emprendíamos largos y peligrosos viajes, de modo que para mantener convenientemente a cuatro mujeres distinguidas, era preciso despachar muchos navíos a las cuatro partes del mundo.

-Sobrado miserable será vuestro país-me dijo -cuando no puede mantener a sus habitantes: ni agua tenéis que beber si no atravesáis los mares.

Entonces le repliqué que la Inglaterra producía más frutos que todos sus habitantes podían consumir que hacíamos bebidas muy buenas con el jugo de ciertas frutas o con el extracto de algunas granas, y que, en una palabra, nada faltaba a nuestras necesidades naturales; pero que para fomentar nuestro lujo y nuestra intemperancia enviábamos a los países extranjeros las producciones del nuestro, y traíamos en cambio cosas que nos destruían la salud y

alimentaban nuestros vícios, siendo este amor al lujo, al regalo y al placer, el principio de todos los procedimientos de nuestros yahous; y como para conseguirlos eran necesarias las riquezas, de aquf provenían los ladrones, los perjuros, los aduladores, los sobornadores, los falsarios, los embusteros, los jugadores, los fantasmones, los malos autores, los envenenadores, los impúdicos, los charlatanes, los espfritus fuertes. Y después tuve que explicarle todos estos términos en particular.

-El trabajo que nos tomamos-añadí-de ir a buscar vinos en los países extranjeros, no es porque nos falten aguas ni otros buenos licores para beber, sino porque el vino nos pone de humor festivo basta hacernos salir en cierto modo fuera de nosotros misms, ahuyenta de nuestro espíritu toda idea seria, nos llena la cabeza de mil imaginaciones ridículas, restablece el valor, destierra el miedo y nos exime por algún tiempo de la tiranía de la razón. Surtiendo a los ricos de cuanto han menester es como muestra plebe se mantiene. Por ejemplo, yo cuando estoy en mi patria, si he de ir vestido completamente según nuestro estilo, llevo sobre mí el trabajo de cien oficiales, un millón de manos se han ocupado en fabricar y alhajar mi casa, y tal vez no ha bastado el duplo para vestir a mi mujer.

- Iba a pintarle a ciertos yahous que pasan su vida al lado de los que se hallan amenazados de perderla, esto es, nuestros médicos, habiéndole dicho antes que la mayor parte de mis compañeros habían muerto de enfermedad en el viaje; pero apenas tenía alguna idea muy escasa de lo que es enfermedad, firmemente persuadido a que nosotros moríamos como todos los demás animales, o por flaqueza o por pesadez sobre el instante mismo de ir a expirar, excepto el caso de una herida. Para prevenirle con alguna instrucción de nuestra naturaleza y origen de las enfermedades, le declaré que

comíamos sin tener hambre, bebíamos sin sed y pasábamos las noches enteras en lieber licores ardientes, que no encontrando sustente en el estómago, le estragaban, nos abrasaban las entrañas, y se difundía por todo nuestro cuerpo una flaqueza y angustia mortal. Que algunas de nuestras mujeres tenían cierto veneno que partían con sus amigos, y que esto mal funesto, como otros varios, nacían a veces con nosotros mismos, heredados con la sangre.

En fin, que sería nunca acabar el intentar pintarle todas las enfermedades a que estábamos sujetospues había cuando menos quinientas o seiscientas respectivas a cada miembro, y una infinidad de ellas correspondientes a cada parte, fuese interna o externa.

-Para curar estas enfermedades-proseguí-tenemos yahous que consagran su vida únicamente al estudio del cuerpo humano, tratan de extirparlas por medio de medicamentos eficaces, y luchan con la Naturaleza por alargar nuestros días.

Como era del gremio, expliqué con gusto a Su Honor el método de nuestros médicos, con todos los misterios de la medicina.

-Es preciso suponer-le dije-que cuantas enfermedades padecemos provienen de repleción, de lo que concluyen cuerdamente nuestros médicos que es necesaria la evacuación, bien sea por arriba o por abajo. Al intento se escogen ciortas hierbas, minerales, gomas, aceites, conchas, sales, excrementos, cortezas de árboles, serpientes, escuerzos, ranas, aranas, peces de todo esto se compone una bebida cuyo olor y gusto abominable horrorizan, levantan el corazón y trastornan todos los sentidos: se llama emélico y sirve para la evacuación superior. Luego mandan sacar de sus almacenes otras drogas que nos hacen tomar según su capricho, ya comu purga que arranca las entrañas, o ya como clíster que lava y relaja los intesti-

nos, y raciocinan de este modo: «La Naturaleza, muy ingeniosa, nos ha dado el orificiosuperior y visible para ingerir, el inferior y secreto para evacuar, es así que la enfermedad invierte el orden natural del cuerpo, luego es necesario que el remedio obre por el mismo estilo para combatir a la Naturaleza, invirtiendo el uso de los orificios, esto cs, tragur por el inferior y evacuar por el superior.

Padecemos otras enfermedades que nada tienen de real sino la idea. A los que adolecen de ellas llamamos enfermos imaginarios, y para curarlos hay remedios imaginarios también; pero es el caso que nuestros médicos los aplican frecuentemente a los males reales. Las violentas enfermedades de imaginación atacan en general a las mujeres, para las cuales conocemos específicos que surten un efecto maravilloso.

En la contiuación de nuestras conferencias Ilegué a merecer a mi amo una expresión, a la verdad, demasiado lisonjera. Como solía hablarle de las personas de calidad de Inglaterra, me dijo que vivía persuadido de que yo era de la primera nobleza porque notaba en mí otra finura y mejor presencia que en ninguno de sus yahous, aunque no les igualase en fuerza y agilidad que esto provenfa sin duda de mi diferente modo de vida, y que además gozaba el don de la palabra con algunos principios de razón que descubría, y podrían perfeccionarse con el tiempo y su trato.

A propósito mo hizo la reflexión de que entre ellos no eran tan bien formados los houyhnhnms blancos y alazanes obscuros como los bayos, los tordillos y los negros, ni aquéllos sacaban el mismo talento y disposiciones que éstos, por cuya razón permanecían siempre en el estado de servidumbre que les correspondía, sin poder as-

pirar jamás al de amos, porque se miraría en el país como una cosa enorme y monstruosa.

-Es preciso-añadió mantenerse en aquella claso que la Naturaleza destinó; lo contrario sería ofenderla o rebelarse contra ella. Pero vos creo que habéis nacido el mismo que sois, pues hubisteis del Cielo vuestra nobleza, esto es, vuestro talento y buena índole.

Di a Su Honor las más rendidas gracias por cl alto concepto con que me favorecía, y al mismo tiempo le aseguré con ingenuidad que mi nacimiento era muy humilde, sin otro lustre que el de unos padres honrados, celosos de mi educación.

-Nuestra nobleza-le dije-no es lo que habéis imaginado desde niños, acostumbrados a la ociosidad y al lujo, luego que la edad lo consiente, se abandonan a la disolución, contraen enfermedades odiosas, consumen toda su hacienda, y cuando se ven ya arruinados suelen casarse con una mujer plebeyacontrahecha y enferma, con tal que sea rica; ya veis qué puede producir una unión semejante si no es hijos imperfectos, raquíticos, escrofulosos y deformes, que si la prudente madre no lo previene, sigue a veces hasta la tercera generación. De aquí es que en nuestro país un cuerpo seco, flaco, descarnado, débil, en fermo, se ha hecho una insignia de nobleza, tanto que no influye el mejor concepto el ver un joven de un espírito algo culto, justo y recto, sin nada de caprichoso, afeminado, brutal, fantástico, libre y necio.

31

Cuarta parte, capítulo VII

Empieza: «El lector se habrá escandalizado acaso de la fiel pintura de la especie humana que emprendí desde luego, hablando con un animal...»

El lector se habrá escandalizado acaso de la fiel pintura de la especie humana que emprendí desde luego, hablando con un animal orgulloso que había concebido ya una opinión bastante mala de todos los yahous; mas confieso que el carácter de los houyhnhnms y excelentes cualidades de aquellos virtuosos cuadrúpedos habían causado tanta impresión en mi ánimo, que no podían entrar en el cotejo de unos y otros sin despreciar a mis semejantes, y este desprecio fué el que me obligó a tratarlos como indignos de todo respeto o simulación. Por otra parte, mi amo, que con su perspicacia natural advertía cada día en mi nuevos defectos que yo jamás había conocido, o cuando más había mirado como leves imperfecciones, me había inspirado en juiciosas censuras tal espíritu de crítica y aversión a nuestra sociedad, que en vista de su amor a la verdad no pude menos de detestar la mentira evitando todo disfraz en mis relatos.

Todavía daré otra prueba de mi sinceridad, y es que al año de estar en compañía de los houyhnhnms era tanta la estimación, respeto y veneración que les profesaba, que estuve resuelto a quedarme entre ellos y concluir mis días en aquella dichosa comarca adonde el

Cielo me había llevado para enseñarme a cultivar la virtud. ¡Ojalá mi resolución hubiera sido más firme! pero la suerte que siempre me ha perseguido no quiso que gozase de su felicidad. Como quiera que sea, ahora que estoy en Inglaterra, me alegro de haberles callado las tres cuartas partes de nuestros vicios y extravagancias; pues algo había de hacer por mis compatriotas, y cuando no tenía este arbitrio usaba de restricciones mentales y procuraba decir lo que no era sin mentir. Sobre todo, ¿quién es el que o guarda algo de parcialidad hablando de su pati a amada?

Hasta aquí lo substancial de las conversaciones sueltas con mi amo en todo el tiempo que tuve la honra de estar en su servicio, aunque por no parecer molesto os he omitido varios artículos. Al cabo me mandó llamar una mañana muy temprano y haciéndome tomar asiento bastante cerca de él (honor que hasta entonces no había obtenido), me habló de esta manera: -He repasado en mi espíritu todo cuanto me habéis dicho, tanto vuestro como de vuestra patria: veo claramente que todos tenéis una vislumbre de razón, que no alcanzo de dónde pueda haberos venido; pero también veo que no hacóis más uso de ella que para acrecentar vuestros defectos naturales y adquirir otros que la Naturaleza no os ha dado. Lo cierto es que en la figura os asimiláis enteramente a los yahous do este país que no os distinguiría si tuvieseis su fuerza, su agilidad y las garras más largas, y que en cuanto a las costumbres son las mismas.

Ellos se aborrecen de muerte unos a otros, sin duda porque les horroriza su fealdad no pudiendo considerarla ninguno en sí mismo. Vosotros, con ese pequeño grano de razón que gozáis, habéis prevenido el inconveniente y procuráis cubrirla para no haceros odiosos, bien sea por prudencia o por amor propio; mas, a pesar de vuestra precaución, no os aborrecéis menos, pues veo que os divi-

den otros motivos de desavenencia que reinan también en nuestros yahous.

En efecto, si echamos a cinco una porción de carne que sobraría para cincuenta, estos cinco animales glotones y voraces en vez de comer pacíficamente su abundante ración, se abalanzan unos a otros, se muerden, se desgarran y cada uno quiero comerlo todo ; de suerte que tenemos que darles de comer aparto y atar a los que han acabado porque no vayan a arrojarse sobre los demás. Si en las inmediaciones muere alguna vaca desgraciadamente o de vejez, en el instante que saben la agradable nueva acuden atropelladamente a cual más pronto llega para apresarla, riñen, se arañan, se despedazan hasta declararse la victoria, y si no se matan es porque no tienen la razón que los yahous de Europa para inventar esas máquinas destructoras ni esas armas ofensivas. Se encuentran en algunos parajes de esta comarca ciertas piedrecillas brillantes de diferentes colores, que nuestros yahous aman al exceso. ¡Qué esfuerzos no hacen para sacarlas de la tierra donde regularmente suelen estar encajadas! Las llevan a sus establos, hacen un montón y las guardan con el mayor cuidado como si fuera un tesoro, procurando que no lo vean sus camaradas; sin que hayamos podido indagar de qué proviene esta violenta inclinación, ni para qué puedan serles útiles. Pero ahora advierto ser efecto de esa misma ava-ricia vuestra que me habéis pintado, porque una vez habiéndole quitado a uno su amado tesoro, cuando fué & buscarlo y se halló sin el objeto de su pasión, prorrumpió en espantosos aullidos, se puso furioso, se desmayó, quedó macilento, no comía, no dormía ni podía trabajar hasta que di orden a uno de mis criados de que lo volviese al sitio de donde lo había sacado. Entonces recobró su espíritu y buen

humor el yahou, y no se olvidó de esconder su depósito en otro lugar.

Sucede frecuentemente que estando algún yahou ocupado en sacar una piedrecilla de éstas llega otro a disputársela, y mientras riñen se la lleva un ter= cero y decide el pleito. En vuestro país, por lo que os he oído, no son tan breves y baratos los procesos.

Aquí ambos litigantes (si es que puede dárseles este nombre) quedan como se estaban; pero allá parece que ordinariamente pierden lo que pretenden tener y lo que tenían.

Domina a veces en nuestros yahous una fantasía cuya causa no hemos podido descubrir. Gordos, bien mantenidos y tratados por sus amos, vertiendo salud y lozanía, caen repentinamente en una angustia, disgusto y melancolía que los pono molinos y estúpidos. Huyen de sus camaradas, no quieren comer, y se retiran a un rincón de su establo como abismados en sus tristes pensamientos. No hemos encontrado otro medio de curarlos, cuando están así, que el de despertarlos con un tratamiento algo duro, y einplearlos en trabajos penosos que ponen en movimiento sus espíritus volviéndoles su vivacidad natural. Al oir esta pintura a mi amo, me acordé de mi país, donde se ven a menudo los mismos casos hombres colmados de bienes y honores, sanos y robustos, rodeados de delicias, exentos de toda inquietud, contraer de un instante a otro la tristeza más cruel, aniquilarse, hacer gravosos a sí mismos, consumirse en reflexiones quiméricas, afligirse, aletargarse y no volver a hacer el menor uso de su ánimo siempre poseído de vapores hipocondríacos. Vivo persuadido de que el remedio único es el que aplican a los yahous: vida laboriosa y dura es un excelente régimen contra la tristeza y melancolía. Yo lo he experimentado y no puedo dejar de

aconsejárselo al lector, cuando se halle en semejante estado, exhortándole al mismo tiempo a que, para quitar el peligro, procure no estar nunca ocioso; y si por desgracia no tuviese ocupación en la sociedad, debe saber que hay gran diferencia de no hacer nada a no tener nada que hacer.

Nuestros yahous-prosiguió mi amo-muestran suma afición a cierta raíz muy jugosa, que buscan con ansia para chuparla y de que jamás se ven hartos.

Luego se le ve tan pronto arañarse como acariciarse, aullar, hacer gestos, bailar, revolcarse por el suelo, echarse a rodar hasta que se quedan dormidos en cualquier lodazal.

- Las yahous aparentan rubor y excusas al galanteo de los machos: no sufren caricias a presencia de otros, la más pequeña libertad en público las ofende, las irrita y las exaspera. Sólo cuando ven fuera de camino algún yahou joven bien fornudo, suelen estos castos seres esconderse detrás de un árbol o de una mata sin precaverse de que el yahou la vea, y si las persigue echan a huir mirando siempre hacia atrás, de modo que regularmente llegan ambos a un tiempo al bosque o quebrada más inmediata. Esto basta para que no olvide el sitio de allí adelante, ni él se descuide en concurrir, a menos que a uno u otro le detenga otra aventura igual en el camino, pues la casualidad es común. Ellas, por otro lado, se complacen en verles lidiar, morderse y desgarrarse por sus amores después que han sido la causa de la pendencia; y aunque también son el premio del vencedor, tal vez es para arañarle un poco más o para ser arañadas si se cambia la suerte. He aquí el fin de todos sus amores, pero quieren extremadamente a sus hijos, tanto ellas como los machos, que de buena fe se creen sus padres y les hacen tiernas caricias.

Bien temí que iba Su IIonor a extenderse más sobre las costumbres de los yahous, sin perdonar ninguna de las que por desgracia nos comprenden: sonrojándome anticipadamente, en honor de mi especie, de los infames vicios que reinan entre sus yahous, y que acaso hubieran sido una horrenda imagen del imperio de nuestra disolución: disolución superior a nuestro deleite, en que la Naturaleza misma se busca y no se encuentra, haciéndonos reprehensibles hasta de los brutos.

3 2

Cuarta parte, capítulo VIII

Empieza: «.»

.

FILOSOFÍA Y COSTUMBRES DE LOS HOUYUNHNMSD La relación de mi amo me puso en deseo de examinar personalmente las inclinaciones y modales de los yahous, con cuya idea solía pedirle licencia para ir a verlos, que nunca me negó porque sabía mi aversión a aquellos animales, y así no tenía que el trato y comercio con ellos pudiese contagiarue; sólo sí por evitar algún suceso funesto, mandó que me acompañase siempre un corpulento caballo alazántostado, criado suyo muy leal y de un natural muy bueno.

Desde el primer día advertí que mi figura no les causaba demasiada novedad; si alguna desemejanza hallaban era por el vestido, hasta que me vieron el pecho y los brazos desnudos. ¡Qué carcajadas de risa daban y cuánta burla hicieron! Ya entonces se atre vieron a acercarse a mí y, poniéndose en jarras, andaban en dos pies, levantando la cabeza y remedándome en todo lo posible, no con muy buena intención, como se ve en los monos salvajes respecto a los domésticos que miran armados de vestido, medias y sombrero.

Pero solamente un fracaso tuve con ellos, y fué que, viéndome bañar con motivo del excesivo calor una joven yahousa, se arrojó al agua y me abrazó con toda su fuerza. Yo creí que iba a despeda-

zarme entre sus uñas y principic´a gritar: acudió el brioso alazán, y la yahousa, tenerosa de sus amenazas, huyó, siendo lo más particular que a pesar del furor que la animaba y la rabia que centelleaba en sus ojos, no me hizo el menor arañazo siquiera. Con todo, no me evitó la vergüenza de oir contar en casa la ridícula aventura, y cómo la celebraba mi amo con la familia. No sé si será del caso advertir que esta yahousa itenía el pelo negro y la piel mucho menos morena que las demás.

Habiendo dicho que pasé tres años enteros en aquel país, el lector esperará precisamente que, como buen viajero, le haga una amplia descripción de sus habitantes, esto es, de los houyhnhnms, explicándole por menor sus usos y costumbres, sus máximas y sus modales. Voy a hacerlo sobre la marcha en muy pocas palabras.

Como los houyhnhnms, que son los dueños y únicos animales dominantes en aquella comarca, nacen todos con disposición a la virtud sin la más leve idea de lo que es maldad en comparación de una criatura racional, su principal máxima es la de cultivar y perfeccionar su razón, llevándola por guía en todas las acciones de la vida. Entre ellos la razón no produce problemas como entre nosotros, ni forma argumentos igualmente verosímiles en pro que en contra. No saben reducir las cosas a cuestión, ni defender opiniones absurdas y máximas indecentes y perniciosas con el auxilio del probabilismo. Todo cuanto dicen lleva la convicción al espiritu, porque no se propasan a lo obscuro o dudoso, ni a cosa que esté disfrazada o desfigurada por las pasiones e intereses. Así me costó tanto trabajo hacer entender a mi amo esta palabra opinión, ni cómo era posible que disputásemos tan continuamente sin conformarnos casi nunca.

-La razón-decía él, no es inmutable? ¿La verdad no es siempre una? ¿Deberemos afirmar como cierto lo que es dudoso? ¿Hemos de negar positivamente lo que no vemos con claridad que no puede ser? ¿Por qué fomentáis cuestiones que la evidencia no puede decidir, o en que (tómese el partido que se quiera) os hallaréis siempre sujetos a la duda y a la incertidumbre? ¿De qué sirven todas esas conjeturas filosóficas, todos esos vanos razonamientos sobre materias incomprensibles, todas esas investiga.

GULLIVER.

ciones estériles y esas disputas eternas? El que tiene buenos ojos no tropieza con una razón pura y perspicaz no se debe altercar, y pues vosotros lo hacéis, es preciso que vuestra razón esté cubierta de tinieblas o que aborrezcáis la verdad.

La filosofía de aquel caballo era por cierto admirable. Sócrates no pudo razonar con más juicio. Si nosotros siguiéramos estas máximas, hubiera seguramente en Europa menos errores que los que hay; ¿pero qué sería entonces de nuestras bibliotecas?

¿Qué de la reputación de nuestros sabios y del negocio de los libreros? La república de las Letras no sería otra que la de la razón, y no habría en las Universidades más escuelas que la del sano juicio.

Amanse los houyhnhnms fraternalmente entre sí se ayudan, se alivian y se sostienen recíprocamente. No conciben celos ni envidia de la fortuna de su vecino. No conspira el uno contra la vida y libertad del otro ellos se creerían infelices si cualquiera de su especie lo fuera, y dicen a ejemplo de un antiguo: Nihil caballini a me licnum puto. No hablan mal los unos de los otros la sátira no encuentra entre ellos ni principio ni objeto: los superiores no abruman a los in-

feriores con el peso de su esfera y autoridad su conducta sabia, prudente y moderada no da jamás ocasión a la murmuración: la dependencia es un vínculo, no un yugo; y el poder, siempre sumiso a las leyes y a la equidad, es respetado sin violencia.

Sus matrimonios son algo más iguales que los nuestros. El macho elige esposa del mismo color que él: un tordillo casará siempre con una tordilla, y así de los demás. No se ve mudanza, trastorno ni degradación en las familias: los hijos son como los padres.

Sus blasones y títulos de nobleza consisten en su figura, en su marca, en su fuerza, en su color: cualidades que se perpetúan en su posteridad, de suerte que no se ve un caballo magnífico y suntuoso engendrar jamás un rocín, ni de una yegüezuela nacer un hermoso caballo, como sucede frecuentemente en Europa.

Allí no se conoce el adulterio: la consorte es siempre fiel al marido, como el marido a su consorte.

El divorcio y la separación, aunque permitidos, no ofrecen ejemplar. Los maridos son unos eternos galanteadores de sus esposas, y éstas siempre sus danas. Ellos no son imperiosos: ellas no se ostentan altaneras ni se niegan a lo que el derecho ha conforinado con su constitución.

La castidad recíproca es el fruto de su razón; no del temor, de los respetos ni del capricho. Son castos y fieles, pues por la dulzura de la vida y buen orden prometieron serlo, que es en lo que fundan esta virtud, al paso que miran como un vicio condenado por la Naturaleza la negligencia de propagación legítima en la propia especie y detestan cuanto puede impedirla o retardarla en algún modo.

Crían a sus hijos con un cuidado inmenso: mientras la madre atiende al cuerpo y la salud, el padre vela sobre el alma y la razón. Procuran reprimir en ellos cuanto es posible el ímpetu y fuegos de la juventud los casan sin pérdida de tiempo según lo dicta la razón y los estímulos de la Naturaleza, y entretanto sólo les permiten una concubina que está en la clase de criada y que en el instante que se casan es despedida.

La educación de las houyhnhnms es casi la misma que la de los machos. Sobre este punto me acuerdo que censuraba mi amo de ridículo e imprudente nuestro método, diciendo que la mitad de nuestra especie no tenía otro talento que el de multiplicarla.

El mérito de los machos consiste principalmente en sus fuerzas y agilidad: el de sus compañeras en la docilidad y dulzura. Si una de éstas saca por casualidad cualidades de macho, la buscan un marido que tenga cualidades contrarias y queda todo compensado, como sucede a veces entre nosotros, que la mujer es el marido y el marido la mujer; de suerte que ni aun en este caso degenera la sucesión: pues heredan y perpetúan dichosamente las propiedades de los que les dieron el ser.

3 3

Cuarta parte, capítulo IX

Empieza: «PARLAMENTO DE LOS HOUYHINENMS».-CUESTIÓN IMPORTANTE TRATADA EN ESTA ASAMBLEA DE TODA LA NACIÓN. PORMENORES DE ALGUNOS USOS DEL PAÍS.»

PARLAMENTO DE LOS HOUYHINENMS».-CUESTIÓN IMPORTANTE TRATADA EN ESTA ASAMBLEA DE TODA LA NACIÓN. PORMENORES DE ALGUNOS USOS DEL PAÍS.

Durante mi estancia en aquel país, y como tres meses antes de mi partida, hubo una asamblea general de toda la nación, o Parlamento en que se trató un negocio que había estado ya mil veces sobre el bufete: una cuestión que solamente ella pudo dividir jamás los ánimos de los houyhnhnms. Mi amo asistió como diputado de su cantón, y me refirió en casa cuanto había pasado sobre el asunto.

Tratábase de decidir si convendría exterminar absolutamente la raza de los yahous. Uno de los miembros sostenía la afirmativa, apoyando su voto sobre diversas pruebas inuy fuertes y muy sólidas. Alegaba que el yahou era el animal más deforme, perjudicial y perverso que había producido la Naturaleza, no menos mano que indócil, siempre maquinando cómo ofender a los demás. Trajo al intento una antigua tradición esparcida por el país, según la cual no siempre había habido yahous en él, sino que en tal siglo habían aparecido dos en la cima de una montaña, ya que hubiesen salido

del limo craso y glutinoso fermentado por los rayos del sol o ya que la espuma del mar los hubiese engendrado, y que estos dos yahous habían procreado tanto que el país se hallaba todo infestado. Que para prevenir los daños de semejante multiplicación, los houghnhnms de otros tiempos haF +bian dispuesto una caza general en que habían tomado una infinidad de ellos, y después de haber destruído a todos los viejos habían reservado los más jóvenes con el fin de domesticarlos en cuanto permitiese su malignidad y destinarlos al tiro y carga. Que lo muy cierto de la tradición era no ser los yahous ylnhuiamshy, esto es, ebortgenos. Y últimamente que, habiendo incurrido los habitantes del país en el imprudente capricho de servirse de yahous, habían abandonado sin motivo el uso de los jumentos, animales bellísimos, tan dóciles, pacíficos y humildes, incansables y de poca costa; pues aunque tenían el defecto de la voz algo desagradable, no lo era tanto como la de la mayor parte de los yahous.

Otros muchos oradores peroraron con igual elocuencia, pero con alguna variedad en cuanto al asunEto, hasta que, al fin, poniéndose en pie mi amo, propuso un prudente arbitrio, de cuya idea me era deudor. Entró confirmando con su voto la tradición vulgar, y apoyó todo lo que sabiamente había dicho sobre este punto de historia el Honorabilisimo miem|bro que acababa de hablar, a que añadió que en su concepto aquellos dos yahous de quienes se trataba habían venido de países ultramarinos, y que, abandonados de sus camaradas sobre la costa, se habían acogido a los bosques y montañas, donde con el tiempo su naturaleza había variado hasta declinar en salvajes y feroces, sin semejanza alguna de todos los demás de su especie que habitaban en climas remotos. En corroboración de ello, recordó que tenía en su casa, tiempo había, un yahou muy par-

ticular de quien precisamente habrían oído hablar todos los individuos de la Asamblea, y algunos le habían visto.

Seguidamente refirió cómo me había encontrado, y que mi cuerpo estaba cubierto de una composición artificial de pelos de bestias. Dijo también que poseía mi poco de idioma propio, aunque ya había aprendido perfectamente el de ellos, por cuyo medio habia logrado saber cómo había sido conducido allí; y que habiéndome visto despojar de aquella cubierta y desnudo, había observado que era un verdadero yahou, con la sola diferencia de tener la piel blanca, poco pelo y las garras muy cortas.

- -Este yahou extranjero-prosiguió ha querido persuaditme de que en su país y otros muchos que ha corrido, los yahous son los únicos animales racionales, dominantes y maestros, y de que los houyhnhnms viven en esclavitud y miseria. El tieue, sin disputa, todas las cualidades exteriores de nuestros yahous; pero es preciso confesar que manifiesta otro comedimiento y aun indica alguna tintura de razón, no porque discurra como un houyhnhnm. sino que posee sus ciertos conocimientos y luces muy superiores a los de nuestros yahous. En medio de todo esto, señores, os va a sorprender una cosa, a que os ruego apliquéis toda vuestra atención. Lo creeréis? Pues él mismo me ha asegurado que en su país hacen euncos a los houghulimms desde su más tierna juventud: que así los domestican y amansan, y que la operación es fácil y nada peligrosa. ¿Será esta la primera vez, señores, que las bestias nos han dado alguna lección o que hayamos seguido su útil ejemplo? ¿La hormiga no nos enseña a ser industriosos y prevenidos? ¿A quién debemos los primeros elementos de la arquitectura sino a la golondrina? Concluyo, pues, que se pudiera muy bien introducir en esta comarca con respecto a los jóvenes yahous el uso de la castración

de este modo conseguiríamos la ventaja de hacerlos dóciles, humildes y pacíficos, a más de ir destruyendo poco a poco la perversa raza. Opino juntamente que se debe estimular a todos los houyhnhnms a la importante cría de los jumentitos, animales sin duda preferibles a los yahous por todos conceptos. y especialmente porque a la edad de cinco años principian ya a servirnos, cuando el yahou no es capaz de nada hasta los doce.

Esto fué todo lo que mi amo me contó de los asuntos tratados en la asamblea, reservándome otro que era el que más me interesaba, como particular a mi persona. ¡Ah! la principal época de mi vida desdichada, cuyos tristes efectos percibí bien pronto. Pero, antes de entrar en este tema, es menester decir algo del carácter y usos de los houyhnhnms.

Los houghnhnms no tienen librerías, ni saben leer ni escribir, y por consiguiente toda su ciencia es la tradición. Como es un pueblo pacífico, modesto, unido, virtuoso, muy racional y sin nigún comercio con el extranjero, los grandes sucesos son allí muy raros y todos los puntos de su historia dignos de noticia pueden conservarse fácilmente en la memoria sin abrumarla.

Ellos no conocen enfermedades ni médicos. Por lo que a mí toca, no me atreveré a decidir si la falta de éstos proviene de la de aquéllas o si la de aquéllas proviene de la de éstos. Ni es decir que no padezcan algunas veces sus ligeras indisposiciones pero saben curárselas con facilidad mediante el conocimiento que tienen de las plantas y hierbas medicinales, por ci continuo estudio de la botánica en sus paseos y frecuentemente en sus comidas.

Su poesía es muy bella y sobre todo muy armoniosa. No consiste en juguetes familiares y bajos, ni en un lenguaje afectado, ni en una

jerga extravagante, ni en chistes epigramáticos, sutilezas obscura-santitesis pueriles, las agudezas do los españoles, los concetti de los italianos, ni en las figuras violentas de los orientales. La gracia y precisión de los símiles, la riqueza y exactitud de las descripciones, la relación y viveza de las imágenes son la esencia y carácter de su poesía. En los adinirables trozos de sus mejores poemas que mi amo solía recitarme tal cual vez, yo notaba claramente ya el estilo de Homero, ya el de Virgilio, ya el de Milton.

Cuando muere un houyhnhnn ni se aflige ni se alegra nadie. Sus parientes más próximos, sus más intimos amigos todos miran su muerte con los ojos secos y tranquilos. El moribundo tampoco demuestra sentimiento de dejar el mundo parece despedirse de una tertulia en que ha estado largo tiempo para volver a ella el día siguiente. Así sucedió que, habiendo citado mi amo a un amigo para que concurriese a casa con toda su familia a fin de tratar un negocio importante, llegó la hora señalada y nadie parecía. Estábamos cuidadosos de la tardanza cuando vimos entrar a su esposa con dos hijos, la cual nos pidió con la mayor tranquilidad que disimuláramos la falta, pues acababa de morir su marido de un accidente imprevisto, y aun no se sirvió de la voz morir, que es malsonante entre ellos, sino de shnuwnh, que literalmente quiere decir ir a buscar a su abuela. Estuvo muy placentera en la visita, y tres meses después murió ella con la misma serenidad en la inás deliciosa agonía.

Los houyhnhnms viven comúnmente setenta o setenta y cinco años, y algunos hasta los ochenta. No se asustan aunque por lo regular prevén su muerte bastante tiempo antes. Reciben gustosos a sus amigos que van a anunciarles un feliz tránsito, y en los diez dias últimos el futuro muerto, que rara vez se equivoca en su cálculo, sale de ceremonia en litera conducida por sus yahous a despedirse

de los que le han visitado, como si fuese a dejar un país para pasar en otro el resto de su vida.

Debo advertir aquí que los houyhnhnms, careciendo su lengua de términos con que explicar lo malo, se sirven de metáforas tomadas de la deformidad y malas propiedades de los yahous. Así cuando quieren expresar la imprudencia de un criado, el defecto de un hijo, una herida que recibieron, un mal temporal u otra cosa semejante, nombran el sujeto y añaden simplemente el epíteto yahou, de este modo: para explicar los ejemplos que acabo de poner, dirían ellos hhhm yahou, whnaholm yahou, ynlhndwihlma yahou; que una casa está mal construída: ynlmnhrohinn yahou.

El que deseare saber más de los usos y costumbres de los houyhnhnms habrá de esperar, si gusta, a que concluya un grueso tomo in quarto que estoy componiendo sobre la materia. Entre tanto ruego al público se contente con este epítome, permitiéndome que acabe de contarle el resto de mis aventuras.

3 4

Cuarta parte, capítulo X

Empieza: «FELICIDAD DEL AUTOR EN EL PAÍS DE LOS «HOUDELICIAS QUE ENCUENTRA EN SU CONVERSACIÓN.-MODO DE VIDA QUE EMPRENDE ENTRE ELLOS. ES DESTERRADO...»

FELICIDAD DEL AUTOR EN EL PAÍS DE LOS «HOUDELICIAS QUE ENCUENTRA EN SU CONVERSACIÓN.-MODO DE VIDA QUE EMPRENDE ENTRE ELLOS. ES DESTERRADO DE LA COMARCA POR DECRETO DEL PARLAMENTO.

YHNHNMSD.

He amado siempre el orden y la economía, por lo que en cualquiera situación que me haya visto nunca he dejado de arreglarme un establecimiento industrioso para vivir con método. Mi amo me había señalado habitación como a seis pasos de distancia de su casa en una especie de barraca a estilo del país, y poco más o menos que las de los yahous, sin aliño ni comodidad; pero yo me eché a buscar arcilla, levanté cuatro paredes con su techo, y de juncos fabriqué una estera para cubrirle. Recogí cáñamo, que allí crece naturalmente por todas partes, y habiéndole beneficiado tejí una especie de bolsa, la llené de plumas de pájaros, y me proveía de cama mullida y cómoda. Hice una mesa y una silla con ayuda del alazán, sin más instrumentos que mi cuchillo. Cuando me vi sin vestido, me procuré uno nuevo de pieles de conejo forrado con las de otros animales llamados nuhnch, que son muy hermosos, poco menos grandes

y de un pelo tan fino que también me servía para hacer medias bastante buenas. Remonté mis zapatos con tablitas bien afianzadas al cordobán, y luego que éste acabó de romperse lo reemplacé con piel de yahou. En cuanto a mi alimento, tengo dicho lo que hacía, y además sacaba miel de los troncos de los árboles, que comía con el pan de avena. En suma, nadie experimentó jamás como yo que la Naturaleza se contenta con muy poco y que la necesidad es la madre de la invención.

- Gozaba una salud perfecta y una tranquilidad de ánimo inalterable. No me veía expuesto a la inconstancia o traición de los amigos ni a los lazos invisibles de los enemigos ocultos. No me tentaba el vergonzoso deseo de ir a hacer la corte a un personaje o a su dama, por conseguir el honor de su protección y privanza. No conocía la necesidad de caucionarme contra el fraude y la opresión. Allí no había soplones, ni se ganaba albricias alevosas, ni menos había policia crédula, loca y mal intencionada. Mi honor no corría el riesgo de verse ajado por acusaciones indignas, ni mi tranquilidad perturbada por conjuraciones perversas. No había médicos ignorantes que me envenenasen, abogados imprudentes que causasen mi ruina, ni autores adocenados que me fastidiasen. No me miraba rodeado de bufones, murmuradores, censuradores, calumniadores, petardistas, rateros, truhanes, jugadores, impertinentes novelistas, espíritus fuertes, hipocondríacos, balbucientes, disputadores, gentes de partido, seductores, charlatanes. Allí nada de comerciantes usureros, nada de bribones afectados, espíritus superficiales, pisaverdes, petimetres aturdidos, espadachines ni borrachos: nada de disolutas, ni bachilleras. No herían mis oídos discursos licenciosos e impíos. La presencia de un pícaro enriquecido y ensalzado nunca

ofendía mis ojos, ni la de un hombre de bien abandonado a su virtud, como a su mal destino.

Lograba el honor de conversar frecuentemente con los señores houyhnhums que concurrían a la casa, perinitiéndome mi amo esta confianza porque me aprovechase de sus instrucciones de cuando en cuando me hacían sus preguntillas, y no se desdeñaban de oir mis respuestas. Otras veces me llevaba mi amo a sus visitas; pero nunca hablaba, a menos que me preguntasen: de suerte que yo representaba, propiamente el papel de oidor, aunque con una satisfacción inmensa porque todo cuanto oía era útil y agradable, siempre expresado en my pocas palabras y con gracia. Allí brillaba la más exacta compostura sin etiqueta; cada uno decía y escuchaba lo que podía acomodarle, sin interrumpirse unos a otros, ni molestarse con relaciones largas y fastidiosas. Tampoco disputaban jamás ni altercaban.

Llevaban por máxima que en una tertulia es bueno que reine el silencio de cuando en cuando, y yo crco que tenían razón. En este intervalo, o en esta especie de tregua, el espíritu se llena de nuevas ideas, y la conversación vuelve después más viva y enérgica. Las suyas rodaban ordinariamente sobre las ventajas y delicias de la amistad, los deberes de la justicia, la bondad, el buen orden, las operaciones admirables de la Naturaleza, las antiguas tradiciones, las condiciones y límites de la virtud, las reglas invariables de la razón algunas veces sobre las decisiones de la asamblea inmediata, y frecuentemente sobre el mérito de sus poetas y cualidades de la buena poesía.

Puedo lisonjearme sin vanidad de que también yo fomentaba alguna vez las conferencias, esto es, que les daba ocasión a razona-

mientos muy bellos, cuando mi amo solía hablarles de mis aventuras y noticias de mi país; aunque sus reflexiones no eran las más honrosas al linaje humano, por cuya razón debo callarlas. Sólo diré que mi amo indicabu conocer mejor que yo la naturaleza de los yahous que habitan en otras partes del mundo: él descubría el manantial de todos nuestros extravios: profundizaba en la materia de nuestros vicios y locuras, y adivinaba una porción de cosas que yo no le había revelado.

Esto no debe parecer increíble, pues conocía a fondo sus yahous, suponía a lo que podía llegar un cierto gradito de razón en ellos, tiraba su cálculo nada discrepaba.

No puedo negar que las cortas luces y alguna filosofía que hoy tengo, lo adquirí de las sabias lecciones de aquel buen amo y de las conversaciones con sus juiciosos amigos, conversaciones preferibles a las doctas sesiones de las academias de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. Profesaba a todos aquellos ilustres personajes una inclinación llena de respeto y de temor, sintiéndome penetrado de reconocimiento a la bondad que habían usado conmigo de no confundirme con sus yahous y aun acaso de creerme menos imperfecto que los de mi país.

Cuando repasaba la memoria de mi familia, amigos y compatriotas, y del linaje humano, en general, se me representaban como una enadrilla de yahous cuanto a su carácter y exterior, sin más diferencia que alguna civilización con el don de la palabra y un asomo de razón. Siempre que consideraba mi figura en el agua pura de un arroyo, volvía presuroso la cabeza, no pudiendo sufrir la vista de un animal que me parecía tan feo como un yahou. Mis ojos, acostumbrados a la noble presencia de los houyhnhnms, no

encontraban hermosura animal sino en ellos. A fuerza de mirarlos, había tomado un poco de su aire y gesto, de su planta y modo de andar, y aun ahora que estoy en Inglaterra me dicen a veces mis amigos que troto como un caballo: que cuando hablo y me río parece que relincho. Todos los días me gastan bromas acerca de esto, aunque nunca me enojo.

En aquel estado feliz, cuando mejor gustaba las dulzuras de un completo reposo, que me creía tranquilo por todo el resto de mi vida, y en la disposición más agradable y digna de envidia, un día me mandó llamar mi amo más temprano de lo ordinario. Luego que me presenté advertí en él una seriedad que no acostumbraba, y un desasosicgo que le embarazaba para hablarme. Pasado un rato on melancólico silencio, prorrumpió en este discurso: -No sé, hijo mío, cómo tomaréis lo que voy a deciros. Sabed que en la última junta de la asamblea, con ocasión del asunto de los yahous que salió del despacho, un diputado dijo que era indecente y vergonzoso que tuviese en mi casa a un yahou, tratándole como si fuese un houyhnhnm: que me había visto conversar con él tan lleno do satisfacción como si estuviera con uno de mis semejantes, y que éste era un proceder contrario a la razón y a la Naturaleza, sin ejemplo en nuestra comarca. En su consecuencia, me ha exhortado la asamblea a una de dos cosas: o que os ponga con los demás yahous que van a castrar el primer día, o que os destierre al país de donde vinisteis. La mayor parte de individuos que conocéis, y que os han visto en mi casa o en la suya, han resistido la alternativa con estos yahous, como injusta y escandalosa, respecto de que gozáis algún principio de razón; a más de que sería de temer que partiéndola con ellos se hiciesen quizá peores, o que se sublevasen, y tomándoos por caudillo se retirasen a los montes y algún día nos sor-

prendiesen para desgarrarnos y destruirnos. El acuerdo ha sido tomado por mayoría de votos, de suerte que mo veo exhortado a despediros inmediatamente, con tanta ejecución como que no puedo dilatarlo de este día. Os aconsejo, pues, que os echéis a nado o construyáis un barquichuelo a imitación del que aquí os trajo, según me habéis declarado, y os volváis por el camino que vinisteis contad con todos los criados de esta casa y los de mis vecinos, que os ayudarán a trabajar. Si en mí solo hubiese consistido, os conservaría eternamente a mi servicio, porque tenéis inclinaciones bastante buenas, os habéis corregido de míl vicios y malos hábitos, y habéis hecho cuanto está de vuestra parte para conformaros, en lo que vuestra desdichada naturaleza permite, con la de los houghnhnms.

Notaré aquí al paso que los decretos de la asamblea general de la nación houyhnhamiana se extienden todos con la frase hnhlodyn, que significa exhortar; no pudiendo ellos alcanzar a que se pueda compelir y apremiar a una criatura racional, como si fuese capaz de desobedecer a la razón propia.

Un discurso tal fué para mí un rayo cuya impresión no pude resistir. Poseído a un mismo tiempo de la congoja y la desesperación, caí desmayado a los pies de mi amo, que al pronto me tuvo por muerto, hasta que recobrando algún aliento pude decirle en voz apagada y llena de dolor que sin propasarine a censurar la exhortación de la asamblea, ni la pretensión de sus amigos sobre despedirme de su casa, consideraba no obstante ini débil juicio que pudieran haber decretado otra pena menos rigurosa; que el echarme a nado era arriesgado, pues a lo sumo podría hacer una legua cuando la tierra más cercana distaría acaso ciento que para fabricar un barquichuelo no veía en el país lo necesario; pero que, en

medio de tantas dificultades, prestaba ui obediencia, y me aventuraba a perecer. Añadí que la vista de la muerte no era lo que más me intimidaba, mirándola como el menor de mis males, sino que cuando por algún raro accidente pudiese atravesar los mares y volver a mi país, me hallaría con la desdicha de verme entre ya- — hous, obligado a pasar con ellos el resto de mis días y expuesto a recaer en mis antiguos defectos; que bien sabía que las razones que habían determinado a los señores houyhnhnms eran demasiado sólidas para atreverme a objetarles las de un miserable yahou como yo y así aceptaba la apreciable oferta de sus criados con cuya ayuda iba a emprender la construcción del barco, suplicándole me concediese un cierto término proporcionado a la dificultad de una obra que había de responder de mi vida desdichada: y que si volviese algún día a Inglaterra, trataría de hacerme útil a mis compatriotas, poniéndoles delante el diseño de las virtudes de los ilustres houyhnhnms para espejo de todo el género humano.

- Su Honor me contestó en pocas palabras que me concedía dos meses; y habiéndole también insinuado que me bastaba la ayuda del alazán mi camarada (pues me es permitido darle este título ahora) por constarme el buen afecto que le debía, le mandó al nismo tiempo que observase mis instrucciones.

Lo primero que hice fué salir hacia la parte de la costa donde había abordado, y corriendo la vista desde una altura por aquellas vastos espacios de las aguas me pareció descubrir al Nordeste una pequeña isla, que el telescopio me hizo conocer más claramente, y calculé que podría distar unas cinco leguas. Al buen alazán, como no había visto más tierra que donde había nacido, se le figuraba una nube; pero yo, que acostumbrado toda mi vida a este elemento,

tenía mejor ojo para distinguir sobre él los objetos, no dudé y resolví dirigirme a ella.

Volvimos a casa, consulté el proyecto con mi alazán y en seguida pasamos a un bosque poco distante, donde yo con mi cuchillo y él con un guijarro cortante muy diestramente engastado en su mango, tumbamos la madera necesaria. Para no cansar al lector con el diario de nuestra maniobra, bastará decir que en seis semanas construímos una especie de canoa al modo de las de los indios, aunque mucho más ancha, cubierta de pieles de yahou cosidas con cáñano. Reservé las de los jóvenes para hacer una vela, porque las de los viejos hubieran sido demasiado duras y gruesas, me surtí también de cuatro renos, e hice mi provisión de carne cocida de conejos y pájaros, con dos vasijas, la una de leche y la otra de agua.

Probé la canoa en un gran estanque donde corregí todos sus defectos, tapando con sebo de yahou las aberturas hasta ponerla en estado de poderme transportar con mi reducido equipaje, y después la hice llevar por los yahous a la ribera sobre una carreta, al cuidado del alazán y otro criado.

Ya que estuvo todo dispuesto y llegó el día de mi partida, me despedí de mi amo, de su esposa y demás de la casa, bañados en lágrimas los ojos y el corazón transido de dolor. Su Honor, o por curiosidad o por cortesanía, quiso verme a bordo; y habiendo salido con muchos de sus amigos y vecinos, tuvo que esperar más de hora y media por causa de la marea, hasta que observé que el viento era favorable para conducirme a la isla entonces fuí a ponerme a los pies de mi amo para recibir sus últimas órdenes y me hizo el honor de levantar su mano derecha hasta la altura de mi boca. No refiero esta circunstancia por vanidad, sino por imitar a todos los viajeros,

que tienen buen cuidado de no omitir aquellos honores extraordinarios que han recibido. Hice una gran cortesía a todo el concurso, y echándome a la canoa dejé la ribera.

35

Cuarta parte, capítulo XI

Empieza: «Emprendí este desgraciado viaje elde febrero de, a las nueve de la mañana. No me serví por el pronto sino de los...»

Emprendí este desgraciado viaje elde febrero de, a las nueve de la mañana. No me serví por el pronto sino de los remos, aunque el viento era favorable; pero reflexionando que me cansaría y podía mudarse, me aventuré a usar de la vela: así navegué cerca de hora y media favorecido por la marea. Mi amo, con todo el acompañamiento, permanecieron en la playa hasta que me perdieron de vista, y oí muchas veces gritar a mi querido amigo el alazán: hnuy illa nyha majah yahou, esto es: mira bien por ti, gallardo yahou.

Yo no deseaba otra cosa que descubrir alguna pe queña isla donde sólo encontrase lo preciso para mi conservación, figurándome en un establecimiento semejante una suerte mil veces más feliz que la de un primer ministro: tal era el extremado horror que había concebido de volver a Europa y verme obligado a vivir en sociedad con los yahous. En esta dichosa soledad que buscaba, me proponía pasar dulcemente el resto de mi vida envuelto en mi filosofía, gozando de mis pensamientos sin otro objeto que el soberano bien ni más delicia que el testimonio de mi conciencia, exento del contagio de aquellos vicios enormes que los houyhnhnms me habían enseñado a conocer en mi detestable especie.

El lector recordará que se sublevó la tripulación de mi navío, que me aprisionó en mi camarote, que estuve así algunas semanas sin saber qué rumbo llevaba la embarcación, y que últimamente me pusieron en tierra sin declararme en dónde me hallaba.

GULLIVER.

Yo creí, no obstante, que por entonces estábamos a diez grados al sud del cabo de Buena Esperanza, como a unos cuarenta y cinco de latitud meridional, infiriéndolo de algunas conversaciones que había podido percibir en el navío, sobre el designio de ir a Madagascar. Ello no pasaba de una conjetura, mas no por eso dejé de tomar el partido de surcar al Este, esperando dar fondo al Sudoeste de la costa de Nueva Holanda y de allí dirigirme al Oeste a cualquiera de las isletas de la inmediación.

A las seis de la tarde, habiendo tenido el viento directamente al Oeste, calculé que habría hecho como unas diez y ocho legnas. Entonces descubrí otra nueva isla muy pequeña que distaría lo más legua y inedia, y abordé a ella en corto tiempo; pero no era propiamente sino una roca, con una reducida bahía que las tempestades habían formado. Amarré la canoa en este sitio y trepando por un lado de la roca descubrí hacia el Esto una tierra que se extendía del Sud al Norte. Pasé la noche en mi barco y de madrugada eché a remiar con esfuerzo hasta llegar a un paraje de Nueva Holanda que está al Sudoeste, y tardaría siete horas. Esto e confirmó mi antigua opinión de que los mapas y cartas generales ponen este país lo menos tres grados más al Este de lo que realimente está, cuyo pensamiento creo haber comunicado algunos años ha a mi ilustre amigo el señor Herman Moll explicándole mis razones; bien que haya preferido seguir a la mayoría de los autores.

No percibí vestigio de habitantes en el sitio donde había desembarcado, ni me atreví a internarme mucho, porque me hallaba sin armas. Tampoco quise hacer fuego para cocer algunos mariscos que había recogido sobre la ribera, por temor de ser descubierto por los habitantes de la comarca. Tres días estuve oculto manteniéndome con ostras y almejas por con# servar mis provisiones, y por fortuna encontré un arroyuelo de excelente agua.

Il cuarto día, habiéndome determinado a penétrar un poco más, descubrí veinte o treinta naturales del país entre hombres, mujeres y niños, todos desnudos, calentándose en una grande hoguera sobre una altura que apenas distaría de mí quinientos pasos. Advertidos por uno de ellos que mue vió, destacaron inmediatainente cinco hombres conocí su intención por su marcha, y huí precipitadamente a mi canoa echando a reinar con toda la fuerza; pero, como la ventaja era poca, los salvajes me siguieron a lo largo de la costa y me dispararon una flecha que me alcanzó en la rodilla izquierda, haciéndome una herida de bastante extensión, cuya señal todavía permanece, y aun temí que estuviese envenenada. "Asi logré escapar, y luego que me vi a distancia suficiente, procuré limpiar bien la herida y vendarme la rodilla como pude.

Yo me hallaba perplejo no atreviéndome a volver hacia aquella parte donde había sido atacado, y como tenía que caminar al Norte con viento Nordeste no cesaba de remar. Tendiendo la vista por todos lados, por si podía descubrir algún objeto, divisé aul Nordnordeste una vela que por instantes crecía a inis ojos : dudé algún tiempo si avanzaría a encontrarla o no, pero el horror que había concebido contra toda raza de yahous decidió, determinando virar de bordo y navegar al Sud para volver a la bahía de donde había salido aquella mañana, antes dispuesto a todo riesgo que a vivir entre

ellos. Arrimé mi canoa cuanto pude a la ribera, y yo me escondí a pocos pasos de ella detrás de una pequeña roca que estaba junto al arroyuelo de que he hablado.

El navío llegó como a media legua de la bahía y envió su chalupa con toneles a hacer aguada en aquel sitio, que por el arroyo es muy conocido y frecuentado de los viajeros. Al tomar tierra los marineros vieron mi canoa, y pasando a registrarla infirieron luego que su dueño no podía estar muy lejos.

Cuatro de cllos bien armados se echaron a reconocer el terreno, hasta que me encontraron acostado boca abajo detrás de la roca. Por el pronto les sorprendió mi figura, vestido de pieles de conejo, zapatos de madera y medias acolchadas, conociendo al instante que no era del país, pues todos sus habitantes iban desnudos. Mandóme uno que me levantase, y me preguntó en lengua portuguesa quién era. Respondile tras una gran cortesía en la propia, que entendía perfectamente, que era un pobre yahou expulsado del país de los houyhnhnms, y que sólo les suplicaba me dejasen seguir mi rumbo. Quedaron más admirados al oirme hablar en su lengua, y por el color del rostro me creyeron europeo, mas no entendían lo que quería decir yahou y houyhnhnms, ni pudieron reprimir la risa al oir mi aceuto semejante al relincho de un caballo.

Su presencia muc infundía a un mismo tiempo odio y temor; pero, cuando me iba disponiendo a volverles la espalda para tomar mi canoa, me echaron mano y me hicieron declararles de qué país era, de dónde venia, y otras mil curiosidades de esta especie. Respondíles que había nacido en Inglaterra, de donde había salido estando en paz su reino con el mío, pues haría ya unos cinco años; y así confiaba que no me tratarían como enemigo, respecto que tampoco les

deseaba mal, ni era más que un miserable yahou dedicado a buscar una isla desierta donde pasar el resto de mi vida desdichada.

No estaba yo menos absorto de oirles hablar a ellos, teniéndolo por un prodigio tan singular como si oyera hablar ahora en Inglaterra un perro o una vaca. Su contestación, llena de humanidad y cortesanía, fué que no me afligiese, que no dudaban que su capitan me recibiría a bordo y me llevaría gratis a Lisboa, de donde podría pasar a Inglaterra: que en el instante iban dos a darle parte de la novedad para tomar sus órdenes, y entre tanto no me atarían si les daba palabra de no escaparme. No les respondi otra cosa sino que hicieran de mí lo que quisiesen.

Todos descaban con ansia sabor mi historia, y notando la estéril satisfacción que daba a sus reconvenciones, sospecharon que mis infortunios me habían turbado el juicio. Al fin, volvió la chalupa después de dos horas con la orden de llevarme a bordo inmediatamente; y por más que les pedi arrodillado a sus pies que me dejasen seguir mi camino y no me priva sen de mi libertad, lo que logré fué que me atasen para ponerme en la chalupa basta llevarme al camarote de su comandante.

Este so llamaba Pedro de Méndez, hombre tan generoso y político que, rogándome le dijese quién era, me preguntó si quería comer o beber alguna cosa, asegurándome que sería tratado como él mismo, añadiendo otros unil ofrecimientos de tanta ainistad que yo estaba aturdido de encontrar una bondad semejante en un yahou; pero mi humor triste, mohino y fastidioso sólo me permitió responderle que tenía provisión en mi canoa. Sin embargo, mandó que me sirviesén un pollo con un vino excelente, y después me señaló cuarto y cama, todo muy bueno.

Una vez en el camarote, me tiré sobre la cama co la misma disposición que estaba, con la idea de escaparme a nado mientras la tripulación estuviese comiendo por no verme entre yahous, y hubiera tenido efecto media hora después si no me hubiese detenido un marinero y dado aviso al comandante, que mandó me encerrasen en mi camarote.

Luego que dejó la mesa entró a visitarme, cuidadoso de saber qué causa me había arrojado a un designio tan desesperado, volviéndome a asegurar que mandsólo deseaba complacerme, y continuó hablándome del modo más cariñoso, tanto que ya principié a mirarle como un animal con algo de razón. Te conté en pocas palabras los sucesos de mi viaje, la sublevación del navío de que era capitán, la determinación de abandonarme en una ribera desconocida, y que había pasado tres años con los houyhnhnms, caballos habladores, razonantes y racionales. El capitán lo tuvo todo por sueño y embuste: esto me irritó demasiado, y me obligó a decirle que había olvidado la costumbre de mentir desde que había dejado a los yahous de Europa: que entre los houghnhnms era desconocida, aun de los niños y criados, y finalmente que creyera lo que quisiese, en la seguridad de que estaba pronto a satisfacer sus objeciones y muy confiado de poder convencerle.

Era hombre my prudente, y habiendo probado mi juicio con preguntas diferentes, reconoció que cuanto le decía iba arreglado, y consiguiente uno a otro en cuya vista comenzó a formar un concepto más honroso de mi sinceridad, tanto que me confesó haber encontrado en otro tiempo un marinero holandés, el cual le refirió que con el motivo de hacer aguada había tomado tierra acompañado de otros cinco en cierta isla o continente del sud de Nueva Holanda, desde donde habían divisado un caballo arreando un re-

baño de animales totalmente semejantes a los que le había pintado bajo el nombre de yahous, y otras muchas particularidades que no tenía presente por el poco aprecio que había hecho de la relación suponiéndola falsa.

Tras esto me pidió que, pues hacía vanidad de amar la verdad, le diese palabra de honor de seguir en su compañía todo el viaje, sin volver a pensar siquiera en conspirar contra mi propia vida, pues de otro modo me llevaría preso hasta Lisboa. Ofrecí cumplirlo, aunque protestando siempre que primero i.sufriría el tratamiento más cruel que sujetarme a vivir otra vez con los yahous de mi país.

No ocurrió cosa digna de mención en el resto del viaje. Yo, por corresponder sensible a los favores del capitán, y obligado del reconocimiento, solía hablarlo cuando me lo rogaba con instancia, procurando disimular mi aversión al género humano: bien que si se me escapaba algún arrebato de ira, él sabía convertirlo en bufonada o lo dejaba pasar como inadvertidamente. Pero la mayor parte del día me estaba solo, aislado en mi cuarto sin hablar una palabra con ninguno de la tripulación. No era otro el estado de mi cerebro repleto de ideas sublimes y filosóficas del trato con los houyhnhnms, sumergido en una insuperable melancolía que me dominaba, parecía uno de estos espíritus taciturnos o feroces solitarios, censores contemplativos que sin haber comerciado jamás con los houyhnhnms, blasonan de conocer a fondo el carácter de los hombres y profesan un soberano menosprecio a la humanidad.

También me instó repetidamente mi capitán a que dejase aquellas picles de conejo y me surtiría de vestido completo, por lo que le di muchas gracias, y no adinití por el horror de poner sobre mi cuerpo una cosa que hubiese sido del uso de un yahou. Sólo con-

senti que me prestase dos camisas, porque éstas, lavándolas bien, no podían contagiarmo tan fácilmente, y haciéndolo por mi mano me mudaba cada dos días.

Llegamos a Lisboa elde noviembre de.

Allí me hizo tomar por fuerza vestidos suyos, temicudo que los muchachos nos silbaran en las calles : ine llevó a su casa, y no permitió que habitase otra mientras estuve en aquella ciudad; pero capitulé que me había de alojar luego al punto en el último piso, en parajo oculto donde no tuviese trato con nadie absolutamente, y le pedí por favor que no revelase a ninguno lo que le había contado de mi residencia ien el país de los houyhnhnms, porque si llegaban a saber mi historia no me vería libre de visitas impertinentes, y, lo que era peor, que acaso tendría que hacer conmigo la Inquisición.

Como don Pedro no estaba casado, apenas tenía en su casa tres criados, de los cuales uno, que me servía la comida en mi cuarto, ne mostraba tanto agasajo y un juicio tan extraordinario para un yahou, que no me desagradaba su compañía, y por este medio pudo vencerme a que sacase alguna que otra vez la cabeza por una claraboya que tenía el cuarto, para tomar aire. Me hizo bajar la cama al piso inmediato, en pieza con ventana a la calle consiguió que me asomase a ella, aunque al principio volvía prontamente la cabeza porque me chocaba la vista del pueblo, hasta que me fui acostumbrando. Ocho días después me llevó al piso de por bajo, y, en fin, triunfó tan completamente de mi hipocondría, que logró verme sentado en la puerta de la calle mirando a los que pasaban, y aun le acompañé también algunas veces a pasear por la ciudad.

Sabía don Pedro el estado de mi casa y familia por la relación que le había hecho, y pareciéndole que en honor y conciencia estaba obli-

gado a volver á ella, me lo insinuó un día, añadiendo que había en el puerto un navío pronto a hacerse a la vela para Inglaterra, y que me surtiría de cuanto necesitase para el viaje. Me opuse a semejante proyecto, pues hablame formado resolución de buscar una isla desierta donde acabar mis días; pero a esto me replicó que la isla desierta que me proponía era una quimera, que en todas partes encontraría hombres, y que en ninguna como en mi propia casa, pues era el amo de ella, podría vivir tan solitario como quisiese.

Tuve que ceder porque no había otro recurso, bien que ya no estaba tan salvaje. Dejé a Lisboa elde .

noviembre para embarcarme en un navío mercantil, acompañándome don Pedro hasta el mismo puerto, después de haberme prestado por última prueba de su generosidad valor de veinte libras esterlinas. No salf de mi camarote en todo el viaje, ni hablé una palabra con el capitán ni con ninguno de los pasajeros, con pretexto de que me hallaba indispuesto. Elde diciembre deanclamos en las Dunas como a las nueve de la mañana, y a las tres de la tarde llegué a Rotherhith con buena salud, yéndome derecho a mi casa.

Cuando me vió mi mujer y demás familia, que me creían muerto, quedaron absortos: no puedo yo explicar su alegría. Abracélos a todos fríamente, y como la idea de los yahous no se había borrado todavía en mi espíritu, no quise acostarme con mi mujer en muchos meses.

El primer dinero que tomé lo empleé en dos famosos potros, les hice una ostentosa cuadra y les puse un palafrencro de primera clase, al cual entregué todo mi favor y confianza. El olor de la cuadra me eucantaba, y pasaba en ella cuatro horas cada día conver-

sando con mis amados caballos, que me representaban la memoria de los virtuosos houyhnhnms.

Ahora que escribo esto ha cinco años que vivo retirado en mi casa. En el primero no podía sufrir la presencia de mi mujer e hijos, ni reducirme a comer con ellos. Después mudaron mis ideas, y hoy me hallo un hombre regular, aunque siempre un poco misántropo.

36

Cuarta parte, capítulo XII

Empieza: «Os he dado, lector mío, la historia completa de mis viajes por espacio de diez y seis años y siete meses historia...»

Os he dado, lector mío, la historia completa de mis viajes por espacio de diez y seis años y siete meses historia en que no he anhelado tanto por parecor elegante y ameno como verídico y sincero. Acaso habréis tomado por fábulas y cuentos mis relaciones, no encontrando en ellas la mor verosimilitud; mas tampoco yo me he cansado en buscar ardides seducientes de que sobrecargarlas para hacerlas creíbles.

Si no les diescis fe, atribuídlo a vuestra incredulidad y no a mi genio, que siendo incapaz de ficción y mi imaginación muy fría, os ha acreditado una simplicidad que debe desterrar vuestras dudas.

A todos los viajeros quo hemos corrido países que apenas habrá písado otro, nos es muy fácil hacer descripciones maravillosas de cuadrúpedos, serpientes, pájaros, peces extraordinarios y raros; ¿pero a qué todo esto? ¿El principal objeto del que publica sus relaciones no debe ser el mejorar su patria, instruir a sus paisanos y ponerles delante el ejemplo del extranjero, o por lo bueno o por lo malo, para excitarlos al ejercicio de la virtud y a la detestación del vicio?

Pues he aquí lo que me he propuesto en esta obra, y creo que deberán agradecérmelo.

Yo cclebraría en el alma que hubiese una ley por la cual todo viajero, antes de publicar sus viajes, fuese obligado a hacer juramento en manos del Lord Gran-Canciller de que cuanto iba a dar a la prensa era la verdad pura, o por lo menos lo tenía por tal : así no se engañaría al mundo como sucede todos los días. Doy anticipadamente mi voto por esta ley, y consiento que mi libro no sea impreso hasta que se establezca.

Repasé en mi juventud un sinnúmero de semejantes relaciones con gusto inmenso; mas luego que he dado casi la vuelta al mundo, que he visto las cosas por inis propios ojos y las he experimentado, he perdido la afición a esta especie de lectura, tanto que prefiero los romances a ellas. Deseo que mi lector piense del mismo modo.

Mis amigos han encontrado en las que escribo un cierto aire de verdaderas que agradaria al público, y me han hecho condescender con que se impriman.

Confieso que siempre he vivido cercado de desdichas, pero nunca he tenido la de inclinación a la mentira.

Nec si miserum fortuna Sinonem Finxit vanum etiam mendacemque improba finget ().

Bien sé que no es gran cosa el publicar viajes, que no exige ni ciencin ni genio, pues basta una buena memoria o haber formado un exacto diario.

Sé igualmente que los autores de relaciones son como los de diccionarios, y que al cabo de cierto tiempo se ven eclipsados y como

aniquilados por una turba de escritores posteriores, que repiten lo que aquéllos han dicho y añaden cosas nuevas. Puede sucederine esto mismo viajeros irán a los países donde yo he estado que, encareciendo la descripción, hagan decaer mi libro a tal punto que acaso no quede ni aun memoria de que he escrito. Miraría esto con la mayor pesadumbre si escribiera por la gloria; mas, como escribo por la utilidad del público, mo da poco cuidado y estoy dispuesto a todo.

Yo quisiera que mi obra fuese censurada. A la verdad, ¿qué pueden decir a un viajero sobre la descrip() Virg. Eneida, lib..

ción de un país en que nuestro comercio no está interesado de ninguna manera, ni tiene la menor conexión con nuestras manufacturas? He escrito sin pasión, sin espíritu de partido, sin intención de herir a nadie. Mis miras han sido muy nobles, esto es, haciu la instrucción del género humano, no movido del interés ni de la vanidad; de suerte que los observadores, los escudriñadores, los críticos, los aduladores, enredadores, pusilánimes; políticos, genios para nada, los espíritus más indóciles e injustos no sabrán qué decirme, ni encontrarán materia para ejercer su odioso talento.

— Es cierto que se me ha dado a entender que como buen vasallo y buen inglés, debí inmediatamente que vine presentar una memoria instructiva de mis descubrimientos al secretario de Estado, supuesto que toda la tierra que un vasallo descubre pertenece de derecho a la Corona. Pero no es ésta la conquista de Hernán Cortés en la América. Por lo que hace al pais de Lilliput, es claro que no merece la pena, ni podría resarcir los gastos de la expedición. Cuanto a los brobdignagenses, quisiera me dijesen si sería prudente el atacarlos buena cuenta tendría desembarcar un ejército inglés en

aquellas costas! ¡Pues qué contento iría a una comarca donde viese siempre sobre mí una isla aérea, que si está pronta a dejarse caer sobre los rebeldes cuando se le antoja, mejor lo estaría para hacer una tortilla de enemigos extraños que intentaran apoderarse de aquel reino! El país de los houyhnhnms promete, sin duda, una conquista bastante fácil, respecto a ser un pueblo que no sabe lo que es el arte de la guerra, ni qué es arma blanca o de fuego mas, con todo, si yo fuese ministro de Estado, no tendría la temeridad de emprenderla. Su relevante prudencia y unanimidad perfecta son unas armas terribles; además, figurémonos cien mil houyhnhnms furiosos arrojarse sobre un ejército europeo, ¿qué carnicería no harían con sus dientes? ¿Cuántos vientres y cabezas destriparían con sus enormes cascos? Ciertamente que no hay houyhnhnm a que no se pueda aplicar lo que Horacio dijo del emperador Augusto : Recalcitrat undique tutus.

Lejos de pensar en su conquista, quisiera más bien empeñarlos a que nos enviasen algunos de su nación para civilizar la nuestra, esto es, para hacerla más racional y virtuosa.

Otra razón que me detiene para opinar por la conquista de este país, mirando a aumentar los dominios de Su Majestad Británica con mis afortunados descubrimientos, es que, a decir verdad, el modo con que se suele tomar posesión de un nuevo país descubierto me causa algunos leves escrúpulos; aunque también confieso que la nación inglesa está libre de semejantes cargos. Siempre ha hecho brillar su justicia y discreción en la fundación de sus colonias, pudiendo servir de modelo sobre este punto a toda la Europa. Bien notorio es nuestro celo en dar a conocer la religión cristiana en los países recién descubiertos y felizmente invadidos, como que para poner en práctica las leyes del Cristianismo cuidamos de en-

viar misioneros muy piadosos y edificantes: hombres de buena vida y costumbres: mujeres y niñas irreprensibles y de virtud acreditada: valientes oficiales, jueces integros y principalmente gobernadores cuya probidad esté experimentada, que funden su felicidad en la de los habitantes del país, que no ejecuten la menor tiranía, ni se dejen llevar de la codicia, ambición y concupiscencia, sino solamente aspiren a la gloria e interés del rey su señor.

¿Y cuál sería el que pudiese resultar de los países cuya descripción he hecho? ¿Qué ventajas compensarían la pena de encadenar y matar a sus naturales, no habiendo allí minas de oro o plata, azúcar ni tabaco? Luego no merecen ser el objeto de nuestro ardor marcial y celo religioso, ni aun el honor de ser conquistados por nosotros.

Si no obstante la Corte pensase de otra manera, declaro que estoy pronto a deponer, siendo interrogado judicialmente, que ningún europeo ha puesto los pies antes que yo en aquellas mismas comarcas, sobre lo cual me refiero al dicho do sus naturales, que es el que debe hacer fe. Bien veo que me reconvendrán con la tradición houyhnhnmiana de aquellos dos yahous que aparecieron en la montaña, tronco de toda la raza de yahous del país; pero, ¿qué sabemos si serían ingleses? Ciertas facciones, inclinaciones y modales de sus descendientes lo persuaden. Finalmente, yo dejo a los doctores en materia de colonias que disputen este punto y examinen si funda o no un derecho claro e incontrastable a favor de la Gran Bretaña.

Satisfecha asi la única objeción que pudieran oponerme tocante a mis viajes, me despido del benigno lector que se ha tomado la molestia de viajar conmigo en este libro, y me vuelvo a mi pequeño jardín de Redriffa emboscarine en mis filosóficas especulaciones.

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Jonathan Swift y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗